



HQN™

Mo Feil

MERCEDES
GALLEGO

mo Feil

MERCEDES
GALLEGO



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Mercedes Pérez Gallego

© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Mo Fàil, n.º 158 - mayo 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-687-9758-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Dedicatoria

Cita

Nota de la autora

Aeropuerto de Lyon-Saint Exupéry (2020)

Verano de 2011, Greenrock

Otoño de 2013, Edimburgo

Verano de 2014, aeropuerto de Edimburgo

Otoño de 2014, Greenrock

Primavera de 2020, Escocia

Epílogo

Si te ha gustado este libro...

*Para todos los que me solicitaron esta historia,
a quienes espero no defraudar.*

*Para los escritores que sueñan con ver sus obras publicadas:
¡No cejéis en el empeño!*

Qué buen insomnio si me desvelo sobre tu cuerpo.
(MARIO BENEDETTI)

Hay vínculos que son más sólidos que la sangre misma.
(de *Renacer de los escombros*, GABRIELA EXILART)

Nota de la autora

Muchas personas que leyeron *Mo duinne* me reprocharon que se terminara de un modo abrupto, sin apenas explicaciones. Aunque he dicho otras veces que no soy escritora de segundas partes, y ya me haya tragado mis palabras con *Nayeli*, sí tuve claro desde el principio que contaría la historia de James y Brenda. Ellos fueron, desde el comienzo, piezas esenciales en la trama de Ana y Dylan. Se palpaba en el aire que la relación de ambos no podía quedarse en el limbo literario, que sus vidas se merecían unas páginas. Es lo que os traigo aquí y, aprovechando la coyuntura, os pongo al día de esos *protas* que dejé al pie de una escalera de metro en Madrid.

A los autores no siempre nos resulta fácil desembarazarnos de nuestros personajes, al menos yo vivo mi existencia en un especie de tiempo paralelo al de mis criaturas (también quiero saber más de los protagonistas de novelas que leo y, al igual que mis seguidores, exijo continuaciones).

A Ana y Dylan los quiero especialmente, ya que, no solo su amor transcurre en Escocia, mi rincón favorito del mundo, sino que *Mo duinne* fue mi primera novela publicada y por ella me nominaron en la web del Rincón Romántico Mejor Autora Revelación y Mejor Novela Contemporánea.

¡Qué fuerte! Pasar de ser una desconocida a que me valorasen de tal modo marcó mi vida desde ese instante; es por ello que estoy eternamente agradecida a quienes creyeron en mí y continuaron leyéndome.

Para todos vosotros va este relato.

Aeropuerto de Lyon-Saint Exupéry (2020)

Brenda Banner se acomodó el cinturón bajo la mirada sonriente de la azafata y denegó con un gesto su ofrecimiento de tomar un refresco tras el despegue. Sentía un nudo en el estómago que no le permitiría asimilarlo. Sabía que algo iba mal en casa pero se negó a pensar lo peor. Su madre era lo único que le quedaba en el mundo, y perderla se le antojaba terrible. Sin embargo, la llamada de Dylan esa mañana, cuando aún estaba en la cama regodeándose con el rostro atractivo de Caleb y su cuerpo desnudo, le colapsó los nervios.

Le habló sin preámbulos ni saludos; solo había dicho:

–Tienes que venir, Bren. Es tu madre. El jet te recogerá dentro de tres horas en la pista privada del aeropuerto. No te preocupes de nada. Nosotros estamos aquí.

Era cierto. Dylan y Ana siempre estaban allí para lo que necesitaran ella o su madre. Él lo había hecho desde que le recordaba en su vida, o sea, desde antes de nacer, porque su madre creció siendo parte del servicio del castillo; y después Ana asumió que cualquiera que viviera entre aquellas paredes formaba parte del clan y se mostraba, si cabía, más protectora que su esposo.

Una sonrisa nostálgica entreabrió sus labios al recordar cómo la española llegó a sus vidas; cómo con sus aires hippies y su sonrisa alegre desarmó la estructura jerarquizada de Greenrock hasta el punto de que el propio Malcom se dejó cuidar por ella en sus últimos momentos. Todo lo que tocaba Ana Beltrán se convertía en bienestar. Reconcilió a James con su tío, le hizo un hombre de provecho, enderezó incluso a sus díscolos amigos... y, de algún modo, consiguió que Dylan le ofreciera un préstamo personal a su madre para que ella pudiera estudiar en una prestigiosa escuela de cocina en París y más tarde obtuviera una plaza en un restaurante de reconocida fama donde realizar las prácticas. Ciertamente ella se había esforzado al máximo, que vivió por y para su sueño, que dejó en el camino los secretos anhelos de enamorarse de otro que no fuera James. Pagó el préstamo con sus posteriores trabajos, para tranquilidad de su madre, y ahora incluso se permitía ser portada en una revista exclusiva, inundando los kioscos de Francia con su rostro bajo el lema “La BB de la nueva cocina”.

Así conoció a Caleb, él le hizo las fotos para el reportaje dos meses atrás y con la sequía amorosa que presidía su vida desde que rompió con Marcus, apreció el talento del asiático para sacar lo mejor de ella en todos los sentidos.

Tenía claro que no lo amaba; en su corazón solo había sitio para un hombre, pero sabiendo que resultaba un imposible y teniendo sangre en las venas y deseos por satisfacer, tampoco era tan absurda de no concederse ciertos homenajes.

Solo con Marcus había durado dos años y medio, simplemente porque se complementaban bien, ambicionaban lo mismo, peleando por hacerse un hueco en el difícil mundo de los chefs, pero cuando terminaron las clases y buscaron destino, entendieron que no podían competir en la misma ciudad. Sin malos rollos, Marcus escogió Marsella y ella Lyon. Durante bastante tiempo mantuvieron contacto por correo electrónico y algún que otro mensaje privado; los dos eran celosos de su intimidad y no mostraban en las redes nada que no estuviera relacionado con su trabajo.

Brenda aún recordaba la mirada herida de James cuando llegó de su brazo a la boda de Dylan y Ana...

Verano de 2011, Greenrock

Había regresado de la escuela, cansada y al mismo tiempo feliz, cogida de la mano de Marcus, cuando miró en su buzón y encontró la esperada invitación para la boda. Venía en un sobre de elegante factura, de color blanco roto; en el interior, escrita a mano por la propia Ana y decorada con el escudo MacDougall, resaltaba la fecha, el 10 de julio; la hora, las once de la mañana; y el lugar, la capilla de Greenrock. El ágape se celebraría en una carpa en el jardín y se requería etiqueta. En una nota aparte, le rogaba que actuara como su dama de honor, junto con Marleen.

Una mueca entre divertida y perversa había cruzado su semblante al imaginarse al lado de aquella superpija en un evento tan importante, arrancando la curiosidad de Marcus quien, a partir de entonces, le había suplicado que lo llevara de acompañante porque jamás había estado en Escocia y la idea de conocer un castillo por dentro y codearse con aristócratas le resultaba excitante.

Así que, tras consultar con los novios, se encontró llevando pareja a la boda de su mejor amiga.

No contaba con que James se presentara en el aeropuerto a recibirla, y estuvo tentada de gritar de impotencia al ver cómo su rostro pasaba de la más inmensa alegría al de la viva sorpresa al percibir la mano de Marcus en su talle mientras atravesaban el pasillo que les conducía a la recogida de equipajes.

Él estaba como lo recordaba de la Navidad anterior, cuando fueron testigos felices del regreso de Ana: atractivo a rabiar, con aquel aire maduro que había cogido en pocos meses.

Ella se desasíó de la mano de Marcus y besó con falsa jovialidad a James en las mejillas, sintiéndolo tensarse por el contacto.

–¡No imaginé que vinieras a recogernos!

–Ya conoces a Ana; no deja nada al azar.

Aunque hablaba con ella miraba al muchacho que a su vez lo estudiaba con marcado interés; alto, de cabellos oscuros y ojos castaños. Con porte atlético y sonrisa abierta. Algo mayor que ellos.

Brenda se sintió obligada a presentarles.

–Marcus, él es James MacDougall, mi amigo y sobrino del novio. –Esbozó una de sus espontáneas sonrisas, que se clavó en el pecho del pelirrojo–. Imagino que también serás el padrino. A Dylan le hará mucha ilusión...

James asintió, esperando la explicación que no terminaba de llegar. Con un suspiro, Brenda se rindió a lo inevitable.

–Él es Marcus Necker, mi... pareja. Somos compañeros de curso, además.

James saludó con un frío apretón de manos al francés, quien no se dio por aludido, teniendo a los ingleses por unos estirados.

–Ignoraba que tuvieras novio. ¿De ahí tu ausencia de correos estos meses? Lo achaqué a que estarías liada estudiando.

–¡Y lo estaba! –Arrancó literalmente de sus manos el asa de su maleta y la cogió, deseando demostrarle que podía valerse por sí misma–. Pero ya te he dicho que vamos a la misma escuela.

Con un bufido, James les llevó la delantera hasta el aparcamiento donde había dejado el auto. Ahora entendía que Dylan no le permitiera pillar uno de los deportivos y se empeñara en dejarle el Mazda; sabía que Brenda traía *exceso de equipaje*; lo que no entendía era por qué no se lo habían contado.

Escuchó cuchichear a Brenda a sus espaldas y pasó de preocuparse de si lo estaba disculpando; desde luego, un anfitrión muy amigable no resultaba, pero le fastidiaba saberla con alguien. No era justo, pero cierto. Habían dejado clara la situación las Navidades pasadas, que cada uno debía seguir con su vida, pero constatar que a ella le había costado tan poco ponerlo en práctica le dolía en las entrañas.

Atenuó su rabia que ocupara el asiento de copiloto, aunque lo hiciera con cara de pocos amigos, pero al menos se permitió mirarla mientras se colocaba el cinturón. Con la vaporosa blusa de manga corta y los tejanos ajustados estaba para comérsela. Continuaba llevando el pelo corto e incluso usaba un discreto maquillaje, pero sus ojos seguían siendo los reyes de su rostro, de un verde musgo intenso.

Aguantó las ganas de tocarla y enfiló la carretera hacia Stirling. Tiempo tendrían de hablar en privado.

Brenda se mordía los puños por no poder cantarle las cuarenta a James. Notaba a Marcus incómodo en el asiento trasero, perplejo ante el gesto adusto del muchacho inglés, pero como ella solo le había contado que su madre trabajaba para un barón escocés, que se había criado en un castillo, y donde

había hecho hincapié era en la historia de Ana y Dylan, pasando por alto su amistad con James, ignoraba la causa de su evidente malhumor.

Para hacérselo más llevadero ejerció de guía turística durante el recorrido, desentendiéndose de James. Iba medio vuelta en el asiento y en uno de los cambios de marcha, la mano del conductor rozó su rodilla, lo que les llevó a lanzarse una furtiva mirada sin que se concedieran más tregua.

Los comentarios entusiastas de Marcus subieron de tono nada más divisar el contorno de la fortaleza, y Brenda se sintió tontamente halagada, orgullosa de una casa que en realidad no era suya.

No tuvo tiempo de detenerse a pensar al respecto. James les dejó junto a la puerta principal, donde Malcom acechaba al lado de una eufórica Ana, mientras él se quitaba de en medio para guardar el auto en la inmensa nave que utilizaban de cochera.

Brenda dejó sus maletas al cuidado de Marcus y se fundió en un sincero abrazo con la española. Seguía tan menuda como siempre, pero desprendiendo esa aura de energía que lo inundaba todo. Se quedó un tanto perpleja cuando le susurró al oído:

–¡Era verdad que venías con pareja! Pobre James... –Pero no pudo reconvenirle nada, porque los brazos de su madre la esperaban también unos pasos más atrás. Le pareció notarla menos fuerte, pero no le dio importancia, atenta al saludo de la anfitriona a su chico:

–Marcus, ¿verdad? Encantada de conocerte. Yo soy Ana, la que ha montado este guirigay.

La mirada de Lotty taladró a su hija, queriendo averiguar hasta qué punto era importante ese muchacho, puesto que lo traía a sus dominios, pero ella se mantuvo serena. No quería entusiasmar a su madre, aun siendo consciente de que no habría noticia que la hiciera más feliz que verla convencida de que lo suyo con James se había quedado en una quimera juvenil. Ni siquiera el que Ana, plebeya hasta la médula, se fuera a casar con el barón de Lomond, la haría cambiar de idea al respecto; las clases sociales no se mezclaban.

Besó a Malcom, menos adusto de lo general, y permitió que unas manos que no conocía se llevaran su equipaje y el de Marcus para acompañar a Ana y a su madre hasta un pequeño salón donde tomarían un tentempié.

Las mujeres rieron con los gestos de Marcus, absorbiendo cada detalle de la casa.

–Me recuerdas a mí cuando llegué –bromeó Ana ofreciéndole asiento sobre un cómodo sofá de franjas que imitaban al arco iris–. Tampoco podía cerrar la

boca de asombro.

–¡Es como vivir en un museo! –admitió el francés, encandilado tanto con la casa como con la anfitriona, quien, en vaqueros y con una camiseta sin espalda en tonos morados ofrecía la imagen más alejada que uno podría esperarse de una futura baronesa.

–Terminas por acostumbrarte –aseguró ella, pasando su vista del joven a Brenda con intensidad–. Así que... sois compañeros en la escuela de cocina.

–Sí. Yo he empezado un poco tarde; antes probé con una ingeniería, pero decidí que quería ser chef. –Pasó una mano con familiaridad por el brazo de Brenda–. Allí nos conocimos. Fue mirar esos ojos y quedarme prendado. –De repente comprendió que la mujer que lo analizaba con lupa al otro lado, muy erguida y con traje severo no era otra que la madre de la aludida y la retiró con premura–. Su hija es maravillosa, señora; ya se lo deben haber dicho muchas veces.

–No tantas. –Sonrió Lotty, seducida por el aspecto normal del chico–. Brenda tenía poca vida social antes de irse a París.

–¡Tampoco allí tiene ninguna! –Rio él–. Si no coincidiéramos en la escuela, sería imposible mantener una relación. Somos dos empollones de aúpa.

Brenda iba a reprenderles por el tercer grado al que les estaban sometiendo cuando la voz sarcástica de James se lo impidió.

–¡Pues vaya gracia, vivir en la ciudad de la luz y el amor y pasarla entre fogones!

La sonrisa desapareció del rostro de Lotty y Ana hizo lo posible por mantener el precario equilibrio que la situación causaba en los habitantes de la casa.

–¿Has olvidado que la pasión de Bren son los fogones? Porque bien que te gustaba probar sus experimentos.

Dejando paso a una doncella con un carrito repleto de comida, Dylan hizo su entrada en ese instante, organizando un breve barullo de abrazos y saludos. Después besó a Ana en los labios y tomó asiento entre Brenda y su futura esposa.

–¡Menos mal que has llegado, Bren! Ana está de los nervios con el asunto del catering, los convidados y demás zarandajas; y no sé por qué, cuando me he dejado convencer para que solo sean doscientos invitados... Dime que la ayudarás y podré volver a mi despacho como si esto no fuera conmigo.

–¡Ya te vale! –protestó la reprendida–. Esto va contigo más que conmigo. Te dije boda sencilla; ¡sencilla! –recalcó–, y vas a traes a casa a medio

Edimburgo.

–Cariño, soy un personaje público; no puedo quitar de la lista a todo el mundo.

–¿Todo el mundo? A mí me bastaba con los que estamos aquí, mi familia y los chicos.

Brenda supo que los chicos eran los amigos de James. Desde que ella les ayudara a sacar el curso el verano anterior la habían convertido en su aliada para cada plan que tramaban y, desde luego, como pañuelo de lágrimas en más de una ocasión.

James intervino para echar una mano a su tío, viéndolo descorazonado.

–A ver, pequeña plebeya, tienes que entender que vas a casarte con un barón. Los compromisos sociales son ineludibles.

No sin rabia, comprendió que acababa de darle un motivo a Lotty para que su mirada sonara triunfal mientras miraba a su hija y que esta bajara la vista, así que reaccionó a tiempo dirigiendo una socarrona réplica a la cocinera.

–Claro que también has conseguido que mi tío rompa moldes y demuestre que la voluntad de un hombre es más fuerte que las normas. Por eso, en vez de dos mil invitados, habrá doscientos. ¡Pero tranquila, Ana! Con dos futuros chefs a tu servicio y un dispuesto chofer como yo, la ceremonia estará de sobra organizada dentro de cinco días.

Ana gimió. ¡Cinco días! ¡Aún le quedaban cinco días de suplicio hasta que la pesadilla acabara!

–¡Quién me mandaría a mí hacerte caso y organizar una boda! Con lo bien que vivíamos en pecado.

Marcus estuvo a punto de atorarse con el exquisito café que acompañaba a la tarta de arándanos, aunque enseguida comprendió que estaba siendo testigo de la confianza que le otorgaban mostrándose delante de un desconocido tal cual eran en la intimidad.

–No quería que Malcom te siguiera mirando de mala manera –bromeó Dylan besándole la sien y zampando sin miramientos un pedazo de dulce que cogió de su plato sin usar los cubiertos. Luego miró al invitado–. Bueno, muchacho, espero que encuentres el modo de entretenerte por aquí, porque a Brenda la vas a ver bastante poco. Es pieza imprescindible del puzle y tiene asignadas un montón de tareas.

–No se preocupe por mí –replicó Marcus con tranquilidad–, solo necesito su conformidad para ir conociendo el castillo. Jamás he estado en uno, pese a los muchos que tenemos en Francia, y me encantará recorrerlo de cabo a rabo. De

todos modos –apretó la mano de Bren que tenía más cerca–, si puedo ser de ayuda, estaré encantado. Y también quiero conocer algunas recetas de la madre de Brenda. Me ha confesado que comenzó siendo su inspiración.

–¡Es la mejor cocinera del mundo! –asintió James, quien quería a aquella mujer con toda su alma por mucho que ella renegara de verlo junto a su hija.

–Lo dudo mucho –replicó la aludida, halagada pese a sus reticencias con el chico–. Lo que sé lo aprendí de mi madre, y eso fue lo que le enseñé a Bren. Ahora será ella quien me muestre platos que ni siquiera me pasan por la cabeza. No dejarán de tener razón quienes dicen que la francesa es la mejor cocina del mundo.

Ana esbozó una mueca burlona que no pasó desapercibida para nadie.

–¡Bueno, eso habría que verlo! Para mí que esta jovencita se ha adelantado escogiendo una escuela en París ¡No diría yo que no hubiera sido más interesante acudir a la de Ferrán Adriá en Barcelona!

Contra lo esperado, fue la cabeza de Marcus la que asintió, dándole la razón.

–¡Es mi héroe! Ojalá yo lograra esa plaza...Tienes muchísima razón, Ana. La cocina francesa es por tradición la mejor, pero los españoles nos están quitando el puesto a toda pastilla.

Dylan, viéndose venir una conversación que le traía al fresco, terminó su té y tiró del brazo de su novia.

–Con permiso, os vamos a dejar. Mi chica y yo aún tenemos que concluir algunos detalles sobre la boda.

Bren, ya sabes que eres dama de honor, ¿verdad? El traje está en tu habitación; pruébatelo por si necesita cambios. Lo escogió Marleen sin dejarnos opción de elegir; espero que te guste.

Ana apretó el pecoso rostro entre sus manos, cálida y sonriente.

–Te aseguro que es precioso. Ya sabes que no me dejo mangonear con facilidad, pero no hallé motivos de queja. ¡Le irá a tu cutis como un guante! –Rio, burlona–. ¡No sé si lo pensó!

Ambas sabían que se refería a su enconada rivalidad por culpa de James, pero Marcus se quedó a cuadros, sintiéndose fuera de juego.

Lotty, para ayudarlo, lo invitó a seguirla con la excusa de enseñarle su habitación. Ignoraba si su hija se había vuelto tan moderna como para compartir cama con su novio, pero desde luego en aquella casa se guardaban las normas del decoro y cada uno ocuparía una alcoba. Bien alejadas, por cierto.

Bren lo dejó marchar con una sonrisa al tiempo que decía:

–Luego te busco, tranquilo. Ve deshaciendo el equipaje.

Sin percatarse, James y ella se habían quedado solos.

Se miraron con recelo hasta que él se dejó caer en un butacón y se permitió asomar su rabia.

–¿De verdad te has colado por ese tío?

Ella apretó los puños, sin ceder terreno.

–¿De verdad tenías que mostrarle al James más capullo?

Como un rayo lo tuvo enfrente, sujetándole los brazos con fuerza.

–¡Es la boda de Ana y Dylan, joder! ¡El momento más esperado en esta familia desde las Navidades ! Estaba eufórico pensando que vendrías y... ¡Y tú vas y lo estropeas todo!

Ella se desasíó con violencia, acumulando lágrimas en sus bellos ojos.

–¿Cómo te atreves a hablarme así? Disfrutamos de las fiestas con la familia de Ana, nos concedimos el respiro de ser inseparables esos días, pero tuvimos una conversación al final, ¿lo has olvidado? Dejamos cristalino que debíamos volar por separado, que nos queda mucho por aprender y vivir... Simplemente estoy cumpliendo mi parte. ¿O es que tú te limitas a ser un ermitaño y estudiar sin más?

James bajó la cabeza. Podría haber dicho la verdad, que sí, que eso era lo que estaba haciendo; pero ni loco lo admitiría después de saber que ella era capaz de olvidarlo con tanta facilidad.

–¿Ves? ¡Pues eso! –replicó ella airada, abandonando la sala.

Sin ganas de enfrentarse a Marcus ni a su madre se pasó por la biblioteca, donde se escuchaba la risa de los novios. Llamó a la puerta y Ana, divertida y recomponiéndose la ropa, la invitó a pasar, regalándole otro sentido abrazo.

–¡Qué bien que estés aquí! –Reparó en la tristeza de su semblante y la llevó de la mano hasta el sofá que poco antes compartía con Dylan–. ¿Problemas en el paraíso?

–¡James es un capullo! –le espetó a su antiguo jefe–. ¡No tiene derecho a mostrarse posesivo conmigo! Vosotros sabéis que... Sabéis que estoy loca por él desde que era una cría, pero debemos ser realistas y admitir que cada cual debe reconducir su vida. Así lo dejamos claro en Navidad... ¡Y ahora me reprocha que intente conocer a otros chicos! Yo no sé si Marcus será

importante o no en el futuro, pero me gusta y me hace sentir cómoda.

Dylan la estrechó entre sus brazos, tratándola como a una hija, mientras ella derramaba lágrimas sobre su hombro.

–Bren, él se siente enamorado de ti pese a ser consciente de que tu madre aborrece la idea de veros juntos. Si os he apoyado en que viváis historias separadas es porque considero que sois muy jóvenes, que la vida resulta larga y es mejor cometer los errores antes que después. Yo amaba a Meghan con desesperación y no imaginaba mi vida con otra mujer hasta que apareció Ana... Y ya ves, ahora soy el más feliz de los mortales. Te juro que si seguís sintiendo lo mismo cuando pasen unos años seré el primero en arrancarle a tu madre su bendición; te quiero con toda mi alma y me sentiría orgulloso de que te convirtieras en la duquesa de James, pero antes debéis cargar con un bagaje a vuestras espaldas.

Ella apartó la mirada para clavarla en los azules ojos de Dylan.

–¡Te aseguro que estoy conforme contigo! Es tu sobrino quien no lo acepta. Se ha portado como un cretino con Marcus, que no sabe nada de mis sentimientos por él. ¿Cómo voy a decirle al chico con el que salgo que aún quiero a otro?

Dylan le secó las lágrimas con los dedos, suspirando de satisfacción.

–¡Cómo envidio la sabiduría que mostráis las mujeres, Bren! Pero no te apures, yo hablaré con James y lo pondré en su sitio –prometió.

–¡No seas duro con él!

Se mordió los labios, pero ya estaba dicho.

Dylan volvió a estrecharla en sus brazos antes de dejarla sola con Ana musitando un.

–¡Creced pronto, por Dios! Me muero por saber si lográis mantener ese amor contra viento y marea. Bien que os lo merecéis.

Ana ocupó su lugar y le besó la húmeda cara repetidas veces.

–Pienso como Dylan, ya lo sabes. Deseo que termines con James, pero antes disfruta del mundo que te aguarda ahí fuera. Hay muchos hombres, muchas ciudades y muchas cosas que hacer. Yo no me arrepiento de nada de lo que viví hasta que llegué a esta casa. Es más, soy producto de todas esas Anas que dejé en libertad. Hoy me toca hacer de baronesa, pero jamás olvidaré mis curros de *au pair*, ni de camarera o guía... Ni tampoco me pesa haber pasado por otros brazos antes que por los de Dylan, aunque ya no desee otro rincón en el que estar.

–¡Oh, Ana, si yo consiguiera ser la mitad de sabia que tú!

La risa de la española resonó en la biblioteca.

–¿La mitad? Tú ya lo eras cuando nos conocimos! Anda, vamos a ver el traje de dama ¡A Marleen le va a dar algo cuando comprenda lo preciosa que te ha puesto!

–¿De verdad no me hará sombra?

Ana rozó con ternura la mejilla de la insegura muchacha.

–¿Sombra Marleen? Tienes los ojos de una ninfa, Bren, nunca lo olvides. Por cierto, le he puesto tu imagen a mi dama de las Highlands, espero que no te importe.

–¿A Isabella MacDuff? –Su entusiasmo fue en aumento–. ¿Cómo llevas el libro?

La cara de Ana mostró fastidio al tiempo que salían al pasillo.

–¡Lo llevaba! Con todo este embrollo he tenido que dejar mis visitas a los archivos. Menos mal que Dylan me ha prometido que pasaremos todo el verano próximo en Inverness y podré escribir alejada del mundo.

–A Morag y Dugan les encantará. ¿Vienen a la boda?

–¡Solo faltaría! ¡Ya que tendré que aguantar la presencia de mi madre y del primer ministro escocés, al menos que pille alguna cara amiga!

Brenda se detuvo en mitad de la escalera, fascinada.

–¿Alex Salmond? ¡Dios santo, no lo había pensado! Pero claro, siendo Dylan parlamentario... No imaginas los botes que pegué cuando ganó las elecciones. ¡La primera mayoría absoluta del Partido Nacionalista en Holyrood! Nadie podía entenderme, pero fue maravilloso escucharlo en las noticias.

Ana rio sin alborozo.

–¡Te salió la pequeña independentista que todo escocés lleva dentro! No, si te entiendo –rectificó, captando la repentina seriedad de Brenda–. A mí tampoco me entusiasman los ingleses, pero ahora que el mundo es global resulta tonto hablar de independentismo, ¿no crees?

En realidad no nos vamos a independizar; la cuestión es hacernos más autónomos y que se respeten nuestras tradiciones. ¿O tengo que recordarte que nos prohibieron incluso vestir el tartán después de Culloden?

–¿Y yo debo recordarte que esa reivindicación es una antigualla y que ya se encargó *sir* Scott de que George IV lo vistiera en 1822 cuando hizo su visita a estas tierras? Para más inri, ahora lo lucen en todas las novelas y pelis sexys y románticas del planeta, erigiendo Escocia en destino de moda. ¿Se puede pedir mayor momento de gloria?

Ambas se miraron con amplias sonrisas. De pronto, Brenda se encogió de hombros.

–¡Pues también es verdad! Anda, veamos ese traje. ¡Pero que sepas que me encantará conocer en persona al señor Salmond!

–¡Todo tuyo! Así cumples tus funciones de dama de honor como debe ser. La novia va a estar más que ocupada escondiéndose por los rincones –aseguró Ana, no sin angustia.

Esa misma noche aumentó la concurrencia del castillo. James, en su calidad de chofer oficial, recogió a los padres y al hermano de Ana en el aeropuerto.

Se conocían de Nochevieja, cuando pasaron la fiesta juntos por expreso deseo de Dylan, tras recuperar este a Ana en su breve visita a Madrid. El escocés sabía que ella no pecaba de tradicional, pero como él sí lo era decidió que no había mejor manera de presentarse oficialmente a la familia de su futura esposa que enviándoles el jet para que acudieran a Greenrock. Le costó una tarde de morros de la española, pero entre James y su hermano Miguel le hicieron más llevaderos los comentarios desafortunados de su madre en la corta estancia.

Malena Altamira parecía un clon de su hija, quitando la diferencia de edad, asunto que mortificaba a las dos por igual; sin embargo, el carácter no podía ser más diferente. La médica mantenía de continuo un gesto altanero que se reflejaba en sus labios apretados y el ceño fruncido. Se encontraba en su salsa rodeada de lujos y para nada le molestó que su futuro yerno resultara un aristócrata.

Alfonso Beltrán, por el contrario, era un hombre campechano y amable. Enseguida hizo buenas migas con Lotty porque le encantaba la cocina y les ofreció más de una muestra de su buen hacer culinario.

Dylan, a día de hoy, seguía preguntándose qué llevaría a enamorarse a esas dos personas. Porque lo cierto es que lo estaban. Si alguien conseguía ablandar el gesto agrio de Malena, era su esposo con sus comentarios bromistas o sus encendidos elogios a la belleza de su mujer.

Miguel Beltrán fue caso aparte; desde que llegó se metió en el bolsillo a todos los habitantes de Greenrock, resultando el sosias perfecto de su hermana. Hizo deporte con James y Dylan, encandiló a las doncellas, conquistó la confianza de Brenda y consiguió que lo admitieran a ratos también como cocinillas en los dominios de la cocinera.

Esa noche la situación se manejó pareja a la de Navidad, aunque el saludo de Malena a su hija fue menos despegado. Hubo un instante en que incluso llegó a ser emotivo cuando dejó caer el comentario.

–¡Cuánto le hubiera gustado a tu abuela estar con nosotros estos días!

A lo que Ana, acariciando el colgante que solía llevar, replicó.

–Te aseguro, mamá, que lo está. Brillaron lágrimas en los ojos de ambas y se fundieron en un abrazo de reconciliación.

Después, todo volvió a su cauce.

Al día siguiente Miguel y su madre, con Malcom pegado a los talones, controlaron a los trabajadores que se encargaban de instalar la gigantesca carpa en la explanada del castillo; mientras, Lotty y Alfonso cocinaron para un regimiento, ya que Ana se empeñó en que se sirviera a todo aquel que colaborara en la ingente tarea de disponer lo necesario para la boda.

Se había contratado personal añadido para todas las dependencias, desde las alcobas a las cuadras. Greenrock relucía y el ir y venir de la gente era incesante.

Ana se llevó a Brenda a Edimburgo para ultimar compras de vestuario y accesorios mientras que Dylan y James, con Marcus adosado, gestionaban el catering, los aparcamientos y cualquier tarea de gestión para que nada fallara el domingo.

A su pesar, James debió reconocer que Marcus tenía una inteligencia viva y aprendía rápido. Solucionó diversos problemas de logística y se ofreció para tareas menores sin pudor alguno, ganándose los agradecimientos de Dylan.

El día antes de la boda cogió a James en un aparte y mantuvo una breve conversación con él.

–Disculpa, James. Al principio pensé que me tratabas con desdén por aquello de vuestra fama de antipáticos pero ahora sé que no es así, lo cual me lleva a considerar que tienes algo contra mí. Podrías ser honesto y hacérmelo saber.

Sintiéndose abochornado, James desvió la mirada.

–No tengo nada contra ti.

–Entonces es que te gusta Brenda –afirmó el otro sin rodeos.

James notó que no solía llamarla Bren, quizá para diferenciarse del resto. Con presteza lo enfrentó, enfurecido por la tranquilidad que mostraba su rival.

–Quizá sea eso.

–Sin embargo, tú la conociste antes que yo y no sois pareja –objetó sin enfadarse.

–Las cosas no siempre son fáciles, ¿no te parece?

Marcus asintió, demostrando la madurez que la edad le otorgaba.

–No, no lo son. Pero si de verdad te importa, no le fastidies estos días. Vino muy ilusionada con la boda y cuando no está con vosotros, a veces se pone triste. Puede que tú también le importes y por lo que sea no estéis juntos; pero ahora ella es mi novia y quiero que luzca una sonrisa perenne en ese precioso rostro que Dios le ha dado, así que procura no oscurecerla con tus tonterías de chaval. A no ser que tengas algo que añadir.

James apretó los puños a los costados y encajó la mandíbula con fuerza, pero denegó, haciendo el esfuerzo de no liarse a tortas con su invitado.

–Descuida. No haré nada por estropear la alegría de Bren. Ella significa para mí más de lo que imaginas; pero abstente de robarle la sonrisa tú, porque entonces te buscaré bajo tierra y te lo haré pagar.

Marcus rio, palmeándole un hombro.

–Así me gusta. Que saques los dientes. Si algún día lo dejamos ya sé que tendrá guardaespaldas.

Se alejó silbando, despreocupado, mientras James admitía con desgana para sus adentros que le agradaba el tipo.

El domingo llegó más rápido de lo que Ana había esperado, disfrutando con la presencia de sus allegados, incluida su madre, por una vez.

La noche anterior, como todas desde que regresó de España, había dormido con Dylan en su cama (a partir de ese día lo harían en la alcoba de él, reformada de arriba abajo, convertida en una mezcla de los gustos de ambos), pero cuando despertó ya no estaba.

Saberlo nervioso le hacía gracia. Ella se hallaba bastante tranquila. No le angustiaba iniciar una nueva vida al lado del hombre que amaba porque llevaba meses compartiéndola, y el de esa mañana no pasaba de ser un mero trámite que Dylan creía necesario.

Las primeras en aparecer fueron Brenda y Mónica, su peluquera oficial desde que la peinó en el Dalhousie Castle Hotel. Pese a que aquella noche resultó un desastre, el trabajo de la muchacha le encantó y la había contratado siempre que requería estar presentable acompañando a su prometido, y en esta ocasión no iba a ser menos.

Mónica había llegado la tarde anterior, y se enamoró del castillo y de Miguel Beltrán con igual intensidad. Ya tenía apalabradas vacaciones en Ibiza porque se le fastidiaron las de septiembre; no obstante, le aseguró a Ana que no necesitaba encontrar un español más guapo, que su hermano era perfecto, a lo que ella respondió entre carcajadas que podía intentarlo, pero que resultaba un pez escurridizo, como buen marino; sin embargo, lo cierto era que Miguel y la peluquera no se separaron un instante durante la cena y que luego se perdieron por los jardines al concluir los postres.

Por la sonrisa que lucía la escocesa aquella mañana Ana no se atrevió a preguntarle, segura de que había logrado su propósito de intimar con un españolito.

Desayunaron las tres en bata, gastándose bromas, y después se esmeraron con los maquillajes y los peinados. Con las guasas y la presencia añadida de Malena –espectacular con un modelo de alta costura de color oro de Teresa Ripoll, compuesto de vestido de guipur y abrigo de mikado con lazo en la cintura– se les fue el tiempo volando, y no habían terminado cuando los primeros asistentes empezaron a acomodarse en la capilla y los aledaños, ya que al ser un recinto pequeño para tanta gente se había instalado una cámara dentro y pantallas en el exterior, con el fin de que todos pudieran seguir paso a paso la ceremonia.

Marleen apareció hecha un manojo de nervios, maquillada y con un favorecedor recogido de su rubia melena en un moño alto pero sin el vestido, que estaba junto con el de Brenda. Aunque ambas se saludaron con escasa simpatía, se los embutieron de prisa para representar su papel de damas con la mayor gracia posible.

Recibieron elogios de las otras chicas hasta que Ana se dio la vuelta y les mostró cómo se le ajustaba su maravilloso diseño de novia.

Dylan saludó al primer ministro escocés, único político que tendría la deferencia de ubicarse en el interior junto a los invitados más cercanos, presentándole a la familia de su futura esposa y al pastor que celebraría el enlace.

La capilla, de estilo gótico, estaba decorada con rosas blancas y guirnaldas de seda; nada ostentoso, como Ana insistió. Por suerte contaban con una mañana soleada que hacía refulgir los colores de las vidrieras, iluminando las baldosas de piedra pulida de la nave.

En cuanto le fue posible, Miguel dejó a sus padres ejerciendo de diplomáticos con el político y regresó a su puesto en el altar junto a James, quien, con idéntico atuendo al de su tío, el tradicional traje escocés con los colores MacDougall, esperaba visiblemente nervioso.

Él, de chaqué negro con chaleco gris y corbata oscura, arrancó más de un suspiro, inconsciente de su atractivo, mientras buscaba entre los asistentes a la preciosa peluquera con la que había pasado la noche. Saludó con un ademán al personal de la casa, que estaba presente en los primeros bancos acompañando a los familiares, y sonrió al ver cómo el estirado Malcom no podía resistirse a ir colocando a los recién llegados en sus respectivos asientos. Afuera, los invitados eran atendidos por personal añadido, aleccionados hasta la saciedad en días anteriores por el marcial mayordomo.

De repente, el órgano comenzó a entonar los primeros compases del *Canon de Pachelbel* y todos los ojos se centraron en la figura que avanzaba, traspassando el vano, iluminada por los rayos de sol mañanero.

Dylan repasó el vestido de bámbula de seda plisada con cuerpo de *chantilly* y cola de sirena de Rosa Clará del que ella tanto le había hablado sin permitirle verlo «por si acaso es verdad que da mala suerte», y saboreó el color moreno de su piel en sus brazos desnudos hasta llegar a las enguantadas manos de tul que sostenían un ramo de violetas, símbolo de delicadeza, sutileza y simplicidad, todo lo que Ana quería representar para él. Llevaba un peinado elaborado, con su larga melena recogida en una trenza floja donde se entrelazaban cintas de raso verdes y rojas, evocando los colores MacDougall. Por adornos, el colgante de plata regalo de su abuela y unos pendientes de diamantes y oro blanco. No necesitaba otros detalles para complementar su belleza.

La sonrisa radiante y el brillo sospechoso de sus ojos complacieron a Dylan mejor que el resto de accesorios. Bajó el peldaño que lo elevaba del resto y sostuvo las manos de su amada ante el colectivo suspiro de satisfacción.

Ana dejó las flores a buen recaudo con Brenda y se perdió en los ojos azules que la subyugaron desde el primer momento. El corazón le explotaba en el pecho. Desvió la vista hacia su hermano, guapísimo al lado de James, siendo ambos los padrinos, y descubrió que los ojos del otro joven no la miraban, embelesado con Brenda, perfecta en su traje corto de *chiffon* azul eléctrico, con el cuerpo drapeado y la falda vaporosa, marcando cintura con un ancho cinturón en tela plateada.

También Marleen estaba bellísima y el vestido resaltaba la tonalidad de sus

iris claros, pero James solo tenía ojos para la pelirroja de ojos verdes.

Dispuestos todos alrededor del altar y de cara a los presentes, el sacerdote inició la ceremonia.

Ana había transigido en celebrar un matrimonio religioso porque estaba convencida de que no habría otro para ella, pero como para Dylan sí era importante sellar su unión, cedió a regañadientes, dejándole claro que lo único significativo del enlace sería el momento de los votos.

Los hicieron ante el altar, manteniendo la expectación de sus conocidos, que permanecieron en absoluto silencio incluso en los jardines desde los que observaban la escena.

Dylan paseó sus nudillos por el rostro de Ana antes de coger la mano donde depositaría el anillo. A pesar de los nervios, en ese breve instante se sintió sereno, perdiéndose en los castaños reflejos que lo miraban cargados de amor.

Con voz segura pronunció las palabras que había escrito y memorizado:

Yo, Dylan,

te tomo a ti, Ana,

por legítima esposa

hasta el fin de mis días.

Agradezco al destino

que te cruzaras en mi vida

para volverla del revés,

para llenarla de risas y esperanza;

para calmar el dolor de mi corazón.

Agradezco hallar en ti

*a la compañera perfecta,
para disfrutar de lo bueno
y sobrellevar cualquier desdicha
que el futuro nos depare,
porque sé que contigo todo será más fácil;
porque sé que sin ti,
ya no sería posible imaginar
una vida con brillo en el horizonte.
Porque tú eres mi amor,
por encima de todo y de todos.
Te desposo y prometo recompensar
cada minuto que pasemos juntos.*

Con pulso firme colocó el anillo en el anular de la mujer que estaba realizando ímprobos esfuerzos por contener las lágrimas y, olvidando el protocolo, depositó un breve beso en sus labios, originando un coro de murmullos de apreciación.

Ana, respirando hondo, sujetó la mano izquierda de Dylan sin apartar la vista de su rostro y recitó los suyos, alto y claro, levantando risas en los presentes y un esbozo de burla en los labios del que iba a ser su marido al reconocer de su boca las palabras que habían escuchado mil veces en la película que ella visionaba cuando se sentía romántica, *Tenías que ser tú.*

Espero que nunca quites, atraques o engañes;

pero si vas a quitar,

quítame mis pesares.

Si vas a atracar,

atraca todas las noches en mi puerto.

Y si vas a engañar,

por favor,

engaña a la muerte,

porque no podría vivir ni un solo día sin ti.

Te amo, Dylan. Hasta el fin de mis días.

Tras ser bendecidos con el consabido «yo os declaro marido y mujer», unieron sus bocas en un cálido beso cargado de promesas que Dylan concretó con un:

–Te amo, *mo duinne*.

Entonces le tocó el turno de mover ficha al grupo de elegantes muchachos de Eton, cada cual vestido con el tartán de sus respectivas casas, y a quienes Marleen se unió colocando sobre su hombro una banda con los colores MacBean. James hizo una señal a los músicos que aguardaban con gaitas en la entrada y al son de sus acordes entonaron el *Flower of Scotland*.

El resto, Dylan incluido, tomados por sorpresa, reaccionaron más tarde, pero enseguida se sumaron al coro de voces jóvenes con la tonada que rememoraba el orgullo del pueblo escocés.

Los españoles y Marcus miraron a la novia, sorprendidos a más no poder, a lo que ella se encogió de hombros, riendo, conocedora del terreno que pisaba.

Le emocionó descubrir a Morag y Dugan en el tercer banco de la pequeña

iglesia, vestidos con sus mejores galas, con el puño en el pecho, cantando a voz en grito sus sentimientos más hondos. Y le divirtió percatarse de que tanto el sacerdote como Peter, Donald, Lotty, Malcom, Mónica y Brenda no se quedaban atrás.

Miró al primer ministro y le guiñó un ojo, recibiendo en respuesta idéntico gesto, cargado el hombre de orgullo por semejante demostración de nacionalismo.

Terminado el himno los jóvenes regresaron a sus asientos con una sonrisa satisfecha, sorprendiendo a Ana que no estallaran en una salva de aplausos.

Concluida la ceremonia llegó el momento de atravesar la nave, y Dylan la pegó a su costado con feroz posesión. Sintieron caer sobre sus cabezas y hombros pétalos de rosas y cuando llegaron al césped lo encontraron repleto de invitados deseosos de darles la enhorabuena. Sin permitir más demoras, Dylan besó con pasión a su esposa, provocando risas y comentarios procaces, hasta que se sintió lo suficientemente saciado para cederla a otros brazos y otros labios.

Ambos se vieron zarandeados, besados, abrazados, aunque en todo momento fueron conscientes de dónde estaba el otro.

James abrazó a su tío musitando:

–Papá estaría feliz de verte. –Con los ojos empañados.

A lo que Dylan respondió con idéntica emoción:

–Estaría más orgulloso de ver en quién te has convertido tú.

La mirada de los dos confluyó en la mujer que los había unido y se encontraron sus ojos vidriosos fijos en ellos, así que fueron a enlazarla sin importarles la multitud que los rodeaba.

–Esto es obra tuya, Ana; te deberé la vida siempre –susurró el muchacho, emocionado.

–Y si nosotros estamos juntos es porque tú fuiste rebelde: Ya ves las jugaretas del destino –bromeó ella, tan conmovida como las dos calcomanías escocesas que tenía en sus brazos.

Dylan volvió a besarla, riendo y comentando:

–Bendito Balado.

Apenas pudieron permitirse un respiro: los saludos, las fotos, las primeras bandejas del catering... Cuando llegó el momento del vals, sonaron los acordes de *Gramofon* de Eugen Doga, y Dylan enlazó el talle de Ana y la hizo dar vueltas con la misma gracia y firmeza con que la condujo la primera noche que bailó con ella en los salones del Dalhousie. Pero en esta ocasión

ella no tuvo miedos, se dejó llevar y disfrutó de la cercanía de su esposo.

El cuento de hadas acababa de cumplirse.

Por un brevísimo instante tuvo un recuerdo para Isobel Cameron y el regocijo la inundó imaginándola rabiosa por no ser invitada al evento del verano. Como si le leyera el pensamiento, Dylan emitió una risa divertida y le besó la nariz, encandilado por las múltiples facetas de su esposa.

Brenda acometió su tarea como dama de honor manteniendo impecable el aspecto de la novia y consiguiendo que los pequeños detalles se cumplieran a la perfección.

Marcus hizo gala de una notable paciencia hasta que, llegado los bailes, la enlazó del talle y la obligó a quedarse en sus brazos un rato.

Ella estaba más radiante de lo que la había visto nunca y se encandiló de su boca, atrapándola con insistencia hasta que Brenda se apartó, sofocada.

–Mi madre puede vernos, Marcus; no seas imprudente.

–Tengo su visto bueno como tu novio –alegó él, jovial.

–No importa; me da vergüenza besarnos en público.

El aceptó sus reticencias y la sostuvo contra su pecho, besando su coronilla. No estaba seguro de si sus argumentos eran ciertos o más bien no quería tener a James de espectador. El escocés les había rondado todo el día, aunque no se había acercado a ella más de lo imprescindible, para unas fotos o para solicitarle ayuda. Parecía conformarse con las atenciones de la preciosa rubia que llevaba el mismo vestido que Brenda y que nadie le había presentado. No obstante, no iba a mostrar sus reservas. Podría salirle mal y dar pie a la escocesa a romper su incipiente relación, situación que no quería que ocurriera, aquel viaje le había servido para darse cuenta de que la pelirroja le importaba más de lo que creía; así pues aceptó sus explicaciones y siguió bailando con ella.

Acabados los fuegos artificiales, Ana subió a retocarse el maquillaje, cansada de abrazos y besos, y se topó con James fumando junto a una ventana, mirando hacia la carpa. Su mirada delataba la tristeza de su alma.

Dejándose llevar, lo abrazó por detrás y se apoyó en su esbelta espalda.

–¿Huyendo del ruido?

Él ocultó sus emociones bajo una forzada sonrisa, aplastando el cigarrillo

en una maceta antes de girarse y responder al abrazo.

–Un ratito. ¿Y tú? Se supone que eres la protagonista, no puedes faltar.

–Si alguien me da un achuchón más se va a llevar el moreno de piscina que tengo, porque lo que es el maquillaje desapareció hace un rato. Vine a retocarlo. ¿Me acompañas?

–Claro. –Rio, encandilado por su frescura.

Pasaron a la habitación azul, desordenada por las prisas de última hora, y mientras Ana tomaba asiento frente al tocador, James se acomodó en el sofá.

–¿Te importa que fume?

–¡Ya llevas unos cuantos! –objetó, brocha en mano–, pero bueno, haz lo que quieras, ¡ya eres mayor!

James rio sin rastro de alegría.

–¡Y un cuerno mayor! Ojalá lo fuera. ¡Ojalá hubieran pasado años de hoy y hubiera terminado mis estudios y pudiera decidir sobre mi vida! ¡Ojalá existiera una puerta de Stargate y hubieran pasado quince años!

Ana detuvo su arreglo y lo miró muy seria.

–¿Crees que el paso del tiempo es lo único que te llevará a alcanzar lo que deseas?

–¡Al menos me dará opciones! –masculló, levemente furioso–. Ahí tienes al panoli ese, que me lleva solo cinco años y se morrea con Brenda como si fuera suya, indiferente a que Lotty les llame la atención.

Ana abandonó el intento de restaurarse y se arrodilló frente al chico, tirando sus tacones por el camino.

–Sabes que para Lotty el problema no es la edad, James. Te ha visto crecer siendo hijo de sus señores y sabe que te vas a convertir en duque sí o sí. Está chapada a la antigua. El tiempo no curará eso, a menos que le desees lo peor. – La cara de espanto del muchacho le indicó que se había pasado–. Bueno, puede que se ablande con la edad, pero tendrás que esperar a que traiga unos cuantos baronitos al mundo para que vea que tienen la misma sangre que sus adorados MacDougall...

James le dio un coscorrón cariñoso antes de abrazarla en su regazo.

–¡Qué bruta eres, profe! Sin embargo, me estás dando la razón; necesito que pase el tiempo.

Ella suspiró, incorporándose.

–Pues sí, parece que sí; pero esto es la vida real, y no una serie de las que nos gustan. Habrá que armarse de paciencia.

–¿Y si otro me la roba mientras?

Latía un miedo tan sincero en sus ojos que Ana no dudó.

–¿Te acuerdas de Andrea? Yo pensaba que lo quería, pero fue conocer a Dylan y desapareció de mi cerebro. Tú tienes la inmensa fortuna de que Brenda te ama desde pequeña, con el mismo estoico convencimiento con el que yo empecé queriendo a tu tío. Y ya ves... No existe nadie más que él para mí. Tú estás clavado en el corazón de Brenda. Es posible que otros conozcan su cuerpo, pero su mente será siempre tuya. Te lo confirmo como mujer. –No quiso que la ilusión que se gestaba en su interior y se reflejaba en sus iris azules sumara demasiados puntos, así que lo remató con otra sentencia–. También te digo que Brenda merece vivir una vida distinta de ti. Y que tú volarás lejos de ella y puede que algún día te olvides de regresar. Piensa antes de hacerle promesas si quieres provocarle un daño permanente. Piensa si lo merece.

James le sostuvo la mirada.

–¿Confías en que ella me ama pero no crees que yo pueda sentirlo igual?

–Sí, lo creo, pero tienes diecisiete años y aún te domina el corazón; en poco tiempo te ganará cierta zona más baja. –Le acarició el rostro con amarga ternura–. Lo siento, cariño, pero los hombres sois así.

James apretó los dientes.

–Brenda será mi esposa como tú lo eres de Dylan; lo juro. Si depende de mí, lo juro sobre esos votos que os habéis hecho mi tío y tú. Prometo que algún día los recitaremos parecidos.

La puerta se abrió, dando paso a Dylan, sonriente hasta que les vio tan juntos y su gesto se volvió preocupado.

–¿Ocurre algo? ¿Me estoy perdiendo...?

–Nada, tío; ya me iba. –Sonrió con picardía–. Tu mujer necesita retocarse, pero sospecho que no la vas a dejar.

–¡Ya me gustaría! Alex se va y quiere despedirse, por eso la buscaba –una sonrisa diabólica transformó su rostro–, ¡aunque me has dado una idea! Si lo entretienes un poco quizá pueda ayudar a mi mujercita... a sacarse unos colores.

Ana, riendo, le tiró un cojín mientras se sentaba ante el espejo.

–¡Ni lo pienses, sátiro! Id bajando los dos y estaré lista en medio instante. ¡Con esta pinta no me arriesgo a que algo se salga de su sitio!

–¿Quieres que te envíe a Mónica? –propuso Dylan mas formal.

–¡De esa ni me hables! No quiero enterarme de si está tirándose a mi hermano en las cuerdas o en cualquier otro rincón que considere excitante.

Está loca de atar, y encima a Miguel le ha caído en gracia.

–Les he visto perderse hacia el lago después de la tarta, sí –admitió James socarrón.

–¡Dios mío, ese se nos queda por aquí también!

–¿No te gustaría que tu hermano se afincara en Escocia? –Se sorprendió Dylan.

Ana dio por concluido el arreglo y permitió que Dylan la ayudara con los zapatos, apoyándose en su hombro.

–Miguel sí, pero a este paso le seguirán los demás. ¡Con el cariño que mi padre le ha cogido a Lotty ! No sé. Mi madre parece haber cambiado, pero son muchos años para que me trague que somos compatibles... ¡Vamos, que no, que prefiero que vayamos nosotros de turismo a España!

Su marido la abrazó, riendo, y bajaron juntos las escaleras. Por el bullicio ambos se temieron que la fiesta iba para largo.

La madrugada andaba avanzada y la mayoría de los invitados se refugiaba al calor de la carpa o se cubría con chales y abrigos para salir a fumar o a perderse por los senderos.

Brenda, aterida por lo liviano de su atuendo, dejó a Marcus un instante para acudir a su habitación en busca de un bolero que combinara bien con el vestido. Subió deprisa, sin percatarse de que alguien bajaba, colisionando con el pecho de James, quien la sujetó para impedir que cayera.

Ambos se miraron con intensidad bajo los focos de luz que iluminaban toda la casa.

–Disculpa; no te vi. –Se azoró ella porque las manos del joven seguían sobre su piel desnuda.

–Tampoco yo. Acabo de dejar a Callum en su alcoba; se ha pasado con el alcohol.

Brenda sabía que sus amigos pernoctarían en el castillo; se había encargado en persona de que las habitaciones estuvieran dispuestas.

–Yo voy a... Tengo frío. –Se apartó para restregarse los brazos.

Sin pensarlo, James tiró de ella pasillo adelante y entró en su dormitorio sin encender la luz; tenían bastante con la que penetraba por los ventanales.

Brenda frunció el ceño, aunque le dejó hacer.

–Sé venir sola a ...

Sus palabras quedaron acalladas por la otra boca. James la aplastó contra la

pared y hundió su lengua en la de ella, saqueando, saboreando el sabor de su lápiz de labios y el frescor de cola que había tomado. Se negó a escuchar el débil forcejeo que ofreció y pasó las manos por sus brazos, captando que ya no estaban fríos. Se arriesgó a bajar por su garganta y lamer con descaro su vena palpitante, controlando no perder la razón al sentir el calor de su cuerpo y pegándola a sus caderas, que no dejaban lugar a la imaginación.

–James...

Le pareció que se asustaba y quiso tranquilizarla, embebiéndose en sus fascinantes ojos.

–Solo esto, Bren. Para el futuro. Para que tengamos de este día un recuerdo especial.

–¿Un beso? –musitó ella, abandonando las reticencias, vencida por el mismo deseo.

Sí; un beso de adultos.

Ella rio, avergonzada.

–Hace tiempo que nos besamos como adultos, James.

–No, no es verdad.

Sujetó sus muñecas en alto con una sola mano, trazó una caricia de fuego con la lengua por su cuello, bajó el corpiño con la otra y dejó un rastro de besos por sus pechos desnudos. La respiración de Brenda se volvió agitada, pero no lo apartó, y él abandonó esa zona para subir el vuelo del vestido, ronroneando con el tacto de su liga de raso y pasando los dedos por el borde del tanga. Apretó los dientes al comprobar que estaba húmedo. Acalló el bochorno de Brenda con un beso largo que la clavó a la pared e introdujo sus dedos en ella, arrancándole gemidos y un ir y venir de su cuello que parecía no saber dónde posarse. Liberó sus manos y permitió que ella le tocara sobre el *kilt*, mordiéndose los carrillos para no derramarse sobre su estómago y quedar como un crío. Aguantó hasta que Bren se apoyó en su hombro, desmadejada, emitiendo el sonido más preciado que le había regalado nunca y, como un poseso, buscó de nuevo su boca para devorarla. Después se apartó, con las frentes unidas como único contacto, y se hizo sangre en la lengua para no correrse.

Cuando se sintió calmado la besó con dulzura y acarició su pelo, alborotado tras todo un día de juerga.

–No te había dicho que eres la chica más preciosa de la boda. Gracias por este regalo, Bren.

Ella contuvo las lágrimas, acarició con delicadeza su rostro y le besó la

mejilla.

–Gracias a ti, James.

Se miraron unos segundos en silencio y luego, de común acuerdo, él salió primero.

Ella recogió el bolero a ciegas, se enjugó las lágrimas que amenazaban con desbordarla y salió detrás.

El lunes amaneció nublado. Brenda, con dolor de cabeza, aceptó el té que su madre le había llevado a la cama y su abrazo cargado de ternura.

La mujer tomó acomodo sobre la silla del tocador y contempló a su pequeña con marcado regocijo.

Lo hiciste muy bien ayer, cariño. Estabas tan guapa como *lady* Marleen. Tu padre se habría sentido orgulloso.

Brenda no tenía recuerdos de su progenitor. Había muerto cuando ella era un bebé. Por lo que sabía, trabajaba de ayuda de cámara del antiguo barón y falleció de un ictus cerebral. Solo había contemplado fotos de un hombre joven, sobriamente vestido, con el pelo tan rojo como el suyo. Su madre le hablaba cuando era pequeña de cómo se enamoraron desde el primer día, cuando él llegó del norte para cubrir la plaza que había quedado vacante. Pasó un año largo hasta que ambos se atrevieron a solicitar el permiso del barón para que les permitiera prometerse y se casaron apenas dos meses después de conseguirlo. Sus jefes les habían regalado una breve semana como regalo de bodas en Aberdeen para que Lotty conociera a la familia de su esposo; no obstante, Brenda no mantenía ningún contacto con sus parientes paternos. Al parecer eran marineros y no aceptaron de buen grado el tipo de vida de su padre, así que Lotty no volvió a verlos tras el día del funeral.

–Gracias mamá. Tu tarta resultó maravillosa –replicó para cambiar de tema.

–Nuestra tarta –recalcó de buen humor–. Tú me ayudaste. Bueno, tú y ese chico, Marcus. Tiene unas manos de oro.

–Sí, ha nacido para la cocina –admitió ella, sin ganas de incluirle en la conversación–. ¿Alguien ha dado muestras de vida por la casa?

–El señor, por supuesto; bajó temprano para llevarse una bandeja y dejar mensaje de que no estaban disponibles hasta la cena. –Rio con regocijo–. ¡Esa muchacha! No sé si podré acostumbrarme a llamarla señora. ¡Ha logrado maravillas con sus hombres! Nunca conocimos tanta alegría en Greenrock.

–Ana es especial, desde luego –admitió Brenda, contenta también.

–Los jóvenes están en la habitación del señorito James, atiborrándose con la tarta que sobró. Han pedido que se les suba allí el desayuno. Y la familia de Ana creo que duerme aún. El señor Alfonso no me ha visitado en la cocina – bromeó.

Lotty aparentaba que le molestaban las injerencias en sus dominios, pero lo cierto es que se divertía mucho aprendiendo recetas españolas y se admiraba de que dos hombres con carrera supieran defenderse tan bien en esas lides.

Brenda saltó de la cama, dispuesta a ponerse en marcha.

–Será mejor que me levante y os ayude. Habrá mucho que recoger.

Lotty la empujó con suavidad sobre el lecho con una sonrisa radiante.

–¿Te olvidas de que el señor ha dispuesto el evento para que no nos sobrecargara más de la cuenta? Hay una legión de hombres quitando la carpa y cargando el mobiliario en camionetas. Los del catering recogieron de madrugada, cuando los músicos dieron por finalizada la fiesta. Apenas queda nada por hacer. Atender a los invitados que se quedaron, y son de confianza. – La besó con devoción maternal–. Duerme otro poco. Para el té estará todo el mundo en danza y sí me echarás un mano.

–De acuerdo, mamá.

–¿Os iréis mañana por fin? –preguntó Lotty, ya junto a la puerta.

–Sí, tenemos billetes cerrados. Debemos volver al curso.

La mujer asintió, comprensiva. La echaba terriblemente de menos, pero entendía que Brenda se estaba labrando un futuro, que luchaba por cumplir sus sueños, y ella jamás sería un impedimento para que lo lograra. Solo saliendo al mundo y conociendo a otra gente rompería su imagen idílica del joven James, solo así contactaría con hombres normales, como Marcus o cualquier otro compañero... Deseaba que su hija fuera feliz y los desenlaces como el de Ana solo se daban en las novelas y, muy de tarde en tarde, en la vida real. No creía que pudieran darse dos finales felices en el reducido espacio de Greenrock. Los milagros apenas rozaban la vida de los pobres.

Marcus se puso el cinturón y miró a su chica mientras lo imitaba.

La noche anterior le había sorprendido la propuesta de Dylan de que utilizaran el jet privado para regresar a París y estaba molesto con ella porque se había negado con rotundidad. Todo el mundo en la casa sabía que los novios no lo necesitarían hasta el fin de semana, en el que iniciarían su viaje de novios. Al parecer iban a realizar un periplo por diferentes países asiáticos y

concluirían en Nueva York, ya que Ana se moría por ver in situ los fascinantes rascacielos de las películas. No acababa de entender a la gente rica, pero menos a los que les rodeaban. Él hubiera aceptado de mil amores la propuesta de viajar cómodamente en vez de en asientos de segunda clase con apenas espacio para sus largas piernas. Sin embargo, no le quedó otra que aceptar la negativa y que el propio Dylan les acercara a Edimburgo para coger el vuelo; eso sí, en un magnífico Saab que le quitó el hipo.

Brenda estaba muy callada. La había notado tensa en la cena, rodeada del alborotador grupo de jóvenes aristócratas que tan integrado parecía en la familia. En todo momento se habían mostrado educados en su trato con ellos y con el servicio, pero percibió que era Brenda quien imponía barreras y decidió respetar sus motivos. Mientras tanto, él se había entretenido ponderando los comportamientos ajenos, aprendiendo detalles para sumarse a un mundo del que quería ser participe en cuanto le fuera posible.

Brenda, por su parte, miró por la ventanilla, despidiéndose de la tierra que amaba. Le costaba separarse de Escocia y de su gente. Sabía que debía cumplir con fría determinación los planes que se había impuesto, pero el recuerdo de James aquella mañana colándose en su habitación para decirle adiós sin testigos le quemaba la garganta.

Había llamado a su puerta con educación y luego la había contemplado mucho rato en silencio.

Cuando Brenda quiso interpelarlo, él selló sus labios con un beso suave y un cálido apretón de hombros.

–Sé feliz y realiza tus sueños, Bren.

Después se había ido y no volvieron a verse.

Otoño de 2013, Edimburgo

El tiempo había transcurrido con una celeridad asombrosa, pensó Brenda mientras descendía del avión que la devolvía a Escocia. No se había permitido unas vacaciones desde la boda. El trabajo se convirtió en un reto, en una competencia salvaje por conseguir las mejores notas y las merecidas recomendaciones, así que Lotty, venciendo su reticencia a volar, se desplazó a París para pasar con su hija las Navidades; después, a lo largo del año anterior, solo pudo realizar brevísimas escapadas, en ninguna de las cuales coincidió con James.

Ambos mantenían una relación esporádica, al principio para respetar la distancia que se habían impuesto, y después porque las circunstancias de la vida les llevaron a ello.

En esta ocasión, en la que ella acudía a la presentación del libro de Ana, sabía que él no estaría. Callum Ferguson y James habían sido aceptados en la Escuela de Negocios de la Universidad de Harvard, y el curso estaba empezado al otro lado del océano.

Unos días antes él le había enviado un correo electrónico pidiéndole que no faltara al evento, puesto que para Ana era muy importante el apoyo de los suyos y sobre todo porque, «recordando el maravilloso fin de semana que pasaron en el barco», ella había sido la mayor artífice de la idea de darle forma a Isabel MacDuff, *La dama de las Highlands*.

Una sonrisa nostálgica asomó a su rostro evocando la cena bajo las estrellas, la conversación sobre clanes que extasió a la española y su brindis final, convencida de que desentrañaría su historia.

A Ana le costó largos meses de investigación en archivos privados y públicos, pero con el apoyo inestimable del apellido MacDougall había logrado acceso a documentos que muy poca gente había sostenido en sus manos. Producto de ese estudio, y de las semanas redactándolo en la tranquila casa de Inverness, era el libro que ahora salía a la luz y que Ana Beltrán presentaba bajo su nombre de soltera en una conocida librería de la capital escocesa.

Brenda había tenido poco tiempo para disponer el viaje, pese a saber la

fecha con sobrada anterioridad. Días antes había roto su relación con Marcus y tuvo que admitir que le dolía más de lo esperado. Ambos se estuvieron preparando para el desenlace mientras acababan la escuela porque sabían que su competitividad no les permitiría trabajar en la misma ciudad. Enviaron solicitudes a múltiples ciudades francesas, se presentaron a un buen número de entrevistas en locales de merecido prestigio en las cercanías y cuando les llegaron las propuestas las estudiaron con detenimiento, ayudándose en los pros y los contras. Al final, Marcus se decidió por la cocina de un famoso hotel de Marsella y ella por un renombrado restaurante de Lyon.

La noche de la despedida se habían amado con una pasión desacostumbrada, como si tomar conciencia de que estarían de verdad lejos el uno del otro reavivara sentimientos que creían adormecidos por culpa de la costumbre.

–Hagámonos un nombre y creemos nuestro restaurante después, Brenda. Construyamos un futuro juntos –le había susurrado él más tarde, fumando un cigarrillo. Y ella había asentido, arrancándole el pitillo de las manos y enredando los dedos en su pelo oscuro para atraerlo a su boca.

De eso hacía una semana, y Brenda aún lo añoraba en su cama.

Rememoró la primera vez que aceptó tener relaciones con él, al filo de la Navidad en la que ninguno pudo ir con sus familias porque las prácticas doblaban puntos en el currículum. No vivirían juntos hasta la primavera siguiente, pero en aquella ocasión, cargados de adrenalina por la cantidad de trabajo, se montó en la Ducati de Marcus y aceptó sin palabras al gesto que él llevaba haciéndole noche tras noche.

Apenas atravesaron la puerta de su apartamento, él le arrancó el abrigo, la bufanda y los guantes y la llevó a horcajadas sobre sus caderas a la destartada leonera donde dormía. Se comieron a besos, se torturaron a base de caricias y cuando Marcus aseguró que no podía esperar más, ella le rogó avergonzada que tuviera cuidado, que era su primera vez, desinflando la pasión del francés. Brenda había apartado el rostro ruborizado, convencida de que había metido la pata, sin embargo, tuvo el efecto contrario.

Marcus estaba seguro de que entre el estirado escocés de la boda y ella había habido rollo, así que saber que ganaba al pijo por goleada en semejante momento le ayudó a desterrar sus complejos y se mostró como el más gentil y apasionado de los hombres, metiéndose a Brenda en el bolsillo y en su cama.

Hasta aquella semana en la que ella le había ayudado a recoger su equipaje y le había dicho adiós.

El pitido de su *WhatsApp* la sacó del ensueño en el que se había mantenido

aguardando la llegada de Dylan, quien debía recogerla en el aeropuerto, pero antes de contestar ya supo que le habían cambiado de chofer.

Marleen, con vaqueros y una chaqueta de cuero que se le ceñía como un guante, le hacía gestos con la mano para que se acercara a la salida.

Con su equipaje de mano, la melena que había vuelto a dejarse enmarcándole la cara y una sonrisa de cumplido, ella le plantó dos besos de agradecimiento.

–¿Te ha tocado a ti esta vez? Siento las molestias.

–¡No lo son! –aseguró la rubia con talante risueño–. Acabo de llegar de Saint Andrews y me ofrecí para ayudar, igual que los otros. Hewie y Allister están colocando sillas en la librería, así que me pareció más emocionante recogerte. –Abrió con el mando a distancia su deportivo MacLaren y tomó asiento con naturalidad en el portentoso auto–. Sube. Tu bolso de viaje seguro que cabe ahí detrás. Dylan me ha pedido que te lleve al Kirkpatrick. La movida no empieza hasta dentro de dos horas, aunque si quieres, espero a que te cambies y nos vamos juntas. Los demás están allí.

–Sí; si de verdad no es molestia, me gustaría –aceptó, asumiendo que la rubia estaba haciendo el esfuerzo de ser amable y en realidad no tenían motivos para ser enemigas.

–No es molestia. –Sonrió Marleen, saliendo del aparcamiento con gesto seguro, haciendo rugir los motores–. Estás superguapa con el pelo largo, ¿sabes? El corto es mas chic, pero tu melena es muy bonita.

–¡Vaya, gracias! No sé qué decir.

Marleen curvó sus labios con burla antes de responder.

–No tienes que decir nada. Y creo que va siendo hora de que enterremos el hacha de guerra –miraba al frente, atenta al tráfico, lo que Brenda agradeció, porque su sonrojo fue en aumento–, ya no somos dos crías colgadas por James, y si lo fuéramos da igual, porque seguro que ahora lo pillaré alguna lagarta americana... ¡Mírate, te has convertido en una chef de categoría, y yo voy a ser una relaciones internacional de primer orden! No necesitamos competir por ningún chico. Además, eres la mejor amiga de Ana, según su palabras, y ella es mi diosa particular, así que... –alargó la mano, apartándola del volante– ¿amigas?

Brenda, que no daba crédito, asintió, pensando si *lady* MacBean se había vuelto loca.

–¡Amigas, pero no sueltes eso!

La risa de Marleen llenó el habitáculo.

–Tranqui; el peque se conduce solo.

Recorrieron los escasos kilómetros hasta el centro en relativo silencio y frente a las puertas del hotel Marleen la despidió.

–Tómate el tiempo que necesites; estaré aparcada por aquí cerca.

Brenda bajó de la habitación con una minifalda de vuelo negra que dejaba lucir sus estilizadas piernas acabadas en botines de tacón, un suéter ajustado en color esmeralda y una chaqueta entallada en la cintura unos tonos más oscura.

Agradeció el guiño apreciativo de Peter y sonrió a su gesto.

–En un rato nos vemos.

Marleen fumaba fuera del auto, imperturbable frente a las miradas que los viandantes lanzaban al vehículo y a su persona.

Brenda se preguntó con cierta envidia cómo sería sentirse tan poderosa, pero de repente recordó las anécdotas que Ana le había contado sobre la pandilla, especialmente el desafecto de sus familias, y pisó fuerte. La actitud de aquellos jóvenes era pura apariencia; en realidad ya habían demostrado que preferían el tipo de vida de la gente normal, aceptando los consejos de la española por encima de los de su entorno.

–Disculpa si he tardado. No tenía claro qué ponerme –se sinceró–; nunca he asistido a la presentación de un libro.

–¡Pues te vas a llevar más fotos que Ana! –se burló la aristócrata–. Estás espectacular.

Brenda dudó si le tomaba el pelo.

–¿Subo y me cambio?

Marleen rio, gamberra.

–Al coche es adonde tienes que subir! Anda, vámonos, que me van a babear el auto de tanto mirarlo!

–¡Pues no tengas un deportivo, hija! La plebe somos así, nos ciega el lujo – le replicó con sorna, arrancando otra carcajada de la piloto.

–No me extraña que le gustes a Ana; parecéis calcadas.

–Ante de baronesa era plebeya también –le siguió el juego Brenda, mucho más cómoda.

Cuando llegaron a la librería, reían como amigas.

La presentación resultó un éxito. Allister, a todas luces colado por Marleen,

grabó el acto para la posteridad y para enviárselo a sus amigos ausentes; Dylan realizó las tareas de anfitrión; y Ana entusiasmó al público con su simpatía natural. Entre el personal se hallaba la familia de la española al completo: Miguel sentado al lado de Mónica, lo que agradó a Brenda, que había hecho buena pandilla con la peluquera durante la boda; los trabajadores de Greenrock y amigos en general, pero también asistió un nutrido grupo de profesores de historia que se habían interesado en el proyecto cuando ella les consultó.

Había prensa local y alguna que otra radio que realizó breves entrevistas momentos antes de la presentación.

Brenda se sintió orgullosa de escuchar a Ana hablando sobre el papel de la mujer escocesa en la historia de su país, aportando datos y nombres que mucha gente oía por primera vez; pero sobre todo, estuvo al borde del llanto cuando leyó en voz alta los agradecimientos y la mencionó, evocando la noche en que supo de la existencia de Isabel MacDuff.

Después, cuando le regaló un ejemplar firmado, su dedicatoria le arrancó lágrimas sin remedio.

Para Bren, artífice de esta novela; amiga de corazón y fiel reflejo del coraje y la fuerza de lady Isabel. Esta humilde autora se siente orgullosa de tenerte en su vida, por si te cabían dudas. Besos mil.

Brenda la abrazó susurrando:

–Yo sí que estoy orgullosa de que me escogieras como amiga. Vete a saber qué habría sido de mis sueños sin ti.

A lo que Ana le sujetó la barbilla y replicó muy seria:

–Los habrías alcanzado igual. Jamás dudes de tu valor.

Dylan no les permitió más sensiblería. Les obligó a posar en fotos una y otra vez; se llevó a Ana para presentarla a quien la solicitaba y, después, se fueron todos juntos para celebrarlo con una espléndida cena.

Al día siguiente James abrió el correo y antes de visionar el vídeo miró las imágenes que Dylan le había enviado. Se paró detenidamente en la que mostraba a Ana, elegante en su traje de chaqueta en tono amaranto con blusa blanca, posando junto a Bren, espectacular con su nuevo estilo de melena larga.

Se detuvo en su semblante, emocionado y feliz, y añoró no ser el artífice de dichos sentimientos. Acarició con la yema de los dedos su rostro, sus pecas alrededor de la nariz, sus ojos verdes...

Una punzada de nostalgia le atenazó el corazón. ¡Seguía loco por ella! Aunque continuara con el cocinero, aunque vivieran juntos –por lo que sabía–, aunque fuera el reto más difícil de afrontar... Por eso había pedido consejo a su tío y se había ido de Escocia. Si no podía interferir en la vida de Brenda, debía marcharse lejos; la proximidad de unos pocos kilómetros no acallaba su anhelo de ir a buscarla y dejarse de monsergas. Dylan se mostró conforme, opinando que un océano de por medio quizá le ayudaría a mantenerse cuerdo.

Por eso estaba en Estados Unidos, desarraigado de su gente y sus intereses. Para dar tiempo al tiempo y que ambos madurasen lo que los demás se empeñaban que debían madurar. Por más que él se sintiera el más sensato de los hombres, el más seguro de sus sentimientos.

Brenda se había instado en Lyon en un apartamento compartido con la segunda sumiller del restaurante a la que conoció meses antes en la Red, cuando buscaba trabajo, y con quien simpatizó enseguida. Mia resultó ordenada y respetuosa. Le mostró su habitación, minúscula pero bien organizada, con ventana a un patio silencioso, y acordaron unas sencillas normas de convivencia: limpiarían por turnos y compartirían los gastos generales; de la comida no tenían que preocuparse, la mayor parte del tiempo se les iría en el trabajo y allí la tendrían gratis.

El piso y el restaurante estaban situados en el mismo distrito, en la península que el Ródano y el Saona forman al converger, lo cual les permitía ahorrar en transporte urbano. Si tenía que mudarse de barrio para cualquier asunto, cogían la bicicletas o el autobús.

Brenda se familiarizó enseguida con la acogedora decoración del local, que tenía la fachada de piedra y arcos acristalados con el nombre impreso. El interior se repartía en cuatro espacios: una barra de degustación cerca de la cocina, mesas en el bajo y el entresuelo y un coqueto rincón de biblioteca. La estrella del local era el vino; casi trescientas botellas se exhibían tras una pared de vidrio y, como curiosidad, la comida se escogía en función del caldo que se quería tomar. El sumiller y el chef trabajaban en estrecha colaboración y con ellos Brenda se sintió como una esponja, dispuesta a absorber cada pizca de conocimiento que sus compañeros le entregaban. El resto la acogió con

calidez, sorprendidos de su dominio del francés, y aunque usaban a menudo el inglés con la clientela, ella se negó a que le hablaran en distinto idioma que el del país.

En pocos días estuvo integrada. Al principio añoró las conversaciones de madrugada con Marcus y lo mismo le ocurría a él, por lo que tomaron la costumbre de conectarse por Skype para darse las buenas noches, pero poco a poco se fueron convenciendo de que debían acostumbrarse a los cambios y se limitaron a chatear los días de libranza. Cuando dejaron de coincidirles, el distanciamiento se impuso.

Con Mia se llevaba muy bien y compartían algunos ratos, sobre todo haciendo deporte, pero cuando Brenda supo que mantenía un idilio secreto con Jean-Sebastien, el sumiller jefe, se quitó de en medio para cederles intimidad, aunque casi siempre su compañera se quedaba a dormir fuera. Las circunstancias la llevaron a trabar amistad con los dos únicos compañeros sin emparejar, ambos varones, y formaron trío para tomar copas al final de la jornada o salían a comer si estaban libres.

Brenda empezó con mucha fuerza visitando los sitios turísticos de Lyon como el Vieux Lyon, zona medieval y renacentista, patrimonio histórico de la Unesco; la Croix- Rousse, una colina con barrio propio, marcado por su pasado como foco de la industria de la seda; Fourvière, otra colina con un teatro romano y una basílica y, sobre todo, la Presqu'île, el centro actual, donde se desarrolla la vida comercial, plagada de grandes arterias, plazas y monumentos clásicos. Sin embargo, con el paso del tiempo se convirtió en una lionesa más y surcó las calles sin dirigir apenas una mirada curiosa alrededor.

En diciembre, con la excusa de la Fête des Lumières, recibió la visita de Ana y Dylan, quienes trajeron a su madre con el fin de que pasaran unos días en su compañía, puesto que las Navidades se le presentaban a tope de trabajo. Disfrutó mostrándoles los rincones interesantes y contemplando con el mismo gozoso asombro que el resto de espectadores cómo los edificios y monumentos se iluminaban en un fantástico espectáculo de luz y sonido.

Echó tanto de menos la presencia de James que después de aquella noche lo buscó en Facebook para saber de su vida algo más de lo que Ana y Dylan le dejaban caer a escondidas de Lotty y se encontró con que no tenía cuenta; sin embargo Callum sí, y le respondió de inmediato que le encantaría mantener contacto. A partir de entonces empezó a seguir las andanzas de James por las fotos que su amigo colgaba. De ese modo comprobó que le acompañaba muy a menudo una rubia delgada y bastante guapa llamada April. No solo en

instantáneas del campus sino también en una mansión en la playa y en ambientes de juerga. Callum solía fotografiarse con jóvenes distintas, pero en las de James siempre estaba la rubia.

Celosa, le rogó a Ana que no le hablase durante esas vacaciones de su ruptura con Marcus y su amiga, aunque a regañadientes, accedió.

Brenda siguió con su vida, trabajando, divirtiéndose sanamente, ligando de vez en cuando con turistas porque no quería crear malos rollos con sus dos compañeros, ya que los dos le habían tirado los tejos, y fisgando en la intimidad de James sin que él lo supiera.

En mayo, Marleen le comunicó que se escaparía con Allister al famoso festival de música electrónica que se celebraba por las calles y locales de Lyon, reuniendo a gente de todo el mundo, y ella, en vista de que el pobre Hewie se quedaba descolgado, le invitó a acudir también y les hizo de anfitriona los ratos que su trabajo le permitió. Se desmelenó con ellos bailando y tomando copas, les enseñó los conocidos *bouchons* –restaurantes típicos que les recordaron a sus clásicas tabernas, aunque se parecían más a casas de comida–, y les presentó a sus compañeros y jefes cuando se empeñaron en probar la alta cocina lionesa. El chef quedó impresionado por los apellidos de sus clientes, pasmado de que tan jóvenes comensales fueran el futuro de la rancia aristocracia escocesa, y a partir de ese momento comenzó a mirar a Brenda con ojos nuevos, reconociendo en ella a una potencial captadora de clientes ricos.

Por idea de Marleen, para aprovechar su escaso tiempo libre, compartió alojamiento con ellos en las suites de Le Gourguillon, en pleno casco antiguo, y aunque se repartió la cama de matrimonio con Hewie y él le propuso un revolcón, no pasaron de un casto beso en los labios. Eso sí, los cuatro hicieron uso de las bañeras de hidromasaje en bañador, tirándose fotos que luego enviaron a los americanos, como sus amigos les llamaban, lo que motivó que Brenda recibiera un correo en el que James le recriminaba no haber sido invitado también. Haciendo uso de una cáustica ironía, impropia en ella, le replicó que la idea no había sido suya, sino de Marleen y que, en todo caso, de haber venido *solo* –recalcó–, hubieran andado algo desparejados.

Por toda respuesta, James envió un emoticono de rostro enfadado.

Verano de 2014, aeropuerto de Edimburgo

James recogió su equipaje y tomó asiento en uno de los bancos de la terminal, dispuesto a aguardar a Dylan, advertido de su retraso.

Lo que no esperaba era verlo aparecer en compañía de Brenda, cargada con una sencilla maleta y un bolso en bandolera.

Le pareció entrever cierta incomodidad en los gestos de su tío, pero apenas le prestó atención, cautivado por la atractiva presencia femenina que se aproximaba con pasos firmes.

Brenda demostró una desenvoltura propia de la mejor actriz cuando lo abrazó como si no llevaran meses sin verse; aunque lo cierto era que ella contaba con la ventaja de haberse preparado durante dos días para el encuentro.

Le había entristecido comprobar que solo coincidirían en su paso por el aeropuerto, pero después se enrabietó al saber que Callum llevaba dos semanas en Escocia mientras que él había retrasado su vuelta para pasar unas vacaciones en las lujosas playas cercanas a Nueva York. De haber regresado juntos, sus vacaciones habrían coincidido; ahora, por más que Ana le rogó que se quedara unos días, no podía hacerlo. Los horarios del restaurante seguían siendo muy estrictos, a pesar de que ella había ascendido y ocupado la plaza de segundo chef.

Ocultando su irritación tras una sonrisa quedó sorprendida de que James aparentara más edad que sus veinte años. Traía la tez bronceada y vestía un pijísimo equipo de tejanos de marca y polo azul con náuticos, acompañado de una chaqueta ligera que ahora reposaba sobre una de las maletas de su extenso equipaje. Molesta, hubo de admitir que se le había acentuado el empaque natural que lo convertía en un hombre tan atractivo como su tío.

Él, por su parte, apenas reparó en la falda larga y el top asimétrico con motivos hindúes, ni en los pendientes largos o las sandalias de cuero, recreándose en sus resplandecientes ojos y en su larga melena, que no se privó de capturar entre sus dedos.

–Has vuelto a dejarte el pelo largo. ¡Estás preciosa!

Ella disimuló cómo le afectaba el halago con una sonrisa burlona.

–Gracias, americano. Tú tampoco estás mal.

James había abrazado a su tío después que a ella, pero se volvió con el gesto contrariado a mirarla.

–¡Pudiste decirme que estabas en Escocia! Habría adelantado mi llegada.

–¡No se me pasó por la cabeza que harías tal cosa! –replicó, mordaz–, Ana me informó de que pasarías un tiempo en los Hamptons tras los exámenes. Parece que has hecho amistades acordes con tu estatus en Estados Unidos.

James se mordió los labios, considerando que no era el sitio ni el momento adecuado para contestar la pulla, y más cuando el altavoz confirmó la inmediata salida del vuelo hacia Francia.

–¡Ese es mi avión! –se despidió ella, e intentó disimular de qué manera se le había roto el corazón al verlo de nuevo dándole un beso despreocupado a él y un abrazo a su tío–. Hasta la próxima, Dylan, a ver si puede ser pronto. James... disfruta de las vacaciones. Ya sé que el curso te fue genial.

–Iré a verte a Lyon –afirmó entre dientes, enfadado.

–¡No! –replicó, tajante–, hicimos un pacto y nada ha cambiado desde entonces.

James clavó su mirada en ella, dolido y asombrado de que mantuviera esa fría distancia.

–Pero...

–¡Tengo que irme! Feliz verano.

Con el revoloteo de sus faldas dejó a ambos hombres, calcos de una misma imagen apenas diferenciadas por el color del pelo, mudos y atormentados.

Despegando hacia Lyon, Brenda escondió su rostro tras un fular y lloró con amargura, rezando para que James no fuera por una vez el condenado caballero que su tío le había enseñado y rompiera la promesa de dejarla en paz. ¿En paz hasta cuándo? Ciertamente que él apenas acababa de iniciar sus estudios para convertirse en un hombre de negocios, que tenía edad suficiente de heredar el condenado ducado que pendía sobre su cabeza, pero... ¡Ella tenía una profesión, un futuro bien esbozado! ¿Hasta cuándo podrían sus ilusiones depender de que James MacDougall siguiera enamorado de ella? ¿Y si aquella maldita rubia americana se había metido en su corazón y se comprometían? Sabía que era con su familia con quien acababa de pasar unas semanas en los dichosos paisajes de ensueño que salían en todas las pelis con ricos protagonistas... Justo lo que él era, evidentemente. Justo lo que ella, como su

madre se empeñaba en insistir, nunca sería.

Con la firmeza escocesa de la que hacía gala desde que nació se juró que, si James no acudía a Lyon a buscarla, seguiría con su vida, olvidando que un día lo amó y se sintió amada.

Otoño de 2014, Greenrock

James MacDougall mantuvo en sus brazos al bebé que había revolucionado la vida del castillo mientras las aguas bautismales caían sobre la coronilla de Amelia Aileen MacDougall Beltrán, recibiendo los nombres de su bisabuela materna por expreso deseo de Dylan y de su abuela paterna por tradición familiar.

Su mirada se cruzó con la de Ana, rebotante de amor de madre, aunque hubo un instante de comprensión entre ambos añorando a la persona que habrían querido acompañándoles en el esperado trance.

Brenda tuvo que cancelar su presencia por baja laboral del primer chef, al que hubo de sustituir a causa de una gripe repentina que le mantenía postrado en cama. Las lágrimas de la muchacha fueron sinceras esa mañana cuando se conectó por Internet para ver la cara del bebé y confirmar que ni siquiera el jet de Dylan podría obrar milagros.

James pasó la vista por la nave, recordando el día de otra ceremonia, la de la boda, y le pareció volver a ver a Brenda con el vestido azul desfilando tras Ana, compartiendo nerviosismo con Marleen. Como impulsado por un resorte, contempló a su amiga, sonriente de la mano de Allister mientras seguía la ceremonia, y por defecto llegó hasta April, a quien había invitado a Escocia para presentarle a su familia. Íntimamente le fastidió no poder provocar los celos de Brenda, incapaz ya de encontrar motivos que la sacaran de la indiferencia en la que se había encerrado con respecto a él.

Tenía planeado regresar de modo definitivo a su país, pero lo cierto era que no contemplaba la posibilidad de hallarse en Edimburgo o en Stirling si no era de la mano de Brenda. Su corazón le pertenecía por completo, pero ni los correos ni las llamadas fallidas habían arrancado una promesa de la mujer que amaba.

Ana y Dylan no sabían darle respuesta del porqué de la actitud de la muchacha, y lo cierto era que sus visitas se habían espaciado a breves encuentros con su madre. Sabían que la vida en Lyon le encantaba y que había ganado el suficiente dinero para saldar el préstamo de Dylan, por más que él se resistió a aceptarlo tan pronto; pero su vida personal era un misterio.

Llevado por la impaciencia, James había invitado a April Dillon al bautizo de su sobrina, desesperado por provocar una reacción de celos en Brenda. Pero el destino, una vez más, le había vuelto la espalda.

Primavera de 2020, Escocia

James dejó su equipaje en manos de Aston, el nuevo mayordomo, mientras Callum aparcaba el deportivo con el que había ido a recogerlo al aeropuerto. Dylan le había enviado el jet nada más descender Brenda de él porque de otro modo le hubiera sido imposible llegar a tiempo al funeral.

Nada más atravesar el vestíbulo escuchó un zumbido de conversaciones en una de las habitaciones de la planta baja y se dirigió al lugar con paso firme y el corazón encogido. Le embargaba la tristeza por el súbito fallecimiento de Lotty, pero sobre todo le angustiaba imaginar cómo debía sentirse Brenda al perder a su único pariente vivo. Aunque ambas tuvieran visiones diferentes del mundo solo se tenían la una a la otra. Por lazos de sangre. Respecto al resto, Brenda era otra MacDougall más.

Su mirada fue directa a la figura vestida de negro.

Brenda se hallaba ante el féretro abierto con las manos apretadas en el regazo y los ojos enrojecidos.

Se divisaron al compás y, como impulsados por un resorte, se encontraron el uno en los brazos del otro.

Brenda estalló en sollozos y él la acunó contra su pecho, susurrándole palabras de aliento mientras pasaba los dedos por su melena suelta. Le dolía tanto verla sufrir que hubiera dado lo que fuera por evitarle el trance; pero Lotty estaba muerta y su hija debía llorarla. Era ineludible.

Con la mirada brillante asintió al gesto de Ana de alejarla del salón y sujetó la cintura de la muchacha para atravesar la ventana francesa y sacarla al jardín, donde el aire fresco la aliviaría.

A su paso notó las manos de sus amigos palmearle los hombros, contentos de verle pese al mal trago, y captó la enrojecida nariz de Marleen. El corazón se le esponjó de dicha por hallarse en casa, aunque se debiera a tan luctuoso acontecimiento.

Dylan cruzó el vano de la habitación en ese momento y quedó en suspenso al reconocerlo, pero enseguida tomó nota de la situación y postergó la bienvenida para más tarde. En ese instante, todos sabían que lo principal era Brenda.

James la condujo hacia un banco de hierro, orillado en el sendero que llevaba hasta el lago, y tomó asiento sin soltarla, con el hombro empapado y el corazón encogido.

De repente ella pareció tomar conciencia de su presencia y le buscó la mirada, tan triste que le desgarró el alma más aún, si eso era posible.

–Se ha ido, James. Me ha dejado sola.

El le sostuvo el rostro entre sus manos, endureciendo el gesto.

–No digas eso, Bren. No me ofendas a mí y a los míos. Lloro por tu madre, pero no por ti. Sabes que jamás te faltaremos.

Ella escondió la cabeza. Se preguntó si habría venido solo o con esa prometida de la que se hablaba en la alta sociedad americana y la rabia por preocuparse de ese asunto mientras su madre estaba de cuerpo presente la hizo reaccionar.

–¡Estoy sola, James, me guste o no! Soy la última Banner de mi linaje.

–Un linaje que siempre estuvo unido al de los MacDougall –insistió él, molesto.

Ella se acurrucó en su hombro, negándose a pensar en nada que no fuera sentirse reconfortada por él.

–¡No lo sabía! Ignoraba que mi madre padeciera del corazón. Jamás dio muestras de sentirse enferma mientras estuvo conmigo. He sido una mala hija, una egoísta...

–Psss, psss. –Las manos de James se perdieron en su pelo, enroscándolo en sus dedos como había soñado tantas veces y besando su coronilla–. No digas tonterías. Eras su orgullo. Nunca te hubiera puesto en el aprieto de tener que elegir entre tu trabajo y ella, máxime teniendo a Ana y a Dylan para cuidarla. Los hijos deben seguir su camino, y fue lo único que hiciste.

La mirada verde se fundió con la azul, temblorosa, y James se sintió miserable por morirse de ganas de besar sus trémulos labios.

–¿Qué voy a hacer ahora?

–Seguir con tu vida. ¡Lo que deseas! –afirmó, tajante–. Pero este no es momento para calibrar esas cosas, Bren. Límitate a llorarla y en unos días verás el futuro con más claridad.

Ella asintió, sin dejar de estremecerse.

–Gracias por venir –musitó sin mirarlo.

James le izó el rostro sin disimular un conato de cólera.

–¿No iba a hacerlo? Quise a tu madre como a cualquier miembro de mi familia y sabes de sobra que por ti haría lo que hiciera falta ¡Cruzar el océano

es solo una gota de agua comparado con lo que estoy dispuesto por ti!

Ella se ocultó en su pecho y lloró, agradecida y temerosa, sin querer pensar en la fotografía que había visto semanas atrás en una revista de sociedad en la que se anunciaba el compromiso de la rica heredera del imperio Dillon con el actual duque de Braemar, que no era otro que James MacDougall.

La ceremonia se ofició en la capilla familiar, en la misma que se casó Dylan y en la que se bautizó a la pequeña desgarrada de cabellos negros y ojos azules que esa mañana se agarraba a la falda de su abuela con el semblante pálido pero aguantando las lágrimas. La dulce Amelia había heredado la simpatía de su madre y el carácter de su padre. Ana le había explicado la pérdida de Lotty y ella sollozó en privado por no poder deleitarse más con los estupendos regalos en forma de tartas y galletas que la mujer le ofrecía a modo de recompensa siempre que se portaba bien. Para Amelia, como para el resto, la cocinera era una más de su familia. Pero ahora sabía que tocaba portarse formal para no entristecer con su aflicción a la chef que era su heroína pese a haber tenido la oportunidad de disfrutar de ella tan pocas veces. Amelia admiraba el cabello rojo y los ojos verdes de Brenda con la misma pasión que su tío James.

También de él había gozado en contadas ocasiones y, no obstante, le bastaba mirarse en sus ojos claros, idénticos a los propios, para sentirse feliz. Lo hallaba tan guapo y adorable que ni caía en el detalle de que se parecía a su padre como dos gotas de agua, en versión juvenil. James le dedicaba tiempo, la trataba como a una adulta y la obnubilaba con las narraciones de los sitios que había frecuentado. A sus casi seis años, Amelia Aileen estaba perdidamente enamorada de su padrino de bautismo.

Apretó con fuerza la mano de su abu Malena cuando sus padres atravesaron el pasillo central con Brenda en medio. El féretro lo portaban delante James y sus tres amigos, ataviados con el traje de gala de sus respectivos clanes.

Hubo un breve paseo hasta la parte trasera de la capilla, donde se enclavaba el cementerio MacDougall y tras unas breves palabras del sacerdote que había celebrado la ceremonia, Brenda depositó una rosa blanca sobre la madera y aguantó estoicamente a que el ataúd desapareciera en el hoyo excavado. Después se desmoronó en amargas lágrimas y fueron los brazos de James los que la sostuvieron.

Se sentía agotada por las emociones, por la confusión de sus sentimientos al sentirse arropada por la calidez de James, por los anhelos desatados que su presencia le proporcionaba... No podía objetar el cariño con el que los miembros de la casa la trataban ni tampoco la sincera condolencia de los aristócratas que tanto había despreciado en su adolescencia. Verlos portar el féretro de su madre con rostros graves y escuchar los ahogados sollozos de Marleen fueron muestra evidente de que su progenitora los había conquistado en los últimos años. Sabía que debía sentirse afortunada de contar con cada uno de ellos y, sin embargo, al único que su piel reclamaba era a James. Al maldito duque de Braemar. Al prometido de una pija americana.

Como si él hubiera captado su necesidad, abrió la puerta tras un breve toque y pasó a su alcoba, portando una bandeja cubierta.

—No has comido en todo el día, y lo mismo ayer. Ana me ha dicho que recurra a ella si no me basto. Espero que no me dejes en ridículo.

Pese a su aire desenvuelto la miraba con preocupada ternura.

Brenda se tiró de las mangas de su ligera camiseta de dormir y negó con un gesto, incapaz de tragar nada, pero James depositó la bandeja en la mesa de estudio y la transportó con sus esbeltos músculos hasta ponerla delante del lateral de la cama donde estaba sentada.

Él vestía unos tejanos gastados y una camisa negra que contrastaba con el cobre de su pelo, aclarado por la prolongada exposición al sol americano, y Brenda pensó que el asomo de barba que se había dejado le favorecía más si cabe, destacando su acusado mentón.

Ajeno a su escrutinio, James tomó acomodo a su vera y le izó el rostro con expresión decidida.

—¡Vas a comer, Bren! No eres una niña pequeña. —Le acarició con las yemas de los dedos los pálidos pómulos en los que destacaban sus pecas, reprimiendo el anhelo de besarlas una a una—. Si algo has sido siempre es sensata.

Destapó la bandeja para apartar la tentación y le ofreció un cuenco con sopa caliente.

—Toma, te reconfortará.

—Dudo que pueda tragarla —negó.

Él tuvo una visión de sus bocas haciendo un intercambio y la entrepierna se le tensó más de la cuenta, así que apartó la vista y le untó una tostada con *foie*.

—¡Bebe! —ordenó tajante—. Y después un par de tostadas y una fruta.

—¡James!

La mirada azul se tornó tan tormentosa que a Bren se le erizó el vello cuando él le susurró un firme:

–O comes o te lo doy yo.

Se calló la objeción y tragó en silencio, sin querer regocijarse en la aprobadora mirada masculina.

La presencia de James llenaba el pequeño habitáculo. Ana le había ofrecido infinidad de veces que cambiara de sitio, habiendo tantas alcobas en el castillo, pero ella prefirió agradar a su madre y permanecer en el ala que correspondía al servicio. Se había criado entre esas paredes; en ella se había refugiado cuando su amor por un James conflictivo le rebosaba el pecho, en ella había llorado al saberlo con Marleen... y en ella habían tenido un encuentro memorable nueve años atrás.

Como si le leyera la mente, James levantó la cabeza y miró sus sonrojadas mejillas. Le estaba pelando una manzana y se quedó con ella en las manos, colgado de su boca.

Ella lo vio tragar saliva y sonrojarse también, lo cual le pareció ridículo en un tipo de su talla y con la experiencia que debía haber adquirido.

–Bren...

Haciendo acopio de valor le puso una mano en el pecho y frenó su avance. No le resultaba fácil quitarse de la cabeza la imagen del anuncio de su compromiso.

–Salgo con alguien... Un fotógrafo, Caleb Santos.

James contuvo el aliento.

–¿Y Marcus? ¿Qué fue de él?

A Brenda le pareció que una vena le palpitaba en el cuello bajo la camisa, pero no quiso darse por aludida. Su voz se había tornado fría.

–Trabaja en Marsella. Hace mucho que lo dejamos.

Él dio un respingo sin disimular su cólera, apagando la ira con un puñetazo al colchón.

–¿Por qué no he sabido nada de eso hasta ahora? ¿Has obligado a mi familia a mentirme? ¿Nos hemos convertido en dos extraños?

Ella se mordió los labios, nerviosa. Sabía que la confrontación llegaría algún día, pero no la esperaba en estos momentos.

–Prefiero no hablar de eso ahora, James.

–Discúlpame por no ser considerado con tus sentimientos, Bren, pero ¿te has parado tú a pensar en los míos?

Se movía por el reducido espacio como un león enjaulado, controlando el

deseo de zarandearla por haberle mentido.

–Le rogué a Ana que no te dijera nada, y ella obligó a Dylan a callar también. A fin de cuentas ¿qué importancia tiene? Tú haces tu vida en Estados Unidos, lejos de aquí.

–He vuelto para quedarme –informó con una seriedad desdeñosa–. Te recuerdo que he heredado el dichoso título y tengo obligaciones al respecto. Mi tío me educó adecuadamente. ¿No habías caído en ello? Soy un maldito *lord* y tengo un asiento en la Cámara, igual que Dylan. Pero esperaba que una mujer moderna como tú no se sintiera apabullada por semejante nimiedad.

Los ojos verdes refulgieron embravecidos también.

–Y tu prometida, ¿qué opina al respecto? ¿Le gusta la idea de instalarse en este inhóspito clima? Acostumbrada a los Hamptons, Escocia va a parecerle un infierno.

–Deja a April a un lado –replicó contrariado.

–¿Por qué? ¿Te avergüenza haberte liado con una rica heredera? ¡Qué digo liado! Según la prensa le pusiste un anillo de compromiso en el dedo.

James se mesó el cabello, enfadado por el giro de la conversación.

–Ya te hablaré de April, Bren. Ahora no es el momento.

–¡Claro, has de ser tú quien decide cuándo son oportunos los momentos ! – Se había puesto en pie, desafiante, con las mejillas arreboladas de ira–. ¿Pues sabes qué? ¡Que no me importa! Que hagas con tu vida lo que quieras, como debe ser, pero no te empeñes en entrometerte en la mía.

James la miró un instante, apartó con rabia la mesa que los separaba y la estrechó en sus brazos antes de que ella tuviera opción a decir más insensateces. Saqueó su boca con fuerza bruta, arrasó el interior con su lengua, mordió sus labios y no modificó la caricia hasta que las manos de Brenda se prendaron en su nuca y le respondió con dulzura. Se apartó con pesar de ella y vio que estaba llorando, que lo besaba afligida aunque confiada contra su pecho.

–Bren...

Ella lo acalló con un nuevo beso antes de separarse.

–Calla. No lo estropees más. Vete y deja que descanse.

Le dio la espalda, se tumbó en el lecho y se enroscó sobre sí misma, como si quisiera olvidarse del mundo.

James se debatió contra sus demonios internos. Lo que deseaba era estirarse a su lado y dormir abrazado a su silueta, sin embargo, algo le dijo que Brenda no se lo permitiría, no mientras la sombra de April pululara entre ellos.

Con desgana puso una rodilla en la cama, le besó un hombro y, recogiendo la bandeja, acató su ruego.

La mañana siguiente amaneció con nubes amenazando agua, pero el clima no frenó a Brenda a salir al exterior. Comenzaba a asfixiarse entre las paredes del castillo. Se sentía culpable del silencio de Amelia, a quien su madre había prohibido que la atosigara más de la cuenta y hubo de contradecir a Ana porque la risa de la chiquilla y sus curiosas preguntas nunca la molestaban. Quería a la cría como a una prolongación de sus padres, y verla entristecida no mejoraba su ánimo. Durante el desayuno le prometió que jugarían juntas después del almuerzo y, abrigándose con una zamarra de las que solían guardarse en el perchero de entrada, se encaminó al cementerio. No se había topado con James desde la tarde anterior, pero tampoco quiso indagar. Necesitaba reflexionar a solas, aunque hacerlo sobre él en compañía de su madre tampoco parecía la mejor idea.

El caprichoso destino quiso que hubieran sucumbido al mismo impulso.

James estaba sentado en una tosca piedra frente a la tumba de su padre. Sabía con exactitud cuál era el lugar, porque en muchas ocasiones lo había contemplado a hurtadillas acudir allí cuando era el chiquillo rebelde que odiaba a Dylan.

Lo ignoró y se arrodilló en el suelo para musitar una plegaria pese a ser poco creyente. Dejó que las lágrimas fluyeran y habló con su madre lo que se le hizo poco tiempo, aunque debió pasársele volando, porque las nubes comenzaron a descargar y James tiró de ella para refugiarse del aguacero en la capilla.

Le quitó el agua del pelo con el pañuelo que llevaba al cuello y tomaron asiento en el último banco de la desierta nave.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú?

Se miraron apenados, añorando a la gente que amaban y ya no tenían.

—¿Recuerdas cuando perdí a mi padre? Pensé que el mundo se había terminado. Me pregunto qué pensaría de mí si me viera ahora.

—¡Se sentiría orgulloso!

Lo dijo de corazón, y él la recompensó con una sonrisa tenue que le calentó el alma.

—¿Lo dices en serio? ¿Crees que soy una buena persona? Según Dylan, eso

era lo único que esperaba de mí, que fuera buena gente.

–Muchas personas te adoramos, James. Eso lo dice todo de ti –susurró Brenda, tomando su mano con ternura, apartando otro tipo de sentimientos–. Incluso mi madre, que ya sabes que era reacia a elogiarte, te ponía de ejemplo frente a los demás.

Él la atrajo a su pecho y la estrechó en sus brazos, besándole el pelo. En aquel instante eran solo dos amigos compartiendo confidencias.

–Siento que tu madre no me diera su bendición.

–Por sobre todas las cosas, para ella tú eras el hijo de su señor. Pero en la intimidad te apreciaba –aseveró, dulce.

Para sorpresa de Brenda, las lágrimas de James se derramaron sobre su abrigo, sobresaltándola.

–¡No imaginas cuánto la quería! Era mi referente antes de que Ana llegara. Envidiaba vuestra relación cuando la mía con Dylan era tan terrible. ¡Soñaba con tener una madre que cuidara de mí como ella hacía contigo! Ni siquiera me importaban sus recriminaciones porque me decían cuánto se preocupaba por mí. Creo que hasta la provocaba a propósito para que me enviara una de esas miradas suyas que te dejaban paralizado.

Brenda rio entre lágrimas, contagiada por él.

–¡Es verdad! ¡Daba miedo cuando nos reñía en silencio!

–¡Mucho! –Rio él, limpiándose el rostro con los dedos.

–¿Por qué has venido a ver a tu padre? ¿Lo haces siempre que regresas a casa?

–No; solo a veces –confesó turbado–. Pero quería pedirle consejo.

–¿Y te lo ha dado?

James la contempló un segundo, subyugado por su mirada verde, transparente por las lágrimas.

–Sí, creo que sí.

Había dejado de sonar la lluvia contra el tejado, así que Brenda aprovechó para ponerse en pie. El deseo de abandonarse a la intimidad con James era tan grande en su interior que le dio miedo.

–Volvamos a casa. Le prometí a Amelia que jugaría con ella y aún debo hacer unas llamadas antes de comer.

James aceptó, feliz de haber disfrutado de unos instantes perfectos.

Esa noche, tras la cena, Dylan solicitó a Brenda que lo acompañara a la

biblioteca. Por el semblante grave de Ana, ella supo que ambos habían estado hablando y ahora Dylan quería comunicarle el mensaje. Lo siguió y se sorprendió de que cerrara tras él y le ofreciera unos dedos de whisky.

–¿Tan malo es lo que quieres decirme? –intentó bromear.

Dylan le alborotó el pelo y la estrechó con un brazo, pegándola a su costado.

–En absoluto, Bren. Ana querría intervenir también, pero ya sabes lo celosa que es de la intimidad ajena, y no iba a dar pie a que su familia se entrometiera.

–He comprendido que lo que sea que vayas a decirme es de parte de los dos. He visto su mirada –asintió, abrumada por el cariño que reflejaba el semblante del hombre.

Él la llevó de la mano hasta el sofá de cuero y la invitó a sentarse.

–Hemos dudado de quién sería más adecuado para tener esta conversación, pero ella decidió que yo llevo más tiempo en tu vida. Y mantiene la esperanza de que eso te influya de algún modo.

Brenda frunció el ceño, confusa.

–No te entiendo. ¿De qué quieres hablarme?

–Nos gustaría que regresaras a Escocia. Te echamos mucho de menos. Aquí tienes un hogar y pensamos que puedes trabajar igual que allí, e incluso mejor. Comprendemos que llevas años siendo independiente y que te vales de sobra por ti misma, pero tu madre me rogó que cuidara de ti. Lo haría aunque no me lo hubiera pedido y lo sabes. –Alargó su mano y le retiró un mechón del largo flequillo pelirrojo–. Te quiero como a una prolongación de mi familia, Bren, te lo he repetido multitud de veces, y en estos momentos quiero que lo tengas en cuenta más que nunca.

Ella rio, emocionada y burlona.

–No eres mi *laird*, Dylan; esos tiempos ya pasaron.

–Me da igual que te mofes. Eres responsabilidad mía y Ana y yo te necesitamos en nuestras vidas. Hasta Amelia te adora, ya lo viste esta mañana. Fue mientras jugabas con ella que mi esposa sacó el tema. Te añoramos demasiado. Somos conscientes de que te has creado un nombre en Francia, de que tienes un prestigio que mantener, pero eso no es óbice para que te lo labres en Escocia también. En la ciudad que tú quieras, pero cerca de todos.

Brenda se mordió los labios, los ojos a punto de lágrima.

–¿No has pensado en qué aprieto me pone tu petición? James me dijo esta mañana que ha venido para quedarse.

–¿Y eso es un impedimento para ti? –La pupila azul centelleó durante un

breve instante.

Brenda asintió, incapaz de sostener su mirada.

–Está prometido con esa americana.

Dylan apretó su mano con una ternura explícita.

–No voy a entrar en esa historia. Es James quien debe arreglar lo que sea que haya entre tú y él.

–¡No hay nada! ¿No lo entiendes? El está prometido, ¡es duque!, y yo.. Yo salgo con un fotógrafo desde hace unos meses. Un fotógrafo que está a punto de presentarse a verme. –Tragó saliva ostensiblemente–. Cada uno tiene su vida organizada y, sin embargo, sabes cómo somos, fuego y estopa. No me considero capaz de vivir a dos pasos de él. Lo siento, Dylan.

–Entonces es que lo amas.

Brenda se negó a responder, pero Dylan izó su barbilla con decisión.

–Te lo dije hace mucho, Bren. Si lo que hay entre vosotros es verdadero os apoyaré hasta el infierno. Ya no hace falta, por desgracia, esquivar el escollo que era tu madre, así que si amas a James, sé valiente y lucha por él.

Brenda dejó que las lágrimas se derramaran por su mejillas, incontroladas.

–¿Yo? ¿He de ser yo quien luche? ¿Y qué me dices de él?

Dylan le secó con los pulgares el rostro, acunándolo con cariño.

–Insisto, Bren, no puedo hablar por James, pero sus actos hablan por sí mismos. Supo lo de tu madre y me pidió el avión con urgencia. Fue a ti quien abrazó nada más llegar, y es su mirada la que te persigue allá donde vas. ¿Que está prometido? Eso parece... Pero no es ella la mujer de la que él me aseguró tener la certeza de que era su verdadero amor la noche del barco. ¡Eres tú, Bren! Y James es cabezota como buen MacDougall.

Una emoción centelleó en el pecho femenino ante esas palabras, aunque se resistió con ahínco, recordando las imágenes de las revistas.

–¡De eso hace diez años, Dylan! Éramos unos críos y nos hemos curtidos en muchas historias después.

–Sí, tú estuviste con Marcus y le rompiste el corazón trayéndolo a nuestra boda, es cierto. Pero ¿no me destrozó a mí saber lo de Andrea y no obstante corrí hacia Ana en cuanto supe que en realidad no lo amaba? –Su voz se crispó, adquiriendo un matiz de dureza –. Lo hemos mantenido engañado con respecto a ese chico un montón de años porque tú te empeñaste, y bien sabe Dios que he deseado un millar de veces infringir la promesa que mi esposa me arrancó. ¿Recuerdas aquel verano en que coincidisteis en el aeropuerto? El pobre no despegó los labios en todo el recorrido hasta casa, y estuve tentado

de enviarlo tras de ti, acongojado por su tristeza. Le has hecho mucho daño, Bren, y debes ser consciente de ello. No lo defiendo porque sea mi sobrino, pero como hombre me resulta difícil no disculpar que se buscara un refugio.

Ella se sintió empequeñecida, sabiendo que su interlocutor llevaba razón.

–Si él no me hubiera hecho caso aquella vez, Dylan; si hubiera volado a Lyon...Le habría confesado mis sentimientos. ¡Pero no vino! –atajó su réplica–. Ya sé que se lo prohibí, pero... En el fondo esperaba que no me obedeciera.

Dylan bufó, pasmado.

–¡Maldita sea, Bren, qué complejas sois las mujeres! Ana se cansó de decirle que fuera a verte y yo me negué, queriendo evitarle un mal rato. ¿Por qué puñetas no vais de frente como nosotros? ¡A mí me sonaste muy convincente!

–¡Me pesaba la opinión de mi madre, joder! –se alteró, mostrando cuán vulnerable seguía siendo–. Además, había visto fotos tuyas en el Facebook de Callum con la dichosa rubia! ¡Lleva un montón de años con ella!

Dylan calló, no pudiendo objetar nada. Era tarea de James desvelar sus asuntos.

–Dejemos eso. En todo caso quiero saber si te plantearás lo que te he sugerido. El dinero no es problema si quieres establecer tu propio negocio; tu madre te ha dejado una cuantiosa herencia, pero...

–¿Cuantiosa? ¿Estás de broma? Además ¿qué sabes de eso? Aún no se ha leído el testamento.

Tu madre me consultó antes de firmarlo. Ella nunca tuvo necesidad de grandes gastos y te empeñaste en devolverme el préstamo, así que no le quedó deuda por saldar. Estimo que su sueldo guardado en una cartilla a tu nombre desde hace varios años, más algunas inversiones que me pidió que realizara, más la parte de la herencia de tu padre que se saldó hace unos meses cuando tus tíos vendieron la casa de Aberdeen, serán un buen pellizco. Pero si eso no bastara, Ana y yo avalaríamos lo que necesitaras con los ojos cerrados. –Quitó hierro al asunto con un conato de broma–. ¡Te has convertido en una estrella! La BB de la cocina francesa, ¿no era? Estaría bien que fueras la BB de la cocina escocesa.

Brenda se bebió de un trago el whisky, que se calentaba sobre la pequeña mesita junto al sofá, sin replicar.

–¿No dices nada? –insistió Dylan, intentando sonar risueño–. ¡Ana se va a abalanzar sobre mí en cuanto logremos quedarnos a solas! Tendré que darle una respuesta.

Brenda se puso en pie, las mejillas coloreadas por el alcohol.

–Dile que necesito pensarlo. Me quedará una semana al menos, si no te importa. –Se encogió de hombros, disculpándose–. Ya sé que no, y que esta es mi casa aunque mi madre no esté; siempre la he sentido así. Pero admite que mi situación anda un poco en el limbo.

–En ningún limbo. Es tu casa y punto –amenazó él–. ¡Acusamos a James de tozudo, pero tú le vas a la zaga, diantres!

–Si es mi casa –se encaró ella–, ¿puedo invitar a Caleb a venir?

–Puedes invitar a quien quieras y por el tiempo que quieras. –Insistió con la mirada tormentosa.

Ella se empinó sobre sus botas y le plantó un beso en la rasurada mejilla.

–Gracias, Dylan. Eres un amor.

El no respondió, la sujetó por los hombros con un afectuoso abrazo y luego la dejó marcharse. No se sintió feliz. Calculaba que la llegada del tal Caleb solo supondría problemas. A ver qué opinaba Ana al respecto.

James y Ana jugaban un partido de tenis bajo la atenta mirada de Amelia cuando Brenda bajó a desayunar y escuchó el alboroto feliz de la niña, animando a su madre y a su padrino con idéntica devoción, lo cual arrancó una sonrisa de sus labios.

Cambió el rumbo de sus pasos y se adentró en las traseras de la mansión. El cielo estaba encapotado, pero ello no impedía que los jugadores lucieran sus piernas al aire y mangas remangadas dentro del recinto acristalado. Amelia los animaba bajo el alero de una ventana, envuelta en un gabán de color rosa, con el pelo alborotado de la noche.

Brenda la estrechó en sus brazos y le besó la coronilla.

–¿Qué haces tan temprano en pie, mocosilla?

–¡Animando! ¡Juegan tan bien!

–¿Cual de los dos?

La mirada oscura refulgió de amor.

–¡Los dos!

Brenda rio con una espontaneidad que llevaba tiempo sin sentir.

–¿No deberías ser fan de tu madre sobre todas las cosas?

–¡Lo soy! Ella es mi heroína. Pero el tío James es mi héroe, no lo puedo remediar.

Antes de que pudiera replicar, la risa de James frente a ellas y sus brazos

alzando a la pequeña en el aire le cortaron el aliento a Brenda. Estaba sudoroso y acalorado por el esfuerzo, pero todo él desprendía magnetismo.

¡Y tú eres mi campanilla predilecta, pequeño duende ! –Le dio dos vueltas sobre sí antes de soltarla y volverse a saludarla–. Buenos días, Bren. Se te ve mejor que ayer.

–Gracias –respondió a su ternura–. ¿Ana te dio otra paliza?

–¡Ya me gustaría! –replicó la aludida besando a su hija con adoración–. Este canalla ha aprendido todos mis trucos y cada vez es más difícil.

–Tuve una buena maestra –admitió, divertido–. ¿Tú juegas, Bren?

–¡No!

–¡Sí ! –la contradijo Amelia–. ¡Sí que juegas! Lo has hecho conmigo muchas veces.

La mirada azul se tornó burlona al mirarla.

–¿Temiendo un desafío?

–Ya sabes que no me arredro ante nada –negó ella, prendida de sus ojos–, pero no sé jugar, solo me defiendo.

–¿Mañana a las ocho, entonces?

Ella no respondió, tomó la mano de Amelia y se la llevó hacia el interior de la casa.

–Más vale que os duchéis cuanto antes, o este bichito y yo daremos cuenta del desayuno antes de que podáis decir ni mu.

La risa de James resonó a sus espaldas, y Brenda supo que tendría que enfrentarlo en la cancha.

El resto del día se convirtió en aguacero despiadado, obligando a todos los moradores a quedarse en el interior. Alfonso preparó unas tortillas españolas bajo la supervisión de su nieta, que había heredado la pasión de los varones de la familia por el arte culinario, aunque a la hora de ponerlas en la mesa la mirada se le fue a Brenda y no pudo evitar desmoronarse, balbuciendo:

–Ya no es lo mismo, Bren.

Ella se lo agradeció con los ojos húmedos y un apenado ademán de afirmación.

–Yo no he podido entrar en la cocina aún –admitió–, pero sé que mi madre habría apreciado tu fortaleza para continuar haciendo lo que tanto os gustaba... Además –se quitó una lágrima inoportuna de la mejilla–, ¡lograste que adorara vuestra comida!

Amelia corrió a refugiarse en su regazo y le llenó el rostro de besos.

–No estés triste, Bren. Lotty me dijo una vez que alimentar a los que queremos es la mejor manera de demostrar nuestro amor. Por eso yo aprendí a hacer sus galletas. Esta tarde hornearé unas cuantas para ti, ¿quieres?

–Tengo una idea mejor –asintió, tragándose el llanto–: las haremos juntas.

–Quizá sea pronto para... –intervino Ana, inquieta.

–Yo las ayudaré –resolvió James fingiendo una sonrisa desenvuelta–. Va siendo hora de que averigüe por qué la gente se divierte tanto en la cocina ensuciándose las manos.

Amelia palmeó, satisfecha, y Brenda asintió a su muda pregunta de si podían incluir a su tío en el lote.

–Vale, pues hecho. –Suspiró Ana–. Esta tarde todos comeremos galletas.

–Con una chef como Brenda estarán garantizadas –bromeó Malena partiendo en porciones las tortillas y quitando tensión a la escena.

El primer paso fue el más difícil, abrir la puerta y quedarse ante el vasto espacio donde en tantas ocasiones había contemplado a su madre trasteando con el delantal impoluto y los ricos aromas en el aire.

James, a su espalda, la impulsó a avanzar, sujetando su cintura con ademán protector mientras la pequeña mano de Amelia le apretaba los dedos.

–Si no quieres...

Brenda acalló a su receptiva compañía con un beso en la mejilla y se adentró en el que había sido territorio materno con el corazón encogido.

–¡Manos a la obra! Amelia, saca los ingredientes para unas galletas de avena con naranja y pepitas de chocolate. Esas son tus preferidas ¿no? ¡Las mías también! –Se colocó un delantal del gancho donde solían colgarse y le tendió otro a él–. En cuanto a ti, grandullón, empieza con esas naranjas; necesitaremos la ralladura y el zumo.

Él abrió mucho los ojos, preguntándose si hablaba en serio, y ella le alargó el rallador con mohín divertido.

–¿No querías cooperar? ¡Pues a ello!

Mientras degustaban los dulces con café o té según las preferencias de cada cual, James observó a Brenda, mucho más animada que en el almuerzo, y se sintió feliz. La experiencia de ayudar a las chicas le había servido para valorar

cuánto trabajo se hallaba tras una sencilla bandeja con pastas; por otro lado, reconoció que lo había pasado muy bien. Con la cháchara incesante de Amelia y la maestría de Brenda dirigiendo el cotarro se habían embadurnado menos de lo esperado, y concluyeron la operación con brevedad.

Mordisqueó una crujiente galleta y la alzó a modo de brindis a la orgullosa pequeña, que esperaba su beneplácito.

–¡Exquisita, duendecillo! Vas a ser tan buena chef como Bren.

–Voy a ser médico como la abu Malena –denegó con firmeza–. ¡Aunque me gustará cocinar también para mis pacientes! Atenderé a esos negritos que salen en la televisión con las pancitas redondas. Mamá me dijo que las tienen así porque pasan mucha hambre.

Sus palabras crearon un silencio apabullado que rompió Dylan abrazando a su hija con fuerza.

–¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo? –se inquietó la cría, revolviéndose hacia los demás.

–No, mi cielo, nos has dejado a todos encantados con tu idea –replicó su abuelo.

–Estaremos muy orgullosos de ti –contestó su madre con los ojos brillantes. Últimamente se sentía más emotiva de lo normal, y un inicio de reconocimiento se abrió paso en su mente. Lo consultaría con Dylan.

El sonido de unos neumáticos sobre la grava de entrada distrajo la atención de todos.

–¡Seguro que es Marleen! Nadie conduce como esa loca –reconoció Ana.

Minutos después, precedidos del formal Aston, hizo su entrada una exultante Marleen acompañada de Allister y Callum.

–Mmm, buenas tardes. ¡Qué bien huele! ¿Somos bienvenidos? –Durante un segundo su mirada se posó en Brenda, y le lanzó un beso con la punta de los dedos–. Hola, preciosa, te veo bien.

–Estoy bien –asintió, contagiada de su alegría.

–¡Tenía que contaros que mi grupo ha logrado un premio espectacular y no quepo en mí de contento! –Volvió a olfatear el aire–. ¡Por Dios, pero seguro que puedo esperar a zamparme una galleta de esas! Huelen que alimentan.

Allister y Callum, más formales, saludaron a los presentes con besos y palmadas antes de sentarse. No bien se acomodaron llegó un servicio nuevo con café y té en humeantes recipientes, por lo que Ana sonrió al eficiente mayordomo, que se mantenía junto a la puerta.

–Gracias, Aston. Si desea probar una galleta, no se corte. Han hecho unas

cuantas toneladas, por lo que parece.

El criado negó, disimulando una sonrisa, y dejó a la familia con sus invitados.

–Bien, Marleen, qué es eso de un premio –inquirió Dylan interesado.

Pues que presentamos uno de nuestros proyectos de colaboración con India, el de microcréditos a mujeres sacadas de la prostitución, ¡y el Club Rotary lo ha considerado de interés! Con lo cual, no solo nos llegará dinero para seguir financiando el programa, sino que nos proporcionará al grupo una relevancia internacional. ¡Ya sabéis cómo son estas cosas! Cuando entras en la rueda de los escogidos, cualquier trámite resulta después más sencillo.

–¿A qué es exactamente a lo que te dedicas? –Quiso saber Malena, que ignoraba que aquella muchacha con pinta de modelo hiciera algo más que conducir un auto de lujo.

–Trabajo de relaciones internacionales para una ONG pequeñita. Digamos que hago de intermediaria entre los burócratas de nuestro país y los del extranjero para facilitar los proyectos de mis compañeros.

La admiración brilló en las pupilas de la española, pero sobre todo exaltó a su nieta.

–Ella es la que me enseñará dónde puedo ser mejor médico cuando termine la carrera ¿verdad, tía Marleen?

–Cuenta con ello, mi cielo. –Frunció la nariz, exteriorizando su felicidad–. Mmm, pero qué galletas más ricas ¿quién las ha...? –La frase se le congeló a la mitad, enfrentándose al rostro de Brenda, recordando a destiempo que siempre era Lotty la encargada de endulzar sus paladares.

–Las hornearon Bren y Amelia. Yo les hice de pinche. –Le echó un cable James.

–¿Tú de pinche? –La pregunta desdeñosa salió al mismo tiempo de las dos gargantas de sus amigos.

–Pues sí. Y ha sido divertido.

–El zumo se le da genial –asintió Amelia, dispuesta a lo que fuera por defender a su tío–. Yo también fui pinche. Quien las cocinó fue Bren, que para eso es la jefa en la cocina.

Como si la información le trajera un recuerdo a la cabeza, Allister miró a la pelirroja y lo soltó tras un breve titubeo.

–Brenda, Marleen y yo queríamos hablar contigo. No corre prisa, pero sí debe ser antes de que hagas las maletas. Se trata de un asunto de negocios.

La mirada de su prometida lo fulminó unos instantes antes de volverse a la

interpelada.

–Tampoco pasa nada si es después. Suponemos que hay muchas cosas que querrás ... arreglar. Iremos a verte a Lyon si hace falta para tratarlo.

–Ahora ya nos tenéis en ascuas –les reprochó James, que no intuía de qué iba el tema.

–Nada, James; negocios –informó Allister escueto; molesto por la riña soterrada de su novia.

–Pues ya vais a tener que decirlo, porque la curiosidad nos puede –insistió Ana, asombrada de que su idea hubiera estado en otras mentes también.

–¡Vaya metepatas que eres, Allister! –regañó a las claras Marleen–. Ahora la estamos poniendo en un aprieto.

Brenda suspiró, viéndoselas venir.

–¿No estaréis pensando en ofrecerme un trabajo, verdad? ¿Tengo pinta de necesitarlo?

–¡Al contrario! –negó Allister, imbuido en su papel de hombre de negocios–. Nos gustaría aprovechar el tirón de tu reciente fama. Nos encantaría que te convirtieras en nuestra socia y abriéramos un local a medias. Si no tienes bastante capital lo puedes amortizar con tu trabajo al frente del restaurante. Nosotros solo pondríamos el dinero y los contactos; el resto quedaría a tu cargo.

–¡Joder, qué buena idea! –Los ojos verdes de Callum brillaron de entusiasmo–. Yo también me apunto a ese carro. Brenda es un caballo ganador.

–Primero ese caballo tendría que querer participar –afinó James, vivamente interesado en las reacciones que pasaban por el pecoso semblante de la muchacha.

–Suen a proyecto interesante –afirmó Alfonso.

Brenda les miró uno a uno, deteniéndose en el rostro atónito de Dylan.

–Te juro que Ana y yo no sabíamos nada de esto.

–¿En serio? –replicó incrédula–. ¿En serio quieres que me crea que no os habéis puesto de acuerdo para organizarme la vida?

Siendo sincera debía responderse a sí misma que no, que el intercambio de miradas de sorpresa entre sus amistades sonaba auténtico; pero el trasfondo la trastornaba a partes iguales; por un lado porque ello implicaba cuánto se preocupaban esas personas por ella, por otro porque su sentido de la independencia le gritaba que si se metía en semejante hoyo iba a resultarle complicado salir airosa de él. ¡Estaba acostumbrarse a moverse con libertad y ser socia de un negocio así...! El miedo le atenazó las tripas y la ansiedad la

impulsó a salir huyendo.

–Disculpadme. Necesito pensar y que me dé el aire.

–¡Bren!

Marleen cortó el intento de James de salir tras ella. Sujetó con ferocidad su brazo y le conminó a quedarse mientras castigaba a Allister con su mirada azul.

–¡Qué sentido de la oportunidad tienes, bonito! Yo iré.

Y salió tras la chef.

Siguiendo las indicaciones de una doncella la encontró en el templete del lago. El viento barría las nubes, llevándose la lluvia, pero la temperatura resultaba desapacible, aunque ambas llevaran abrigos; una zamarra de paseo Brenda y un estilizado abrigo marinero Marleen.

–Jo, chica, ¿no pretenderás que me crea que vas a reflexionar aquí? Eso sí, el aire te va a dar con ganas.

–Brenda tuvo que reír sin desearlo. El sentido del humor de la rubia aún la sorprendía tras tantos años considerándola una enemiga.

–No esperaba que soplara tan fuerte –admitió.

–¿Cogemos mi coche y nos buscamos un pub de carretera para charlar?

Brenda negó, sin borrar la sonrisa de sus labios.

–No, que das un poco de miedo conduciendo de ese modo.

–¡Pues aún no he pagado una multa! –se amoscó la otra sin perder el aire divertido.

–Porque te las quitan por ser quien eres, no porque no te multen –adivinó ella.

La carcajada de Marleen resonó en el templete.

–¡Ahí me has pillado!

Luego se acercó a la pelirroja y la abrazó en silencio.

–¿Estás bien, Brenda? Estoy preocupada. Si yo no puedo pensar lo que sería perder a la bruja de mi madre, me pongo en tu piel, con lo adorable que era Lotty y...

Al instante estaban llorando las dos.

–No, no estoy bien –admitió sincera–. Aunque no la tuviera cerca a menudo sabía que estaba ahí, que podía hablar con ella a diario y pedirle consejo. Sé que puedo sentirme afortunada de tener a Dylan y su familia, y a vosotros... Pero no es igual.

–¡Claro que no! Ya sabes lo mal que me llevo con mi madre, ¡y eso que la provooco para que se acuerde de que existo! Pero es un referente que me da fortaleza. Te comprendo perfectamente.

Se besaron y permanecieron abrazadas un tiempo, hasta que las finas gotas de lluvia atravesaron las columnas del templete y las mojó con su desagradable frialdad, arrancándolas un respingo y una maldición de Marleen.

–Anda, busquemos un refugio más agradable que este. Puede que entienda que prefieras Lyon.

–Francia es una nevera en invierno, no te hagas ilusiones –replicó Brenda guiándola en una carrera bajo los árboles hasta entrar en la casa y guiarla a su dormitorio.

Marleen, que nunca había estado en él, lo miró con curiosidad mientras ella le recogía el abrigo.

–Esta es tu guarida.

–Desde que empecé en la escuela, sí. Antes dormía con mi madre.

–Pues no has cambiado mucho la decoración que digamos –bromeó, sentándose sobre la cama–. Si vas a traer a algún ligue aquí necesitarás un colchón más grande.

El pasmo que iluminó los ojos verdes arrancó otra carcajada de Marleen.

–Vale, vale, ya veo que ni te lo habías planteado –frunció las cejas–. O sea, que cuando viniste con Marcus, no...

–¡No, por supuesto que no! –cortó Brenda rápida, pensando que con quien sí había estado, aunque contra la pared, había sido James–. Mi madre ya se encargó de endilgarle habitación lejos de mí.

Marleen volvió a reír.

–¡Típico de una madre! Bueno, de una madre que se preocupa de esas cosas. ¿Sabes que Allister y yo vivimos juntos? Nos pillamos un apartamento en el centro de Edimburgo hace unos meses. –Dibujó un mohín con los labios–. Nos va aceptable.

–No te veo de ama de casa –reconoció Brenda, entrando al trapo.

–Haces bien –rio la otra–, tenemos una externa que nos organiza la limpieza y la nevera.

Brenda se acomodó a su lado, divertida.

–¡Lo pintas de un modo que todo parece fácil!

–Es el poder del dinero –admitió Marleen–. No puedo ni imaginar que me perdiera en una isla desierta. ¡Sería cadáver en cuestión de minutos!

Brenda le apretó una mano, sin evitar la ternura de su sonrisa.

–¡No te lo crees ni tú! Sé reconocer a una superviviente nata, y tu fuerza es impresionante. –Recompuso la mirada y se tornó seria–. Hablemos ahora de lo que queréis proponerme. ¿Sabes que Dylan y Ana me habían sugerido algo parecido?

–No, pero no me extraña –afirmó, aceptando el giro de la conversación–. Aunque no te lo hayas planteado, eres un valor en alza. Las revistas francesas han llegado hasta aquí y cualquiera te ofrecería lo mismo con los ojos cerrados. Te confieso que la idea fue de Allister. Es un tío de negocios, sobre esa bocaza, superbosable, por cierto –introdujo con sorna–, hay una cabecita a la que se le dan muy bien los números. Callum y él han montado una empresa que asesora a otras, pero ya llevan tiempo queriendo meterse de lleno en algo propio; de ahí lo de abrir un restaurante contigo. Lo del dinero no es problema.

–Parece que tengo dinero –le interrumpió Bren–, soy una chica ahorradora pero además cobraré la herencia de mis padres. No es eso lo que me detendría.

–¿Qué, entonces?

Brenda calló, insegura de compartir sus temores con la aristócrata.

–¿No te ves capaz de llevar tu propia cocina? –indagó Marleen–. Sería tu única ocupación. De la administración se encargarían ellos. Fíjate que ni lo habíamos compartido con Callum y le ha parecido genial. ¿O es que prefieres llevarlo sola? ¿Es eso, quieres un negocio sin socios?

–¡No, maldita sea, Marleen; no quiero ningún negocio! No me había planteado cambios en mi vida, es todo.

–¡Pero los cambios son buenos! ¡No puedes quedarte siendo una segunda chef con tu caché actual! Sería un suicidio laboral.

–Es posible, pero no había hecho planes. Y de repente me falta mi madre, James regresa, Dylan quiere que vuelva a Escocia ¡No puedo tomar decisiones a la ligera, entiéndelo!

Marleen frunció el ceño mientras se encendía una lucecita en su mente.

–¿Es importante que James haya vuelto?

Las dos miradas se enfrentaron, diciéndose todo sin palabras.

–Comprendo.

–No, Maleen, no comprendes. Tengo pareja desde hace un par de meses, un fotógrafo con el que vivo en Lyon.

–¿Fotógrafo? ¡Qué oportuno? Nuestra querida April, aunque estudió leyes, también se dedica a la fotografía. Van a tener mucho de que hablar cuando se conozcan. Porque sospecho que se van a conocer ¿verdad? No creo que ella

aguante mucho sin venir tras James después de que él salió pitando de la Gran Manzana.

Brenda se sonrojó mientras preguntaba, sintiéndose vulnerable.

–¿No te cae bien?

Marleen esbozó una mueca canalla.

–Ni bien ni mal; digamos que no entiendo qué hace James prometiéndose con ella –realizó una pausa dramática–, si resulta evidente que bebe los vientos por ti.

–¡Marleen! –El bochorno resaltó sus pecas–. ¡Eso no es cierto!

–Mira, yo no voy a meterme en vuestras movidas –decidió, incorporándose–, solo me interesa que seamos socias. Lo que hagas en tu tiempo libre será tu problema. Y ahora te dejo, para que recapacites y para consolar al tonto de mi novio, que seguro debe estar preocupado por cómo le he abochornado delante de los padres de Ana.

–No lo trates mal. Es un encanto –Brenda la estrechó en sus brazos–, igual que tú. ¡No me perdono haberte aborrecido hace unos años! –confesó, iniciando una sonrisa.

Marleen soltó una carcajada de nuevo.

–¡Me lo tenía bien merecido! Antes de conocer a Ana resultaba una repelente de libro.

–No pienso desdecirte.

La aristócrata le plantó una colleja y corrió a recoger su abrigo con marcado regocijo.

–¡Me vengaré cuando seamos socias y me pidas favores!

–¡Antes arderé en el infierno...! –Mantuvo la pausa de suspense–. Que pedirte un favor, digo.

Marleen le mandó un guiño de ojos y la dejó sola, convencida de que había ganado la batalla.

Brenda se tiró sobre el colchón, más ligera tras la charla, pese al mogollón de datos con que su cabeza tenía que lidiar; sin querer sopesar en lo que le diría su madre, porque seguro que cualquier decisión pasaría por enviarla lo más lejos posible de James.

Ella no había bajado a cenar y James no estuvo muy seguro de que su desafío hubiera sido aceptado; con todo, acudió a la cancha de tenis con el anhelo en el pecho. La alegría asomó a su rostro cuando la halló peloteando

contra la pared de cristal. El día afuera estaba gris, pero a él le pareció luminoso.

–Me quito el sombrero, pelirroja.

–¿Porque me atrevo a disputar un partido? –Rio sorprendida.

El la contempló, empapándose de sus piel pálida en brazos y piernas, de la brevedad de su cintura y el garbo de sus pechos bajo la ceñida camiseta, dejando vagar su imaginación.

Brenda, sonrojada, le dio la espalda, recordando las palabras burlonas de Marleen «Bebe los vientos por ti». Era lo que dejaban entrever sus ojos pero... ¡Estaba prometido! Eso era una certeza.

–¿Qué, empezamos? No creo que me tengas miedo.

El «si tú supieras» de James le llegó en un cálido murmullo, pero prefirió ignorarlo, lanzándole una pelota que dio en la red.

–¿Ves? Ya te dije que no soy rival –bromeó.

–Estoy por lanzar una apuesta, entonces –le siguió la corriente.

–¡Ni lo sueñes! Sé cuando llevo las de perder.

–Pero aceptas el reto –afirmó él, orgulloso.

Brenda le sonrió, desafiante, tan bonita en su gesto audaz que le quitó el aliento.

–¡Eso siempre!

James puso en marcha la raqueta. Era jugar o lanzarse al cuello de su oponente y comérsela a besos.

Cuando bajaron a desayunar se encontraron con el jaleo que estaba organizando Amelia por los regalos que Miguel y Mónica le habían traído de Edimburgo.

Ambos habían aprovechado el luctuoso acontecimiento del entierro de Lotty para visitar a la familia de la joven, ya que vivían en Cartagena desde hacía tres años y solo acudían a Escocia por vacaciones. Miguel solicitó destino en la base naval, donde se dedicaba a tareas de logística, y Mónica se acostumbró al clima y a las costumbres españolas con entusiasmo. Chapurreaba un castellano casi perfecto mezclado con giros andaluces con el que al marino se le caía la baba y que engatusaba a las clientas de la peluquería que montó bajo el cómodo apartamento que compartían. Los dos se hallaban muy felices, aunque para martirio de Malena no tenían ningún interés en formalizar su relación con una boda como Dios manda.

James y Brenda se sumaron al escándalo con sus saludos y abrazos hasta que un impertérrito Aston les anunció que se les estaba enfriando la comida y la baronesa les reclamaba en el comedor principal.

Sofocando la risa, Miguel sostuvo en brazos a su sobrina y a la enorme muñeca de trapo con accesorios de doctora, que era lo que más le había gustado, y puso en marcha al grupo.

–Vamos, vamos; no se nos enfade la baronesa –recalcó con retintín– y nos envíe a las mazmorras.

Dylan, que aparecía en ese instante en lo alto de la escalera, ocultó la sonrisa espontánea que le esponjaba el alma cuando los tenía a todos reunidos. Ahora que sabía lo que era gozar de una familia, no lo cambiaría por ningún bien material. Ana le había otorgado la bendición de llenar de risas su casa, y eso, para un hombre con infancia desventurada, era un sueño hecho realidad. Para colmo, había sabido un rato antes que iban a incrementar su prole.

Amelia tenía nuevos juguetes, pero su madre traía de camino al que prometía convertirse en el más exclusivo de todos.

La conmoción de la noticia del embarazo de Ana aún le duraba a Brenda cuando recibió la llamada de Caleb avisándole de que llegaría esa misma tarde al aeropuerto de Edimburgo. Le repateó un poco que la visita rompiera la armonía familiar, pero debía ser justa con él y valorar que se hubiera pedido unos días en su apretada agenda para pasarlos con ella, deseoso de consolarla por la pérdida de su madre aunque no la hubiera conocido.

Se lo comunicó a Dylan en cuanto lo supo para pedirle un auto y para disculparse por la intromisión en un momento tan feliz, pero él se limitó a abrazarla, rezongando.

–Bren, Bren... ¿cuándo aprenderás a sentirte de verdad en tu casa? Es tu amigo y no molesta. Le diré a Aston que le preparen una habitación.

No se había planteado la cuestión, pero ahora que conducía hacia la capital, habiendo dejado a un hosco James en la biblioteca porque no le permitió acompañarla pese a su irónico:

–Ya sé lo que es traerte a un novio a casa, por si lo habías olvidado.

Se preguntó cómo se lo tomaría Caleb. En Lyon dormían juntos, pero en Greenrock se sentiría extraña compartiendo colchón con él. Su cama era demasiado pequeña, como bien había observado Marleen, y además era su espacio. No le apetecía cambiarlo. Como excusa, dejaría entrever que la moral

escocesa era más rígida que la francesa. ¡Ni imaginar quería que Ana soltara algunas de sus ácidas frases sobre lo rancias de las costumbres del país! Intentaría ponerla sobre aviso.

Por otro lado, se suponía que él venía a consolarla, no a matarla a polvos. Algo en lo que, debía reconocer –admitió burlona–, era muy bueno.

James, agazapado tras la cortina de su ventanal, observó al joven que descendía del viejo Mazda que a Brenda le gustaba conducir. Ella, al igual que Ana, se pirraban por la colección de autos de Dylan, pero jamás se permitían usarlos si no era como copilotos o simples pasajeros por más que su tío les indicaba que estaban a su disposición.

Se centró en la alta figura que sacaba un bolso de viaje y una mochila para cámara de fotos del maletero y que luego acercaba la cintura de Brenda a su cadera con ademán posesivo, lo que le hizo apretar los dientes.

Lucía un cabello negro intenso, con un acertado corte de pelo; desde su atalaya pudo ver que sus rasgos eran exóticos, con ojos rasgados y pómulos afilados. Los labios carnosos le daban un aire de actor de cine y, para rematar su imagen, vestía de cuero negro de la cabeza a los pies.

James admitió que tenía un serio competidor.

Le tranquilizó notar la tensión en los gestos de Brenda. Ella se desasió de su agarre antes de entrar en la casa y se limitó a cogerlo de la mano.

Quizá no todo estaba perdido.

–Caleb, Caleb Santos.

Ella lo estaba presentando al resto de la familia cuando James se deslizó, indolente, por la escalera principal hasta el lujoso vestíbulo.

Se sumó al grupo y le tendió la mano.

–Encantado. James MacDougall.

–*Lord Braemar* –asintió el fotógrafo–. Lo recuerdo de unas fotos con la señorita Dillon. Su compromiso ha sido muy comentado en la agencia. Imagino que su amistad con Brenda no me dará puntos para lograr una exclusiva. –Sonrió con burla, aunque latiera cierto matiz de esperanza en su sensual voz.

–Me temo que la señorita Dillon y yo somos muy celosos de nuestra intimidad –replicó James, más terminante de lo que la cortesía demandaba al

percibir cómo el cuerpo de Brenda se ponía rígido.

La sonrisa del francés hubiera cautivado a cualquiera de no contar en aquella casa con más detractores que amigos.

–Tenía que intentarlo.

–No podemos culparlo –asintió Ana, procurando ser educada–. Si desea asearse antes de la cena estaremos encantados de esperarle. Aston le acompañará a su dormitorio.

Caleb se retiró con un amplia sonrisa y un breve beso a Brenda, siguiendo al mayordomo. Momento que Mónica aprovechó para tirar de la pelirroja y llevarla hasta el saloncito, donde tomarían un aperitivo.

–¡Chica, qué bombones te buscas! Aún me acuerdo del aquel cocinero tan potable que trajiste a la boda, pero este no se queda atrás. ¿De dónde es? Franchute, ¿no?

–Sí, sí es francés. Nació en Londres pero se ha criado en París, aunque sus padres proceden de Filipinas.

–¿Y vive contigo en Lyon?

Brenda asintió, incómoda, notando la escrutadora mirada de James.

–Cuando no está trabajando en otros sitios, sí. Pero apenas llevamos tres meses juntos. Fue él quien me hizo el reportaje de promoción.

–Te sacó guapísima –replicó Malena–. Que tú lo eres, desde luego, pero supo sacar tu lado bueno.

–No hay nada que un buen maquillaje y un experto fotógrafo no conviertan en algo bonito –reconoció con modestia.

–Yo te prefiero al natural. –Sonrió Dylan–. Sin ocultar tus pecas.

Ella esbozó una sonrisa sincera. Tampoco se veía guapa en las portadas; quizá despampanante, pero no se sentía como ella misma.

–Sea como sea, es un excelente fotógrafo –intervino Miguel–. Me estuve informando sobre él cuando salió la revista y tiene un currículum impresionante para su edad.

–Sí que lo es; se lo disputan muchas agencias –admitió Brenda–. La mayor parte del tiempo está de viaje. En realidad sueña con dedicarse al reportaje deportivo de alto riesgo, pero por ahora es más lucrativo otro tipo de fotos.

–¿En plan paparazzi?

La entonación despectiva de James la hizo rebelarse.

–¡Para nada! No necesita acosar a los famosos para robarles imágenes. Son ellos quienes le llaman.

–Si os dais un pelín de prisa, hijo, igual podría haceros vuestro reportaje de

bodas –bromeó Alfonso, tocando la fibra sensible de su mujer.

–¿Insinúas que va a durar poco en nuestro entorno? –atacó Miguel con chanza–. Quizá Brenda lo tenga bien pillado y aguante una década más, hasta que nos rindamos al hostigamiento familiar.

–Ya vale de hablar de Caleb o de mí –suplicó ella, mortificada–. Si os ponéis pesados me lo llevo a Edimburgo.

–Preferiría que no –intervino el aludido entrando en el salón tras al eficiente Aston. Se había cambiado el cuero por unos tejanos de marca y un suéter rojo que se ceñía a sus pectorales–. Espero haber acertado. Supuse que de exigirse etiqueta para la cena se me habría comunicado... Y, cariño, me muero por fotografiar las partes públicas de esta maravilla; preferiría quedarme –se dirigió a Dylan–: Supongo que son ustedes consciente de que viven en una joya arquitectónica.

–Absolutamente –sonrió Ana tomándole del brazo–, Greenrock es una belleza de castillo. Mañana podrá tomar las instantáneas que quiera. Ahora, si no os importa, cenemos. Estoy de antojo y me muero por el salmón con endivias que tenemos de entrante.

–¿Está usted embarazada? –Rio, encantado–. Enhorabuena. Brenda no me dijo nada.

–Acabamos de saberlo –replicó ella, molesta por la persistente mirada de James.

Para alivio de Brenda, todos se comportaron con moderación durante la cena. Dylan habló de la fortaleza; Caleb de su trabajo; Mónica de lo mucho que amaba España; y Ana de Amelia, que a esas horas dormía.

Tras los postres, aprovechando que no llovía ni hacía viento, Brenda aceptó la sugerencia de su pareja de dar una vuelta por los alrededores y, equipados con gruesas zamarras, salieron al exterior.

No bien habían dado la vuelta al torreón del ala oeste, Caleb se abalanzó sobre ella y saqueó su boca con ansia.

–Joder, cariño, me moría por besarte –jadeó contra su cuello.

Ella entrelazó las manos en su nuca y lo acarició con dulzura.

–Siento el acoso y derribo. Ya te advertí de que me consideran de la familia aunque mi madre solo fuera una empleada.

–Son una gente muy peculiar. Excepto el dichoso duque y la madre de la baronesa, el resto podrían pasar por plebeyos tranquilamente.

–¡Es que lo son! –Rio Brenda–. El dichoso duque, como tú le llamas, y Dylan, son los únicos aristócratas de nacimiento.

–Bueno, dejemos ese asunto. –Le pasó la yema de los dedos por el rostro, apenas visible por la iluminación del interior–. ¿Estás bien? Te noto tensa y nerviosa.

–Hay un montón de cosas de las que tenemos que hablar. –Tiró de su mano y lo llevó hasta un banco del jardín–. He recibido ofertas para asociarme en Edimburgo, creando mi propio negocio.

–¿Eso te gustaría?

–Creo que sí –asintió, dubitativa–. No se me había pasado por la cabeza, pero en apenas unas horas me han hecho dos propuestas.

Caleb le acarició los pómulos, depositando un beso en sus labios.

–La decisión es tuya, cariño. A mí me da igual dónde regresar.

–¿De verdad no te importaría?

La mirada oscura se posó en la verde con ternura.

–¿Por qué habría de hacerlo? Mi trabajo me lleva de un lugar a otro. Solo es una cuestión de aviones.

Brenda lo abrazó, agradecida. No es que la opinión de Caleb pesara en su decisión sobre las demás, pero no deseaba tener otra ruptura sobre su conciencia. Si las cosas se desarrollaban como hasta el momento entre ellos, nada tenía por qué cambiar.

–Debo pensarlo con detenimiento, pero saber que me apoyas es reconfortante.

–Llevamos vidas complicadas, Brenda; con pocos instantes de intimidad y demasiadas ausencias, pero si tú quieres, estoy dispuesto a poner de mi parte para que esto funcione. Me gustas muchísimo. Más que nadie en los últimos años. –Restregó su nariz con mimo contra la contraria–. Por cierto, ¿de verdad vamos a dormir separados?

Ella rio contra su cuello.

–Dormir sí, pero igual puedo acompañarte hasta tu alcoba.

Como impulsado por un resorte él se puso en pie.

–¡Haberlo dicho antes! Anda, subamos ¡Aquí hace un frío que pela!

–¿Y luego dices que no te importaría vivir en Escocia? –Le picó, divertida.

–¡Con calefacción central, como la de este paraíso! –confirmó, diligente.

Lo que empezó siendo un troteo acabó en sexo puro y duro. Caleb la tendió

sobre su ancha cama, le levantó el suéter y se acabaron las contemplaciones. En breves minutos tuvo a Brenda deshecha entre sus dedos, ahogando los gemidos en su hombro desnudo y clavándole las uñas en la espalda.

Cuando ella salió de la habitación, amanecía. Se mordió los labios, sintiéndose culpable mientras regresaba a su lecho. Menos mal que, quien se hubiera encargado de ello, los habían cobijado bajo el mismo ala.

James se machacó en el gimnasio dispuesto a desfogar su ira. No soportaba estar bajo el mismo techo que Brenda sabiéndola en brazos de otro. Ya no.

Había pasado por su dormitorio al filo de la madrugada, después de ahogar sus penas en whisky tirado en el sofá de la biblioteca, y no la encontró allí. Por más que intentó dormir no lo consiguió, así que aguantó hasta una hora prudencial para no incomodar al servicio y bajó a destrozarse los músculos con el saco de boxeo.

Cuando estuvo lo bastante cansado echó algunas prendas en un bolso de viaje y se marchó a Edimburgo, dejando una nota para su tío. Estaba seguro de que él lo comprendería. No iba a huir como un cobarde cediendo su sitio al fotógrafo, pero mientras las pequeñas cosas se solucionaban, prefería evitarse la tentación de montar un espectáculo indigno. Y no estaba seguro de contenerse si vislumbraba algún signo de arrobo en el pecoso rostro que amaba.

Brenda tomó una ducha y decidió que enseñaría los alrededores de Greenrock a Caleb esa mañana y por la tarde lo llevaría a Stirling. Puesto que desconocía la belleza de Escocia, se la mostraría y, de paso, se quitaría de en medio la posibilidad de cruzarse con James. Aunque no fuera lógico, se sentía culpable de provocarle unos celos que, por otro lado, él no tenía derecho a sentir. Sin embargo, sabía que los sentía, lo notaba en su propia piel, y su dolor le dolía también.

Atravesó el camino hasta el comedor con una sensación extraña en el estómago y se preocupó al contemplar el semblante cariacontecido de Amelia, insinuando pucheros, mientras Dylan le leía a Ana la nota que Aston le entregó.

–Buenos días. ¿Ocurre algo?

–¡El tío James se ha ido!

La exclamación de Amelia le estrujó el corazón, aunque enseguida Ana entró al trapo para reprocharle a su hija.

–¡No seas mimosa, Amelia! Solo ha ido a Edimburgo para arreglar unos papeles. En un par de días estará de vuelta.

Brenda miró a Dylan y a la nota que aún mantenía entre los dedos.

–¿Y te lo ha comunicado así? ¿Tanto le urgía? Anoche no comentó nada.

–Anoche hubo noticias más notorias –replicó él simulando no darle importancia–. Está interesado en comprarse un alojamiento y en compartir negocios con sus amigos. Habrá decidido iniciar los trámites.

–¿De verdad va a quedarse para siempre, papi?

Dylan besó la churretosa mejilla de su heredera con una sonrisa feliz.

–De verdad. Pero no te hagas ilusiones. No creo que lo vayamos a ver muy a menudo. Tu tío se ha convertido en un señor importante.

Ana lanzó un bufido aprendido de él, muy impropio de una baronesa.

–¡No le metas a mi hija tonterías en la cabeza! Ya sabes lo que opino de *lores* y *ladys*.

La entrada de Caleb, soberbio en sus tejanos gastados y su camisa negra, cortó la conversación, abriendo nuevos derroteros. Si a él le sorprendió la ausencia del joven duque no dio muestras de ello. A fin de cuentas, ignoraba los entresijos de la casa y sus habitantes.

Antes de que se fueran, informados los anfitriones de sus intenciones, Dylan tuvo un recordatorio para Brenda.

–Mañana vendrá el notario para leer el testamento de tu madre. No confirmo hora porque yo le aseguré que estarías aquí, así que no hagas planes fuera.

Ella sintió todo el peso de por qué había regresado y asintió, repentinamente apagada. Caleb abrazó sus hombros con ternura, ganándose el beneplácito de Ana.

–Distráela por ahí, anda. Y disfrutad del día, que ha salido propicio para sacar buenas fotos.

–Eso está hecho, *milady* –se permitió burlarse el francés tras haber sido testigo del último tramo de la conversación anterior.

Ana le replicó con una sonrisa matadora y él pensó que semejante rostro merecía ser immortalizado en tonos sepia. Esperaría a proponérselo cuando pillaran mayor confianza.

Cinco días más tarde Brenda sabía el monto de su capital, había despedido a Caleb en el aeropuerto y estaba tomando un aperitivo en una elegante cafetería de Lothian Road con Marleen cuando el resto de la pandilla hizo su aparición

al completo.

La joven MacBean hizo un mohín de descontento al verles traspasar la puerta, porque el avión del francés había salido con retraso y ellas aún no habían tenido ocasión de ponerse al corriente de sus decisiones.

Ignorando el gesto de su pareja, Allister la besó en los labios y a su acompañante en las mejillas.

Brenda saludó a todos, incluido al hierático duque.

–¿Molestamos? –inquirió Allister–. Habíamos quedado en almorzar juntos.

–Lo sé, cariño; pero Brenda y yo acabamos de reunirnos.

–¿Se marchó Caleb? –preguntó James con simulada indiferencia.

–Sí –apuntó ella, molesta por su aparente frialdad–. ¿Regresarás ya a casa? Tienes a Amelia un tanto mohína.

–¡Mi peque! –La sonrisa esta vez sonó sincera–. No sé, me quedan por arreglar unos asuntos. Por cierto, ya que estás aquí me gustaría que me ayudaras en una cuestión.

–¡James, nosotros vamos primero! –atajó Marleen, cortante.

La mirada de Brenda se posó sobre la rubia con abierta curiosidad.

–¡No podéis estar tan deseosos de asociaros conmigo! Me tomas el pelo.

–¡Pues no! –la corrigió Callum–. Tenemos el local perfecto, a pocos metros de aquí por cierto, que es por lo que Marleen te citó con prisas.

–¡He aguantado hasta que su novio se ha ido, no la he azuzado tanto! –se quejó la aludida.

–¿Ya hay un local? –La inquietud de Brenda fue en aumento. Pensarlo como un proyecto estaba bien, pero sentirse a dos pasos de dar el sí definitivo le atenazó el estómago.

–Uno magnífico –asintió Allister, acariciando sobre el mantel la mano de su pareja–. Quedó libre hace dos semanas, y se lo rifa mucha gente, pero gracias a nuestros contactos lo están manteniendo en espera... Claro que no podemos abusar.

–¿Y por qué no lo habéis adquirido ya?

Marleen la miró como si quisiera comérsela a pedazos.

–¡Porque no sabemos qué decidirás! –clamó irónica–. Este negocio tiene sentido contigo; si no, no nos interesa.

–Un restaurante puede funcionar con quien sea. En este barrio hay un millar de posibilidades –se defendió ella.

–Pero te quieren a ti. –Sonrió Hewie, el único que no tenía participación en el asunto.

Brenda se mordió los labios, sacando de quicio a Marleen.

–¿Y bien? ¿Te lo has pensado ya?

Ella asintió, sonrojada al sentirse el centro de atención.

–He mandado con Caleb mi carta de dimisión; pero he de regresar a Lyon en unos días. Hay cuestiones que debo cerrar correctamente allí.

El entusiasmo de Marleen sonó tan genuino que la apabulló.

–¿Eso es un sí? ¿Somos socias?

–Socios, cariño –rectificó Allister burlón–. Todos ponemos un pico del capital.

Brenda tragó saliva mientras miraba a James.

–¿Tú también?

–He pasado a formar parte de la firma así que, si no tienes inconveniente, sí, también.

–Soy el único que no entra en el pastel –bromeó Hewie–. Prefiero dejaros los negocios y quedarme con mis clases.

–Tienes que hablarme de eso –le sonrió ella–, pero no ahora, estoy tan nerviosa que ni sé cómo respirar.

Marleen pidió una botella de champán y abrazó a la pelirroja con entusiasmo.

–En cuanto nos emborrachemos iremos a ver el local. Si te gusta, firmamos esta tarde.

–¡No hemos hablado de dinero ! Tengo, pero...

–Esta tarde –insistió Marleen–. ¡Ahora, vamos a celebrarlo!

Al rato, cuando iban por el descorche de la tercera botella, Brenda recordó que no había avisado de su retraso en Greenrock, pero James, adivinando su preocupación, le susurró al oído:

–Ya le he dicho a Ana que esta noche te quedas en la ciudad. Hay muchas cosas por resolver mañana.

–¿Mañana ? No he traído ropa.

–No te hará falta. Marleen tiene mucha. Nos quedamos en el Kirkpatrick.

–¿Nos?

–Sí, tenemos una suite, ¿recuerdas?

–Pero...

–Ya hablamos más tarde. Hay una casa que quiero comprar y necesito tu opinión.

Brenda abrió mucho los ojos, trastornada por semejante despliegue de locura, pero ya Callum estaba presionándoles para ir a ver el local y se dejó

llevar.

Le encantó. Tenía un espacio abierto con cristaleras a la avenida, los techos de viga vista, las paredes de ladrillo rojo y el suelo de hormigón tratado. Una escalera de madera al final del local conducía a una buhardilla amplia y luminosa debido a las claraboyas del tejado, que ocupaba el segundo piso.

Enseguida vio las posibilidades: el comedor abajo y una zona íntima de cafetería arriba; podrían incluso poner una biblioteca con música clásica de fondo, como en el restaurante de Lyon. Ya imaginaba los sillones tapizados y las mesitas bajas en la zona más inclinada y sillas cómodas con mesas más altas en la delantera. El comedor sería más uniforme, con decoración funcional.

Marleen la escuchó arrobada, dando su aprobación a todo y puntualizando sobre colores y texturas.

Brenda se quedó pasmada cuando entraron en lo que sería la cocina. Incluía muebles adosados a las paredes que servirían para almacenaje y una isla en el centro que aprovecharían para colocar los fogones. La luz entraba del techo y de un lateral que conducía al pequeño patio interior que en esos momentos estaba vacío. Se podría usar como zona de fumadores para el servicio y así no darían mala imagen saliendo a la calle.

Las reformas serían escasas, y darse cuenta de ello la asustó de nuevo. ¡Tenían un proyecto real entre manos! ¡Iba a ser la dueña y organizadora de su propio local!

–¿Nos sirve, entonces? –inquirió Allister, sacando su lado práctico.

–Es perfecto –musitó Brenda, dejando caer su mirada sobre el rostro sonriente de James.

–Entonces no se hable más –concluyó él–. Callum, llama a tu contacto y concierta la cita.

–También tenemos que buscarle nombre y meter a Brenda en nuestra sociedad –informó Allister.

–¡Pues vamos a vuestra oficina! –Marleen atajó la réplica de pánico que iba a exclamar la pelirroja–. Tú límitate a diseñar tu entorno de trabajo y a darme indicaciones para que yo decore el exterior. De los números se encargarán ellos.

–¡Pero necesito saber de cuánto estamos hablando! La zona es muy céntrica y costará un dineral; el alquiler...

–No alquilamos, vamos a comprar –resolvió Callum con aplomo.

Brenda sintió fuego en el estómago. Eso era impensable para su economía.

–Es un riesgo excesivo. ¿Y si no funcionamos como esperáis? La inversión será astronómica.

Por una vez, James dejó asomar su aire de suficiencia.

–¿Tengo que recordarte que somos dueños de las grandes fortunas del país? Ella lo fulminó con sus ojos verdes.

–¡Vosotros! Pero yo no, y se supone que somos socios.

–Igualitarios –asintió impertérrito.

–No sé si podré cubrir...

–Podrás. Y tendremos una cláusula especial en la que si el negocio se va a pique, recuperarás tu inversión. A fin de cuentas, te estamos arrastrando a ella.

–¡No pienso admitir...! –Apretó los puños a los costados, muerta de vergüenza por la deferencia.

–Ya está hablado –interrumpió Marleen–. Los cuatro hemos dado el consentimiento. Ahora déjate de tonterías y dinos... Hemos pensado el nombre también. Aunque debes decidir si lo quieres... –se le nublaron los ojos azules antes de exponerlo, dejando a Brenda más apabullada si cabe– Lotty's Club Restaurant

–¿Lotty's Club Restaurant? –Las lágrimas fluyeron por sus mejillas, incrédula .

Suena bien, y nos gustaría hacerlo en homenaje a tu madre. Ella nos dio a probar delicias culinarias y nos regaló cariño verdadero –asintió su amiga.

Brenda miró a James y él asintió, emocionado también.

–Ha sido cosa suya, te lo aseguro. Aunque por supuesto estoy de acuerdo.

Brenda abrazó a Marleen y la besó con devoción, susurrándole:

–De verdad que me voy a arrepentir para los restos de haberte odiado.

A lo que la otra replicó:

–Espera a que veas el tipo de socia implacable que soy y luego decidirás... Anda tonta, que estamos creando algo hermoso juntos.

Allister tosió con discreción dando término de las sensiblerías y todos prestaron atención a Callum, que acababa de cerrar su móvil de última generación.

–Hecho. Firmamos en cuatro horas. ¡Ya podemos organizar rápido el papeleo!

Así fue como Brenda Banner pasó a tener su propio negocio.

La tarde se les fue entre impresos y firmas. Hewie se despidió hasta la noche, en que celebrarían «adecuadamente» la reciente adquisición, y Brenda insistió en pasar por unos grandes almacenes antes de acudir a refrescarse al Kirkpatrick para comprar algo de ropa y útiles de cosmética.

Mientras la veía coger un traje pantalón de lino en tonos azules y una camisa de seda blanca sin mangas para la cena además de unos tacones de infarto, James se halló rememorando la tarde que anduvieron de compras en Stirling con la tarjeta dorada de Dylan como un trofeo, y sonrió nostálgico, arrancando en Brenda una mirada de compenetración.

–¿Sabes? Aún conservo el vestido de coctel y las sandalias –confesó, pasando por su lado de camino al probador.

–Estabas radiante con él –admitió, asombrado del grado de entendimiento que les unía.

–¡Fue mi primer vestido de gala! Puede que aún me quepa. –No esperó a ver su respuesta, perdiéndose tras la cortina.

James contuvo el anhelo de lanzarse tras ella y aplastarla contra las ligeras paredes para desnudarla a besos; a cambio, con una sonrisa torcida se dirigió a la zona de lencería y se hizo con varios conjuntos que le encantaron, en champán, morado y burdeos, además de un camisón sencillo de tirantes y escote en uve de color turquesa. Lo pagó y aguardó a que ella volviera con las prendas elegidas.

–¿Te parecen adecuadas para dondequiera que me llevéis? –quiso saber, no exenta de ironía–. ¡No desearía desentonar yendo con la flor y nata de Escocia!

James no respondió al ataque, limitándose a entregar de nuevo su tarjeta.

–¡No! Esto lo pago yo.

La dependienta, colgada de la sonrisa desdeñosa del guapísimo cliente, ignoró su negativa y pasó el importe por la cuenta.

–¡James, esto no es...!

–Estoy disfrutando; concédeme un respiro –replicó despidiéndose de la muchacha, que miraba con manifiesta envidia a su acompañante.

Ella apretó los labios, molesta, y cuando ya estaban saliendo, se detuvo en seco, incómoda.

–Espera, aún me queda por comprar...

–¿Ropa interior? –Le mostró la bolsa elegante que llevaba en la mano–. Me adelanté.

Rio al ver cómo las pecas se fundían con el rojo escarlata de sus mejillas y

tiró de su mano para no dar de qué hablar al vigilante que les miraba, curioso.

–¡Pero tú...! ¿Cómo te atreves? ¿Qué sabes de mi...?

–Talla 90; escogí *culottes*; me da la sensación de que no eres de tanga, aunque los usaras hace años.

Brenda cerró la boca, cogiendo aire y respirando hondo, muerta por la vergüenza.

James aprovechó la ventaja para andar a buen ritmo, obligándola a seguirlo sin hacer más preguntas. Tampoco él estaba muy seguro de querer seguir hablando de ropa interior.

Saludaron a Peter donde pasaba la mayor parte de su tiempo, en el despacho interior del hotel; ya apenas se permitía atender al público, desbordado por la dedicación al mantenimiento. Dylan había delegado por completo y ni siquiera se molestaba en leer los informes que le enviaba.

Brenda no lo veía desde hacía años, y estuvieron bromeando sobre sus respectivas vidas hasta que un aviso del móvil de James le dijo que debían ponerse en marcha.

–Tenemos reserva para cenar en una hora.

–Pues poneos a ello, chicos –les despidió el grandullón–. Ha sido un placer ver esa cara bonita, Brenda. Insisto en que siento lo de tu madre.

Ella lo abrazó sin palabras y siguió a James hasta la suite principal. Había estado allí en contadas ocasiones, pero jamás con él. Sabía que contaba con dos dormitorios y un salón, por lo que aguardó a que le indicara cuál sería el suyo.

James, desconcertado, la observó parada en mitad del salón.

–¿Cuál es el tuyo? –preguntó ella.

Al fin lo entendió; estaba descartándolo para quedarse el otro. Se armó de paciencia y le indicó el que ocupaba.

–Hay baño en ambos. Ve arreglándote si quieres.

Con un gesto asertivo, Brenda se perdió tras su puerta. Se odió por sentir los nervios atenazándole el estómago. No podía quitarse de la cabeza la idea de que esa noche dormirían solos y que la actitud de James era abiertamente seductora. ¡Por Dios, lo deseaba con toda su alma! Entendía las miradas que levantaba entre las chicas porque resultaba arrebatador en su seguridad y su atractivo físico. Llevaba la prestancia de la sangre azul en las venas. Parecía una estatua andante, y para colmo rezumaba encanto.

Indignada, dejó las bolsas sobre la cama y se metió en el lujoso baño para darse una ducha fría. ¡No se le ocurría otro modo de volver a mirarle a la cara sin tener rojas hasta las orejas!

James encendió un cigarrillo y se sirvió unos dedos de whisky en el vaso tallado del mueble bar. Estaba nervioso. Se había hecho el firme propósito de seducir a Brenda esa noche, no importaba cómo. Usaría malas artes si era preciso, pero no iba a desaprovechar la oportunidad que se le presentaba.

Le arrancaría al maldito Caleb de la cabeza y del corazón, por muy arraigado que lo tuviera.

Detuvo el gesto de dar un trago cuando la puerta se abrió y ella se mostró con cierta dosis de timidez.

–Estoy lista.

Respiró hondo, impactado por la intimidad de estar cerca de ella, solos. Miró sus brazos desnudos y su figura entallada por la blusa de seda y los amplios pantalones que ocultaban los tacones que la alzaban un buen palmo del suelo. Se había maquillado con moderación y llevaba el cabello flamígero en un recogido informal que realzaba sus rasgos.

–¿Voy bien?

–Perfecta –aseguró con voz ronca por el deseo.

Brenda simuló no notarlo; azorada.

–¿Me dices dónde iremos o sigue siendo alto secreto?

James rio con desgana. Por él, pediría que le subieran una hamburguesa del bar de la esquina y se quedaría entre sus brazos toda la eternidad.

–Ningún secreto. Tenemos mesa en el restaurante del Balmoral.

Ella esbozó una sonrisa tenue.

–Donde llevaste a Ana.

La fotografía de esa noche estaba entre las preferidas de su amiga, y decoraba una de las baldas de la biblioteca.

–El mismo. Creo que te gustará.

Ella asintió, de nueva conectada a él.

–No lo dudo.

–¿Pillamos taxi o caminamos?

–Demos un paseo. Está cerca y ya sé andar con tacones.

Él asintió, feliz de darle gusto.

Rondaba la medianoche cuando terminó la cena. Hewie, que vivía a las afueras, les acercó en su auto y Brenda lo agradeció, porque los zapatos la estaban matando. Se deshizo de ellos nada más pisar el suelo de la suite, arrancando una sonrisa traviesa en James.

–Creí que ya dominabas el arte de los tacones. ¡Debéis estar locas para encaramaros en esos destrozacolumnas!

–Lo estamos, sí –admitió derrengada, dejándose caer en el sofá.

Había bebido un poco más de la cuenta, nerviosa por el trance que ya había llegado y preguntándose si no habría sido un tanto neurasténica. A James se le veía tranquilo.

Él se quitó la chaqueta del elegante traje, se desanudó la corbata, se revolvió el pelo de extraños matices que ahora llevaba, entre pelirrojo y rubio, y también tiró de cualquier modo sus impecables zapatos de cordones sin molestarse en desabrocharlos. Se arrancó las medias de ejecutivo y flexionó los pies con placer, todo ello bajo la atenta mirada de Brenda; subyugada por sus movimientos, aunque él ignoró deliberadamente sentirse observado.

–¿Una copa?

–¿No hemos tomado muchas? –denegó con sarcasmo.

–¿Estás bebida?

Ella negó, sin apartar los ojos de los azules que ahora estaban sobre su figura. Nerviosa, subió los pies al cojín y empezó a sonrojarse, captando los pasos silenciosos de James sobre la moqueta hasta que lo tuvo a su lado.

–Mejor, porque quiero que seas muy consciente de todo lo que vamos a hacer.

–¡James!

El colocó una rodilla entre las suyas y se inclinó para besarla con una determinación que la dejó indefensa.

–Nos lo debemos, Bren. Desde hace diez años. Puede que entonces me portara como un imbécil por no reclamarte sabiendo que eras mía, pero esta noche no voy a dejarte escapar.

–Nosotros tenemos...

–Una deuda pendiente –atajó él–. Esta noche no habrá nadie entre tú y yo. Mañana solucionamos lo que quieras; pero esta noche no. Dime que estás de acuerdo.

Brenda se prendó de su boca; asintió y alargó la mano para asir su cuello. Se moría por besarlo.

James dejó un beso ardiente en sus labios y después tiró de ella para llevarla a la cama. Quería ir despacio, hacerle todo lo que había soñado y además, disfrutarlo bien.

Bren abrió los ojos, amodorrada, sintiendo gelatina en cada hueso de su piel, y se topó con la adoración de la mirada azul que estaba prendida en ella.

–¡Me he dormido! –gimió.

La risa de él se cernió sobre su boca, ronroneante.

–¡Eres una floja!

Ella lo apartó con ímpetu.

–¿Una floja? ¡He tenido más orgasmos que en toda mi vida! ¡Ni que hubieras estudiado el Kamasutra!

James se sintió halagado, pero prevaleció su excitación. Mientras la estuvo contemplando dormir se empapó de la sensualidad de sus labios, del hermoso hueco de su clavícula, de sus hombros torneados y sus brazos fuertes, acostumbrados a trabajar; había deslizado los dedos por el interior de sus muslos, admirándose de su tacto satinado y hasta besó los dedos de sus pies con veneración, recreándose en sus uñas recortadas sin más adorno que un esmalte transparente. La tenue cintura y la corona de sus pechos, de un rosa oscuro, le hicieron la boca agua, así que ahora que estaba despierta no dudó en subirla a horcajadas sobre sus caderas para succionarle los pechos con deleite, arrancando un gemido de la garganta expuesta de Brenda.

Ella arrastró las manos por sus brazos y su espalda, y se asió a él, esperando el ataque de lujuria que ya la estaba poseyendo, notando las olas que vibraban en su interior con una facilidad fascinante cuando era James quien la sostenía.

En su cabeza una vocecita la alertó de que debía cooperar como había hecho horas antes, tocándolo, lamiéndolo y buscando cada punto vulnerable de su anatomía, pero se sentía tan lánguida que se dejó llevar y esperó el ansiado desahogo de su interior. Una vez llegó, mordió su hombro con fiereza y se deshizo para él, quien se miró en los ojos verdes para verse reflejado, dejándose ir también en un frenesí de jadeos.

Sudorosos y agotados, permanecieron en silencio, acoplando el ritmo de sus corazones.

–Bren...

–¿Qué?

Usaban susurros, clavados por frentes y caderas.

–Te amo –acalló la respuesta de ella–. Tuve que decírtelo diez años atrás y no lo hice.

Una lágrima se escapó por su mejilla y él la bebió.

–¿Estamos hace diez años o ahora?

–Estamos siempre. Nunca he amado a otra mujer como a ti.

Ella quiso apartarse, pero él no se lo permitió.

–Sin preguntas, Bren. Aún no es mañana.

–Sí lo es.

–Mientras dure la oscuridad, no. –Volvió a besarla, dejando en evidencia que podía desearla de un modo infinito, sin agotarse–. Una vez más.

Ella se limpió las lágrimas y asintió, renovada.

–Pero yo llevaré el mando.

–Soy tu esclavo –asintió sonriente.

Les despertó el sonido de un móvil. Confusa, Bren alargó la mano para cogerlo, pero se dio cuenta de que no era el suyo. James ya estaba mirando la pantalla y apagándolo. Después se volvió con una sonrisa deslumbrante para regodearse en el cuerpo desnudo enredado en las sábanas.

–Buenos días –saludó desenfadado–. Olvidé quitarle el sonido, lo siento.

Brenda, de repente sofocada, se arropó hasta la barbilla.

–¿Qué hora es?

–Van a dar las tres de la tarde. ¿No te gruñe el estómago?

El silencio que siguió a su broma resonó entre ambos, llevando a James a ponerse nervioso.

–Bren... ¿Estás arrepentida?

–Supongo que no –susurró ella, sin atreverse a mirarlo.

–¿Eh? Quiero verte los ojos. Bren, por favor. ¡No puedes avergonzarte de lo que hemos compartido!

–Nunca había hecho esto –musitó arrebolada.

–¿Acostarte con un tío? –James imprimió cierta frialdad sin querer a su voz, haciendo que ella reaccionara.

–¡Acostarme con alguien que no es mi pareja!

–Eso no es culpa mía. Fuiste tú quien se lió con Marcus –le reprochó, francamente enfadado.

–¿Vas a echarme eso en cara ? ¡No soy yo quien está prometida!

James salió de la cama, espléndido en su desnudez.

–Joder, Bren, ¿no podías esperar a haber almorzado al menos para sacarlo a colación?

–No voy a sacarlo, ni ahora ni nunca. ¡No sé por qué nos debemos explicaciones el uno al otro!

–¿Quizá porque nos importamos? –replicó airado.

–¡Déjalo, James! –Se incorporó también, llamándose estúpida porque le incomodara que la viera desnuda a esas alturas, después de haberse recorrido el uno al otro la geografía de sus cuerpos con manos y lengua–. Me voy a mi alcoba. Y si no te importa, me vuelvo a Greenrock yo solita. Necesito recuperar la cordura.

Él la retuvo con fuerza, apretando sus muñecas con rabia, cegado por un sentimiento irracional.

–¿Vas a decirme que esta noche no ha sido importante? ¡Júrame que no quisiste lo mismo que yo!

–¡Sí! –centelleó, desprendiéndose del agarre–. ¡Lo quise y lo tuve! Como bien dijiste, nos lo debíamos. ¡Ahora, ya podemos seguir con nuestras vidas!

Salió dando un portazo y James se dejó caer sobre la moqueta, abrumado, dudando si salir tras ella o quedarse quieto.

Ni en sus peores pesadillas habría imaginado que la noche de sus sueños pudiera terminar de semejante modo.

Brenda condujo como una posesa. Se había duchado en el hotel y se había puesto la ropa del día anterior, unos sencillos tejanos y un suéter de licra negro. No quiso comer, incapaz de sentir en su estómago nada que no fuera pesar y dolor. Lloró con amargura en un recodo de la carretera, aclimatado para avistar pájaros, que en ese momento estaba solitario, y después escribió un *whatsapp* a Marleen para comunicarle que faltaría unos días, que se iba a Lyon a solucionar sus asuntos pendientes. Ella le respondió con un alegre emoticono de Ok y un «no tardes mucho. Tenemos curro de sobra para inaugurar en dos meses». Esa era la fecha que habían fijado la noche anterior entre copas de vino y exquisitos manjares. Dos meses para transformar su vida definitivamente. Se preguntó si el primer paso no lo había dado ya esa noche. Y si no habría sido un adelanto de su equivocación.

Le costó dejar Lyon. No había querido tomar prestado el avión de Dylan y tras recoger su equipaje se arrepintió, porque tantos años en Francia le habían dado para almacenar demasiados trastos. Sin embargo, un sentimiento de que

debía acostumbrarse a que ella no era Marleen, ni siquiera Ana –quien ahora gozaba de un estatus diferente por ser consorte de un barón–, si no que se trataba de una joven con recursos pero sin derecho a vivir de otro modo que no fuera acorde a su sueldo, resolvió sus dudas. Empaquetó lo que halló imprescindible de conservar y organizó su traslado con una empresa de transportes para dentro de dos semanas. Era el plazo que se había impuesto para encontrar un apartamento en consonancia con su economía. La tentación de pedirle ayuda a Marleen fue muy grande, pero la venció, segura de que la otra no se adaptaría precisamente al perfil de lo que estaba dispuesta a costearse. Mientras tanto, para no incomodar a Dylan, se alojaría en el Kirkpatrick; pero no en la suite, se prometió. Era la máxima concesión que haría a los MacDougall.

Se encontraron de frente en un ascensor. Ella salía y él entraba de las oficinas de CFM, Asociados, sita en Princess Street. La gente que les rodeaba dejó de existir y solo se vieron el uno al otro. Él con traje de chaqueta de corte moderno y ella con su habitual aire bohemio, falda asimétrica y jersey de punto beis hasta las caderas. Su bolso en bandolera y sus cabellos rebeldes la hacían desentonar del grupo de encorsetadas mujeres que desocupaban el habitáculo al mismo tiempo que ella, pero James no tuvo ojos para nadie más, por mucho que los de las otras se prendaran de su aspecto.

Dio dos pasos y retrocedió hasta el vestíbulo, confrontándola.

–Nadie me avisó de que habías vuelto.

–Regresé anoche. Allister necesitaba que firmara unos papeles.

James hizo caso omiso de su aparente frialdad. La conocía demasiado para no reconocerla nerviosa.

–¿Podemos almorzar juntos? Ahora tengo una reunión pero...

–¡Estaré ocupada! –negó–. Voy a buscar apartamento y he señalado unos cuantos cercanos al restaurante. No quiero que se me adelanten.

Él recordó la cita pendiente, pero supuso que no era el momento.

–¿Quieres que te acompañe a verlos?

–No, prefiero encargarme sola. Pero gracias.

James alargó el brazo para agarrarla, aunque ella se lo impidió, retrocediendo unos pasos.

–Vamos a darnos un margen, James. Por favor. Necesito hacer esto y sabes que estoy acostumbrada a valerme por mí misma. No quiero influencias de

ninguno de vosotros, ¿de acuerdo?

Él levantó las manos en señal de rendición.

–Tú mandas. Sin presiones.

Ella le dio un ligero beso en la mejilla y se apartó con rapidez.

–Gracias. Nos vemos.

James la vio marcharse, desolado. Incapaz de decidir qué dirección tomar para recuperar su confianza.

Brenda no lo pensó dos veces. Era el primer anuncio al que acudía, pero supo que lo quería. Se pasaba de su presupuesto, aunque estando en Lothian Road, a una manzana del restaurante y rodeada del Traverse Theatre[1] o el Usher Hall[2] tampoco podía considerarse excesivo. A fin de cuentas, como le sucediera en Lyon, iba a ahorrar en desplazamientos. Le encantaba que hubiera muchas tiendas variadas de alimentación y, sobre todo, centros de ocio. No sabía cuándo podría acudir a ellos, pero al menos los tendría a mano.

El *loft* daba a la calle, y sus inmensos ventanales estaban tintados para garantizar la intimidad, puesto que el edificio constaba de solo dos plantas. El baño quedaba oculto tras una mampara translúcida y el dormitorio por una librería de madera blanca. Los armarios iban empotrados.

Los escasos muebles le encantaron a Brenda. Un sofá tapizado en azul marino y una mesa baja de madera y cristal reposaban sobre una gruesa alfombra en tonos crudos, enfrentados a una falsa chimenea de hierro que ocultaba la calefacción central; una moderna mesa de vidrio y acero con sillas de cuero rojo, próximas a una cocina americana en la que no faltaba lo necesario, sería perfecta para las comidas; en la zona del dormitorio, una amplia cama japonesa quedaba resguardada tras la estantería, convertida de ese lado en cabecero de madera listada, acompañada de dos mesillas enanas con lámparas de papel.

Imaginó sus cuadros abstractos sobre las paredes y algunos detalles personalizados y tendría el hogar perfecto.

No se molestó en regatear. Sonrió al chico que la acompañaba en la visita y preguntó:

–¿Dónde hay que firmar?

Cenó con Marleen mientras la ponía al día de su adquisición y la otra

alababa su iniciativa, encantada de verla segura de lo que quería. Hablaron largo rato sobre cómo imaginaban el restaurante y Marleen tomó notas, acosándola a preguntas. De repente hizo una parada, inquisitiva.

–¿Ha pasado algo entre James y tú? Desde que te fuiste a Lyon ha estado insoportable.

Brenda se sonrojó y su socia retiró velas.

–¡No he dicho nada! Tu vida privada no me incumbe. Aunque si quieres contármela tampoco me negaré.

–Puede que más adelante ¿vale? –rogó, incapaz de sincerarse sobre un asunto tan íntimo–; centrémonos en el negocio.

–Por supuesto. Somos socias, no camaradas.

–No, Marleen, de verdad que no es eso. En Edimburgo eres lo más parecido a una amiga que he tenido nunca, pero es que no puedo tratar esa cuestión ahora. Necesito apartar ciertos temas y centrarme en el trabajo.

Marleen mostró su acuerdo, apretándole un brazo y asintiendo con un gesto.

–Solo recuerda que estoy más cerca que Ana si necesitas un desahogo. Solo eso. Ahora sigamos con el restaurante. El tiempo pasa volando y mi curro de verdad también debo respetarlo.

Brenda no replicó al respecto, relajándose de nuevo.

Acababa de entrar en su dormitorio del Kilpatrick cuando una llamada a la puerta la obligó a retroceder. Era James, embutido en un pantalón de chándal y un suéter gris descolorido. Ella dejó sobre el butacón su bolso y le permitió la entrada.

–Peter me ha dicho que te vas.

–He alquilado un apartamento cerca del restaurante. Me entregan las llaves mañana – asintió, desprendiéndose de las botas militares.

Todavía llevaba el equipo con el que la había visto a primera hora, y esa falta de coquetería le resultó a James más excitante que el artificio al que estaba acostumbrado. Sin consultar, tomó asiento en el sillón bajo la ventana.

–¿Has cenado ya?

–Estuve con Marleen, ultimando detalles del local.

Él asintió sin la menor pretensión de moverse del sitio, poniéndola nerviosa.

–¿Alguna cosa más? –preguntó al fin–. Me gustaría recoger mis cosas y darme una ducha antes de dormir. Mañana me espera un día ajetreado.

–A mí también –asintió, impertérrito–. Pero me debes un favor y no me iré

hasta que te saque un sí.

Ella lo miró con desconfianza, frunciendo el ceño.

–¿Qué tipo de favor?

–Llevo buscando vivienda más tiempo que tú y ahora te me has adelantado. Me parece justo que por la tarde me ayudes a confirmar mi posible compra. Al contrario que tú, no soy tan audaz para decidirme.

Los ojos verdes lo fulminaron.

–Igual es que yo no he comprado nada, me he limitado a alquilar. ¿En qué zona vas a adquirir tu... modesto alojamiento? –se burló con desdén–. Supongo que un duque no se conformará con cualquier entorno.

La carcajada de James la pilló desprevenida.

–¡Qué mala eres cuando te pones altanera! No te pega nada. Me gusta una casa en Stockbridge –confesó–. Tiene jardines delante y detrás, dos plantas con tejado de pizarra y una maravillosa buhardilla desde la que contemplar los Dean Gardens.^[3]

–Si tan interesante parece, ¿por qué no la has comprado?

James aguardó unos instantes antes de responder.

–Ya te lo he dicho, requiero una opinión femenina.

–Pudiste pedírselo a Ana o a Marleen.

James dejó asomar un atisbo de enfado.

–¿Tanto te molesta que prefiera que me asesores tú?

Brenda tuvo un recuerdo para April. Ella sería la apropiada para tal menester. ¡Claro que igual pretendía darle una sorpresa! La idea le sentó como un puñetazo en el estómago, pero lo disimuló con un simulacro de sonrisa.

–Ningún problema. ¿A qué hora te va bien?

–Consulto con la Inmobiliaria y te digo.

Ella asintió, señaló la puerta sin ninguna diplomacia y le despidió.

–Estaré localizable en mi móvil. Buenas noches.

James no se resistió, conforme con haber logrado su objetivo.

–Buenas noches, Bren. Felices sueños.

¿Felices sueños?, gruñó en cuanto se halló sola. ¡El maldito James estaba metido en su piel con tal intensidad que solo verlo la acaloraba! Se deshizo de las ropas y se metió en el baño, dispuesta a quitarse el olor que su simple presencia le dejaba.

¡Y encima iba a ayudarle a escoger casa! ¡La casa que compartiría con la

estirada rubia americana! Ahogó un aullido de frustración y abrió el grifo. Se daría un baño; la ducha no sería suficiente para relajar sus nervios.

El impecable servicio del Kirkpatrick le proporcionó un taxi que la dejó frente a su nueva vivienda con su maleta y las cuatro cosas que trajo de Lyon. Realizó algunas compras para llenar la nevera, colocó su ropa y se tiró en el sofá para mirar el nuevo espacio del que ahora era dueña. Una sonrisa de satisfacción se reflejó en su rostro. Le gustaba tener un lugar propio, un sitio al que volver después del trabajo.

El ruido de la avenida quedaba amortiguado por los espléndidos cierres de los ventanales y, aunque no podían verla a ella, sí que podía observar desde el interior el continuo fluir de gente y los preciosos edificios circundantes.

Era maravilloso estar en Edimburgo. Un recuerdo triste la asaltó al pensar que su madre no podría visitar su nueva casa, aunque también supo que nunca habría tomado la decisión de asociarse con la empresa de James si Lotty hubiera estado viva. Para la cocinera de Greenrock la cercanía del joven duque era como una piedra en el zapato, incapaz de superar las diferencias de clase.

Ahora, de algún modo, ella estaba liberada de contentarla, porque tenía claro desde lo más profundo de su corazón que las clases sociales no importaban. Conocía gente pobre de recursos con una arrogancia fuera de lugar y aristócratas cargados de dinero con una humildad fascinante. El mundo era un lugar complicado, pero ella tenía la capacidad de adaptarse. Su mente voló más allá de lo esperado: ¿Sería capaz de convertirse en duquesa?

Un escalofrío la recorrió y se rió a sí misma por pensar necedades. Una cosa era adaptarse y otra soñar.

James la recogió después del almuerzo, disculpándose por haber tenido una imprevista comida de trabajo. Llegaron en auto hasta Ann Street, una de las calles residenciales más exclusivas del Reino Unido, con unas espectaculares vistas al Firth of Forth^[4] y a los Dean Gardens y donde las viviendas se hallaban protegidas por enrejados de hierro y bajos muros de piedra.

James aparcó con despreocupación su potente Porsche gris metalizado frente a la entrada de una casa con un frondoso jardín delantero y una puerta pintada en azul índigo, enmarcada por dos finas pilastras y un frontón circular, a la que se accedía subiendo una ancha escalera de piedra. El mismo material recubría la fachada de dos plantas en la que los sillares se intercalaban con ventanales de guillotina de cristales cuadrados.

El conjunto era tan señorial que Brenda se alegró de haber optado por un traje sastre y tacones en vez de su habitual estilo informal. James también iba acorde con su condición de comprador, de traje gris oscuro y zapatos acordonados.

En el vestíbulo les aguardaba una señora de edad indefinida y maquillaje perfecto, la cual les saludó con parquedad y les permitió echar un vistazo tras una breve explicación.

James conocía la casa, así que se dedicó a contemplar los gestos de Brenda. Captó cómo se enamoraba de la distribución de las habitaciones, de las amplias chimeneas y los cálidos suelos, del porche del jardín trasero y sus magníficas vistas, de las plantas y del olor fragante que desprendían. No le sorprendió, por tanto, que le diera el visto bueno.

–Me parece francamente maravillosa –le susurró, creando una intimidad conspirativa a ojos de la vendedora.

–Me encanta que estemos de acuerdo.

–¿La comprarás, entonces?

–En realidad ya había pagado un adelanto –confesó, divertido por su rostro confuso–. ¡Había muchos interesados! No es fácil que quede libre una propiedad en esta zona.

Brenda simuló hallarse más molesta de lo que en realidad estaba. Un sentimiento de añoranza se había afianzado en su pecho al visitar las estancias e imaginar cómo las decoraría. Su mente se había convertido en un torbellino de ideas, pensando en telas, utensilios, muebles... ¡Debía ser una gozada realizar semejante empresa con una cuenta bancaria como la de James MacDougall!

Mientras, él se había apartado para concretar con la agente inmobiliaria la hora en la que cerrarían el trato al día siguiente; después la despidió con ademán cortés y tomó a Brenda de la mano para guiarla de regreso a la segunda planta.

Desde la terraza del dormitorio principal pudieron imaginarse en medio de una selva exuberante, con los arbustos del patio trasero y los fantásticos senderos del Dean que se vislumbraban a lo lejos.

Brenda inspiró hondo, disfrutándolo, y James aprovechó para tirar de ella al interior.

–He heredado un montón de piezas de museo que no sé cómo organizar en esta casa. ¿Me ayudarás en la tarea? –acalló su impulso de negarse poniendo un dedo sobre sus labios–. Ya sé que estarás muy ocupada; pero tampoco tengo

prisa en ocuparla. –Sonrió burlón–. ¡Es la ventaja de no pagar alquiler en el Kirkpatrick! Quiero ir haciéndolo poco a poco. –Deslizó su dedo por los labios jugosos y se acercó un poco más–. ¿Harás eso por mí?

Brenda se olvidó de gritarle por qué no se lo pedía a April. El toque de sus dedos le embotaba la mente. Y en esos momentos, los dedos de James estaban en su cintura, apretándola contra la dura erección que él no quería disimular.

Intentó desasirse con tan poca convicción que James se quitó la carísima chaqueta de su traje y la dejó caer de cualquier modo al suelo, ya que no había un maldito mueble sobre el que posarla. Sin dejar de mirarla, se deshizo de la corbata y los zapatos y regresó a su piel, sujetó su barbilla y penetró su boca con una danza imposible de rechazar.

Con un gemido, Brenda se bajó de sus tacones, se aferró a los antebrazos que la deslizaban al suelo y permitió que él usara su chaleco a modo de almohada. Miró la cabeza cobriza descender entre sus piernas, subirle la falda a las caderas, quitarle los pantis y el *culotte* morado que él le había regalado días atrás y perderse en la humedad de su sexo con una pericia que ya sabía que tenía. Brenda arañó sus hombros, cubiertos por la camisa abierta, y cabeceó buscando aire hasta que liberó la tensión que la diestra lengua había creado, volviéndola loca.

No supo cómo él le quitó la ropa de arriba ni cómo se deshizo de toda la suya, pero estaba aún recuperando el resuello cuando James entró en su interior con una fuerza imparable, embistiéndola contra el suelo de madera, intentando ser delicado, sujetando sus caderas arqueadas, y olvidándolo cuando ella plantó ambos pies para darle mejor acceso y se colgó de su cuello para besarlo y morderlo.

Que se corriera otra vez gritando su nombre llenó a James de satisfacción y dio rienda suelta a su propio orgasmo, liberando la pasión que lo atenazaba con su mera presencia.

Se relajaron, concediéndose una tregua, depositando James pequeños besos por la marcada clavícula y los hombros mientras sus manos se detenían en el arrugado trapo en que se había convertido la falda. La contraventana estaba abierta y el aroma de la primavera se impregnó con el del sexo salvaje que acababan de tener, arrancándole una sonrisa soñolienta, hasta que fue consciente del silencio de Brenda.

Miró sus ojos cerrados y supo que no dormía, por el leve frunce de sus labios.

–¿No vas a decir nada?

–Creo que no. –Le salió un graznido por voz.

James le besó la frente, los pómulos y la boca, con la ternura propia en él.

–No importa. Lo único que deseo es que no te arrepientas.

Entonces sí lo miraron los ojos verdes y él se alteró al ver un atisbo de lágrimas.

–¿Va a ser siempre así entre nosotros, James? ¿Nunca sabremos controlar los impulsos?

–Tú no eres un impulso, Bren; eres mi amor; ya lo sabes. –Le acarició los húmedos mechones sobre sus sienes, entregado.

–¿Y April?

La mirada azul chocó con la verde, sin alterarse.

–Eso es otra cosa.

–¿Qué tipo de cosa? ¿Un matrimonio de conveniencia?

James sujetó el rostro de Brenda entre sus manos con firmeza.

–Tienes que confiar en mí, Bren. Tú, solo tú, eres la mujer de mi vida. Lo has sido desde pequeños.

Ella se rebeló, intentando incorporarse, pero él no se lo permitió.

–He comprado esta casa para nosotros. ¿No te basta saber eso por el momento? Es aquí donde nacerán nuestros hijos, donde crecerán...Y ninguna mujer que no seas tú decidirá qué hay que poner en ella. Es una promesa.

La confusión fue absoluta en Brenda.

–¡Estás comprometido con esa mujer! Llevas años saliendo con ella.

–Pero me casaré contigo –afirmó rotundo.

–¿A qué estás jugando, James? ¿Por qué no me explicas de qué va todo esto? ¡Además, yo no he dicho que quiera casarme contigo!

–Estamos unidos por el destino. –Se encogió de hombros, sin alterarse–. No importan las trabas que surjan. Las resolveremos.

–¡Yo no me considero ninguna traba! Y no pienso creer en cuentos de hadas. ¿Cómo puedes decir que me amas y estar prometido a otra mujer?

–¿Del mismo modo que tú estás con Caleb y te acuestas conmigo?

Brenda lo empujó, recogiendo su ropa y vistiéndose con rabia.

–¡Tienes razón! No puedo hacerme la moralista ¡Pero yo al menos no voy diciéndote que eres el hombre de mi vida!

–Porque eres una cobarde y no quieres enfrentarte a la verdad. Me apartaste cuando éramos jóvenes y lo haces ahora –le reprochó él, sin molestarse en vestirse.

Brenda lo miró desde su postura incómoda de ponerse los pantis sin un

maldito mueble en el que apoyarse, arqueando las cejas con severa impotencia.

–Pero ¿de qué vas? ¡No logro entenderte! ¡Me reprochas mi vida y te has pasado diez años con una Barbie rubia del brazo!

–No metas a April en medio de nosotros.

–¿No? –Descompuesta, le gritó con tal ira que se debió escuchar en todo el vecindario–. ¿Te has oído a ti mismo? Las cosas deben hablarse cuando a ti te parecen, las explicaciones las darás en su momento... ¿Pues sabes qué? ¡No me interesan! Ya te lo dije. ¡Mi vida la decido yo! Quédate tu casa, tu título y tu dinero. Lo único que me importa es mi trabajo y mi apartamento alquilado, mi pequeño mundo. El tuyo me viene grande y jamás me ha gustado.

La mirada azul tomó un tono acerado, pero no consiguió amilanarla.

–Estamos hablando de ti y de mi, no de nuestros mundos.

–Tú puedes hablar de lo que quieras; yo paso –le aseguró, abandonando la alcoba como hiciera días atrás.

James se dejó resbalar al suelo, desnudo, preguntándose cómo se las ingeniaba para que cada sesión de sexo terminara con una bronca monumental.

Aguardó a que Brenda regresara, pero todo lo que escuchó fue el motor de un auto, lo que le hizo soltar una maldición.

¡La muy cabezota se había marchado en taxi!

Brenda se metió de lleno en la tarea de organizar el restaurante, tratando con los encargados de los suministros, elaborando menús y asegurándose de que las reformas de Marleen se atenían al estilo que ella había imaginado.

Ambas se compenetraron muy bien y para mediados de junio, la fecha prevista, el Lotty's Club Restaurant abrió al público.

Las puertas de entrada llevaban cinceladas un trébol de cuatro hojas con símbolos celtas de buena suerte en cada uno de los pétalos y en las cristalerías de los ventanales estaba impreso el nombre del local con elegantes trazos.

En el interior, la planta baja mostraba las paredes laterales de color teja, decoradas con cuadros abstractos de impactante factura; la frontal estaba pintada en blanco roto y por ella se accedía a la buhardilla, a través de una escalera voladiza con barandilla de vidrio sin marco. Arriba el acabado era de madera, a imitación del pub más elitista. Se cuidó mucho la diferencia en el mobiliario, abajo moderno y arriba intimista. Abajo se dispuso el restaurante y arriba la zona de cafetería y copas con una barra, música melódica y una estantería en ele con lo más actual en prensa y literatura.

La publicidad y las relaciones de los socios habían logrado que tuvieran reservas garantizadas durante varios meses, pero para la inauguración el bufé y la bebida corrían a cargo de la casa y era imprescindible presentar acreditación.

El equipo de ayudantes de Brenda, formado por dos chicos y una repostera afroamericana que haría las veces de su segundo, trabajaron a lo largo del día para que la celebración resultara un éxito, y aunque Brenda confiaba ciegamente en ellos, no dejó de estar pendiente de los detalles.

Durante esas semanas, Caleb pasó por Edimburgo unas cuantas veces y se volvió a ir, intercalando su trabajo con su dedicación a Brenda, pese a que ella estuvo demasiado enganchada a su tarea para prestarle atención. Comprensivo, dio su opinión cuando se le pidió, y dedicó el resto del tiempo a familiarizarse con la ciudad. Esa noche estaba presente, puesto que se había ofrecido a cubrir el evento con su cámara.

Aparecieron juntos con media hora de antelación a la apertura. Brenda apenas había tenido tiempo de solazarse con un masaje relajante de su chico y una ducha rápida antes de enfundarse en un vestido color esmeralda con cuerpo de muselina, cubierto el escote y las mangas francesas de liviano encaje. Lo más atrevido estaba en su espalda, desnuda bajo la transparente blonda, resaltada su columna con un conjunto de pequeños botones de adorno. El cabello se lo recogió a un lado con un broche y optó por tacones de tiras plateadas y unos diminutos pendientes de cristal.

Caleb, de esmoquin, como requería la invitación, se tomó la licencia de usarlo en un azul lavanda que favorecía a sus facciones oscuras. Antes de salir la besó en la nuca y absorbió el aroma de su piel perfumada, satisfecho de encontrarla tan glamurosa. Se hicieron un *selfie* y él lo colgó de inmediato en la página web de la reciente empresa y en sus muy visitadas páginas de contactos.

Cuando llegaron al restaurante ya estaban presentes el resto de sus socios, impecables en su aspecto y con unas ciertas dosis de nerviosismo. Marleen departía animadamente con una desconocida, que se volvió a mirarla nada más atravesar ellos la entrada.

Brenda tuvo una rápida visión de James, arrebatador con su esmoquin negro de corte moderno; pero sus ojos quedaron clavados en la mujer que la estudiaba como si lo supiera todo sobre ella. La catalogó de inmediato como una Grace Kelly de las películas antiguas: rubia, ojos azules y piel bronceada; envuelta en un vaporoso vestido berenjena que se ajustaba a su estilizada

silueta con elegante precisión. James se apresuró a presentarla con un escueto «April Dillon», al que la rubia respondió besando la mejilla de Brenda diciendo:

–Enhorabuena. El local va a resultar un éxito.

Ella logró articular un seco «gracias» y a su vez presentó a Caleb. No deseaba fijarse en el modo en que el traje se adaptaba a James como un guante, y por fortuna no vislumbró sus manos sobre la anatomía de la americana. Apenas habían coincidido en un par de ocasiones en las oficinas de Princess Street, y siempre con gente delante, pero aún le martilleaban en la mente sus palabras de amor y la ira la cegaba al recordarlo. Podía captar que él estaba inquieto por el modo en que su mirada la buscaba; no obstante, lo ignoró.

Saludó al resto, acogió con enorme alivio la presencia de Ana y Dylan, ataviados con sus mejores galas, y supervisó los pormenores hasta que la alarma de su móvil avisó de que el momento anhelado acababa de llegar.

A partir del segundo en que las puertas se abrieron, la noche se convirtió en un ordenado caos. Tenían acceso políticos de toda orientación, gente famosa, conocidos... Para sus socios había supuesto un ingente trabajo de selección entregar invitaciones, ya que sus apellidos les hacían célebres en todo el país.

Esa noche Brenda se halló rodeada de la flor y nata de Escocia.

El instante emotivo lo puso Marleen al leer una breve explicación del porqué del nombre del local. Evocó los banquetes de Lotty en Greenrock, la sonrisa y el calor de su amistad, y aseguró que eso era lo que Brenda Banner, la hija de tan valiosa mujer, les ofrecería de esa noche en adelante: un lugar donde disfrutar del paladar y de la mejor compañía. Como colofón, sobre la pared blanca se proyectaron imágenes en las que se veían instantáneas de Lotty en su cocina, sola o acompañada, riendo y concentrada en sus platos; fotos que ni siquiera Brenda sabía que existían, lo que la hizo emocionarse y soltar algunas lágrimas que logró reprimir cuando las luces de encendieron de nuevo.

Comprendió la complicidad de Dylan cuando el barón se acercó a estrecharla en sus brazos y la besó como si se tratara de una hija, recibiendo un ovación de los presentes. Aturdida, se limitó a dar las gracias y a asegurar que todo lo que sabía se lo debía a su madre y que las raíces de Escocia estaban en su cocina y en su alma. Agradeció igualmente la confianza de sus socios en su labor y, sobre todo, el apoyo que desde joven había recibido de todos los MacDougall.

Dylan intervino asegurando que ella era una parte fundamental de la familia

y las lágrimas la desbordaron sin remedio.

Ana, con su chispa habitual, desvió la atención reclamando un brindis por los jóvenes que había conocido siendo unos pequeños vándalos y que habían terminado convertidos en unos adultos de éxito, lo cual la llenaba de orgullo.

Pasada la inauguración oficial, los invitados se dividieron en grupos o se dispersaron por el lugar para saborear las exquisiteces que les ofrecían en bandejas los uniformados empleados contratados para la ocasión.

Brenda disfrutó de los elogiosos comentarios, bebió todas las copas que Caleb se encargó de servirle mientras tomaba instantáneas de los asistentes y la besaba al descuido con manifiesta pasión, intercaló enhorabuenas con sus empleados y departió con los invitados, conocidos o no.

Mañana estaría tras la puerta oculta de una esquina, pero esa noche brillaba sin complejos junto a sus amigos.

April Dillon no se acercó a ella, pero sí la vio reír con Caleb, compartiendo su interés por la fotografía.

Posó en instantáneas donde James y ella estuvieron codo con codo, pero no se hablaron porque ella lo rehuyó. Solo al final de la noche la sorprendió en el servicio de señoras y la aprisionó contra la pared, obligándola a mirarlo.

–No sabía que April vendría tan pronto; si no te hubiera avisado.

–Tu vida privada no me incumbe –replicó seca.

–Bren...Tú eres mi vida privada.

–¡Déjame de una vez, James! No fastidies una noche tan especial para mí.

–Para mí también lo es. Todo lo que sea éxito tuyo me incumbe.

Sin darle tiempo a reaccionar, la besó en la boca, con pasión, sin importarle llevarse el carmín de sus labios ni el ligero mordisco que ella le regaló, más furiosa consigo misma que con él, por ser incapaz de rechazarlo.

Al día siguiente Brenda amaneció con la radiante sonrisa de Caleb entregándole un ejemplar del *Scotsman* abierto por la página de sociedad. En ella se la veía junto a sus socios, brindando por el éxito del recién inaugurado restaurante. A pie de foto podía leerse :«La BB de la nueva cocina se instala en Escocia». Un extenso artículo relataba los pormenores de la noche, la presencia de importantes personajes del país y de magnates extranjeros, entre los que destacaba la prometida del duque de Braemar, una bella y multimillonaria americana, sin faltar una alusión a los exquisitos manjares que

habían complacido los selectos paladares de los asistentes.

Ana, que había alcanzado cierta notoriedad tras la publicación de su libro y que trabajaba en la documentación de un segundo, también dedicaría su columna dominical en el *Scotland on Sunday* a recordar la inauguración, por lo que la difusión en los medios estaba garantizada.

Caleb le quitó el periódico una vez lo hubo leído y se tumbó a su lado, en ropa interior, para recrearse en su felicidad.

–Estás contenta, ¿verdad? No conocí a tu madre pero tendría motivos para sentirse orgullosa de lo que has logrado.

Brenda le besó el mentón, sin rastro de vello. Le encantaba el físico esbelto y elegante del fotógrafo, sus pómulos pronunciados y sus ojos oscuros y rasgados. Además, su boca no podía resultar más sensual. Y sabía usarla de maravilla. Lo atrajo a la suya y lo saboreó despacio.

–Creí que anoche te había dejado satisfecha. –Ronroneó, divertido, arrancándole la sábana que cubría sus miembros desnudos.

–Hoy es hoy. Me encuentro descansada. –Le retó, con una chispa de lujuria.

Caleb no necesitó más invitación. Abarcó sus pechos con las manos y fue dejando un reguero de besos desde su cuello a su pubis, deteniéndose para regodearse en lamerlo y jugar con su lengua hasta que ella explotó, asida a sus hombros. Rio y mordisqueó el interior de sus muslos, subiendo lentamente, fija la mirada en las esmeraldas vidriosas que lo llamaban para continuar derritiéndose.

Se apartó con aparente parsimonia para quitarse el bóxer, izado con la erección que mostraba lo bien que lo estaba pasando, luego se puso un condón y entró en Brenda con un simple empuje, besándola al mismo compás con saña, acoplándose a sus caderas y arrancándole gemidos que lo desbordaron en pocos instantes.

Aunque se sabía un buen amante, la escocesa era la única mujer que había logrado que se olvidara de mantener la calma y lo consumía con sus jadeos y sus uñas sobre su piel. Por un momento la idea de que se estaba colgando demasiado de ella le ocasionó cierto temor aunque, lo disimuló dando un salto de la cama y replicando:

–¡Me muero de hambre! Yo hago el desayuno.

Brenda asintió, alborozada y satisfecha.

–Me doy una ducha y voy contigo.

En cinco minutos estuvo a su vera, mirándole manejar los cacharros de la cocina que nunca se usaban si él estaba fuera. Mientras preparaba café, tortillas

francesas con queso derretido y zumo multifrutas, colocó también un mantel sobre la mesa de cristal y dispuso la vajilla con la maestría del mejor camarero.

Brenda se regodeó en la imagen que ofrecía, con el pantalón del pijama corto, un delantal de profesional sobre su pecho esculpido y sus bonitas piernas bronceadas con los pies desnudos.

–Estás para desayunarte a ti –confesó, risueña.

Caleb soltó una carcajada feliz y la invitó con un gesto a que se sentara. Enseguida estuvieron comiendo.

–El sexo me da hambre.

–Ya lo sé –admitió ella–. Otros se lanzan a fumar un pitillo pero lo tuyo es devorar lo que encuentras.

–Los asiáticos somos muy flojos; necesitamos reponer energía –bromeó él engullendo un trozo de tortilla–. Imagino que los escoceses serán más resistentes.

–No lo sé –mintió, sintiendo una ligera punzada de resquemor–. Te recuerdo que mi anterior novio era francés.

–Si en algún momento lo pruebas, no dejes de contármelo; me da curiosidad –replicó con naturalidad.

Brenda casi se atragantó con el zumo que bebía. Llevaba una mezcla de plátano, kiwi y alguna otra fruta que no supo identificar, pero se le hizo una bola en el esófago.

–¿Hablas en serio? ¿Lo dices por si en algún momento no estamos o esto es una relación abierta y yo no me había enterado?

El dejó de comer, de repente serio.

–Me gustas mucho, pero no nos hemos planteado nuestra situación de ningún modo... que yo sepa.

La mirada verde lo taladró y su voz cortó el aire.

–¿Piensas que dejo a un desconocido venirse a vivir a mi piso porque sí?

–No; sé que la atracción entre ambos es innegable, pero no te he pedido que te cases conmigo, ni creo que tú lo desees.

–¡Nos conocemos desde hace medio año como mucho! ¡Claro que no quiero comprometerme contigo! Pero ¿te acuestas con otras mujeres?

Caleb sopesó la repuesta; sin embargo, nunca había sido deshonesto y no quería empezar a serlo ahora, precisamente con la persona que lo tenía descolocado.

–Algunas veces. Muy pocas porque me... me gustas muchísimo y no me

asaltan las tentaciones; pero... En ciertas ocasiones me he dejado llevar – confesó, asustado de cómo lo tomaría ella en vista de su cara incrédula.

–¡Joder, Caleb! –Se levantó de la mesa y él se perdió fijándose en su ombligo, que asomó entre la camiseta y el diminuto pantalón que se había puesto tras la ducha. Las ganas de hundir su lengua en él le empalmaron de golpe, confundiendo más si cabe a Brenda–. ¿Cómo puedes excitarte en un momento así? ¡Estamos discutiendo!

Él tiró de su brazo, la atrapó entre sus piernas y bajó la cabeza para llevar a cabo su fantasía, despojando a Brenda de los pantalones con un simple tirón. Ella estaba tan atónita que no pudo reaccionar, y permitió que la lengua trazara espirales sobre su ombligo y después bajara hasta su sexo. Caleb se había olvidado del desayuno y la engulló entera sobre el sofá, obligándola a apartar la conversación.

El móvil de ella les sacó de la modorra que les había quedado tras el inesperado desfogue. Era Marleen.

–Mis socios van a comer en el puerto y quieren que nos apuntemos ¿cómo lo ves?

La sonrisa de Caleb resaltó, seductora.

–Perfecto.

–No creas que por eso o por lo que acabamos de hacer voy a olvidarme de cierta charla... Te advierto de que soy una escocesa bastante convencional.

Él recordó el modo en que le había saltado la noche anterior al regresar de la fiesta y sofocó una broma, por si la ponía de mal humor. Para su gusto asiático, Brenda tenía muy poco de convencional, pero por lo que le tocaba, lo disfrutaba con sumo placer.

La pandilla había pedido langosta y vino blanco mientras conversaban, distendidos, en una barcaza restaurante situada en The Shore[5]; reían alguna anécdota que contaba Callum cuando les vieron llegar asidos de la mano; Brenda con tejanos y blusa bajo el chubasquero y Caleb con aspecto deportivo y su omnipresente cámara al hombro. Hacían buena pareja y Caleb caía bien, así que fueron recibidos con abrazos y sonrisas, lo que decayó durante un momento el ánimo de James. Solo Marleen lo notó, pero se limitó a mantenerse en plan observadora.

La pareja se acomodó, dio el visto bueno a las copas que les ofrecieron y se acoplaron a la charla. De nuevo, Marleen fue la única en presentir un atisbo de

borrasca en la mirada verde, disimulada bajo la sonrisa amable con que atendió las palabras de April.

La americana semejava un impecable modelo con su vestido blanco entallado, botas altas de idéntico tono y una cazadora de cuero rojo.

–¡Menudo éxito el de anoche, Brenda! Resultó emocionante lo que escuché sobre tu madre y me encantó el montaje de las fotografías. ¡Imagino que te sentirás impaciente por coger el timón del negocio! Encogió los hombros en un ademán encantador–. Al menos yo lo estaría.

–Y lo estoy, April –aseguró, intentando que la voz no sonara forzada–. Ya llevo años en la restauración y sé lo que implica llevar una cocina, pero claro, esta vez la responsabilidad será solo mía. –Miró en rededor, afable–. Espero no defraudar las expectativas de mis socios, como dije anoche.

–Somos gente de empresa, Brenda; si hemos apostado por ti es porque tenemos garantías –replicó Allister con absoluta confianza–. Pero no hablemos más de trabajo, que tuvimos buena ración anoche. ¡Me dolieron las manos de tanto estrecharlas, por Dios!

–Pues no tuve esa impresión cuando llegamos a casa –bromeó Marleen–. Las empleaste muy bien.

–¡Por favor, alusiones íntimas, no! –fingió horrorizarse Hewie–, ¡os recuerdo que no todos tenemos la suerte de llegar a casa con compañía!

Será porque no quieres, señor profesor –le siguió Brenda la burla–, con esa planta y esa labia, seguro que más de una te diría que sí.

–¿Debo recordarte, y disculpa Caleb pero en esa época tú no estabas, que me diste calabazas en el mejor hotel de Lyon?

Las risas espontáneas sonrojaron las mejillas de la escocesa, que fulminó con la mirada a MacArthur.

–Solo me lo pediste porque estos dos se estaban revolcando en la suite vecina y no tenías cerca a nadie más.

–¡Esperarás que creamos semejante tontería! –replicó Callum–. Estás como un queso, pelirroja. Cualquiera se apuntaría a un polvo contigo.

Caleb se vio en la obligación de intervenir, divertido por el giro de la conversación y el color que inundaba la piel visible de su pareja.

–Vale, chicos; dejad de ponerla en un aprieto. Entonces no estaría, pero ahora sí, y os aseguro que no necesita a ningún otro para pasarlo bien. Busca en otro sitio, Hewie.

–¡Eres un puñetero afortunado! –aseguró este, chocando los nudillos con el fotógrafo.

–¡Y yo imaginando que seríais unos esnobs estirados! –Se maravilló April con su mejor sonrisa–. Qué placer escucharos siendo tan francos.

–¿Es así como se porta James habitualmente? ¿Como un esnob? –ironizó Brenda sin poder callarse la boca y mirando de frente al maldito pelirrojo, que no había apartado sus ojos de ella desde que llegó.

–¡Por supuesto que no! Eso fue lo que me atrajo de él, que no se pareciera en nada al resto de mis amistades. –Ella estiró el cuello y le besó en la mejilla con sincera adoración–. James es el más culto y encantador de los caballeros. –Hizo un mohín gracioso–. Sin desdeñar a los presentes.

–No te prives. Estamos acostumbrados a que nos eclipse. –Rio Callum.

–Mejor pedimos otra botella de vino, esta vez sin alcohol, y algo de comida; se nos está subiendo la tontería a la cabeza –propuso el interpelado, dejando un beso sobre la palma de la mano de su prometida y ocultando su mirada bajo las gafas de sol, que no se había quitado.

–Te apoyo en lo de la comida –rio Caleb–, en lo del vino, ni hablar. Este es delicioso.

Transcurrieron el almuerzo entre bromas, hablando irremediabilmente sobre los acontecimientos de la noche anterior. Después se acercaron a Mimi's Bakehouse para degustar los cafés con su maravillosa carta de pastelería, compartiendo platos.

También esta vez Marleen se fijó en que James y Brenda pedían al unísono el mismo dulce: un *peanut butter cheesecake*^[6] y que una mirada de complicidad se cruzaba entre ellos al darles el primer mordisco.

Tomaron la última copa, ya anochecido, en un pub del centro, y aprovechando la encendida conversación sobre técnicas fotográficas entre April y Caleb, James invitó a Brenda a bailar una balada que tocaba un grupo de música *indie*. No le permitió dudar, sino que tiró de su mano y la condujo a la concurrida pista al fondo del local.

–¿Hewie te tiró los tejos?

–¿Eso es todo lo que se te ocurre preguntar después de un día tan largo?

Se retaban cara a cara, con una dosis de rigidez entre ambos.

–¿Por qué largo? ¿Estás incómoda?

–Estoy cansada. Anoche gasté mucha energía siendo encantadora. ¿O no te lo parecí?

La mirada de James la acarició como si la tocaran sus manos, que descansaban ligeras en su cintura.

–No pudiste estar mejor; pero no has respondido a mi pregunta.

–Ya lo dije; compartíamos cama en una suite y no tenía a nadie más.

–¡Nunca imaginé que le gustaras! –Frunció el ceño, aún sorprendido.

–¡Vamos, James, no seas estúpido! Habíamos bebido, veníamos de un festival de música... Fue de lo más normal. Y se contentó con un beso – confesó, aturullada al final.

–¿De esos días me mandasteis las fotos en el jacuzzi?

A ella le maravilló su esplendida memoria.

–¡Me asombra que recuerdes algo así! Pasó hace mucho tiempo.

–Recuerdo que me enfadé porque no me habíais invitado –insistió él–. Y lo borde de tu respuesta cuando te lo eché en cara.

Ella también lo rememoraba, aunque no lo iba a admitir. Imposible olvidar su rabia al saberlo con la americana.

–Fueron niñerías, James.

Él cambió el estilo de baile, izándole una mano y guiándola con la otra por la cintura, apretándola contra su pelvis.

–¿Se quedará Caleb mucho tiempo por aquí?

Ella intentó apartarse, pero no podía sin que los de alrededor la notaran incómoda, así que se mordió los labios y apretó los dientes.

–¿Y April, ha venido para quedarse?

–No se lo he preguntado. Apenas hemos tenido tiempo de hablar. Parece llevarse bien con tu chico –respondió con acritud.

–Es lo que tiene Caleb, que es un cielo.

James se dijo que se lo tenía bien merecido. Y Brenda contraatacó.

–Compartís la suite del Kirkpatrick, imagino.

–Imaginas bien. –Su rostro no mostró alegría–. Se presentó de improviso para darme una sorpresa.

–No tendría por qué molestarte. Es tu prometida.

–Quiero hablar contigo sobre eso.

Brenda aprovechó que la canción terminaba y se apartó de sus brazos.

–No te molestes. No hay nada que explicar. Lo mismo que el beso de Hewie, nuestros polvos forman parte del pasado.

A James no le quedó más remedio que seguir la guía de su espalda para regresar a la mesa. Si hubiera hecho lo que sus deseos le dictaban, al día siguiente estarían el duque de Braemar y la BB de la nueva cocina en boca de toda Escocia. Era lo que tenía ser públicos y que existieran las cámaras en los móviles. Una odiosa falta de intimidad.

Dos días después, Brenda se levantó al alba, recibió a sus proveedores en el

almacén de la cocina, organizó la carta del día y trabajó sin descanso con su equipo, permitiéndose solo un paréntesis a media tarde para cenar con Caleb para despedirlo, puesto que regresaba a sus ocupaciones en Francia.

Tuvieron lleno diario, por lo que al llegar el jueves, única jornada de descanso, se permitió remolonear en la cama y hacer planes con vistas a disfrutar en solitario de su hogar; sin embargo, una llamada de Ana dio al traste con su propósito. Había venido de compras con Amelia y la niña se moría por pasar un rato con ella. No lo dudó, se vistió una falda vaquera y una camiseta y se les unió en el Ocean Terminal de Leith. Ana también había optado por un estilo informal, con vestido étnico; y Amelia por una falda de volantes que resaltaban sus flacas rodillas y un top multicolor. La niña se tiró a su cuello en cuanto la divisó y Brenda pensó que había valido la pena moverse del sofá.

Recorrieron las atestadas instalaciones con parsimonia, compraron más de lo que necesitaban y almorzaron en un local de comida basura para deleite de las tres. Amelia hizo fotos y *selfies* con el móvil de su madre y al rato recibieron un mensaje de James preguntando si estarían dispuestas a recibir compañía. Bien educada, la niña consultó antes de responder, aunque por el brillo de sus ojos, Brenda comprendió que le apetecía mucho, y asintió; sin embargo, a Ana no le pasó desapercibido el gesto de desagrado que intentó disimular. Envió a su hija a comprar un helado y enfrentó a la pelirroja.

–De verdad que no sé qué está pasando aquí, pero James y tú sois mayorcitos para andaros con tonterías.

Ella fingió no entenderla, aunque sabía de sobra que con Ana no le valían las mentiras.

–¿Qué narices hace manteniendo ese compromiso que todos sabemos que no va a cumplir? Debería hablar con esa pobre chica y...

–¿Pobre? Estarás de broma –bufó, malhumorada.

–¡Vamos, que a James le importa su dinero! –replicó la española, molesta–. Te comía con los ojos la otra noche y si la tal April no lo notó es porque está ciega.

–¿No será que tú ves lo que quieres ver?

–¡Yo no quiero ver nada! ¡Es una realidad que James lleva loco por ti antes de que os conociera! ¿Tengo que recordarte nuestro viaje a Stirling o el fin de semana del velero? Se murió de celos con Marcus y ahora le recome Caleb; y dudo que a ti te simpatice April, así que no me vengas con disimulos tontos.

La réplica de Brenda quedó en suspenso cuando lo vieron aparecer, solo

para alivio de ambas, cogiendo por sorpresa a Amelia y girándola en el aire.

–Estaba comiendo con un cliente ahí al lado cuando esta mocosa mandó las fotos –informó besando en la mejilla a Ana y en la comisura de los labios a Brenda para deleite de Amelia, que se acomodó en las rodillas de sus planchados pantalones de ejecutivo.

–¡Hemos comprado un montón de cosas, tío James! Para la fiesta de aniversario de papá y mamá.

–¡Si solo fuera eso! –Rio Ana–. Te has fundido la tarjeta de tu padre en un sinfín de fruslerías ¡Ya verás cuando vea que llevas ropa de mayor!

–¡Es que soy mayor! –Se irguió ella, con la boca manchada de chocolate–. Y papá me dio permiso. Dijo: «No dejes que tu madre compre nada barato», y si soy su hija, lo diría también por mí.

¡No sé a quién has salido! Eres un monstruo –rio su madre, limpiándole la cara–, ten cuidado y no manches a tu tío. Viene hecho un pincel.

–No puedo hacer negocios en vaqueros. –Se encogió de hombros, indiferente–. ¿Mantenemos la celebración dentro de dos jueves, entonces?

–Sí, Brenda no puede faltar y es el único día que libra.

Ella se sintió incómoda. Sabía que todos los años Ana y Dylan organizaban una comida familiar por su aniversario, el diez de julio, y ese año caía en viernes.

–Tampoco quiero incordiar. Otros años no he estado y no ha pasado nada...

–No ha pasado nada porque vivías en Francia, pero estando a dos pasos no te vas a escaquear –contestó Ana frunciendo el ceño–. Además, lo adelantamos un día, tampoco es tanto. Esperamos a las doce y brindamos de verdad.

James se acomodó en la silla, dejando que la cabeza de Amelia reposara en su hombro y se aletargara, cansada del ajetreo mañanero.

–¿Siempre va a ser así? ¿Sin más descanso que un día a la semana? ¿Habrá que organizar eso de otro modo, no? Buscar quien te sustituya...

Brenda lo miró muy seria, aunque al ver su imagen con la niña se le dulcificó el gesto. James tenía una estampa innegablemente tierna.

–¡Se nota que no sabes cómo funciona la restauración! Es un trabajo muy sacrificado. La gente viene al local para comer *mi* comida –recalcó–. No pretendo ser presuntuosa, pero eso es lo que define a un buen chef; atender a sus clientes. Y si abrimos en almuerzo y cena tengo que estar al frente todo el día.

–¡Pues reduce el horario!

–Más adelante, quizá. Ahora tenemos que hacernos un nombre, y para

remate llega el maremágnum de los festivales; vamos a estar a tope. Pero que yo aparezca en la prensa cuatro días no quiere decir que vayamos a cubrir gastos de aquí en adelante. Los sitios se ponen y se pasan de moda con facilidad.

Ana asintió, comprensiva; por el contrario, James la miró con aspereza.

–¿Y de verdad te llena tanto el trabajo como para hipotecar tu vida de ese modo?

–Es lo que siempre quise ser –le recordó, violenta–. ¡Seguro que si fuera un tío no me harías esa pregunta!

–¡Te la haría igual! –replicó, enojado–. Pero veo a una mujer de veintisiete años que lleva trabajando desde que era una cría, sin permitirse disfrutar de la vida más que unos días al año.

–Es lo que la hace feliz, James –intervino Ana, conciliadora–. ¿O no es verdad?

–¡Claro que es verdad! –Se revolvió contra él, furiosa–. ¿Qué quieres, que me dedique a la vida contemplativa? Te recuerdo que no todos somos millonarios, que tenemos que ganarnos un sueldo; y yo por lo menos lo hago trabajando en algo que me apasiona.

Amelia se incorporó con un susto, abrazándose al cuello de su tío.

–¿Estáis discutiendo Bren y tú? ¿Ya no os queréis, tío James?

El la tranquilizó con una acaricia sin dejar de mirar al arrepentido rostro de la muchacha.

–Claro que nos queremos, cariño. Y no estamos discutiendo. Es que Bren se entusiasma cuando habla de su cocina.

–Papá dice que es la mejor cocinera del mundo. –Aceptó la niña la explicación, alargando una mano para unir las de los dos–. Somos los tres mosqueteros, ¿vale? ¡Siempre juntos!

James la izó en brazos, deshaciendo el contacto y volteando a su sobrina en el aire.

–Vamos a comprar un refresco, que tengo sed.

Ana esperó a que se alejaran para reiniciar la conversación.

–Se preocupa por ti, no se lo tengas en cuenta.

La tensión se reflejó en el rostro pecoso, más pálido de lo habitual.

–¡Pues que no lo haga! ¡No me debe nada! ¡He trabajado muy duro para hacerme un nombre y no voy a tirar esos años por la borda!

–James no es tan idiota para pedirte eso –insistió Ana–, aunque es verdad que ninguno éramos conscientes del trabajo tan exigente que tienes. No has

parado desde que abristeis y solo lleváis unos días... No quiero imaginar cómo será en unos meses. ¿De dónde sacas la energía?

–Tengo un equipo que me ayuda; me he rodeado de gente experta, que me entiende al menor gesto... –Besó a su amiga en la mejilla–. No os angustiéis por mí. Lo he hecho antes por un sueldo, ¡imagina ahora que me estoy labrando un nombre en mi tierra! Quiero darlo todo, Ana. Sé que tú puedes entenderlo.

–¡Claro que te entiendo! Y James también; pero promete que te cuidarás. Y que pedirás ayuda si la necesitas.

–Tienes mi palabra.

Ana la abrazó, preguntándose cómo los años habían pasado tan rápido y se había llevado a aquellos adolescentes llenos de esperanzas para convertirlos en adultos cargados de responsabilidades. Para ella había sido al contrario; por más que tuviera a Amelia y a un bebé en camino, Dylan le proporcionaba la paz y la felicidad que necesitaba día a día. Disfrutaba con su columna en el periódico dominical y con la investigación de su nuevo libro, pero jamás esperó que ser la compañera de su esposo le bastara para colmar sus anhelos más íntimos.

Cuando James regresó se despidió de las tres sin ofrecerse a acercarse a Brenda a su casa. Ella agradeció que guardara las distancias, pese a que una desilusión que no quiso admitir le recomiera las entrañas.

El sábado por la noche James y April aparecieron por el local. Tenían una reserva a nombre de ella. Brenda no supo de su asistencia hasta que la maîtresse pasó por la cocina para preguntarle si, siendo socio, debía pasarle la minuta al duque, y para comunicarle que él solicitaba su presencia cuando estuviera disponible.

Con desgana, concluyó las tareas más importantes, se pasó por el lavabo y se retocó el cabello, quitándose el gorro, y se dio brillo en los labios; aunque jamás se maquillaba para el trabajo, no quería aparecer hecha una piltrafa al lado de la *top model* americana.

Apenas quedaban clientes a esa hora, y pudo permitirse saludar a los presentes antes de detenerse en la mesa donde la aguardaban.

April, como no podía esperarse menos, lucía un traje rosa chicle en muselina que favorecía sus rasgos nórdicos. La recibió con un beso cariñoso que Brenda hubo de corresponder por cortesía.

James la besó en la mejilla también y pidió al camarero que le trajera un *amaretto* en vaso ancho al tiempo que susurraba.

–Doy por hecho que has terminado por esta noche. –Y ella asintió, satisfecha de que él recordara sus preferencias.

James le había apartado la silla y se vio sentada en medio de ambos, con su traje de faena negro y su cara lavada.

–No sabía que hubierais reservado.

–¡Lo hice yo! –atajó April–. Me apetecía saborear tus platos, y James se ha mostrado remiso desde que se lo dije.

–Dominique pasó para preguntarme por la factura y aprobé que no hiciera excepciones –confirmó ella con una breve ironía–. No creo que el bolsillo de un duque se resienta por pagar la minuta.

–Por supuesto que no, pero fue April quien la abonó. Esta americana tiene un sentido de la independencia tan acusado como el tuyo. –Le devolvió él la pelota.

–Es una simple cuestión de lógica. Si uno desatiende sus cuentas, no le cuadran a fin de mes –Bromeó la rubia, con una mirada centelleante que a Brenda sorprendió.

Si olvidaba lo que representaba para James, hasta podría caerle simpática.

–¿Os ha gustado la comida? –inquirió, diplomática.

–Excelente. Insuperable –asintió April, deleitándose con el último trozo del pastel de chocolate con naranja y frutos secos.

–Precisamente de comida quería hablar contigo –intervino James, con un whisky por postre–. La idea ha sido de Dylan; siempre y cuando a ti no te agobie el encargo.

–¿Organizar el banquete de su aniversario? –Se iluminó el verde de sus ojos y él se la quedó mirando embelesado; la complicidad que no podían evitar les asaltó como un rayo, sin importar que April estuviera delante–. Iba a proponerlo yo, aunque al no haber estado con anterioridad no sé cómo suelen disponerlo.

James la acarició con la mirada, sabiendo que su respuesta la entristecería.

–Yo solo comparecí un par de veces, pero Dylan me comentó que tu madre nunca permitió que le quitaran ese privilegio.

Como esperaba, sus ojos se humedecieron.

–Entonces, con más motivo.

–Por eso, Dylan pensó que te gustaría.

–Le llamaré para que cuente con mi ayuda.

April intervino en la conversación; si se había sentido excluida no dio señal de haberlo notado.

–Le he propuesto a Marleen que organicemos juntas la decoración. A pesar de que Ana está al corriente del asunto, podíamos convertirlo en una fiesta sorpresa. ¿Qué te parece la idea?

Le parecía bien, claro; aunque no dejaba de molestarle que ella se involucrara a fondo entre los suyos.

–Suená bien. ¿Alguna sugerencia?

–Ahí esperábamos tu ayuda. La conoces mejor que nadie.

Brenda quiso captar ironía en su voz pero no, sonó absolutamente sincera. Eso o era una consumada actriz.

–Quizá un evento medieval. Tipo época de Bruce. Por lo de su libro.

–¡*La dama de las Highland!* Me encantó. ¡Sí que es brillante!

–¿Pretendéis que nos disfracemos de medievales? –Rio James, contento por la incipiente camaradería entre ellas.

–Vosotros lo tenéis facilísimo; os ponéis vuestro tartán y listo. El problema es para nosotras. –Pese a sus palabras, se la veía entusiasmada.

–¡Tranquila, tú te encargas del banquete, pero la ropa y la decoración la proporcionamos Marleen y yo. Solo tendrás que darme tu talla. Y si tienes, algún color favorito.

–El verde –replicó James por ella–. Yo te haré los bocetos de vuestra indumentaria, si quieres. Tenemos cuadros de referencia por casa para dar y tomar.

April asintió, sin mostrarse incómoda por la evidente relación entre los dos. Brenda se preguntó cuánto sabría en realidad. O hasta qué punto estaba decidida a hacerse la tonta para conseguir su objetivo. Acabó de un trago su copa y se levantó, dispuesta a ponerle fin a la charla.

–Creo que Miguel y Monique llegarán unos días antes de la fiesta –avisó, notando de golpe lo cansada que estaba y tambaleándose un poco, a lo que él respondió de inmediato sujetándole la cintura–. Contad con ella para los peinados. Le encanta colaborar.

–Tienes mala cara. ¿Te acercamos a casa? –preguntó él, alarmado.

–¡No digas tonterías! Vivo a dos pasos. Los chicos deben estar fumando el último pitillo en el patio. Marchaos para que podamos cerrar –sugirió con una sonrisa que pretendió que sonara cómplice.

April se puso en pie, apresurada.

–Dalo por hecho; no queríamos molestar.

–Es una broma, April; tranquila. Mientras cerramos caja y limpiamos aún nos queda un rato. –La besó a modo de despedida–. Tenme al corriente de lo que necesitéis Marleen y tú.

–Cuenta con ello. Y lo mismo digo.

–¿No deberíamos contratar un equipo extra para que te ayude en...?

–¡Si he dicho que yo me encargo, yo me encargo, James! Deja que lo haga a mi modo –advirtió cortante.

El se alzó de manos, impotente y furioso porque no se dejara ayudar.

–Allá tú, pero procura no acudir al evento ojerosa y agotada. Se supone que vienes a una fiesta.

–Seré una dama medieval de impacto –aseguró burlona.

Él no tuvo dudas, y se lo dijo con sus ojos, aunque sus gestos fueron los de asir a April por la cintura y sacarla del restaurante.

Brenda les miró marchar y, con un suspiro, regresó a la cocina.

El tiempo pasó en un interminable ajetreo; Brenda compaginó su labor en el Lotty's con la preparación de un bufé frío que les permitiera disfrutar de la celebración sin agobios de última hora. Se organizó con la nueva cocinera de Greenrock y cuando supo que la comida se celebraría en dos tiempos, a mediodía en la terraza del torreón central y por la noche en el cenador del lago, recreó bocados de sencilla factura pero fáciles de improvisar y transportar.

Dos tardes antes del evento Marleen se presentó en su casa con una modista que apenas tuvo que hacer arreglos en el hermoso vestido que le había tocado en suerte.

El cansancio se le esfumó al acariciar el suave terciopelo en color verde trébol en el que se enfundó. El modelo tenía escote cuadrado y el cuerpo se ajustaba con un corpiño de cordones a la espalda; una abertura central en la falda dejaba entrever una seda varios tonos más claros que la modista definió como verde lima. Del mismo tejido eran las mangas a partir de medio brazo, acampanadas y desiguales, con una caída en cascada. Una cinta de lamé con motivos celtas quitaba sobriedad al conjunto, rematando el escote y el paso de una manga a otra. Para completar el atuendo, una capa con capucha en un verde muy oscuro, de largo sirena, se ajustaba a los hombros con sendos broches.

Dio unos pasos con ella y se sintió como una reina. Sin poderlo remediar,

sollozó de placer al verse en el espejo con el añadido de un tocado en forma de diadema *vintage* de filigrana plateada. Marleen le susurró:

–Cúidamela; me la regaló mi abuela para mi puesta de largo y he pensado que te quedaría como un guante; ya ves que no me he equivocado. –Palabras que terminaron de emocionarla.

Los esarpines también eran de terciopelo y seda, tan cómodos como unas manoleínas modernas.

–James comentó que querías impactar. Me temo, amiga mía, que lo has conseguido.

Brenda la abrazó, incapaz de disimular su euforia.

–¡Tú lo has conseguido! Gracias, Marleen, de verdad; mil gracias.

–Fue él quien me proporcionó el modelo. Parece tener muy claro lo que te gusta –replicó burlona, con la mirada chispeante–. A mí me aparece que alguien tiene un anillo que no le va a durar demasiado.

–¡No seas mala! –Rio a su pesar–. Entre James y yo...

–¡No me lo cuentes, anda, que la nariz te está creciendo! –Se apartó la rubia, encantada de acertar de lleno–. El tiempo pondrá las cosas en su sitio.

–¡Lo que tú digas!

–Por cierto, Caleb me dijo que no podría acudir a la fiesta así que para él no tenemos vestuario.

–Ya. Se quedará en Dublín una semana. Cubre no sé qué festival de música.

Marleen le tiró la última mientras despedía a la modista y se marchaba a su vez también.

–¡Pobre muchacho, con lo mono que es! –Mostró una mueca burlona–. ¡Igual te cambia por su homóloga fotógrafa! ¡Parece que la americana y él tienen gustos comunes!

Brenda sofocó una carcajada y la mató con la mirada, aunque estaba tan feliz de la visión de sí misma con el esplendido traje que le dieron igual las pullas de la aristócrata.

Estaba deseando que llegara el momento de lucirse en la fiesta.

Dylan se llevó de casa a Amelia y a Ana el miércoles por la noche para que los organizadores pudieran hacer de las suyas al día siguiente desde primera hora; con el pretexto de ver un estreno en el cine se quedaron a pasar la noche en el Kirkpatrick y cenaron en el Lotty's para regocijo de la pequeña, que deseaba ver a la tía Bren en su elemento. La chef preparó un especial infantil

para ella y se dio el lujo de acompañarles en el postre, cuando ya la clientela había disminuido. Aunque estaba en el aire, ninguno habló del acontecimiento que les reuniría en breve.

En un arrebató de inspiración Brenda le propuso a Amelia quedarse en su apartamento a dormir, y así regaló una noche solitaria a sus amigos, arrancando chillidos de placer de la criatura.

Cuando se metió esa noche en la cama con ella y la miró sonreír en sueños Brenda sintió que sí, que formaba parte del clan MacDougall, que era imposible negarse ese vínculo.

La imagen de James pobló su mente; recordó las palabras de Marleen y no pudo negar tampoco que anhelaba ver su rostro cuando apareciera vestida como la dama que él había imaginado. Esperaba no defraudar sus expectativas.

«No seas hipócritas, sabes que le va a encantar», le dijo su voz interior; y se durmió con la misma placidez que Amelia.

Al igual que en el día de la boda, el tiempo colaboró, amaneciendo soleado y tibio. Brenda dejó a la niña con sus padres de buena mañana y se marchó a Greenrock en el viejo Mazda que Dylan le había regalado desde que se instaló de forma definitiva en la ciudad. Caleb había tenido el detalle de grabar un vídeo donde felicitaba a la enamorada pareja y se conminó a no olvidarse de mostrarlo. El día se presentaba más que ajetreado. La comida había llegado la noche anterior en furgonetas alquiladas y el personal de servicio, dirigidos por Aston, siguió sus instrucciones al pie de la letra, pero aun así supervisó y detalló en qué momento se serviría cada cosa.

La familia de Ana estaba tan liada con los preparativos como el resto de los amigos. Malena y Alfonso la besaron con cariño y Mónica la abrazó con alborozo, asegurándole que ya tenía previsto su peinado.

Encontró a Miguel acompañado de April y Marleen, en la terraza desde la que se divisaban las ruinas góticas de la vieja capilla y las hectáreas de campo y lagos que conformaban el paraíso del clan MacDougall, ayudando en los últimos retoques de las guirnaldas sobre la carpa abierta que cubriría sus cabezas del posible sol o la imprevisible lluvia. Estaba bronceado y en buena forma física, pese a que se dedicara a tareas de despacho, y la besó con idéntica efusividad que sus padres.

Las chicas estaban en ropa deportiva, aunque sus cabezas presentaban los bonitos tocados que lucirían después. Maleen se hallaba en su salsa, riendo y

disponiendo, mientras que April se mantenía atenta, estudiando el sencillo fluir de las relaciones. Estaba acostumbrada a los vínculos superficiales y disfrutaba de la espontaneidad de aquella gente, aunque no dejara de sentirse íntimamente una intrusa.

Cuando James y el resto de su cuadrilla llegó con los regalos para Amelia, el bebé y la pareja, disponiéndolos sobre una mesa auxiliar, ya vestido con sus trajes de gala, la americana los admiró con emoción. Había visto fotografías de James con *kilt* pero en directo resultaba más impactante. Le encantó el aspecto varonil de los chicos a pesar de las faldas y los calcetines hasta la rodilla. Encuadró su cámara y les inmortalizó a los cuatro. A falta de Caleb, ella sería la encargada de plasmar el evento.

Brenda, seducida también, les besó y admiró uno a uno antes de acudir a su habitación para prepararse.

Dylan había mandado aviso vía *whatsapp* de que salían de Edimburgo.

Al bajar las escaleras, lo primero que buscaron los ojos de Brenda fueron los de James. Habían quedado en aguardar escondidos en el vestíbulo a que se escuchara el sonido del auto y a que un grupo de saltimbanquis hiciera su número inaugural en la explanada; después irían saliendo a escena, impecablemente ataviados.

Encontró en la mirada azul un sinfín de sentimientos, entre los que prevalecía la satisfacción, y el corazón de Brenda galopó, sin remedio, dentro de su pecho. Lo disimuló alabando los vestidos ajenos.

El de Marleen era de tabernera, provocadora para variar, con un blusón blanco y un corsé negro de cordones delanteros que dejaba a la vista una buena porción de sus pechos, además de una falda escarlata y una cofia en el mismo tono donde recogía sus alborotados cabellos. Estaba guapísima, y Allister hizo ademán de esconderse con ella tras una columna, lo que levantó los abucheos y bromas del resto.

April, más comedida, había escogido uno de línea sencilla, azul lavanda, con mangas acampanadas, escote cuadrado y cinturón enojado. El cabello lo recogía en un artístico peinado que Mónica había trabajado.

El atuendo de la peluquera era borgoña y el de Malena castaño. Para Ana guardaban uno plateado y para Amelia, amarillo.

Los hombres, incluidos los españoles, que no cesaban de mirarse las rodillas con sorna, iban de *kilt*.

Cuando se apagó el motor del Saab, el mayordomo, con disfraz de Bonnie Prince[7], realizó una solemne salida al patio y los danzarines desplegaron un espectáculo de saltos, piruetas y números cómicos que despertaron un jolgorio espontáneo en el rostro de Ana y entusiasmo en el de Amelia.

Dylan, sorprendido pese a saber en qué consistiría el recibimiento, envió una mirada agradecida al grupo que poco a poco fue revelándose en la entrada de la casa.

Amelia salió disparada a los brazos de su tío y le cubrió la cara de besos además de gritar hasta desgañitarse:

–¡Yo me quiero vestir como vosotros!

Tras las risas y los abrazos tomaron la primera copa en el vestíbulo y dejaron que los protagonistas fueran a engalanarse acorde con sus invitados. Malena ayudó a su nieta y Mónica se dedicó a Ana, como hiciera tantas veces en el pasado.

Cuando regresaron, entusiasmadas dentro de sus atuendos de princesas ellas y con su habitual traje de gala él, comenzó el festejo.

Una vez servidos los platos bajo la carpa y terminado el brindis por el noveno aniversario de boda, Callum, ataviado para el momento con traje de juglar, recitó unos versos en los que resumía el periplo de Ana y Dylan por tierras escocesas en los primeros meses de conocerse. No quedaron sin plasmar ni el viaje a Stirling, ni el festival de Balado, ni la ruta por las Tierras Altas cuando visitaron Inverness... Al terminar, el rostro de Ana estaba arrasado en lágrimas, mientras que el de Dylan reflejaba el placer de los recuerdos.

James chocó los cinco con su amigo y April le envió una curiosa mirada a la que él respondió encogiéndose de hombros.

Brenda, que había salido en el relato, fingió no estar emocionada, levantándose para comprobar que la tarta llegara oportunamente.

A toque de trompeta se entregaron los regalos: la entrada para un concierto de su cantante favorito a Amelia, una elaborada manta de cuna para el bebé que venía en camino y un viaje en gabarra por el Loira, visitando sus espectaculares castillos, a los festejados.

Marleen amenizó la entrega con un comentario jocoso:

–La idea fue de Brenda, que sigue enamorada de ese dichoso país. ¡Como si sus castillos pudieran compararse con los nuestros! Pero en fin... al menos lo

de la barcaza es original.

Ana rio con entusiasmo, confirmando a la chef que le encantaba y que, seguro que daba una lección a estos escoceses, que se pensaban que solo ellos tenían fortalezas, cuando incluso España no se quedaba atrás.

A continuación, unos músicos con gaitas amenizaron los postres y todos tuvieron ocasión de departir en grupos.

Callum, recuperados los colores de su clan, recibió elogios y parabienes por su papel trovador.

Mientras, Allister aprovechó para llevar a Brenda a un aparte y comunicarle una primicia: un canal de la televisión escocesa se había interesado en entrevistar a la joven BB en la cocina del recién inaugurado restaurante. Estaba tan eufórico que ella no se atrevió a confesar que le aterraban las cámaras y aceptó, dispuesta a afrontar lo que fuera necesario por el negocio. Una vez recibido su asentimiento, Allister lo pregonó a los cuatro vientos y ella se vio estrujada entre abrazos y risas. Amelia, en especial, se mostró encantada, fascinada de conocer a alguien famoso, sin tener conciencia de que toda su familia ganaba a la chef en reconocimiento público.

Tras la copiosa comida y las abundantes emociones estaba programado un tiempo de descanso para los invitados y los trabajadores, aunque Brenda no se lo tomó al pie de la letra; se desprendió de la capa para manejarse con mayor soltura y se encaminó al pabellón del lago, dispuesta a comprobar que los arreglos hubieran quedado como los aprobó. Necesitaba respirar aire fresco para poner en orden sus emociones. Lo de la televisión la ponía nerviosa, pero el principal desasosiego lo fomentaba James, con sus miradas intensas, indiferente a la presencia de su prometida. La hacía sentirse tan vulnerable y jubilosa a la vez, como cuando eran adolescentes y debían huir de la acritud de su madre. Ahora Lotty no estaba, pero los impedimentos eran de otro tipo.

James, pendiente de cada uno de sus gestos, la espía desde la ventana de su alcoba y se apresuró a seguirla, sin casaca ni emperifollos, con el *kilt* y la camisa blanca por toda vestimenta.

–Eres una perfeccionista. ¿No puedes dejar que los demás se encarguen de los detalles?

Estaba tan concentrada en cambiar de sitio algunos búcaros para que no estorbaran las bandejas de comida que vendrían después que no lo sintió llegar.

Apoyado con indolencia en una de las columnas, James estaba para comérselo, con la camisa entreabierta y el pelo revuelto, con esa sonrisa canalla que había aprendido a esbozar desde que se hizo mayor.

Las piernas le temblaron y le dio la espalda, apoyándose en la balaustrada de cara al lago, poco inclinada a concederle el gusto de mostrarle cómo influía en sus emociones. No contó con que él se moviera con una agilidad de pantera y la sujetara por detrás, asiendo su cintura con ambas manos y besara su nuca despejada.

–Soñaba con tocarte desde que bajaste vestida así.

–Marleen me dijo que tú escogiste el modelo –musitó, relajando los músculos a su pesar.

Los dedos masculinos vagaron por sus costados, ascendiendo hasta los pechos y presionándolos a la vez, deseoso todo él de robar un gemido de su boca.

Brenda obedeció, gelatina pura a su tacto.

La lengua de James trazó un recorrido por su cuello, le volvió el rostro y la besó en la boca mientras una de las manos descendía y arremolinaba sus ropas para poder apresar su sexo, apenas cubierto por un moderno tanga.

–Esto no lo esperaba –susurró divertido.

La confusión de Brenda fue absoluta, ensimismada en el roce de las yemas sobre su clítoris hasta que James rompió el encaje con facilidad.

–Nunca confirmé tu teoría –atinó a musitar, alargando la mano a su espalda para acariciar la imponente erección que levantaba el *kilt* a la altura de los firmes muslos que la sostenían.

Una risa ronca fue lo único que acompañó a su bravata; después el ritmo del acoplamiento se impuso y James la penetró con una embestida segura y profunda desde atrás, colocando sus manos sobre las de ella.

Se corrieron a la vez para quedar desmadejados después, ayudados por el sostén de la barrera de mármol de la balaustrada. Cuando pudo moverse, James le dio la vuelta al lánguido cuerpo de Brenda y la atrapó contra su pecho, besando su boca con ternura.

–Perdóneme. He estado un tanto bruto, pero me tenías a cien desde esta mañana.

–¿Bruto? –bromeó ella con flojera–. No me he dado cuenta.

La risa feliz de James resonó frente a su cara, besándola esta vez con más ardor.

–Me vuelves loco, pelirroja; estoy hechizado hasta la médula. –Vio venir la

contrariedad en su gesto y lo acalló con otro beso, más potente si cabe—. ¡Si estropeas este encuentro también con otra salida de tono te tiro al lago! Lo juro por el honor de los MacDougall; y no me importarán las explicaciones que demos después.

Ella escondió la cabeza en su pecho y se dejó mecer, aceptando por un instante que ambos eran unos insensatos y unos traidores a sus respectivas parejas, pero saboreando el placer de recostarse contra el cuerpo que la hacía vibrar con una simple mirada.

Tras un tiempo prudente, James rompió el contacto y volvió besarla con delicadeza.

–Gracias, preciosa. Hubiera sido un aprieto verte mojada de pies a cabeza y no lanzarme a secarte con mi tartán.

Ella le mordió el labio inferior sin hacerle daño y se enfrentó a sus ropas revueltas con un mohín de disgusto.

–¡Menos mal que no me has estropeado el tocado! Con lo curiosa que es Mónica no me habría quedado otra que contarle lo ocurrido.

James la abrazó con diversión y la tomó de la mano, alejándose del lugar que, no les cabía duda, esa noche encontrarían más íntimo que el resto de invitados.

La cena en el pabellón resultó divertida, con el grupo de malabaristas ejerciendo su destreza para una fascinada concurrencia, usando mazos, aros o pelotas e incluso teas encendidas. Todos llevaban ropas de época, al igual que su público.

Durante un rato permitieron que Amelia lo intentara con ellos. La chiquilla demostró cierta habilidad con los aros, lo que impulsó a los demás a querer participar también y se formó un batiburrillo de risas y palabrotas al comprender muchos de ellos que no era tan fácil como parecía.

April, riendo hasta las lágrimas, no perdió detalle de los movimientos ajenos, capturando con su cámara los aciertos y los sonoros fallos; concediendo libertad a James para estar pendiente de Brenda.

Ella, sonrojada por los pensamientos que le adivinaba al mirarla, no se atrevió con los ilusionistas, sino que siguió pendiente de que la comida transcurriera según lo planeado.

Una de las veces la ayudó a servir un plato y sus labios rozaron peligrosamente su nuca, consiguiendo que Brenda se sobresaltara y casi se echara encima el pudín de fresas. Envalentonado, le susurró:

–¡Quién fuera vestido!

Y ella se lo reprochó en silencio, agradeciendo que las miradas del resto estuvieran puestas en el exterior del pabellón y no dentro.

No obstante, en su confusión se les pasó por alto la ceja enarcada de Ana, quien a hurtadillas llevaba toda la noche pendiente de ambos porque le podía la intriga de qué se traía James entre manos; por más que había sondeado a Dylan, él se había encogido de hombros con un lacónico:

–Todo en su momento, cariño. De nada sirve correr, lo importante es llegar a tiempo, como decía La Fontaine. –Lo cual no hizo sino azuzar su curiosidad.

Unos minutos antes de las doce se sirvieron las copas de champán y Dylan elevó un cálido brindis en honor a la mujer que llevaba gobernando su vida nueve años, convirtiéndolo en el más feliz de los mortales y agradeciendo al destino que le hubiera permitido ganarse el corazón de su *mo duinne* española. Ella se llevó una mano al pecho y bromeó para quitarle hierro a la emoción contenida a lo largo del día por las muestras de amor recibidas con un:

–Creía que la escritora era yo, pero veo que sigo siendo una profe engreída. Nada como tu voz para expresar lo que mi alma siente.

Ante el alborozo de Amelia los dos se fundieron en un largo beso, y en ese instante el pabellón quedó a oscuras y del agua brotaron fuegos artificiales, convirtiendo el cielo de Greenrock en una luminosa bóveda de estallidos y colores.

Tras la ovación final, Dylan se dirigió a sus amigos, cargando a su exaltada hija en brazos, para agradecerles la fiesta y la compañía, dando por finalizado el festejo, recordando que algunos de ellos tendrían que volver al día siguiente a sus respectivos trabajos.

Regresaron en procesión, mezclados invitados, circenses y empleados. Dylan había dado orden de que hasta la mañana siguiente no se limpiaran los escenarios de la juerga y, excepto la comida, todo quedó como estaba.

April quedó gratamente admirada de la calidad del trato que el barón daba a sus sirvientes y tomó nota para no demostrar prepotencia en presencia de los escoceses. Le resultaba muy curioso que, con la fama de rudos que tenían, adoptaran modales cálidos en su entorno cercano. Le gustó mucho. Y apretó los labios para no realizar en voz alta algún comentario respecto a lo que pensarían sus padres de semejante camaradería. La altivez, pensó, la daba el dinero, no la clase. Con sinceridad, sintió envidia de no haberse criado en un lugar como aquel, y no en su supuestamente idílica mansión de la Quinta Avenida.

Buscó a James con la mirada y lo halló al lado de la chef, como venía siendo habitual. Se dijo que tendrían que hablar largo y tendido sobre ciertas circunstancias, pero lo dejó pasar, amarrándose al brazo de Hewie, que caminaba a su vera.

–¿A qué hora has pensado irte mañana? –preguntaba James momentos antes.

–Me levantaré sobre las seis. Dejé a Adele a cargo de las compras en el mercado, pero con el fin de semana por delante andamos sobrecargados de trabajo.

–¿A las seis? ¡Es muy temprano para que se te haya pasado la resaca! –Frunció él el ceño.

–¡No será la primera vez que acuda a currar con dolor de cabeza! –aseguró burlona.

–¡Pero sí que tengas que hacer un montón de kilómetros en un auto de segunda mano! –La sujetó del brazo, obligándola a detenerse–. Te llevaré en el deportivo y así podrás descansar un poco más.

–¡Ni lo pienses! –Se alarmó ella–. ¿Qué diría April?

–No tiene que decir nada. Ahora le comentaré que he de estar temprano en una reunión. Ella puede regresar con cualquiera de los chicos.

Brenda se desasíó con energía, nerviosa por el cariz que tomaban los acontecimientos. No podía permitir que James la dejara en evidencia delante de todos. Ya era bastante complicado aguantar las pullas de Marleen respecto a ellos como para darle más pie a insistir.

–¡Te he dicho que no! Además, me traje el Mazda. No puedo dejarlo aquí.

–¡Claro que puedes! Que te lo lleve Callum; vino con Allister.

Brenda supo que sería imposible hacerlo desistir. Era cabezota como buen MacDougall.

–¡Me estás mortificando, James! –Recurrió a otro argumento en último intento–. Darás que hablar con tu comportamiento.

–¡Imagina cuánto me importa! –La desafió, dejándola impotente; ya estaban en el vestíbulo y él se apresuró a despedirse con un beso casto en su mejilla–. A las siete y media aquí. Habrá tiempo hasta para desayunar, si quieres. Prometo que no llegarás tarde.

En el último instante se volvió y la besó en la otra mejilla.

–Descansa. Permite que cuide de ti, pelirroja. Buenas noches.

Ella subió la escalera, precedida por el alboroto de Amelia, mientras James se perdía en la biblioteca con el resto de sus amigos, dispuestos a tomarse la última copa.

Aún no era la hora cuando bajó la escalera con tejanos, botas y un

impermeable sobre el veraniego top que había traído el día anterior.

James tomaba un café en el porche, de pie, acompañado de Aston, quien supervisaba que se dejara el pabellón como una patena. Ambos conversaban acerca de lo bien que había salido el evento y se volvieron a la vez al sentirla. La mirada azul la acarició sin palabras mientras el mayordomo la saludaba con amabilidad. Le ofreció una taza del humeante brebaje y, como ella aceptó, se apresuró a entrar a buscarla.

Solos frente a la refrescante naturaleza, ella admiró lo bien que le sentaban los tejanos a sus prietos glúteos y cómo la camisa resaltaba su esbelta silueta. Continuaba llevando la barba de un par de días que le otorgaba un aire canalla y se le acentuó la sonrisa al notar el escrutinio.

–¿Algo a tu gusto?

Brenda suspiró, sin molestarse en disimular.

–Todo, me temo.

La carcajada quedó atascada en la garganta de James por la presencia de Aston, diligente con la bandeja que portaba una jarra por si él quería repetir y un plato con magdalenas recién hechas.

–No podemos desairar a la cocinera –concedió, ofreciéndole asiento en un banco junto a la entrada–. Te prometo que llegarás a tiempo. Gracias, Aston.

El mayordomo se apresuró por la senda que comunicaba el pabellón con la casa dejándolos solos, buen conocedor de su oficio.

–¿Has dormido bien?

–Como una bendita –admitió con la comisura de la boca llena de migas calientes.

James contuvo el deseo de zampárselas de un lametazos y desmenuzó la suya entre los dedos para comerla a pedazos, apartando la vista de la tentación que aquellos labios suponían.

–Callum llevará tu coche después; no tienes que preocuparte. Se quedan todos a almorzar.

–¿Y tú, no deberías volver?

No respondió. Brenda lo vio fruncir el ceño y luego la sobresaltó con una pregunta fuera de tema.

–¿Has vuelto a navegar desde aquel fin de semana?

–No. ¿Por qué?

–Me gustaría visitar las Orcadas. Dylan nos prestaría el *Mo duinne* si se lo pidiera.

Ella se atragantó con la magdalena.

–¿Estás loco? ¡No vamos a ir a ninguna parte!

–En septiembre, cuando te cojas unos días de vacaciones... En algún momento pillarás vacaciones, ¿no? –preguntó, impertérrito–. Añoro manejar un barco.

–¿No tuviste ocasión en Los Hamptons? –Se revolvió, molesta.

–El padre de April tiene un velero, pero sus aguas no se parecen a las nuestras. Además, hablo de ir tú y yo; aunque si quieres, invitamos a nuestros respectivos fotógrafos y formamos pandilla –concluyó con acritud.

Brenda se incorporó como impulsada por un resorte, dejando caer las migas de su regazo al suelo sin notarlo. La ira relampagueaba en sus iris verdes.

–Creo que será mejor que me vaya en el Mazda, sola –recalcó–. Prefiero llegar tarde a soportar tu petulancia.

La mano de James la sujetó como una garra mientras su rostro se contraía en una mueca enfadada.

–¿Es que tú y yo no podemos terminar una conversación como adultos civilizados?

–Si te empeñas en recordar al adolescente estúpido de hace diez años, no.

La cercanía del mayordomo, que se hizo notar con un carraspeo, seguido de varias doncellas, les obligó a guardar las normas. James aprovechó para limpiarse la boca y dejar la servilleta sobre el banco.

–Nos vamos. Se nos está haciendo tarde al final. Despídenos de mi tío, Aston.

–Por supuesto, señor. Buen viaje.

A Brenda no le quedó más remedio que seguirle hasta las cocheras si no quería dar lugar a habladurías. James no le concedió el beneficio de seguir discutiendo. Puso el motor en marcha y salieron disparados de la propiedad como almas que lleva el diablo.

Brenda se pasó toda la mañana rumiando la desconcertante actitud de James. Aminoró la velocidad cuando ella le reprochó que, «a ser posible, quería llegar viva», pero no cruzaron otras palabras en el recorrido. La dejó frente al restaurante, que ya tenía las persianas entreabiertas y volvió a hacer rugir los caballos de su Porsche, desapareciendo calle abajo.

Tuvo que centrarse en el trabajo, pero en cuanto le sobraba un minuto, las palabras del desayuno resonaban en su cabeza. ¿Por qué hacía planes con ella

si era April quien lucía un anillo de compromiso? ¿Era tan inconsciente de pensar que la americana no se sentiría desairada con él o acaso la estaba utilizando para provocar una ruptura? Estaban juntos, pero no les había visto la menor muestra de pasión en público, aunque era cierto que ella tampoco gustaba de esas situaciones con Caleb.

¡Se estaba volviendo loca de ansiedad!

Como si estuvieran acompasados en sus sentimientos, recibió un *whatsapp* del causante de su desasosiego.

Lo siento. Me traiciono a mí mismo cuando te tengo cerca. No tengo perdón. Soy un redomado egoísta. Por favor, no me guardes rencor.

Acompañaba sus palabras con un emoticono de carita de tristeza. Ella dudó antes de responder. Después solo escribió:

Jamás podría guardarte rencor.

De inmediato él replicó:

¿Cenamos juntos esta noche? La pandilla se ha quedado en Greenrock y aún no conozco tu apartamento.

Brenda no respondió. La posibilidad de tenerlo entre sus paredes la emocionaba, pero sabía que si James pasaba esa noche en su cama, su relación con Caleb estaba acabada. Jamás podría contentarse con el fotógrafo tras estar con él allí. Mintió:

Imposible. Caleb regresa hoy.

James no insistió. El teléfono quedó en silencio y Brenda tuvo que poner de su parte lo poco que le restaba de energía para terminar la jornada.

Regresó exhausta. Al trabajo se sumaba el cansancio de la fiesta del día anterior y su maldita mente dando vueltas, por eso no se sintió con fuerzas para rechazar a James cuando lo encontró sentado en un peldaño de la escalera, con los ojos cerrados y la espalda apoyada en la pared.

Lo observó a placer, consciente de que él la había sentido llegar; recorrió sus largas piernas embutidas en tejanos descoloridos y sus náuticos a juego, con la camisa en tono chocolate con los faldones por fuera. Era la imagen de la decadencia más sexy. ¡Hasta la maldita media barba le quedaba de pecado!

Soltando un bufido a lo MacDougall empujó sus pies con las botas que aún llevaba de la mañana.

–¿Vas a quedarte ahí toda la noche impidiéndome el paso o tendré que despeñarte hasta el primer piso?

La risa que brotó de sus labios la obligó a reír también.

–¡Venga, James; estoy agotada! ¡Muévete!

Él se incorporó de un salto y la abrazó con ímpetu contra la misma pared donde había estado antes.

–¡Has tardado muchísimo! No me he dormido de milagro.

–¡Pues dichoso tú! Yo vengo reventada. –Apartó sin dificultad sus brazos y abrió la única puerta del rellano–. Te dije que no vinieras.

–¡Sí, ya! Pero sabía que Caleb no estaba en Escocia. ¡Mientes fatal! –bromeó, siguiéndola al interior y captando los detalles del *loft*, tras lo cual soltó un silbido–. ¡Oye, es chula tu madriguera!

–Sí, a mí también me gusta –admitió mientras se descalzaba y se lanzaba al sofá con vehemencia–. Espero que hayas cenado, porque no tengo intenciones de organizar nada.

–No, no he cenado; pero yo no importo. ¿Has cenado tú?

–Estaba demasiado cansada –negó, cerrando los ojos y subiendo los pies al sofá–. No puedo con mi alma, en serio.

–¿Me permites cuidarte?

Las pupilas verdes se encontraron con las azules, dulces como el almíbar mientras la miraban con adoración. James estaba arrodillado en la alfombra, acariciándole los bucles sueltos de su pelo desparramado. Ella se limitó a asentir aunque a continuación susurró:

–Solo si no pides sexo a cambio.

James depositó un suave beso en su mejilla.

–Lo haré gratis –prometió travieso.

Brenda lo escuchó trastear en el baño, y cuando quiso darse cuenta estaba en sus brazos, camino de la bañera. El la posó en el suelo, la mirada más oscura que un rato antes.

Confieso que he estado imaginando lo que podría hacer contigo ahí dentro, pero sería un tanto movidito, así que voy a dejar que te desnudes sola y te

relajes. Traeré comida y después... Te permitiré descansar. –Besó su nariz respingona con rastro de pecas–. Me llevo tus llaves.

Ella le retuvo la mano y colocó un beso en su mejilla, derretida por su trato.

–Despiértame si me encuentras dormida. No he comido nada en todo el día – confesó, contrita.

El gesto de enarcar una ceja le hizo parecerse a Dylan, aunque ahora la barba los diferenciaba bastante.

–Descuida, que lo haré. He disuelto sales de naranja.

También había encendido dos velas y puesto una toalla de cabecero, haciéndola sonreír con los detalles, pero no se los pudo agradecer; ya se había ido.

Un aleteo sobre sus labios la devolvió al mundo real. Se había dormido, como temió. Pero allí estaba James, en cuclillas junto a la bañera, posando los dedos en su boca.

–Arriba, perezosa –le susurró, más conmovido de lo que ella podía esperar–. He traído algunos manjares que están gritando ¡cómeme!

–Pásame el albornoz –pidió, absurdamente ruborizada por el modo en que la miraba.

James lo hizo en un único movimiento, volviendo a dejarla sola. Si quería cumplir su promesa no podía contemplarla desnuda; se le hacía un esfuerzo ímprobo no acurrucarla en sus brazos y zampársela a besos. A cambio descorchó el espumoso y sirvió pequeñas porciones de las *delicatessen* que había comprado en esa misma calle.

–Mmm... *Foie* de oca, jamón, caviar, queso de cabra...

Brenda, en albornoz y descalza, se sentó a la mesa sobre la que James había desplegado un mantel de papel con servilletas a juego, todo lila, y en la que aguardaban los platos con los alimentos ya cortados. Incluso había convertido el pan en rebanadas y le estaba untando una con queso y caviar cuando ella se acomodó a su lado, mucho más despabilada que al llegar. Le dio un mordisco con delectación y asintió, feliz.

–¡Rico!

–He comprado vino pero no sé si te vendrá bien –advirtió él.

–Conseguiré dormir de un tirón ¿no?

–Depende. Si no has comido nada puede darte bajón.

–¡No puedo degustar esto con agua! Sería pecado –se negó categórica.

–Está bien; solo unos dedos –aceptó inseguro–. ¿Me dejarás quedarme para vigilar tu sueño? Solo eso, lo juro. Me preocupa que estés tan cansada.

Ella estudió su mirada; lo creía; aunque captaba deseo en sus pupilas había algo más profundo en su rostro.

–Está bien. Pero duermes en el sofá.

James asintió sin quejarse, entregándole un nuevo bocado, esta vez de jamón ibérico, y rellenando las copas. La suya con más contenido.

–¿Tú no tienes peligro de bajón? –ironizó, relamiéndose con el sabor español al que Ana les había acostumbrado.

–Yo he comido como Dios manda –le reprochó, serio–. ¿De verdad tienes que volcarte en el trabajo de ese modo? Podemos contratar más gente si es preciso. Para ayudarte, me refiero. Ya sé que tú has de estar, pero...

A ella le caló su preocupación; sin más intenciones que ser agradecida, le besó una mejilla, pero James capturó su boca y saboreó sus labios un instante. Después se retiró, afligido.

–Disculpa; dije que sería formal. Volvamos a lo de contratar...

–Hay gente de sobra –aseguró, dando por olvidado el incidente, aunque le pesaba el calor de la caricia en el estómago–; más personal estorbaría en la cocina. Lo que ocurre es que ahora estamos de moda y las mesas se completan hasta tarde. Ya pasará. Eso sí –sonrió, engullendo una gamba blanca pelada–, os voy a hacer más ricos de lo que ya sois.

–Sabes que el dinero no me importa –replicó él–. Tu cansancio sí. ¿En Lyon acababas siempre tan agotada?

–Y más –asintió, tragando el espumoso–. ¡Qué bueno! Adoro comer bien.

James permaneció serio. Nunca se había planteado que el oficio de Brenda resultara tan duro, y no le gustaba en absoluto que no existiera el modo de ponerle remedio. Como Ana dijo, era la pasión de ella, y él no tenía ningún derecho a destrozar los logros por los que tanto había batallado. Sin embargo, su impulso protector anhelaba apartarla del trabajo y de las ojeras que marcaban su rostro.

Brenda, leyendo en sus gestos, le regaló una sonrisa.

–James, no te agobies. Por lo general, todo fluye con más calma.

–Necesitas vacaciones –objetó, no obstante.

Ella suspiró.

–Sí, es cierto. Quizá debí esperar antes de meterme en este jaleo. Pero ya está hecho.

Terminaron de cenar en silencio. Con unas galletas saladas y helado de

chocolate finalizaron el tentempié.

James, fiel a su palabra, recogió la mesa mientras ella se ponía un pijama ligero y se metía en la cama.

Cuando acudió a darle las buenas noches, ya estaba dormida.

Brenda observó la silueta de James estirada boca arriba en el sofá, con los pies rebasando el reposabrazos y la cabeza ladeada apoyada en un cojín; se había quedado en boxer, aunque en algún momento de la noche debió de sentir frío, porque se había arropado con la manta que siempre tenía sobre el respaldo. El cabello despuntado y la barba de un rubio pelirrojo le daban la apariencia de un adolescente travieso.

Se le veía tan reposado y feliz que sintió deseos de arrancarlo de los brazos de Morfeo y envolverlo en los suyos. Sin embargo, suspiró hondo y corrió a la ducha para despejarse, intentando hacer el menor ruido posible. Le apetecía con locura una taza de café, pero conseguirla terminaría por despertarlo con seguridad.

Se calzaba unas deportivas cuando lo tuvo al lado de la librería que hacía de separador, bostezando y frotándose los riñones.

–¿Dónde vas tan temprano? No jodas que ya trabajas...

Ella sonrió, incapaz de no disfrutar con la visión de su atractivo cuerpo.

–Iba a correr un rato. Necesito desfogar energía. ¡Y una taza de café! Pero intentaba no despertarte.

James se sentó a su lado, tirando de ella hacia atrás y cayendo ambos sobre las sábanas revueltas.

–Pues ya que estoy despierto cambia de planes. Preparo una cafetera y te desfogas conmigo.

Brenda le acarició la mejilla, risueña.

–Lo estabas haciendo muy bien; no lo estropees.

La mirada de él apresó la suya, serena.

–¿Sí? ¿Lo he hecho bien? Estuve tentado de meterme en tu cama anoche. ¡Total, no te hubieras enterado! Cuando terminé de recoger ya estabas como un tronco. ¡Mis riñones lo habrían agradecido!

–Pero no lo hiciste...

James olisqueó su cuello, apartando la vista de su tentadora boca.

–No me sentí con fuerzas de no meterte mano, lo admito.

Brenda soltó una carcajada y tiró de él para ponerlo en pie.

–Anda, paso de correr esta mañana, pero vamos a salir a desayunar. Eso sí, mientras te duchas voy a preparar café. ¿Quieres una taza?

–Por supuesto. Aunque ¿de verdad no prefieres que baje a comprar cruasanes y comamos en esta maravillosa cama japonesa que te has agenciado?

–¡Ni hablar! –simuló alarmarse–. ¡En la cama no se come!

Ambos recordaron a un tiempo que esa era una máxima de Lotty, y James la atrajo a su costado antes de que se pusiera triste.

–¡Tendré que enseñarte a ser decadente! Pero bueno, por hoy lo dejamos. Estaré en un segundo. Prepara ese café.

Brenda le agradeció el gesto con un ligero beso y se encaminó a la cocina.

–Si quieres ropa interior limpia, en el cajón de ...

–¡Ni de coña! –gritó él desde el otro lado–. Te dejo mis gayumbos de recuerdo, pero no me pongo los de nadie.

Saber que no llevaba nada bajo los tejanos le resultó de lo más erótico. Ella no se habría atrevido a salir a la calles sin ropa interior, pero James parecía sumamente cómodo sentado en la populosa cafetería. La chica que les atendió se lo comía con los ojos; no obstante, él se mantuvo atento solo a su persona, dándole golpecitos con la rodilla como un crío.

–¡James, ya te vale! Estate quieto.

–¡Pues dime que iremos a navegar el jueves! En serio que me apetece mucho. ¡Edimburgo está a tope de gente con tanto festival en marcha!

–A mí me encanta ver las calles rebosantes de turistas –aseguró ella.

–Pues a mí me agobia que apenas se encuentre un rincón tranquilo para leer el periódico. ¿Qué más te da que naveguemos? Te he dicho que invitaremos a todo el grupo...

–Posiblemente Caleb ya esté en casa para entonces. No sé si querrá.

–Déjalo en mis manos. Fijo que lo convenzo.

Brenda suspiró, derrotada. No quería confesarle que verlo en compañía de April no le agradaba en absoluto, pero ya no contaba con argumentos para negarse. Él se los había desmontado todos.

–Bien, naveguemos, pero a algún sitio cerca. Estaré tan agotada que solo querré tirarme en cubierta, sin moverme para nada.

–Ese podría ser el plan, salir a mar abierto. Iremos pertrechados para no tener que tocar puerto.

–¿Y si a los demás no les gusta el plan?

La propuesta es mía, a quien no le guste que se quede en tierra.

Lo percibía tan asertivo que Brenda se preguntó cómo sería en realidad su relación con April. ¿La americana nunca ponía objeciones? Hasta el momento se había mostrado de lo más sumisa a los deseos de James, excepto en lo de coger mesa en el restaurante... Ni siquiera parecía haberle importado quedarse en Greenrock, aunque él hubiera regresado antes. Demasiadas cosas no le cuadraban. Para ser estadounidense y rica, April sonaba demasiado condescendiente.

Podría solventar sus dudas interrogando a James, pero entonces... Debería plantarle cara a situaciones como aquella, en la que los dos estaban desayunando como una pareja de enamorados cuando en realidad tenían sus respectivos compromisos.

Mejor dejarlo. Tenía que estar en el Lotty's en media hora y esa conversación requería mucho más tiempo.

Caleb llegó de Dublín el lunes siguiente. Había arañado unos días a su agenda antes de salir hacia Ibiza para un posado de bikinis y le pareció de perlas navegar en el *Mo duinne* con la pandilla escocesa. Lo cierto era que, excepto cuando Brenda lograba escaparse del restaurante para dedicarle unas horas, solía pasar el tiempo con cualquiera de ellos, en especial con April, que era quien estaba más libre. Al ser los dos extranjeros, disfrutaban de los festejos de Edimburgo con la novedad de no haberlos conocido antes. Además, su afán por la fotografía les llevaba a desafiarse en quién conseguiría la foto más lograda del día y se hacían de rabiar buscando votos entre los amigos al llegar la noche. Invariablemente terminaban en el Lotty's tomando una copa en la parte alta mientras se desalojaba el local; después salían a tomar la última en compañía de una fatigada Brenda.

El jueves se hicieron a la mar acompañados de un tiempo caluroso para alivio de April, que no se adaptaba al clima escocés. Tener que llevar siempre a mano un chubasquero en pleno verano le resultaba de lo más absurdo, pero tras un par de remojones se acostumbró a cargar con él.

Ese día el sol calentó desde temprano y pudieron tumbarse en cubierta, ellas en bikini y ellos en bañador. Por una vez Brenda se halló insegura de su anatomía, ya que el arduo trabajo y las preocupaciones la habían hecho adelgazar más de la cuenta; se veía huesuda en comparación con el tonificado

cuerpo de Marleen y, sobre todo, con el espectacular tipazo de April, quien lucía mejor sin ropa que con ella. Pese a ser muy esbelta, tenía pechos proporcionados y un trasero espectacular, lo cual, sumado el color bronceado de su piel, hizo que las miradas de los chicos se perdieran sobre ella sin ser conscientes siquiera.

Una de las veces que Bren bajó con Marleen a la cocina, su socia le arrancó una sonrisa al espetarle un sincero:

–¡Joder con la americana, que tipazo se gasta. Debe hacer más horas de gimnasio que yo de papeleo!

Comieron en cubierta las delicias que James se había encargado de adquirir en el puerto, marisco fresco sobre todo, regado con vino blanco; aunque Brenda observó que él apenas bebió, pendiente de dirigir la navegación.

A la ida había sido April quien había demostrado sus dotes marineras desplegando velas y el resto se dejó mandar, pero al regreso James atrajo a Brenda al timón y la hizo reír, evocando su único viaje juntos por la costa, cuando Ana y ella se embadurnaron de crema solar recordando a dos brillantes Gusiluz.

Desde cubierta April los miró con detenimiento, atrayendo el interés de Marleen, que seguía muerta de curiosidad por la extraña relación que su amigo y la heredera mantenían. La joven MacBean dio un codazo a Allister, intentando llamar su atención, pero él se encogió de hombros, absorto en una competición deportiva del móvil que mantenía con Hewie. Fastidiada, se mordió los labios. Hubiera dado cualquier cosa por tener allí a Ana para cotillear a gusto sobre las sorprendentes situaciones que estaban viviendo.

Caleb, dormido en su hamaca, no se enteró de nada.

–Aquí pasa algo y tengo que descubrirlo –espetó Marleen, roja como un cangrejo tras haber estado el día anterior al sol pese a la protección de cremas y gorra.

Brenda, con parsimonia, siguió recogiendo la ropa que Caleb había traído de la lavandería y doblándola en dos montones. Estaban solas. Al día siguiente él se iría de nuevo y había salido a comprar unos complementos que necesitaba para la cámara.

Marleen se había presentado a media tarde y, tras darle un par de besos, se había estirado en el mullido sofá con deleite, quitándose los zapatos y mirándola como si quisiera condenarla.

–Ignoro a qué te refieres.

–No obstante, la rubia vio que las pecas se teñían de rubor.

–No se te puede escapar que la relación de James con April es rara.

Brenda hizo un mohín y siguió guardando en los cajones las prendas hasta que no le quedó otra que enfrentarse a su invitada.

–¿Un té?

–No, un whisky.

–¡No seas bruta! No son horas. –Logró escandalizarla.

–De veras, Bren, ¿no crees que ya es hora de que me compenses con tu amistad? –Palmeó un sitio a su lado, sentándose de mala gana en una esquina–. Jura que James no ha estado en esta casa con menos ropa que unos tejanos...

Cogida por sorpresa, la imagen del hombre en boxer sobre ese mismo sofá la sonrojó a conciencia, arrancando una exclamación en su socia.

–¡Lo sabía! Pero vosotros ¿de qué vais, por Dios? ¿Es que James se ha vuelto majara desde que se largó a otro continente? ¿Por qué está con April si se muere por ti?

Ella estiró los puños a los costados, enojada consigo misma por no saber mentir.

–¡No se muere por mí! Y no sé por qué está con April. ¡Pregúntaselo tú, que eres su amiga!

–¿No sería más lógico que se lo preguntaras tú que eres su amante? –inquirió la otra con cinismo.

–¡Yo no soy...!

Se calló, como golpeada por un mazo. ¡Dios! ¿Eso era cierto? ¿Ella era su amante? Semejante idea la fulminó. Parecía que las circunstancias daban la razón a su madre cuando argumentaba que un aristócrata solo estaba con una plebeya para pasar el rato, pero que casarse, se casaban con las de su rango. Contrariada, se mordió los labios hasta hacerse daño.

Marleen, que no había pretendido ofenderla pero vio pasar los pensamientos malsanos por su mente, se levantó de un salto y la abrazó con fuerza.

–¡Disculpa mi estupidez! No soy quién para juzgar; es solo que... ¡Joder, Brenda; yo estaba loca por él y él se coló por ti! Tuve que renunciar al tío de mis sueños porque se enamoró de otra. ¡Y esa otra eras tú! Siempre has sido tú. ¡No sé que hace April en medio de esta historia!

–¿Tal vez que aquel James tenía diez años menos? –preguntó, de repente desvalida.

Marleen le izó la barbilla y miró sus ojos brillantes.

–¿Tal vez que tú has estado huyendo esos diez años, con Marcus primero y con Caleb ahora?

–¿Qué tengo yo que ver con April? Llevan juntos desde que él se marchó a Estados Unidos.

Marleen hubo de reconocer que era cierto. Sin embargo, algo no encajaba.

–No obstante, se han comprometido hace apenas unos meses.

–Casi al mismo tiempo que él heredaba el título.

–¿Insinúas que eso tiene algo que ver?

Brenda se encogió de hombros, fatalista.

–A un duque le va bien una heredera.

–¡Brenda, por Satanás! Que semejante anacronismo lo pensara tu madre lo acepto, ¡pero que lo digas tú!

–¡Pues tampoco lo entiendo! –Se derrumbó por fin.

Arrastró a Marleen al sofá y le contó sus lances con James desde que se habían encontrado en el entierro de su madre. Todo, sin obviar un instante.

Cuando acabó, entre llantos, se hallaba desolada y perdida. Su socia la consoló manteniendo la mirada refulgente, más decidida que nunca a desentrañar el increíble comportamiento de su amigo.

La joven MacBean acostumbraba a agarrar el toro por los cuernos, pero tras consultar con Allister contraatacó con un regate defensivo escogiendo a quien consideró más vulnerable, Callum Ferguson. Abandonó el acristalado despacho de su novio, con unas espectaculares vistas sobre el viejo Edimburgo, y pasó al de su socio.

El pelirrojo estaba enfrascado en el ordenador, con el ceño fruncido y la mirada enrojecida por las horas de concentración. Llevaba la camisa con las mangas arremangadas y su corbata colgaba del brazal de la silla ergonómica.

A Marleen le entró un ramalazo de cariño al contemplarlo. No sabía por qué su amigo no había encontrado al amor de su vida, aun siendo una de las personas más encantadoras que conocía.

–¿Interrumpo?

Él apartó la vista de la pantalla y la posó sobre la despampanante rubia, ataviada con un sencillo vestido de gasa con motivos étnicos y sandalias bajas.

–Pues sí, ¿para qué negarlo? –Sonrió, cansado–. Pero se agradece.

–¿En qué andas metido?

–En un fregado que me aburre. El padre de April quiere introducir sus

negocios en Escocia y nos ha contratado para buscarle firmas interesadas.

Ella pensó que el asunto le venía al pelo.

–¿Por qué no lo lleva James? Sería más lógico, ya que va a formar parte de la familia...

El pelirrojo enarcó una ceja, suspicaz.

–Tenemos repartido el trabajo y de ese tipo de asuntos me encargo yo. Además, a James no le gusta mucho Robert Dillon; de no ser por la pasta que nos va a dejar, apostaría a que le hubiéramos dado calabazas.

Marleen se dejó caer sobre el sillón frente a su amigo, abiertamente interesada.

–Jugoso cotilleo. ¿A James no le agrada su futuro suegro?

La sonrisa de Callum resaltó sus vivaces rasgos.

–Creí que pasabas de James.

Ella lo fulminó con sus pupilas azules y un ademán despectivo.

–Paso de estar loca por James, pero no de lo que le concierne. ¿Por qué está con April? Tú debes saberlo.

El abrió los ojos con sorpresa, pero luego los cerró, encogiéndose de hombros.

–Son uña y carne desde que nos instalamos en la universidad; es cuanto puedo decir.

–Pero no se te escapa su interés por Brenda –contraatacó su amiga.

–Es el amor de su vida, estoy convencido.

Marleen soltó un taco, incorporándose con presteza.

–¿Entonces?

–¡Entonces no lo sé! He preguntado a James miles de veces sin obtener respuesta. Sufrió muchísimo cuando se enteró de que estaba con el francés que trajo a la boda de Ana; supongo que buscó consuelo y April se lo dio. No le conocí ningún rollo en todos los años que pasamos allí; solo salió con ella.

–Pero ahora Brenda...

–Ahora Brenda sigue cogida ¿no? ¿Te olvidas de Caleb?

–No, no me olvido; pero a ninguno se nos escapa que cuando esos dos están juntos saltan chispas.

–Quizá James se ha cansado de jugar en segunda fila. No logro entender a Brenda.

–Tiene complejos. Culpa de su madre –resumió ella.

–Suena a excusa descafeinada. Lotty ya no está.

–Pero April, sí.

Callum se mesó los revueltos cabellos y, en un arrebato, se levantó del asiento.

–¿Sabes qué? ¡Necesito una pinta! El mundo es jodidamente injusto, con algunos que lo podrían tener todo y hacen el tonto y otros que nos morimos por una historia seria y no lo conseguimos ni en sueños.

Durante un instante, Marleen se olvidó de su investigación. Callum parecía estar lanzándole una llamada de auxilio.

–¿Eso significa que tienes roto el corazón?

–Mas bien que mi corazón no lo conmueve nadie –replicó, frustrado, cogiendo la corbata y la chaqueta.

Ella le obligó a soltar ambas prendas y le repeinó con los dedos. Podían mirarse a la cara frente a frente porque Callum era más bien bajito y ella ese día no usaba tacones. Depositó un beso en su mejilla antes de sacarlo de la madriguera.

–Para emborracharnos no te va a hacer falta ir trajeado –explicó, risueña.

–Tenemos una imagen, ¿sabes? Por el negocio.

Ella le sacó la lengua y tiró de su mano, buscando el ascensor.

Allister les interrogó desde su puesto, pero ella no dio ninguna explicación. Esto era entre Callum y ella.

Diez minutos después, con una cerveza en la mesa de una tasca al aire libre y rodeados de turistas, Marleen volvió a la carga.

–A ver si me entero, ¿tu problema es que no te enamoras o que ya estás enamorado?

Callum respiró hondo, sin percatarse de que muchas chicas lo miraban con interés.

–¡Parece que tuviera un témpano en las venas, Marleen! Os veo a Allister y a ti, o a Brenda, con James o Caleb y... ¡Joder! No voy a decir que os tenga envidia, pero casi. ¡No me he enamorado en mi vida! He metido a un montón de chicas en mi cama pero ninguna me ha interesado más allá de para echar un polvo.

Ella sonrió, consciente de cómo los oídos de sus vecinas de mesa se aguzaban. También los de la camarera que aguardaba cruzada de brazos junto a la puerta, con delantal negro sobre el equipo burdeos, a la espera de futuros clientes.

–Tienes menos de treinta años. Tampoco es tan raro que no hayas

encontrado a tu mujer ideal.

–No tengo ni prototipo de mujer ideal. –Se exasperó él, bebiendo un largo trago de cerveza–. Cuando era joven quería a alguien como Ana, con su desparpajo y su cabeza bien puesta, pero con la edad he ido perdiendo la esperanza de pillar a una tía interesante.

Marleen achicó los ojos, sorprendida.

–¿No me dirás que estabas por Ana cuando nos daba clases?

–¡Todos estábamos por Ana, rubia! Hasta tu Allister llegó a ilusionarse con ella; pero era normal, éramos unos críos y ella una mujer de bandera. Te recuerdo que te mataban los celos.

–La relaciones internacionales asintió, sincera. Fue una época difícil hasta que se convirtieron en amigas.

–Bueno, regresando al ahora... Tal vez deberías darte una vuelta por España, por si es la sangre caliente lo que te va.

–No hace falta que se moleste –intervino la camarera, con un gesto altivo que les dejó sorprendidos–. ¡Yo pensaba que era gay por la forma en que mira a las tías! Suena un poquito prepotente y a las españolas les van los machotes graciosos.

Marleen soltó una carcajada que se quedó atascada en su garganta cuando captó la reacción de Callum, tan sonrojado como el color de su pelo.

–Perdona –replicó con frialdad a la descarada muchacha–, ¿has tenido la desfachatez de llamarme gay?

–No es una ofensa –se defendió ella enarcando una ceja con desdén–. ¡Mi hermano pequeño es gay, así que mira lo que me importa!

–Y esta conversación; ¿te importa? Porque yo pensaba que era privada.

Callum estaba erguido, con los puños apretados y la tez aún roja.

–¡Pues haber hablado más bajo, bonito, porque tenías a toda la terraza pendiente de tus cuitas!

Marleen se mordió los labios para no reír, admirada del carácter de la muchacha y de que la piel de Callum no cesara de ir *in crescendo* hasta el escarlata más profundo.

–Exijo que llames a tu encargado. ¡Ya!

Solo entonces pareció darse cuenta ella de que había metido la pata a fondo, porque miró al interior y se quedó blanca como una tiza pese a que su piel mostraba un precioso tono canela.

–¡No jodas que vas a ser tan capullo! ¡Tengo un contrato en practicas!

–¡Pues ya ves que para esto no sirves, bonita! –remarcó él, recreándose en el

apodo como antes había hecho ella.

–¡Me disculparé cuanto quieras, pero joder, no me delates! Es verdad que tengo la lengua muy suelta, ya me lo dice mi madre, pero...

Marleen intervino, conciliadora.

–Te has pasado bastante, la verdad; pero mi amigo no es un capullo, tranquila. No va a...

–¡Claro que voy a! –se reafirmó él, demasiado consciente de ser el centro de atención de la clientela–. ¡Llevo un día como para que me toque las narices esta niñata!

–¡De niñata nada, so pijo! –Se calentó la camarera–. Si me despiden por tu culpa te busco en un callejón y te degüello. ¿Tú sabes lo que me ha costado pillar curro en la isla?

Marleen no daba crédito a la escena, olvidada del asunto que les había llevado a la taberna. Por suerte, en ese momento aparecieron Allister y Hewie.

–Hola chicos; ¡ey, Becca! –saludó el segundo–. ¿Os pasa algo?

–Los «¿la conoces?» y el «¿lo conoces?» sonaron al mismo tiempo, arrancando la risa de Allister.

–Esto parece un vodevil; ¿qué está ocurriendo, cariño?

Con todo el alboroto, el encargado, un tío moreno y lleno de tatuajes, apareció en la entrada e interrogó con dureza a la empleada, que no supo qué decir. Molesto, se volvió entonces a la pandilla de ricachos que conocía de vista.

–¿Algún problema, señores?

–Ninguno –se adelantó Marleen, aunque ya había visto que, pese a seguir sonrojado, la ira de Callum se había calmado–; la cuenta, por favor.

–¿No queréis que nos quedemos? Las otras terrazas están a tope y...

–¡No! –replicaron Marleen y Callum al unísono, dejando pasmado a Hewie.

–Mejor nos vamos; luego te explico –dijo ella a su amigo mientras Callum tomaba la nota de manos de la azorada muchacha y pagaba con evidente desprecio.

La sorpresa les llegó cuando ya le daban la espalda y la chica le sujetó por el codo, mortificada.

–Sé que es tarde pero... Me gustaría disculparme.

–¿Para qué? Ya has visto que tu trabajo no peligra –le replicó, desabrido, soltándose como si quemara.

–Por eso te doy las gracias. Me disculpo por meterme donde no me llaman. Y puedes ir a España si quieres; con esos ojos verdes seguro que más de una se

rinde a tus pies... Aunque no garantizo que te enamores de ellas.

La risa de sus amigos retornó el aire ceñudo de Callum, pero Marleen no le dio opción a responder, llevándoselo de allí y prometiéndose que volvería al bar para cantarle las cuarenta a la chica. Y para divertirse con su desparpajo.

–Encima dice Hewie que es española. ¡Qué peligro! –Rio Marleen tras deshacerse de los brazos de Allister.

Habían hecho el amor al llegar a casa, bastante pasados de rosca, y después comentaron la situación de primera hora de la tarde.

–Me temo que Callum lleva demasiado tiempo entre papeles; está necesitando un desfogue.

–Lo encontré agobiado, sí –admitió, recordando el motivo por el que había ido a buscarlo–. ¿Tú sabes por qué a James no le cae bien el señor Dillon?

–¿No le cae bien? –La sorpresa de su rubio *partenaire* fue genuina–. Lo ignoraba. De todas formas no lo conozco en persona, claro. Solo hemos hablado por videoconferencia o por teléfono. Pero nunca he oído a James referirse al respecto.

–Quizá sea algo que Callum sepa de cuando estuvieron en América –dedujo ella.

–Quizá, pequeña intrigante; pero dime, la tarde con mi socio, ¿te ha servido para averiguar algo o solo para meterlo en una trifulca tabernaria?

–Callum jura que no entiende a James ni a Brenda, lo cual no me sorprende, porque así estamos los demás. Lo único curioso fue lo de la mala relación con Robert Dillon.

–Que le guste la hija no implica que le caiga bien el padre –opinó él con buen tino–. A mí me resulta un poco prepotente; aunque con los millones que mueve no me extraña demasiado.

La palabra volvió a traer el recuerdo de la española a la mente de Marleen.

–Oye, ¿tú crees que los demás nos ven prepotentes a nosotros?

Allister la contempló en silencio, incapaz de discernir una respuesta.

–Yo sé que soy chula a veces, pero prepotente... –insistió ella–. ¡Y esa chica se lo llamó a Callum, con lo dulce que es!

–Lo ha pillado en un mal día y ya está –atajó él, conociéndola cuando se ponía neurótica–. De todas formas, si tanto te preocupa, haremos una encuesta.

–No es mala idea –aceptó, sin pensar que el otro bromeaba.

La entrevista para la televisión trastocó la rutina laboral de los empleados del Lotty's. Allister insistió en que fuera un lunes, día de menos ajetreo, y cerraron el local toda la mañana para grabar a Brenda con su equipo organizando una jornada normal. Por la tarde grabaron las escenas con clientela.

Ella salió bien parada de la entrevista, aunque harta de retoques de maquillaje. Por más que les explicó que a una chef lo último que le preocupaba moviéndose entre fogones era su rostro, el cámara se mostró inflexible.

Esa noche, James volvió a aguardarla en su escalera.

–¡Qué oportuno eres! –gruñó, abatida–. ¿No tenías mejor sitio donde ir?

–Quería saber cómo estabas. –Se incorporó, limpiándose los pantalones de polvo. Vestía de ejecutivo–. Allister quedó encantado, pero eso no significa que tú pienses igual.

–Pues sí, lo pienso. –Pasó por su lado, abrió la puerta y se tiró en el sofá sin quitarse las sandalias–. Repite esa toma, por favor; vuelve a colocar el buey en el plato; espera a que Rina te quite los brillos.. –Su voz sonó a medias entre el agotamiento y la ira–. ¡Minucias aparte, el reportaje quedó genial. ¡Incluso decidieron cenar! Eso sí, pagó nuestro socio.

–Son gastos de publicidad –aseveró James, aprovechando un pequeño hueco junto a su cadera y pasándole una mano por el pelo–. O sea, que te has tragado las ganas de mandarles al infierno.

–¡En el infierno hemos estado! ¡Imagina, un sitio tan pequeño hasta arriba de gente! Deberíamos doblar el sueldo de hoy a los empleados. Lo han bordado y sin ninguna queja –confirmó, mosqueada.

–Pues lo haremos. Quien lleva el negocio eres tú.

–Si podemos dar de comer a todo un equipo, bien podemos compensarles a ellos.

–No tienes que justificar nada –insistió él, retirándole los mechones húmedos de las sienes–. Solo pásale el dato a Allister y se hará. Aún no te has hecho a la idea de que en el local mandas tú.

Ella sonrió, reconfortada con sus palabras.

–No, la verdad es que no. –Apartó su mano y se incorporó hasta quedar sentada–. Por cierto, ¿qué haces aquí? ¿Dónde has dejado a April?

–Han venido unas amigas tuyas de Boston y les está enseñando la ciudad. Se defiende muy bien con los festivales desde que los frecuentó con Caleb – bromeó, sin dejarla escapar de su cerco–. Podíamos cenar algo en el puerto.

Seguro que hoy tampoco has comido.

–No me entraba nada –reconoció sin dejarse engatusar–. Si han venido amigas tuyas, ¿no deberíais estar juntos?

–¿Con esas esnobs? ¡Ni en sueños! No las soporto y ella lo sabe.

–¿De verdad April es tan permisiva? No me entra en la cabeza –confesó, entrecerrando los ojos.

La carcajada de James la desconcertó.

–¿Por qué? ¿Tú me atarías en corto? –Quiso saber, regocijado.

–Sí, creo que sí –admitió pesarosa.

–No veo que a Caleb lo ates a la pata de la cama –objetó él, repentinamente serio–. ¿Eso implica que yo te importo más?

Brenda no tuvo ocasión de improvisar una réplica. La boca de James atrapó la suya y sus brazos la reclinaron sobre el sofá. Durante unos segundos solo sus lenguas se entendieron. Mas tarde, James continuó besando su cuello y su clavícula. Cuando la sintió rendida, le buscó los ojos.

–Quiero que hagamos el amor, Bren. Y que no riñamos al terminar.

Ella pareció recordar la promesa que se había hecho y negó, aunque tan débilmente que solo arrancó la sonrisa de él.

–No puedes estar en mi cama. No podría soportarlo después.

–Vale, pues en la cama no –prometió, deshaciendo el nudo de su corbata y tirándola al suelo–; vamos a la ducha. Necesitas un baño.

La negativa quedó acallada por la boca masculina, esta vez en sus senos, que no sabía cómo habían quedado al descubierto durante la refriega.

James la inmovilizó contra la pared de la ducha, la enjabonó por completo y la penetró con urgencia, enardecido por los gemidos de ella mientras usaba el gel por sus senos y su ombligo. Le besó la columna de arriba abajo y mordisqueó sus caderas antes de apoderarse de su interior y derramarse entre espasmos, llevado al cielo por los movimientos de Brenda apresando su sexo en cada envite y ofreciéndole su cuello para marcarlo con fiereza. Cuando al fin se dejaron caer en el interior de la bañera, ambos jadeaban, exhaustos. Con dedos temblorosos James colocó el tapón en su sitio y el agua les fue envolviendo en una cálida vaina de relax.

Brenda se acomodó en su regazo y permitió que deslizara sus manos por sus brazos, agotados por el esfuerzo.

De repente, el romántico instante fue roto por el gruñido de sus tripas.

Aunque sonrojada, soltó una carcajada y James la siguió detrás.

–¡Vaya penoso caballero andante que estás hecho! ¡Se suponía que venias a llevarme a cenar!

El le mordió un hombro antes de responder, con aire consternado.

–Me nublas la razón, pelirroja. Pero tienes derecho a quejarte. –Hizo ademán de incorporarse, pese a que ella lo detuvo–. Voy a por el móvil. Algún sitio habrá que nos sirva comida.

–Tengo pizza congelada –admitió con desgana.

–¡Ni que estuviéramos en una película barata! Nosotros somos más sofisticados que eso. –Rio, burlón dejando un reguero de agua a su paso.

Regresó con el teléfono y se sentó en el borde, observando fascinado cómo los pechos de Brenda sobresalían sobre la espuma. Dejándose llevar, besó uno de sus pezones.

–Vamos a comer por ti. ¡Yo preferiría usarte de banquete! –aseguró, divirtiéndole su sonrojo.

–Siento ser tan terrenal. –Se defendió, frunciendo su nariz con pecas.

Sin pensarlo, James le hizo una foto, sobresaltándola.

–¿Qué haces? ¿Estás loco? ¡Borra eso ahora mismo!

–Irá a mi álbum privado –prometió.

–¡Bórrala si no quieres que acabemos enfadados! –exigió, abochornada.

Él manipuló el aparato y se lo mostró, ceñudo.

–¡Está bien, borrado! Lo habíamos prometido, nada de enfados.

Ella aún desconfió.

–¿Seguro que la has borrado?

–Seguro –mintió con descaró–. ¿Carne o marisco?

La frente de Brenda se relajó, cerrando los ojos para disimular su turbación.

–Carne. Tengo mucha hambre. Y vino tinto.

Él esbozó una mueca mientras buscaba entre sus direcciones y hacía el pedido. Después buscó el albornoz y la sacó de la bañera.

–En cuarenta minutos lo tendremos aquí. Voy a poner la mesa. –Luego se volvió con gesto zumbón–. ¿Nos dará tiempo a usar la alfombra? Dijiste nada de cama, pero el resto de la casa está permitida, ¿no?

Abandonó el baño antes de que Brenda le atizara con el cepillo del pelo, húmeda y sofocada.

James puso música de fondo y organizó la mesa con una diligencia propia

de quien conocía la cocina. Cuando llamaron al timbre, abrió vestido solo con los pantalones del traje y la camisa entreabierta. La carcajada que escuchó en respuesta lo azoró, absolutamente desprevenido. En el descansillo aguardaban una regocijada Marleen y un confuso Allister.

–¿Qué demonios hacéis aquí? –farfulló, mientras su amiga lo empujaba para adentrarse en el apartamento.

–¡Pues mira, esa pregunta bien podríamos hacerla nosotros! No creo que Brenda te haya dejado su nidito para estar con April –replicó la rubia con descaro.

James se quedó mudo y Allister bajó la mirada, no sabiendo dónde meterse.

Brenda, al sonido de las voces, apareció cubierta únicamente por el albornoz. Las llamas de su rostro hicieron que James se sintiera culpable de ponerla en semejante aprieto, pero Marleen, una vez, más se adelantó.

–Allister estaba entusiasmado con el resultado de la entrevista y se me ocurrió conocer tu impresión. Como imaginé que no habías cenado te hemos traído unos bocaditos... Pero si estorbamos mucho, nos vamos.

–¡Pues sí! –opinó él.

–¡Claro que no! –atajó, ella–. Estoy derrengada y James ha pedido cena –explicó, abochornada–. Mientras, me he dado un baño. Podéis quedaros y compartimos la comida. Voy a vestirme.

–En serio, Brenda que podemos hablarlo en otro rato –intervino Allister, violento por la situación.

–¿A quién queremos engañar, cariño? Ya sabemos que están el uno por el otro, por más que se empeñen en contradecirse. –Se volvió a su amigo, que se abrochaba la camisa–. No ignoras que estaríamos encantados de que rompieras ese absurdo compromiso y te aclararas con Bren, pero allá vosotros...

El timbre rompió la posible réplica de James. Esta vez sí era el repartidor con el pedido. Lo recogió, pagó y miró con cara de pocos amigos a los entrometidos visitantes.

–Crujientes de pollo, rosbif con guarnición y una botella de Petrus. ¿Os vale? –les retó con toda intención.

–Pon otro par de cubiertos –afirmó Brenda, perdiéndose en su dormitorio–. Con lo que ellos traen, habrá de sobra.

Enseguida estuvo de vuelta con un pantalón de chándal gris y una camiseta rosa de manga larga. El pelo, húmedo, se lo recogió con un lápiz. Se acomodó en la mesa de cristal, donde sus amigos habían dispuesto los platos y servido las copas, pendientes de su actitud, y se tragó la suya de un golpe, necesitada de

valor.

–¡Este vino tiene cuerpo! Te vas a caer redonda si bebes otra de ese modo – le reprochó James, retirándosela.

Ella lo desafió rellenándola de nuevo. No obstante, se mostró humilde al notar el golpe en el estómago.

–Lo tendré en cuenta. –Se volvió a su socia–. ¿Y vosotros, qué habéis traído?

–Bocadillos de ahumados, caviar y un Romanée Conti blanco –desafió Marleen en dirección a James.

–Muy acertado –asintió Brenda pillando el primer bocado con las manos–. Dejad de enfrentaros como si estuviéramos en el OK Corral, ¿vale? Habéis venido a hablar de la entrevista y podemos comportarnos como seres civilizados.

Marleen entrecerró los ojos con voz ácida.

–¡Podríamos! Pero en vez de al socio me gustaría localizar al amigo que se esconde tras una máscara de capullo integral y que nos explicara a qué está jugando.

–Somos adultos, Marleen, y no estamos jugando –contraatacó Bren, captando los hombros hundidos de James. Lo presentía atormentado y aunque no comprendiera el fondo de la trama, algo en su interior se removió para defenderlo–. En todo caso, es un asunto privado. Te recuerdo que yo también actúo con escasa dignidad engañando a Caleb.

–¡*Touché!* –admitió su amiga.

–Entonces, tocamos el tema de la entrevista...

James se tragó su copa y se apartó de la mesa, descargando su frustración con los puños apretados y el rostro tenso. Estaba tan pálido como un fantasma.

–No, Allister, no vamos a centrarnos en la entrevista. ¡Sé que os debo una explicación! En primer lugar a Bren y después, quizá, a vosotros... Lo que ocurre es que no estoy seguro de que lo os diga os baste, y sin embargo... No expondré nada más. He dado mi palabra y no puedo romperla.

La expectación se mascó en el aire. La comida quedó olvidada sobre la mesa y tres pares de ojos se prendaron en los azules. Los de Brenda al borde de las lágrimas. Se sentía conectada al estado de ánimo de James y percibía cómo él se esforzaba por convertir aquella confesión en algo sincero.

–Te amo, Bren. Te amo desde antes de que tú supieras que yo existía. Mi primer recuerdo tuyo es el de una niña con coletas comiendo un sándwich en el banco de detrás de la casa. No sé cuantos años teníamos, seis o siete. Era la época en que mi padre corría en pos de mi madre y me dejó en Greenrock con

tío Dylan... El anhelo por disfrutar de mi madre era inmenso y te veía a ti, escuchando embobada las cosas que la tuya te contaba mientras comías aquel bocadillo... Recuerdo que mostrabas una expresión soñadora y yo pensé que eras la niña más guapa del mundo. ¡Siempre has sido la dueña de mi corazón, mi única arma contra la desdicha! –Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de la aludida, a quien no le importó que el resto las viera, mientras James se dirigía a su amiga–. Escudándome en mi cobardía, en mi rabia contra Dylan, me convencí de que las mujeres sois prescindibles, poco menos que un accesorio para proporcionar placer. Me porté como un malnacido al tontear contigo y jugar con tus sentimientos. Te pido disculpas, Marleen, y te juro que nada me satisface más que verte con una persona tan íntegra como Allister y saber que os queréis del mismo modo que aprendimos de Ana y Dylan. –A esas alturas, también la aristócrata tenía la mirada brillante y sujetaba la mano de su novio sobre la mesa, con expresión angustiada–. Acepté mantenerme al margen de la vida de Brenda porque su madre y todos los adultos que nos rodeaban se empeñaron en pedírmelo. Por ese motivo me exilié a Estados Unidos. Y tuve la oportunidad de conocer a April.

Un sollozo escapó del pecho de Brenda y la impelió a huir, pero la mano férrea de James la mantuvo sobre la silla.

–En cierto modo, esto lo provocaste tú, cariño; así que debes esperar hasta el final. Por poco que te guste.

–¡Solo es un compromiso, James! No tienes que casarte con ella –espetó Allister, tan conmovido como las mujeres.

La inmediata respuesta dejó pasmados a los tres.

–¡No voy a casarme con April! –Retomó su atención a Brenda–. Cuando compré la casa de Anne Street te dije que sería nuestra hogar, y esa sí es una promesa que no romperé. Viviré allí contigo o con nadie. Tú eres mi duquesa, Bren; lo juro sobre el recuerdo de tu madre. Le aseguré a Ana el día de su boda que en algún momento de nuestras vidas tú y yo repetiríamos unos votos parecidos, y para eso llevo aguardando diez eternos años.

–¡Pero es April quien lleva un anillo! –le recriminó ella, rota por dentro.

Las pupilas azules se volvieron dos rendijas destellantes y su voz cortó el aire con dureza.

–¡Perdiste el derecho a reprocharme nada el día que te enamoraste de Marcus! Lo metiste en nuestras vidas como si yo no te importara.

–¡Pero tú sabes cuánto me importas! –Ambos se dejaron imbuir del recuerdo de aquella escena en su habitación, con el vestido levantado y el

placer que él la hizo sentir.

–Te pudo el miedo a afrontarlo, Bren. –Aunque su rostro se mantenía serio, la voz de James se quebró—. Tu primera vez fue con él, no conmigo.

–La tuya fue conmigo, y Allister no va a romperte la crisma, así que no seas injusto –intervino Marleen, afectada hasta la médula.

James asintió, pesaroso.

–Es verdad. Pero entonces Brenda y yo aún no teníamos una historia.

–¡Nunca hemos tenido una historia! –replicó ella, desgarrada.

–En mi corazón, sí. Desde la exposición de Stirling te consideré mía. Cuando navegamos aquel fin de semana te entregué mi alma. Y la sigues teniendo.

Brenda volvió a sollozar y Allister asumió el papel más práctico.

–Todo nos sigue llevando a April y a vuestro compromiso.

–No puedo romperlo. No por el momento.

Un suspiro de alivio recorrió el ambiente que les rodeaba.

–Pero sí que lo harás...

–¡Joder, Marleen; acabo de confesar que solo me casaré con Brenda! A no ser que ella se empeñe en mantener esa parodia de relación con Caleb.

–¡Mira quién habla de parodia! –Se picó su amiga—. No sé qué te traes con la americana, pero tampoco me parece justo para ella.

–Eso queda entre April y yo –insistió terco.

–¿Durante cuanto tiempo? –musitó Brenda, zarandeada por un sinfín de sensaciones.

–Hasta Navidad.

–¿Qué pasa en Navidad? –interrogó Allister, receloso.

–Que April y yo quedaremos libres. Pero no podéis hablar de esto con ella. Bajo ningún concepto.

La mirada de los tres mostró pasmo a partes iguales.

–¿Te tiene cogido de algún modo? ¿Qué demonios has hecho? –le instigó Allister.

Una sonrisa burlona se expandió por el rostro de James, más relajado ahora que había soltado medio lastre.

–Por mi honor os juro que quiero mucho a April y que no existe nada truculento entre nosotros. Ella es fantástica, lo que ocurre es que no le habéis dado la oportunidad de demostrároslo.

–¿Y sabiendo lo que nos has contado, pretendes que se la demos?

–April siempre será mi amiga. Lo que siento por Brenda no desmoronará

mi afecto por ella.

Marleen se llevó un bocadillo frío a la boca. Seguía tan confusa como antes de haber iniciado la conversación, pero ahora al menos tenía hambre.

–Mira, tío, que te den; a ti y a tus secretos. Creo que nos merecemos un poco de confianza.

–Os he dicho más de lo que pensaba. En serio que no podéis comentarle nada a April. Le aseguré que lo nuestro quedaría entre los dos.

–¡Pero si no nos has contado nada! –replicó Marleen, mosqueada–. Que estás colgado por Brenda lo sabíamos de sobra ¡Ni que estuviéramos ciegos! La que debe ser obtusa es tu americana, ¡porque no os habéis cortado mucho que digamos!

–Le hablé de ella cuando nos conocimos, pero conforme se fue enredando en otras relaciones, afianzamos la nuestra y confía en mí. No sabe de mis sentimientos; ni quiero que los sepa –objetó, no exento de dureza.

El corazón de Brenda se detuvo, indignada por su petición.

–E imagino que querrás que yo rompa con Caleb –susurró furiosa.

–¡En algún momento debemos iniciar los cambios! Te juro que yo no puedo antes de Navidad, pero... Sí, me gustaría que acabaras con Caleb.

Brenda se incorporó, airada, deseando lanzarle algo a la cara.

–¡Vete al infierno! De verdad, James, tú y tus exigencias, idos al infierno.

Abandonó el salón y se tiró sobre la cama, desahogando su rabia por lo que no sabía y derrotada por intuir cuánto le había hecho sufrir al no afrontar sus miedos, como acertadamente había declarado. Se sentía culpable y engañada todo a un tiempo.

No reaccionó cuando sus amigos se marcharon ni cuando oyó a James trastear por el salón, recogiendo los restos que no habían tomado.

El la dejó llorar hasta que la fatiga la hundió en el sueño. Después, le limpió el rostro, le besó los labios y se acostó a su lado.

–¿Qué haces en mi cama? Te dije que te estaba vedada.

James despertó del duermevela en que se hallaba e intentó ganársela con una broma.

–Imaginé que te referías a tener sexo, no a dormir.

–¡Me refería a todo! –masculló, intentando salir del lecho, aunque los fuertes brazos no se lo permitieron.

Se quedaron mirándose. Brenda preguntándose cómo podía sentirse tan

vulnerable en su presencia y él admirando el brillo de aquellos ojos que le desarmaban.

Sin proponérselo, se hallaron besándose; primero con dulzura, luego con una pasión descontrolada que les llevó a hacerse el amor como locos.

James le arrancó el pijama y bajó lentamente por su cuerpo hasta acomodarse entre sus piernas para arrancarle jadeos con el simple uso de su lengua. La saboreó mientras ella se retorció y suplicaba que no parase, esponjando su corazón de placer. Mirarla fue un revulsivo, porque Brenda se acariciaba los pechos mientras se mordía los labios y tuvo que realizar el esfuerzo de contener su propia lujuria para no correrse entre sus piernas, llenándose de aquella sensual imagen.

Subió por su estómago y acopló sus caderas, conseguido el objetivo de arrancarle un orgasmo, permitiendo que las manos de Bren se afianzaran a sus brazos y su cara se perdiera en su cuello. Ella le mordió con suavidad, recuperando el delirio al sentirlo en su interior, colmándola por completo.

–Bren, mírame. Quiero ver que estás conmigo.

La sonrisa de sus rasgos llevó al cielo a James con tanta intensidad como el resultado de sus embestidas. Se dejó caer sobre el húmedo cuerpo y la besó con una adoración rayana en la veneración.

–Te amo, Bren. Te amo con locura.

Ella le sujetó el rostro y le miró a los ojos, sincera.

–Y yo. Te amo con la misma necesidad. Ojalá pudiera evitarlo, pero estás en mi piel, grabado a fuego desde hace años. Por más que me hayan tocado otros hombres, jamás sentí lo que tú me das. Ni siquiera cuando... –La voz se le quebró–. Siempre estuviste en medio, James.

Él la abrazó como si pudiera fundirla con su cuerpo.

–El pasado ha dejado de importar. Pensemos en el futuro. Me has tenido muerto de miedo, Bren. No soportaba pensar que no me amaras... No imaginaba una vida sin ti.

Ella acarició su rostro con la barba crecida y los ojos enrojecidos tras una mala noche.

–¿Me contarás alguna vez qué te ata a April?

–Lo sabrás todo, te lo prometo. –Besó sus nudillos y lamió sus dedos–. No tengas celos de ella, te lo suplico.

Brenda no supo por qué debía creerlo; pero lo hizo.

La entrevista catapultó a la fama a Lotty's y a Brenda, la cual no pudo por menos de sentirse halagada al cotejar la lista de reservas, con fechas que rebasaban el medio año. Marcus y ella habían soñado con lograr algo parecido mientras estudiaban las estadísticas del clausurado local de Ferrán Adría, cocinero de quien el francés era sumamente devoto. Quizá por tenerlo presente no le sorprendió recibir un correo electrónico con un escueto:

Enhorabuena. Pena que no me concedieras el privilegio de compartirlo contigo.

No supo qué responder. Sus palabras de la noche de la despedida, antes de irse a Marsella, le habían parecido más una declaración pasional que de intenciones. Ella jamás se planteó en serio abrir un restaurante con Marcus ni construir un futuro juntos. Le entregó su amor juvenil pero su alma siguió perteneciendo a James. Sabía que le iba bien en Francia, trabajando en un reputado restaurante parisino, pero porque las redes sociales globalizaban cualquier información, no porque él se hubiera molestado en notificárselo. Con todo, se sintió ligeramente culpable de su éxito y omitió darle respuesta.

Caleb aprovechó la difusión y las mismas fotos que habían colgado de los kioscos franceses se veían ahora en los escoceses.

Para Brenda esa fama se convirtió en una pérdida de intimidad que no llevaba demasiado bien, por lo cual redujo sus apariciones públicas al restaurante, donde no le quedaba otra que posar cuando se lo requerían los clientes influyentes. En contadas situaciones era ella la que se ofrecía para las fotos; cuando Dominique, que tenía un ojo especial para esos detalles, le venía con el cuento de una adorable pareja que jamás se atrevería a reclamarle semejante favor; entonces sí sacaba a relucir a la encantadora escocesa que llevaba dentro.

Sus amigos pasaban a menudo las noches en el piso superior, ya que no se concedieron a sí mismos exclusividad para las mesas, y tomaban una copa al finalizar la jornada mientras se flotaban las manos por el auge del negocio.

En una de esas ocasiones fue cuando Brenda conoció a Becca.

Callum entró en la cocina con aire consternado y le suplicó que le pasara de contrabando algún plato especial para servir a una amiga. Prometió que serían discretos mientras se lo tomaba en el pub, para no levantar suspicacias en la clientela, aunque fuera sobradamente conocido que ellos eran los socios.

Brenda, divertida, organizó un menú degustación y lo hizo subir con un

prudente camarero.

Al finalizar su tarea se propuso saciar su curiosidad acerca de quién sería la amiga que merecía tal trato de favor, para descubrir, fascinada, que la joven parecía un remedo de la antigua Ana. No resultaba tan guapa, pero mostraba una piel morena a juego con su pelo y con los ojos del color del chocolate espeso. Delgada y pequeña, se crecía nada más abrir la boca, demostrando que tenía carácter.

Cuando Callum la presentó, le dio dos besos tras limpiarse con la servilleta los labios carnosos y le soltó un:

–¡Chiquilla, qué arte te ha dado Dios! Añoraba la comida de mi madre desde que pisé la isla, pero lo de esta noche me ha compensado con creces el hambre que llevo pasada.

La carcajada fue general, y ella frunció el ceño, aunque el apretón de dedos que le hizo Callum contuvo su lengua... un poco.

–¡Es que coméis de pena, de verdad! Tanta avena y esos dichosos *haggis* no pueden ser buenos para la digestión.

–Es española –advirtió Hewie–. ¡Habrás que oírlo cuando se junte con Ana!

–¡Como si a nosotros no nos gustara también el jamón de pata negra y la tortilla de patatas! –se quejó Marleen–. ¡Verás la que vamos a montar en nuestra fiesta del sábado! Por cierto, Bren, no has confirmado que vienes.

La aludida suspiró hondo, mostrando sin disimulos su cansancio.

–El sábado terminamos tarde...

–Pues tú lo dejas antes y en paz –replicó James tajante.

Ella hizo un conato de responderle con acritud, pero la mirada curiosa de April selló sus labios. A cambio, optó por otra estrategia.

–Caleb no está.

–¡Como si lo necesitaras! –Rio Hewie–. Déjame que te acompañe yo, por favor. Me temo que seremos los únicos desparejados.

El comentario hizo que Brenda retornara su atención a Callum, a quien no pudo menos que guiñar un ojo.

–¿Te has camelado a una española, de verdad?

–Si la española soy yo, pues sí –asintió Becca, sonrojada–. ¡Jamás pensé que un estirado al que creía gay besara como él lo hace!

Una nueva carcajada que tiñó de escarlata el rostro de Callum rebotó entre las ya vacías paredes del pub.

–Venga, Bren –insistió Marleen–. ¡Es la fiesta de inauguración del piso! Nos han quedado preciosas las remodelaciones. No puedes faltar. Además, Ana y

Dylan también acudirán.

Ella distendió el gesto, sabiendo que sería imposible negarse. Marleen no le concedería tregua.

–Entonces iré. No puedo perderme el encuentro de las dos hispanas. –Rio, acariciándole la mejilla a Hewie–. Y te llevaré del brazo encantada, profesor MacArthur.

–Es el mejor de la universidad, por si no lo sabes –intervino Becca, en su salsa pese a encontrarse rodeada de rancios apellidos.

–No, no sé nada de su faceta de profesor. Aprovecharemos la cena para que me cotillees al respecto. –Se incorporó con ademán fatigado después de besarla–. Me temo que os dejo. No puedo con mi alma. Ha sido un placer conocerte, Becca. A Callum le estaba haciendo falta un desfogue.

–¿Ya vale, no? –pidió el martirizado economista.

–Los amigos están para eso, Callum; para tomarnos el pelo. –Se lo tomó con filosofía su pareja–. ¡Pues no te espera nada cuando vengas a Cádiz!

Brenda bajó la escalera dejando a sus espaldas un arranque de risas. Le apetecía tumbarse en su cama y cerrar los ojos, pero las bromas de sus amigos le otorgaban un sentimiento de pertenencia que nunca había tenido y que también le insuflaba calma. De no ser por la presencia de April, se habría sentido absolutamente feliz.

El jueves Marleen organizó sesión de *spa* para las chicas, con comida macrobiótica incluida. El local lo regentaba un grupo de coreanas que atendían con exquisita delicadeza a su clientela y consiguieron que se sintieran en la gloria con los hidromasajes, la sesión de estética y la alimentación.

En un pequeño jardín oriental, sentadas sobre cojines y con un albornoz por toda vestimenta, Ana, Marleen, April y Brenda se regodearon de lo lindo probando los diferentes platos entre sorbos de té verde.

–No quiero imaginarme a Becca en este sitio. –Rio Marleen, cogiendo un trozo de tofu con verduras con los palillos–. ¡Menos mal que tenía turno en la taberna!

–Estoy deseando conocerla –admitió Ana, más comedida usando tenedor, disfrutando de la ensalada de lentejas y arroz–. James no se la quita de la boca.

–Callum es su amigo del alma y verlo tan embobado le hace muy feliz –replicó April, risueña–, pero es que, además, estar con ella es una aventura constante. ¡Nunca sabes por dónde va a salir y sus comentarios son siempre

divertidos!

–Siendo gaditana es normal. –Rio Ana, alborozada de saber enamorado a Callum–. Los españoles no somos graciosos por naturaleza como alguna gente se cree, pero los andaluces tienen mucho arte.

–Lo sorprendente es que le gusten las mates; yo las odiaba en el colegio. –Frunció el ceño Brenda–. ¡Y ya fue coincidencia que Hewie le diera clase!

–Mejor que coincidencia, fue su salvación. –Rio Marleen, que les había narrado con anterioridad cómo la muchacha había entrado en su reducido círculo–. Os aseguro que si no llega a aparecer él, ese día hubiera perdido el curro. ¡Menudo cabreo se pilló Callum con la pobre!

–Lo cierto es que se pasó de indiscreta –opinó April.

–Pero tuvo la honestidad de pedirle perdón –replicó Marleen, divertida–. Y encima se tomó la molestia de enviarle bombones a la oficina.

Ana puso los ojos en blanco.

–¡El mundo al revés! Y él, ¿qué hizo?

–¿Pues qué iba a hacer? ¡Quedar con ella para comérselos juntos! Una vez se le pasó el bochorno admitió que la chica era lo más emocionante que le había pasado en los últimos meses... Ahora está colado hasta las cejas. ¡La otra tarde insinuó que le parece una tontería que ella pague alquiler viviendo él solo en la suite del hotel!

–¡Madre mía, pues sí que va rapidito! –Se asombró Brenda, a quien apenas llegaban los cotilleos con tanto trabajo.

–¿Callum también vive en un hotel? –Se sorprendió April–. ¿Esa es una costumbre extendida entre los escoceses ricos?

A sus acompañantes casi se les atragantó la comida al contener las carcajadas, aunque luego admitirían que su razón llevaba la americana para hacer tal pregunta. De una pandilla de cuatro que dos vivieran en hoteles no era muy normal.

–Disculpa, April, no es por ti... –Se ruborizó Ana, tragando el humus con el que estuvo a punto de espurrar a la millonaria–. No es habitual en absoluto, pero la familia Ferguson tiene una cadena de hoteles por todo el mundo. Supongo que Callum se hospeda en uno hasta que compre su propia casa; la de sus padres siempre le ha resultado inhóspita porque casi nunca están en ella.

April asintió, poco convencida. Sus padres mostraban un desapego manifiesto por su persona, pero jamás le hubieran permitido acomodarse en una suite de los hoteles que también ellos regentaban; la casa familiar era innegociable mientras no salieras de ella para dirigir la tuya propia. Casada,

por supuesto.

Se le fue el santo al cielo con semejantes pensamientos hasta que fue consciente del silencio que se había creado a su alrededor.

–¿Pasa algo, April? ¿He dicho algo inoportuno? Soy experta en eso –se lamentó Ana, viéndola tan seria.

–No, disculpa. –Se ruborizó–. Me perdí pensando tonterías.

–¿Algún problema con James? –indagó Marleen como al descuido.

–¿Con James? No, él es un cielo. Lo mejor que pudo pasarme. –Sonrió, espontánea, sin saber el encontronazo de sentimientos que provocaba.

A Brenda se le agrió la quinoa en la boca, Ana se mordió los labios y Marleen se llamó imbécil por no mantener el pico cerrado.

Por suerte, una camarera les trajo los postres y el ambiente se llenó de acelerados agradecimientos y un ajeteo de retirada de platos.

Después Ana encauzó la conversación por derroteros diferentes y lograron terminar la tarde civilizadamente.

No obstante, cuando Brenda llegó a su piso se tumbó en el sofá y lloró como una magdalena, tirando por tierra todo el buen rollo que las coreanas y sus sesiones deberían haber suscitado.

Un *whatsapp* de Marleen con una carita triste y un «las buenas intenciones no siempre bastan; perdona que te fastidiara el día», dieron paso a otro puchero.

También Ana la llamó pero prefirió que saltara la respuesta establecida del móvil «No estoy disponible; llamaré en cuanto sea posible».

Estaba segura de que no había colado, pero se sentía incapaz de mantener una conversación sobre James en ese instante.

Brenda estaba sin fuerzas, colapsada por las comandas, que no paraban de llegar, cuando James hizo su aparición en la cocina. Pasó desapercibido para los empleados, que no perdían tiempo con un jefe cuando tenían a otra dirigiéndoles con puño implacable. Fue directamente a ella y la sacó del brazo al pequeño patio, donde un rebosante cenicero daba fe del uso que se hacía de él.

–¿Qué quieres, James? Estamos liadísimos...

Él le sujetó la barbilla con fuerza, mostrando en su rostro la intensa preocupación que lo embargaba.

–Si sigues a este ritmo te pondrás enferma –masculló, enfadado.

–Díselo a los clientes que llenan las mesas. –Se rebotó ella, zafándose de su agarre.

–¡Me importa un pimiento el restaurante! O buscas una solución a estos horarios o te juro que lo cerramos.

La mirada de incredulidad con que Brenda lo azotó le obligó a darle la espalda, apretando los puños para no zarandearla. Aguantó el silencio hasta que la inquietud por no tener respuesta le hizo volverse... y se quedó pasmado al encontrarla llorando. En un impulso la estrechó entre sus brazos, buscando confortarla.

–Cálmate, sabes que no hablo en serio.

–Lo sé –musitó contra su pecho–. Lo peor es que tienes razón... pero ignoro cómo hacerlo.

–¿Hacer qué? ¿Arreglar los horarios?

–Desaparecer del mapa –admitió, abatida.

James le alzó el rostro de nuevo, queriendo entender sus palabras.

–Estás deprimida.

No fue una pregunta sino una constatación.

Brenda asintió. ¿Para qué negarlo? Desde el jueves no se quitaba la frase de April de la cabeza: «Lo mejor que pudo pasarme». La incertidumbre de la relación entre ambos la mataba; las promesas de James le sonaban huecas, imaginando de qué manera se había forjado un lazo entre él y la americana para que ella lo idolatrara de semejante modo; dicha comezón, sumada al estrés del trabajo, estaba acabando con sus nervios. No había dormido de un tirón en dos noches, de lo cual eran testigo las ojeras que se marcaban sobre sus pómulos limpios de maquillaje.

La chica de color que cubría el puesto de segunda cocinero se asomó al vano y les miró, preocupada. Su jefa no la vio porque le daba la espalda, y James se negó a soltarla.

–¿Te encuentras mal, Brenda? Puedo suplirte si quieres. Solo quedan un par de mesas por servir.

–Sería fantástico, Adele; gracias. –Se apresuró a aceptar él, cubriendo su boca con una mano para que no replicara en contra–. Otra cosa ¿crees posible que esta noche prescindierais de ella?

La muchacha dudó, sobre todo porque no podía ver el rostro de la chef, firmemente sujeto bajo la barbilla del atractivo socio.

–Estamos completos, pero podría ser... Sí.

–Dile al equipo que cobrareis un plus extra.

Los ojos de color chocolate se dilataron por la sorpresa.

–Gracias; aunque no es necesario.

La expresión de James siguió siendo tensa.

–Sí, lo es. La semana próxima veremos de organizar algunos asuntos para que el trabajo sea menos agobiante. No podéis mantener este ritmo todo el año.

–Edimburgo está a tope con los festivales y la tele nos ha hecho un relativo favor al publicitarnos –admitió la chica–. Sabemos cómo funciona la hostelería; todos éramos profesionales antes de entrar aquí. Además, Brenda es la mejor jefa con la que podemos contar; ella está al pie del cañón la primera. Créame que eso se agradece.

–¡Deja de hablar como si no estuviera aquí, Adele! –exigió la aludida soltándose de los brazos que la cercaban, arrebolada como un tomate–. En cuanto a ti, deja de tomar las riendas de mi negocio; puedo dirigirlo perfectamente sola.

El semblante de James se iluminó con una sonrisa. Verla combativa era un signo de que la depresión no resultaba profunda.

–No pienso entrometerme, pero ahora te llevo a casa. Necesitas un baño y una siesta para estar resplandeciente esta noche. Además de regentar un negocio, tienes el deber de actuar como relaciones públicas. Y te garantizo que el apartamento de nuestros amigos va a estar lleno de potenciales clientes.

–Apoyo al señor MacDougall, jefa. Quedo al mando. –Sonrió Adele con un guiño al encantador socio del que ya tenía motivos para cotillear con la maîtresse en cuanto tuvieran ocasión de quedarse a solas; porque ella, como medio Edimburgo, no desconocía la relación del duque con la rubia millonaria de las revistas. Y el susodicho mostraba un interés más que de asociado con su estupenda líder.

Brenda asintió, rendida. La mención de la siesta sonaba demasiado tentadora para negarse.

Mientras se cambiaba, Adele les organizó un rápido picnic para llevar.

–No ha almorzado –avisó a James, sintiendo la mirada matadora de Brenda sobre ella–. Nosotros lo hacemos antes de abrir pero ella nunca encuentra tiempo. –Volvió a guiñarle un ojo–. Puse ración para dos. Que lo disfruten.

La sonrisa del duque le sirvió de recompensa. ¡Madre de Dios, qué ganas de terminar el turno de mediodía para cotillear con Dominique!

Brenda permitió que James organizara la mesa mientras se zambullía en una

bañera repleta de espuma. Apenas hablaron durante el breve almuerzo, pero cuando él recogió los platos le enfrentó, decidida.

–Vale, ya has conseguido tu objetivo. Ahora lárgate y déjame descansar.

James entornó los ojos con una sonrisa maliciosa.

–¿Insinúas que estando presente no te dejaré?

–Ignoro tus intenciones, pero las mías son claras. Dormir hasta media tarde y ponerme presentable para la fiesta después.

El le sujetó la barbilla y se perdió en sus ojos transparentes con una evidente ternura.

–Eso era lo único que pretendía cuando fui a buscarte. Sabía que si no, te quedarías hasta última hora. Hewie me dijo que lo citaste a las nueve.

–¡Hewie es un maldito chivato! –masculló–. ¡Y de ti y tus protecciones empiezo a estar un poco harta! Imagina la de chismes a los que has dado lugar con tu actitud.

–¡Como si me importara! Tienes cara de muerta y más vale que te metas en la cama. Si te tranquiliza mi ausencia, concedida.

Cogió su chaqueta del respaldo de la silla con cierto resquemor y se marchó sin dilación.

Brenda se quedó en mitad de la estancia, con una sensación de pérdida en el estómago. Después, soltando un suspiro, puso el despertador del móvil a las seis y se tomó unas cápsulas de valeriana.

Hewie MacArthur atravesó el vestíbulo del edificio con una sonrisa de suficiencia en los labios, envanecido por la espectacular pelirroja que colgaba de su brazo.

Brenda, ajena al interés que despertaba, se aferró nerviosa al elegante matemático, pensando solo en de qué humor encontraría a James. Le enrabetaba pensar que acompañaría a April, que la presentaría a los invitados como su prometida, por más que jurase y perjurase que la amaba a ella.

Su pundonor herido la hizo alzarse más si cabe sobre los ya de por sí vertiginosos zapatos de tacón de color violeta oscuro, a juego con el vestido corto de fiesta. Bajo el abrigo negro llevaba una ligera seda de cuerpo drapado con escote en uve que dejaba sus hombros al aire y le caía en capas por encima de las rodillas. Sin más joyas que unos pendientes largos de plata y el cabello suelto, entró pisando fuerte en el remodelado hogar de Marleen y Allister.

Nunca había visitado el apartamento, y le admiró la estructura y el buen gusto de sus amigos. Los techos eran altos, el suelo de cálida madera y desde los ventanales se divisaban los tejados de pizarra y las puntiagudas torres. Los muebles conjugaban a la perfección lo antiguo con detalles sorprendentemente modernos, como algunos lienzos de artistas vanguardistas que a Marleen le encantaban.

Nada más despojarla del abrigo e ignorando a los invitados que pululaban por el salón, la anfitriona se la llevó consigo para enseñarle su refugio. Se la veía eufórica y feliz, y Brenda se congratuló de las explicaciones que le ofreció.

–Es una casa preciosa, de verdad –aseguró mientras regresaban–. Se te da bien decorar pero, además, has logrado que parezca un hogar en vez de un museo.

–Ha costado, no creas ¡con tanto mueble heredado! Y eso que la familia de Allister aún nos guarda un montón de vetustos armatostes... Pero por el momento me niego a trasladarme a un lugar más grande. Mientras no tengamos niños deseo vivir en el centro. Luego, ya pillaremos algo con jardín, como ha hecho James.

El recuerdo de la casa de Ann Street removió las entrañas de la pelirroja. Él le había asegurado que en aquel lugar criarían a sus hijos. ¿Se la habría mostrado a April? La simple idea la incomodó. Respiró hondo para quitárselo de la cabeza y justo en ese instante sus miradas se cruzaron.

Sin el menor disimulo, él se acercó y besó a ambas en las mejillas aunque a ella le susurró:

–Te ha sentado bien la siesta. ¡Estás preciosa! –Dejando una sutil caricia sobre su cuello que la estremeció de pies a cabeza.

–Ana y Dylan han llegado. Creo que deberías acudir en auxilio de Isobel –replicó con sorna–. Ya sabes lo poco que nuestra amiga aprecia a tu cuñada.

–No me sorprende. No me gusta ni a mí ¡Es una pedante insoportable! –confirmó la rubia, dejándoles solos.

Todos conocían el desprecio que le hizo a Ana en el Dalhousie y, excepto Allister, porque no le quedaba más remedio siendo su hermano, la evitaban abiertamente. Dylan tampoco la hablaba. Pero en una fiesta Ferguson no podían evitar coincidir con ella.

April, por contra, ajena a la situación, conversaba con la susodicha, quien no perdía comba de relacionarse con lo más selecto.

A Brenda le afectó observar la innata elegancia que desprendían, una de rosa

pálido y la otra de azul eléctrico, y sintió que las aborrecía por ese don natural de parecer perfectas. Sin embargo, también experimentó culpabilidad por su animadversión a la americana, reconociendo que la muchacha no le había hecho nada, excepto comprometerse con el hombre de su vida; de lo cual no podía culpar sino a James.

Marleen las separó y James atrajo a su pareja al grupo mientras Hewie se apresuraba a ofrecerle a ella una copa de espumoso. Se la bebió de un trago, logrando que Ana alzara una ceja con acritud.

Logró salvarla del interrogatorio la llegada de Becca y Callum.

–Ana, Dylan, tengo el honor de presentaros a Rebeca Gómez. Becca para las amistades –anunció él con un deje de orgullo en la voz.

–¡Así que tú eres la cacareada española que ha roto el corazón de Callum! – Su compatriota la besó en ambas mejillas, visiblemente encantada–. Un placer, Becca. ¡Ya era hora de toparnos contigo!

Dylan, más comedido, la besó una vez con sonrisa franca.

–Estamos a tu disposición para lo que precises. Callum es de la familia para nosotros.

–Gracias –asintió, ruborizada–. Me han hablado mucho de los dos y vuestra romántica historia.

–Historia, ¡tú lo has dicho! Somos dinosaurios a vuestro lado. –Rio Ana–. Lo que cuenta ahora es la que vosotros vivís–. Apretó un brazo de Callum con afecto–. Le queremos mucho, Becca; no le rompas el corazón, que yo sé que las gaditanas tenéis mucho carácter escondido tras la guasa.

La muchacha rio, mostrando una dentadura blanca en su rostro moreno. Estaba bonita con el sencillo vestido rojo que realzaba sus facciones oscuras. Al igual que Brenda, llevaba el cabello suelto, largo y sedoso hasta la cintura.

–Mala leche, quieres decir –frunció los labios con sorna–, sobre todo las de estatura pequeña; no te falta razón. Lo malo es que el pelirrojo sosaina este me tiene calada y apenas estallo me calma con un beso. ¡Te juro que esa faena se le da de vicio!

Sus palabras, para variar, fueron coreadas por un estallido de carcajadas que atrajo la atención del resto y el sonrojo espontáneo del aludido.

–¡Dios bendito, Callum, si esto llega a buen puerto no te arriendo las ganancias! Lo bien que nos lo vamos a pasar a tu costa –bromeó Dylan, enamorado a esas alturas de las maneras de la chiquilla.

–Propongo un brindis por ellos. –Hewie alzó en alto su copa, guiñando un ojo a su alumna preferida.

–¡No, si aquí cuando no nos quita el protagonismo la cocinera nos lo quita la tabernera! Esto es el colmo –se quejó con histrionismo Marleen.

–¡Decora piso para esto! –la secundó Allister, cercando su cintura y marcando territorio con un beso.

–¡Cómo envidio el carácter escocés! –Se asombró April–. ¡Estáis montando un escándalo mientras vuestros invitados se quedan a tres velas! Es más, yo diría que tu hermana, Allister, incluso está ofendida.

–Por ella no te preocupes, April. Tiene cara de vinagre siempre; pero del resto es verdad que estamos pasando... –Pilló a su chica de la mano y la retiró del grupo–. Venga, preciosa, vamos a ejercer de anfitriones. Y al resto, ojo; que aparte de beberos la bodega podéis acordaros de que tenemos un negocio que vender.

–Conmigo no contéis. Hoy vengo de acompañante del profesor –se negó Brenda.

Dylan se enzarzó en una conversación con Becca acerca de su trabajo y en menos de media hora la joven tenía una oferta para cambiarlo por el de ayudante en una de sus galerías, ganándose una sonrisa agradecida del economista y un abrazo espontáneo de la gaditana.

Mientras tanto, Hewie se había acomodado en un sofá junto a Brenda para ponerla al corriente de su labor en el Saint Andrews. Le encantaban las matemáticas, pero además la docencia le permitía mantenerse en contacto con la realidad del mundo juvenil, y ayudar a personas como Rebeca a alcanzar sus sueños le compensaba de los largos días que pasaba a solas con los números.

–¿No tienes interés en enamorarte? Fíjate Callum, que parecía el más independiente de todos. –Le sondeó Brenda con ternura.

La mirada castaña la sorprendió con una picardía inesperada.

–Callum estaba necesitado de cariño por culpa de su rígida familia, preciosa. Déjame decirte que yo no estoy tan solo. La universidad presenta un complejo mundo de relaciones.

Ella fingió escandalizarse, riendo por lo bajo.

–¿Me estas diciendo que te enrollas con tus alumnas?

–¡La tradición más antigua del mundo! –admitió, filosófico–. Los profesores tenemos algo magnético para las estudiantes.

–¡Serás cínico!

Estaban riendo los dos cuando un serio James apareció del brazo de April.

Ella estaba muy guapa con un vestido de encaje en rosa pálido y unas sandalias plateadas, pero su rostro tampoco parecía divertido.

–¡Cómo echo de menos a Caleb! –aseguró, sentándose junto a la chef–. Al menos tendría la posibilidad de una conversación entretenida. Esta gente solo habla de política y dinero. ¡Ni que estuviéramos en mi país!

Hewie, captando la situación, les echó un cable.

–Eso es por que no sabes relacionarte con la gente adecuada. ¡Vamos a reírnos un rato con las salidas de Beca! Me está haciendo feliz ver a Callum tan mortificado por sus bromas.

Tiró de su mano y les dejó solos. Por más que les rodeara una ingente e indiferente masa de individuos engalanados para la ocasión, cuando se miraron, solo existieron ellos dos.

–Conseguiste dormir. Se han ido las ojeras.

–No creas, el maquillaje hace maravillas. Pero descansé, sí. Tomé unas pastillas inocuas.

Mantenían la distancia adecuada; sin embargo, para un ojo curioso no podían disfrazar los sentimientos que se les escapaba de cada gesto.

–Necesito que te cuides. Necesito no preocuparme cada segundo del día por ti.

–Soy adulta, James. Llevo cuidando de mí misma desde muy joven, ¿lo has olvidado? –Su sonrisa quiso ser tierna, pero salió triste.

La mano de James se disparó hasta su cuello para dejar en él una caricia, apartándole el pelo.

–Quiero ser el único con derecho a cobijarte, a calmar tu ansiedad, a conseguir que comas y engordes un poco... Te quiero en mi casa y en mi cama, Bren. No hay instante del día que no lo anhele.

La vista se le fue hacia April, quien reía con Hewie, aunque debió notar su mirada, porque se volvió a observarles. James, indiferente, mantuvo la mano en el cuello de Brenda, obligándola a fijarse en él.

–Me diste tu voto de confianza.

–Y me está costando el sueño mantenerlo –admitió, confusa.

–Te amo, Bren. ¡Te amo con toda mi alma! Dame unos meses y lo gritaré a los cuatro vientos –gimió él, atrayéndola a su pecho, olvidando a la multitud que les rodeaba.

Brenda, sin embargo, fue consciente del escándalo que su actitud supondría y lo apartó, incorporándose para buscar un baño.

–Por favor, no me sigas. Concédeme un respiro.

Ana hizo ademán de ir tras Brenda, atenta como los demás al pequeño número del sofá, pero April se le adelantó con un firme:

–Disculpa, Ana; yo averiguaré qué ocurre. –Y pasó por delante de James con una mirada de reproche.

La americana tuvo que llamar un par de veces hasta que escuchó la voz nasal de la escocesa pidiendo un minuto para salir y, cuando lo hizo, con el maquillaje retocado y los ojos vidriosos, aferró su mano y la metió en el dormitorio principal, que contaba con pestillo.

Brenda, atónita, se dejó caer en el butacón del tocador mientras la otra ocupaba el baúl forrado a los pies de la cama. Fue April quien rompió el hielo.

–Resulta evidente que tú y yo no hemos simpatizado desde que nos conocimos. A pesar de eso, soy consciente de cuánto significas para James y puesto que él es, hoy por hoy, mi prometido, cualquier cosa que le haga infeliz me preocupa. Siendo tú la causante de esa infelicidad quisiera saber en qué puedo contribuir para solucionarlo.

Por un instante Brenda estuvo tentada de mandarla al infierno; sin embargo, la calma que la millonaria exhibía la incitó a enfrentarla.

–¿Qué te hace penar que yo le hago infeliz?

–¡No puede ser más evidente! –April se alzó de hombros con escepticismo–. Es incapaz de apartar la vista de ti si estás cerca, ni sabe tener las manos quietas cuando te tiene a su alcance... No obstante, tú vives con Caleb.

Brenda estuvo en un tris de dar un respingo ante el giro inesperado. April no le dejó tiempo de hablar, contraatacando.

–James y yo nos prometimos porque él te creía con un tal Marcus. De no ser así, ni me lo hubiera pedido ni yo hubiera aceptado.

El rostro de Brenda resultó un fiel reflejo del estupor que sentía. No le salieron las palabras y menos cuando la Barbie americana sacó su voz más acerada a relucir.

–¿Cómo puedes, Brenda? ¿Cómo puedes no amar a un hombre que lleva enamorado de ti toda la vida? ¿Cómo has podido elegir a otros, por encantadores que resulten, como Caleb, teniendo a tu alcance la devoción de James?

De un salto Brenda se levantó del sillón con la mirada encendida, atónita por las acusaciones de la prometida oficial del duque.

–¿Quién demonios te crees que eres para soltarme esa parrafada? ¿Cómo

puedes lucir su anillo si piensas que está loco por mí? ¿Qué tipo de persona eres? ¿No tienes dignidad? Aseguras que está enamorado de mí pero lleváis juntos desde que se marchó a Estados Unidos. He sufrido lo indecible con cada foto que Hewie colgaba en su Facebook porque mientras él se exhibía con cientos de pijitas, tú eras la única a su lado. ¿Vas a decirme que lo he soñado, que todo es mentira?

April suspiró, dejando ver su faceta vulnerable.

–¡Por Dios, os amáis los dos y os estáis haciendo un daño inmenso!

–¿Quieres explicarme de qué va todo esto? ¿Qué os traéis entre manos para que él me asegure que estará libre en Navidad y tú ahora me reproches mis relaciones?

April palmeó un lado junto a ella, sobre el tapizado, y Brenda se sentó con desconfianza.

–Déjame contarte algo. Si James me hubiera confesado que te había declarado sus sentimientos; si no hubiera creído que Caleb te importaba...

–Me importa –refutó, molesta.

–No te engañes; te lo estás tirando pero no lo amas.

El rostro pecoso se azoró, aunque no pudo hallar una réplica convincente.

–Como te decía –siguió la americana–, si lo hubiera sabido, habría librado a James de su compromiso conmigo.

Los ojos verdes reflejaron un estupor absoluto.

–Pero... ¿Pero es que tú no lo quieres?

La risa de April resonó, limpia, en la habitación.

–¡Vaya si lo quiero! Aunque gracias al cielo no del mismo modo que tú; sino, lo llevaría crudo–. Dejó pasar el silencio de un ángel y después susurró, melancólica–: ¡Ojalá un día alguien me ame con la intensidad que él te ama a ti!

Brenda volvió a ponerse en pie, asombrada con las tranquilas palabras de su oponente.

–Si no me explicas lo que está pasando me voy a poner a chillar –prometió angustiada.

–Vuelve a sentarte –rogó con la mirada azul chispeante–. Para que lo entiendas, Brenda... Si con alguien me apeteciera irme a la cama sería con Ana o con Becca, que son mi tipo, y no con James.

Si el artesonado del techo se le hubiera caído encima, no habría asombrado más a la escocesa.

–Tu... tú... ¿Eres lesbiana?

La sonrisa amarga de April mostró su pesar con crudeza.

–Aquí donde me ves, soy tan virgen como el día que nací; pero de sentimiento, sí. ¡Me encandilan las mujeres! Lo supe con trece años, cuando me enamoré de mi compañera de internado; aunque jamás se me ocurrió decírselo. Ni a ella ni a mi familia; a nadie, excepto a James. En realidad, lo descubrió él solo; yo me limité a desfogarme abriéndole mi alma.

Las pecas de Brenda destacaban en su rostro, pálido a más no poder; sin dar cabida en su cabeza a semejante confesión.

–¿Qué hay de malo en que lo admitas?

El resquemor de April resonó entre las cuatro paredes mientras las lágrimas afloraban a sus ojos.

–¿Ves por qué os envidio? ¡Afrontáis la vida con una valentía de la que me siento incapaz! Ana era plebeya y se casó con Dylan; Becca no deja de ser una pobre estudiante y Callum se parte el pecho por ella... ¡Jamás de los jamases mi opción sexual se aceptará en mi familia! Si James se ofreció a ser mi pareja fue para que mis padres no me asediaran con pretendientes. ¿Sabes cómo pesa ser la heredera del imperio Dillon? Mi rostro sale en las revistas, mi vida privada se airea con desvergüenza... Mis padres esperan de mí la hija perfecta; por eso estudié leyes, para contentarles, aunque después me permitieran dedicarme a la fotografía. No me respetan; solo me usan a su conveniencia.

Como en un puzle, las piezas encajaron en la mente de Brenda, distendiendo su corazón de la angustia que lo había agarrotado.

–Todos estos años han sido un montaje...

April asintió, cogiendo su mano con cariño.

–James quiso ayudarme y, de paso, darte celos. A él lo mataba que estuvieras con un tal Marcus. Por eso acepté la pantomima. A ambos nos convenía. Lo que nunca imaginé es que tú sufrieras por su causa –admitió, apesadumbrada.

–Marcus y yo lo dejamos cuando acabamos la escuela de cocina. No podíamos crecer en nuestro trabajo haciéndonos sombra.

–Pero James nunca lo supo...

–No. –Le avergonzó su pasada actitud–. Yo os creía juntos y me negué a que James pensara que seguía colada por él, como cuando éramos adolescentes. Obligué a Ana a callarlo y ella forzó a Dylan a guardar silencio. ¡Me siento una estúpida por mi reacción infantil!

–Los celos son malos para pensar con claridad –comprendió la americana–. Pero ¿y Caleb? Es un tipo estupendo. ¿Por qué estás con él si quieres a James?

–¡Aprecio a Caleb! –Se revolvió, pese a no sonar convincente–. ¡Ha sido mi

única pareja en estos diez años aparte de Marcus! Me estaba asfixiando en Lyon con relaciones esporádicas que no me llenaban cuando él apareció para hacerme el reportaje. Es un seductor increíble. –Sonrió con franqueza–. Nos entendimos bien y se vino a vivir a casa. Total, yo estaba sola y él pagaba alquiler por un sitio donde apenas paraba... Hace unas semanas me enteré de que teníamos una relación abierta, aunque jamás lo habíamos hablado. No voy a romperle el corazón cuando le diga que hemos terminado, te lo aseguro.

April le dio unas palmaditas en el dorso, satisfecha.

–Me alegra, porque se lo vas a decir ya mismo. James se sube por las paredes por mucho que intente ocultarlo.

Brenda la abrazó, aliviada, eufórica y varios sentimientos más que no supo interpretar bien pero que la colmaron de dicha.

De repente, unos golpes en la puerta las devolvieron a la realidad.

–Chicas, ¿estáis bien?

Era la voz de Marleen.

–Sí, un momento. –Alzó la suya April.

Las cejas pelirrojas se fruncieron con descontento.

–Nos queda mucho por hablar, April. Hay decisiones que deberás tomar y...

–Lo haré –sonrió ella, melancólica–; no te apures.

–¡No me refiero a mí! Hablo de ti. Debes contarles a los chicos la verdad. Nosotros no vamos a juzgarte ni tienes por qué esconderte... Además, ¿qué ocurrirá en Navidad? James puso esa fecha como tope de vuestro compromiso.

Los golpes volvieron a sonar en la madera, impacientes. April, decidida, se levantó a abrir. Su cuerpo casi chocó con el de la rubia, que iba a llamar de nuevo.

–¿Se puede saber qué nos estamos perdiendo? Debería atender a los invitados y me estáis matando de curiosidad con vuestro encierro...

April esbozó una sonrisa socarrona y abandonó la alcoba con una promesa.

–Cuando se vaya todo el mundo tendremos confidencias en el salón; mientras, tendrás que esperar.

Marleen miró a Brenda, aún sobre el banco tapizado a los pies de su cama y respiró hondo al verla de una pieza. Sin posibilidades de sondearla, se retiró también.

Brenda, con una sonrisa radiante, se sumó al expectante grupo.

Con solo mirarla, todos intuyeron que la noche se les haría larga.

Ana intentó sonsacar a Brenda acerca de lo ocurrido en el dormitorio principal, pero ella se limitó a contemplar cómo April se llevaba en un aparte a James y hablaba con él a espaldas del resto. Todavía estaba atónita con las declaraciones de la americana; sin embargo, sabiendo que iba a sincerarse, le pareció de mal gusto adelantarse a su explicación. Besó a su amiga en ambas mejillas y le susurró:

–¿Querías que fuera feliz? Pues lo soy. Vamos a brindar por ello.

La amplia estancia semejaba un campo de batalla al rayar el alba, pero Marleen, con aplomo, despidió al equipo de limpieza que había contratado y les instó a regresar a media mañana.

Así, rodeados de copas vacías, bandejas a medio consumir y platos sucios, los diez amigos se acomodaron en los sofás. April escogió un sillón solitario mientras James se acoplaba junto a Brenda, sin ningún disimulo.

La americana pasó la vista por el grupo y carraspeó, más nerviosa de lo que le hubiera gustado.

–Os he pedido que os quedéis porque ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Imagino cuántas preguntas han pasado por vuestras cabezas queriendo entender los motivos de James para comprometerse conmigo, cuando todos sabéis que lleva años enamorado de Brenda. –Sonrió al captar el asombro en el expresivo rostro de la gaditana–. Tú no, Becca, porque acabas de integrarte al grupo, pero sus íntimos lo conocen de sobra. –Sonrió, comprensiva, mirándoles de nuevo, notando el sonrojo en las mejillas de las chicas–. Posiblemente hasta me hayáis odiado en algún momento. Y habéis sido injustos –les reprochó sin enfadarse–, porque nunca capté un mal gesto contra Caleb, y él estaba con Brenda.

–¡Te juro que más de una vez se lo he afeado! –aseveró Marleen–. Caleb no se merecía esos cuernos. ¡Ni tú tampoco! –se apresuró a rectificar, comprendiendo lo que había dicho–, pero James se atrincheraba en su silencio y nos ha traído de cabeza con vuestros secretos.

–La única culpable soy yo –aceptó con un suspiro–, le supliqué que no comentara con nadie la causa de nuestro acuerdo y él ha demostrado ser un caballero, aun pagando las consecuencias. Por eso ahora quiero aclarároslo.

–¡Nos tienes en ascuas, por Dios! –Fue incapaz de callar Ana–. ¿Significa esto que no vas a casarte con James? Y lo más importante, ¿significa que a ti

no te importa?

La sonrisa de April resplandeció, complacida.

–Agradezco que te afecten mis sentimientos, Ana. –Dejó una pausa dramática que contuvo el aliento general–. No, no me importa. No estoy enamorada de James. Ni de él ni de nadie, en realidad.

Un suspiro colectivo se alzó en el aire, arrancando una carcajada de la millonaria. James le guiño un ojo y la invitó a seguir, aferrando la mano de Brenda contra su pierna.

–¿A qué ha venido, entonces, toda esta pantomima? ¿A darle celos a Bren? –inquirió Marleen, amoscada–. Porque os habéis pasado diez años juntos. Un poquito larga la puesta en escena, ¿no?

Allister la obligó a dejarse resbalar desde el brazal donde se apoyaba hasta su regazo, instándola a callar.

–Deja que se explique. ¿No queríamos respuestas? Pues que nos las dé.

–Gracias, Allister; sí que tengo que darlas. Aunque antes debo pedir os que nada de lo que os cuente salga de estas paredes.

–Te aseguro que así será –afirmó James, convencido.

–Yo soy la única de la que no tenéis por qué fiaros, pero si hace falta, firmo un documento o lo que sea... –afirmó Becca, apurada.

Callum rio, divertido, apretándola entre sus brazos, mientras April la miraba con cariño.

–Confío en ti plenamente, Becca.

–Gracias. Te juro que seré merecedora de tu confianza.

–Bueno, ¿podemos saber qué es eso que os ha mantenido unidos a James y a ti durante una década? –inquirió Hewie, intrigado. –¿Habéis cometido un asesinato en la universidad y...?

La carcajada de Brenda lo calló en el acto.

–¿Qué? ¿Algo debe haber? –se exasperó el profesor–. Pero claro, seguro que tú ya lo sabes.

–Soy lesbiana, Hewie –atajó April para que la conversación no se les fuera de las manos.

Las siete miradas que lo ignoraban la miraron como si le hubieran crecido alas. La primera en reaccionar fue Ana, aturdida.

–¿Y eso, qué tiene que ver?

April se mesó los cabellos, al borde del enfado.

–¿Veis? ¡Esto es lo injusto! Me he pasado desde la adolescencia aterrorizada de ponerlo en voz alta y vosotros lo único que hacéis es preguntaros de qué

voy... Si lo hubiera confesado en mi casa, mi padre habría soltado una ristra de tacos y mi madre estaría llorando a moco tendido.

–¿Por ser lesbiana? –El torso de Marleen, adelantado para estudiar mejor a la millonaria, casi resbaló del regazo de su pareja–. ¿En América? ¡Eso es imposible!

–Imposible en San Francisco o en según qué ambientes –intervino James, sereno–, pero en los círculos donde se mueven los Dillon es una excentricidad que le ocurre a muy pocos. La mayoría lo ocultan con matrimonios concertados y recurren a una doble vida. Te aseguro que he sido testigo de ello, por eso me ofrecí a ayudar a April.

–¡Le serviste de tapadera! –comprendió Callum.

–Digamos que yo era un buen partido y Robert Dillon dejó de preocuparse por los cazafortunas que iban tras su hija.

–También vosotros llevasteis una doble vida –susurró Becca.

James esbozó una tenue sonrisa, pero fue April quien se lo aclaró.

–Para nada. Ambos nos hemos mantenido célibes en espera del amor de nuestra vida. James lo tenía muy claro, pero yo sigo esperando a ser lo bastante valiente para atreverme dar el paso de conocer a alguien.

Todas las miradas se volvieron a Brenda, quien dejó escapar unas silenciosas lágrimas que James enjugó con un beso.

–¡Por Dios, qué romántico! –se extasió Becca–. ¿De verdad no has estado con nadie?

James rio, avergonzado por airear sus intimidades.

–Ya ves. –Se limitó a susurrar.

–¡Pedazo de tonta! Me obligaste a callar tu ruptura con Marcus –se indignó Ana–. ¡Mira las desdichas que os hubierais ahorrado! ¡Con la de veces que mantuve a Dylan a raya para que no se fuera de la lengua!

–Si te sirve de algo, Ana, me ayudó a capear el temporal a mí! –replicó April sin mucha convicción.

–¡Hubiéramos encontrado otra solución! –contestó molesta–. Por favor, April, es una antigualla que esa gente piense de semejante modo. ¡Estamos en el siglo XXI!

–Como descargo –intervino Dylan, contrito–, yo también te he guardado un secreto a ti, cariño. James me dijo desde el principio el motivo por el que se comprometía con April, así que estamos en paz–. Besó la boca entreabierta de su esposa para evitar los reproches.

–Pero... Pero todo esto es un desatino –insistió Marleen–. Déjanos clarita la

situación, April; ¿James y tú os prometisteis para evitar a tus padres? ¿Y qué va a pasar ahora? Porque estos dos se quedan juntos ya; hasta ahí llegamos...

–Si James me hubiera dicho que Brenda también lo quería, le habría librado del compromiso en ese instante; pero yo pensaba que Brenda y Caleb...

–¡No me recuerdes lo idiota que he sido! –suplicó la aludida–. Te prometo que romperé con Caleb en cuanto regrese a Edimburgo. De todas formas, ya te dije que él considera la nuestra una relación abierta. Sonará a excusa, pero por eso no me resistí a los avances de James. A quien tengo que pedir disculpas es a ti, puesto que ignoraba que James no te estaba siendo infiel.

–¡No sabes cuánto he sufrido viéndole padecer por ti! Me entraban ganas de tirarte de tu preciosa melena para que reaccionaras y te llevaras al chico correcto a la cama! ¡Más de una borrachera nos hemos pillado a tu costa en la suite! –replicó ella, risueña.

–¡Esto es mejor que un culebrón venezolano! –bromeó Becca, pasmada, pasando la mirada de unos a otros y deteniéndola sobre la americana–. Pero al final, ¿cómo queda la historia?

April rio, sintiéndose más en familia que nunca.

–En privado termina aquí y ahora. En público... depende de la generosidad de Brenda. Si me permite seguir con la mentira hasta el dieciocho de diciembre, ese mismo día anunciaré mi ruptura con el duque de Braemar.

–Es su cumpleaños –explicó James–. April cumplirá treinta y heredará la fortuna de su abuela materna, con la cual piensa independizarse, vivir en Europa y abrir su propia agencia de fotografía. Por desgracia, el ser hija de millonarios no garantiza nada si tus padres te cierran el grifo... Y será un modo también de disfrutar de una vida privada lejos de su familia y sus influencias.

–Para mis padres la fotografía es solo una afición; para mí es una pasión, pero en Nueva York se me cerrarían las puertas a cualquier oportunidad. Mi padre y sus socios son unos mafiosos auténticos.

Becca volvió a apretar la mano de Callum con tanta fuerza que él soltó un quejido involuntario.

–Esto es de novela. Ana, tienes un folletín al alcance de la mano. ¡No puedo creer que vayas a desperdiciar una ocasión así!

–¡Ya ves, las cosas que una ha de hacer por la familia! –asintió, divertida, porque en realidad la idea se le había pasado por la cabeza.

–Lo cierto es que sí sois una familia; para mí lo sois. James quiso que me abriera a vosotros nada más llegar y no me sentí con fuerzas. Ahora me

arrepiento –se lamentó April, brillantes los ojos.

James la abrazó en silencio. Y después, uno a uno, todos lo imitaron.

–Esperaremos a Navidad –confirmó Brenda, apretándola contra su pecho.

Pero mientras tomaremos cartas en el asunto –medió Marleen–; aquí no, porque somos conocidas, pero Dylan nos deja su jet y nos vamos de parranda las chicas a cualquier parte para que esta mujer se desparrame antes de su cumpleaños.

Atónitos, los hombres vieron cómo todas chillaban alborozadas con la idea, muertas de risa, coreando un:

–Sí, sí, nos vamos de fiestón.

Ana puso la guinda, guiñando el ojo a su marido.

–Yo nunca he estado en un sitio de esos. ¡Mira que si me gusta!

Él soltó una carcajada, flemático.

–Pues nada, haremos un trío.

Con lo cual se ganó un coscorrón indignado.

Finalizaron con un desayuno a base de tostadas y restos de la cena anterior entre bromas y consejos que April aceptó emocionada. Aquellas personas la hicieron sentirse arropada. Ella, que se había criado rodeada de personajes de relevancia en todos los campos, donde se encontró cómoda por primera vez fue con una gente que le hablaba de tú a tú, preocupándose por su bienestar.

Hasta Becca se sintió emocionada formando parte de la intriga en la que planearon cómo actuarían para que a ojos ajenos no se percibieran cambios en la relación de April y James.

–Tampoco os lo voy a poner tan difícil –rio Brenda–, os recuerdo que mis horarios en Lotty’s siguen siendo acaparadores.

James aprovechó para meter baza en lo que le llevaba desvelando tanto tiempo.

–Ese es un asunto que urge replantear.

–Y así, pese al gesto de disgusto de la chef, todos dieron su opinión y se tomaron decisiones.

James abrazó a April en el vestíbulo del bloque de apartamentos de Princess Street y la vio alejarse en compañía de Ana y Dylan; él se quedó con Brenda, para acompañarla a su casa, resuelto a tomar las riendas de su futuro.

Cuando entraron en el *loft* la luz mañanera se reflejaba sobre los muebles y Brenda bajó las persianas automáticas mientras James encendía las lámparas del dormitorio. No habían hablado por el camino, meditando las decisiones que se habían tomado en las últimas horas.

En ese momento se miraron a los ojos, y James simplemente susurró:

–Ven.

Brenda se dejó abrazar, sintió la boca del hombre que amaba posarse sobre la suya, deslizando los labios por su rostro con veneración. De improviso se apartó de ella y puso una rodilla en el suelo, confundiéndola con su gesto.

–¿Qué haces?

Con la felicidad reflejada en el semblante, sacó de un bolsillo del pantalón una diminuta caja y le mostró el anillo que llevaba dentro.

–Brenda Banner, ¿me concederías el honor de convertirte en mi esposa?

Brenda contuvo un sollozo, incapaz de asimilar tantas maravillas en una noche.

–Pero... Pero... ¿Es que sabías lo que April iba a hacer?

Él sonrió, magnánimo.

–No, pero pensaba pedírtelo de todos modos.

–¿Manteniendo dos compromisos paralelos?

–Para mí solo existe uno, Brenda. –Suspiró él–. Creí que te había quedado claro. ¿Te das cuenta de que estás rompiendo la magia de mi petición?

Ella rio, entre lágrimas. Tiró de su mano y tomó el anillo para lucirlo en su dedo.

–¿Te gusta? Quise que fuera sencillo, como tú.

–¿Sencillo? ¿Con una esmeralda y oro blanco?

–Platino, cariño –rectificó, divertido–. Y la esmeralda es colombiana. Solo lo mejor para mi duquesa. Pero me refería al modelo; lo diseñé para que resultara cómodo, sabiendo que las joyas no te entusiasman.

Brenda admiró el anillo, un aro delgado con dos nudos celtas que sujetaban una piedra cuadrada. Resultaba perfecto.

–No pudiste hacerlo mejor –aseguró, deslizando las manos por sus solapas para atraerlo–. Quiero hacer el amor contigo llevándolo puesto. Solo el anillo.

La sonrisa de James no pudo ser más expresiva. La obligó a darle la espalda y deslizó la cremallera mientras dejaba un húmedo beso en su hombro desnudo. La tela cayó a sus pies y él la volvió con mano firme, trazando un reguero de besos por su cuello mientras las manos acariciaban la espalda y las caderas con una lentitud exasperante.

Brenda se apartó para ayudarlo a quitarse las caras ropas que le estorbaban.

–Me urge, James –confesó–. No es nuestra primera vez, así que no seas romántico y haz que me derrita en tus brazos.

Con una carcajada él se desprendió de su vestimenta y la lanzó sobre la cama, enredándose en sus miembros con manos y boca.

Lo único que Brenda recordaría al despertar fue que sus expectativas se habían visto cumplidas.

A media mañana sonó el despertador de su móvil, pero él fue más rápido y lo apagó, obligándola a tumbarse de nuevo.

–He mandado recado a Adele de que no irías. Vuelve a dormir.

Su instinto se rebeló ante la injerencia.

–¡No puedo...!

–Sí puedes. Eres la dueña del negocio. Y además, no estás en condiciones de centrarte en elaborar platos. –Pasó un dedo por su sexo y se lo llevó a la nariz, para que se oliera–. Sigues excitada y eso podría repercutir en tu toque personal. –Se acomodó sobre sus caderas, dispuesto a poner remedio a la humedad que había tocado–. Recuerda que como socio debo cuidar de los intereses del negocio... –Provocador, dejó un beso en su clavícula–. Adele lo hará muy bien. Ahora, deja que te relaje para que puedas volver a dormir.

Brenda gruñó, insegura de qué postura adoptar, pero en cuanto los labios de James aprisionaron su clítoris, se olvidó del resto.

Más tarde, mientras almorzaban, ella en albornoz y él con los pantalones del traje por único atavío, James sacó un asunto a relucir.

–No veo el momento de tener ropa en tu armario, pero me temo que tendré que esperar a que aclares tu situación con Caleb. ¿Tienes idea de cuándo regresará?

–El martes, si le no surge nada. Fue lo que me dijo cuando hablamos ayer mañana.

James frunció el ceño ante su aire ausente.

–¿Lo echarás de menos?

La mirada de Brenda lo tranquilizó.

–¿Cómo puedes preguntar eso? ¿No dudas de tus sentimientos pero sí de los míos?

–Sé que me amas, pero eso no tiene por qué impedir que Caleb te importe.

–¡Claro que me importa! –Dejó el tenedor con la tortilla de queso que estaba comiendo y trató de explicarse–. Caleb ha significado mucho para mí. Llegó justo cuando más desorientada andaba respecto a cómo controlar la fama que estaba adquiriendo; en privado me ayudó a poner los pies sobre la tierra mientras me instaba a comportarme como una diva en público; me aferró a la realidad... Y también me sacó de un desorden sexual que no me satisfacía. – Sus mejillas se sonrojaron pese a que prefirió ser sincera–. He estado con algunos tíos de solo una noche, James, y esos encuentros me hicieron sentirme sucia; pero desde que Marcus y yo lo dejamos no había tenido ninguna relación seria, y Mia pensaba que no era sano vivir sin sexo. El estrés de mi profesión necesita un desfogue, y con Caleb logré esa paz.

James contuvo el aliento, asimilando sus palabras; terminó asintiendo con la cabeza, instándola a seguir.

Ella alargó la mano, necesitada de su contacto.

–¿De verdad no has tenido aventuras en todos estos años?

Sorprendentemente, él se ruborizó.

–Me acosté con algunas chicas al principio de llegar a la universidad. Quería olvidarte y vengarme de tu relación con Marcus... Pero es cierto que después de conocer a April lo dejé pasar. Tampoco me habían servido de nada los encuentros anteriores, así que hice uso de mi amiga –extendió la palma de su mano para dar realce a la afirmación con una sonrisa– y del recuerdo de tu imagen contra la pared de tu dormitorio.

Brenda fundió sus labios con los de él, enamorada.

–Si hubieras insistido, esa noche habría sido nuestra primera vez.

–¡No imaginas cuánto me costó que no lo fuera! Pero estaba Marcus.

–¡Cuánto he metido la pata! ¿Podrás perdonarme?

–Aquello fue producto de una época; puedo entenderlo. No hubieras herido a tu madre bajo ningún concepto, y Marcus le gustaba.

–Le hubiera gustado cualquiera que no fueras tú –musitó, dolida.

–Sí. –Le acarició el pelo y le buscó los ojos–. Sin embargo, creo que estará satisfecha con este final.

–Yo también lo creo. Puede haber segundos finales felices en Greenrock. James rio, entregado.

–Los hay. Los habrá. Cuando nos casemos en primavera se convencerá. Los ojos de Brenda se abrieron con desmesura.

–¿En primavera? ¿Tenemos fecha y no me había enterado?

–Tendremos el tiempo justo para que los demás se acostumbren al compromiso y para que dispongamos la casa de Anne Street. Quiero que te pongas a ello desde mañana mismo. Haz uso del arsenal que necesites, moviliza a quien quieras, pero ten lista nuestra casa para dentro de unos meses.

–¡No deberíamos! ¿Y si se filtra la noticia de que estoy decorando tu casa? Se podría montar un escándalo que repercutiera en April.

El le acarició la mejilla con ternura.

–Esa casa está puesta a tu nombre, no al mío. No darás lugar a ningún escándalo.

El estupor dejó pálido el rostro de Brenda. Boqueó, tomando aire.

–¿Mía? ¿Me compraste la casa a mí?

–Bueno, siempre podemos ponerla a nombre de los dos; aunque no espero que me echés de ella en el futuro... Te dije que allí crecerían nuestros hijos. Es mi regalo de compromiso.

Las lágrimas desbordaron los ojos verdes y él la abrazó en silencio, confortándola.

Cuando se separaron, se limitó a susurrarle:

–Te amo, Bren. Nunca he dudado de que tú eras mi destino.

Esa tarde el equipo del restaurante trabajó con la coordinación habitual pese a los nervios por la perentoria citación que Brenda les hizo llegar en nombre de los socios para cuando finalizara la noche.

Dejados a un lado los uniformes y recogido el local, se reunieron todos en el segundo piso. Allister fue el encargado de iniciar el discurso.

–Queremos comunicaros que vamos a realizar cambios en la jornada laboral. De cara al público lo venderemos como una readaptación de horarios con vistas al otoño, por lo que empezaremos con ellos en septiembre. – Reaccionó con prontitud al constatar la preocupación en los rostros que tenía enfrente–. No repercutirá en vuestros sueldos, si es lo que estáis pensando. Es más, seguiréis con los mismos pese a que algunas modificaciones os benefician.

–Hemos decidido mudar el día de descanso del jueves al lunes, e incluir el domingo noche –intervino Callum–. ¿A alguien le resulta inconveniente?

Ante el silencio y la evidente relajación de los empleados, Allister continuó.

–Adele, estás haciendo funciones de repostera y emplatando, pero queremos que tomes el cargo de segunda cocinera. Brenda piensa que meter más gente en

vuestro espacio es inconveniente, pero necesitamos saber si te ves capacitada para responder al reto. Ella deberá faltar de vez en cuando y será imprescindible que la calidad del restaurante no decaiga.

Los ojos de la afroamericana refulgieron como obsidianas.

–Estoy convencida de poder hacerlo. Aunque siempre podéis poner a prueba mi capacidad y decidir con el tiempo.

–Mi voto de confianza lo tiene –asintió Brenda.

–Entonces, esa parte está cubierta –aceptó Allister con la anuencia del resto–. Quedan Mario y Julien. Dejamos a decisión de las jefas de cocina quién será el ayudante y fregador y quién emplatará; si bien podéis alternaros en las tareas. Eso lo pactáis a vuestro juicio. Lo que sí os atañe es que la limpieza a fondo de la cocina y del restaurante ya no la llevareis a cabo vosotros, sino una empresa externa que contrataremos. Vendrán a primera hora de la mañana para que lo halléis todo organizado y os dediquéis en exclusividad a vuestra tarea. ¿Algo que objetar?

El entusiasmo quedó patente en los rostros del equipo; la única que pensó en un inconveniente fue Dominique.

–Si cambiamos los turnos, ¿qué pasará con las reservas que ya están fechadas? Dará mala imagen cancelarlas.

–De ese asunto nos encargaremos las dos –participó Marleen–. Me pondré al habla con los afectados y les reasignaremos día. En caso de que se sientan perjudicados, les motivaremos invitándoles a la comida.

–Has sido muy competente con esa observación, Dominique –felicitó Brenda, ruborizando a la aludida–. Me alegra comprobar que no erré al elegirlos como equipo.

–Tampoco nosotros al apostar por Lotty’s –intervino un camarero que había dejado un puesto importante en otro local–. Estáis demostrando ser unos jefes más que honestos.

–Queremos que el negocio funcione y el único modo de lograrlo es que vosotros estéis a gusto –opinó Callum–. Os confesaré que incluso nos planteamos, con el tiempo, daros la posibilidad de participar en los beneficios, dependiendo de su sostenibilidad.

Los jadeos de satisfacción salieron de las bocas de los empleados, asombrados de su suerte.

–Lotty’s será el mejor restaurante de Edimburgo –garantizó Adele, resplandeciente.

–¡Brindemos por ello, entonces! Unas botellas de champán, Robert –pidió

Callum entre sonrisas al camarero de la cafetería, un joven pelirrojo de exótico atractivo.

Las copas se alzaron y todos salieron a la calle, ruborizados por el alcohol, con claras muestras de alegría. Los empleados, motivados por las nuevas condiciones; y los socios, conscientes de que las ganancias a corto plazo no serían muchas, pero satisfechos de saber que habían conquistado a una cuadrilla que se partiría el pecho por ellos.

James se quedó a dormir el domingo y el lunes, pero el martes Brenda prefirió amanecer sola en su cama.

Cuando las llaves tintinearón a primera hora sobre el recipiente de cristal sobre el que solían dejarlas, salió del baño a medio vestir, con los tejanos y un sujetador de blonda negro que realzaba su piel pecosa.

La sonrisa del fotógrafo se ensanchó al verla, y en dos zancadas la estrechó en sus brazos.

–Hola, preciosa, ¿me echaste de menos? Yo a ti sí. –Pasó la lengua por su cuello y absorbió el aroma a bergamota de su perfume–. ¿No tienes un ratito para dedicarme antes de irte a trabajar?

Brenda lo apartó con mesura y se cubrió con una camisa que tomó al azar del armario.

–¿Vienes muy cansado? Necesito que hablemos.

Él reparó en su rubor y enarcó una ceja, curioso.

–¿Ha ocurrido algo en mi ausencia? Te noto extraña.

Sin contestar, ella se sirvió una taza de café en la cocina y preparó otra para él, en respuesta a su gesto afirmativo.

Caleb se acomodó en el sofá azul y ella apreció lo atractivo que estaba con los pantalones caqui y las botas militares que solía utilizar para desplazarse por los aeropuertos y que apartó de una patada en ese mismo instante. La camiseta con los botones desabrochados dejando a la vista su lampiño pecho resaltaba su piel oscura y sus rasgos exóticos.

No había duda de que era un espécimen por el que cualquier mujer suspiraría... pero ella era incapaz de verlo ya de ese modo.

La mirada oscura buscó la suya, curiosa.

–Hay algo que quieres plantearme. Adelante. Sabes que soy de ir directo.

–Vamos a dejarlo –expuso de un tirón, entregándole su taza.

La mano del fotógrafo quedó en el aire, pasmado.

–¿Con dejarlo te refieres a... nosotros?

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior en respuesta.

–¿Por la conversación que mantuvimos y que tanto te molestó o porque hay otro?

Brenda se sentó a su vera, depositando sus cafés sobre la mesa baja de cristal.

–Es verdad que me molestó, aunque no tuviera ningún derecho. Te dije que soy tradicional. Pero admito que hay otro.

Los ojos oscuros la taladraron con severidad.

–El duque –adivinó de inmediato.

Brenda dio un respingo mientras sus mejillas ardían.

–¿Por qué James? Sabes que está prometido.

–Porque no te quita ojo de encima cuando nos encontramos –replicó suspicaz–. Ignoro si va en serio con April, pero desde luego te tiene muchas ganas. ¿Lo ha conseguido? ¿Te has acostado con él?

–¡No sé qué me pasma más si tú impasibilidad al preguntarlo o tu desfachatez al dar por cierto algo que no lo es! James y yo nos conocemos desde niños.

La mano de Caleb cercó el mentón de su compañera y clavó los ojos en ella con infinita paciencia.

–¡Menudo fotógrafo sería si no advirtiera los sentimientos de la gente! Que hay *feeling* entre vosotros se ve a la legua; pero imaginé que al estar prometido se portaría como un caballero. Ya veo que no.

–¡Caleb, no te permito...!

–Si lo que te asusta es que saque a relucir mi faceta profesional, no temas. Somos amigos, Brenda; no te haría una jugarreta tan sucia. Lo que hablamos en nuestra casa... bueno, en tu casa –reflexionó con lógica–, se queda aquí. ¿Han roto el compromiso o simplemente os habéis desfogado?

–¡No pienso tratar eso contigo! –negó, avergonzada–. ¡Y nadie ha roto su compromiso!

Caleb rio, confuso porque la mujer que actuaba con tanta libertad en la cama fuera tan reacia a tratar de sexo con él.

–No han roto, pero ¿romperán?

–¿Estás buscando una primicia? –se enfadó, levantándose del sofá, molesta consigo misma por no haber recapitado con antelación el modo de plantearlo.

–No quiero ninguna primicia. Valoro más seguir siendo amigo vuestro.

La sinceridad de su voz la dejó apabullada.

–¿Hablas en serio?

–Te doy mi palabra; si es que eso te vale de algo.

–Me vale –admitió ella–. James y April no han roto. Aunque lo harán más adelante.

–Comprendo...

Brenda se sentó a su lado, muy cerca, y le tomó la mano, preocupada por su gesto ausente.

–No te he roto el corazón ¿verdad? No estás enamorado de mí –tanteó.

Caleb la atrajo a su regazo y la besó en el cuello.

–Te voy a echar de menos; lo admito. Eres una compañera excelente en la cama y fuera de ella; pero no, cariño, no estoy colgado de ti. –Besó sus labios despacio, saboreando su textura dulce–. Bueno, quizás un poquito.

Ella le abrazó con ternura, agradecida por el modo en que se lo había tomado.

–¿Me permitirás alojarme aquí o he de buscar un hotel ? No tengo que estar en Milán hasta el jueves y me gustaría despedirme de la pandilla.

–¡Pues claro que puedes quedarte! –Miró su reloj, de repente con prisas–. ¡Tengo que trabajar! ¿Te pasas a comer por Lotty’s? Pediré que te hagan hueco arriba.

–Mejor a cenar. Voy a quedarme sopa todo el día. Las jornadas con los modelos belgas han sido muy duras.

Brenda se quedó a medio incorporar, advirtiendo un matiz burlón en su tono.

–¿Eso ha ido con segundas?

–¡No! –Rio, palmeándole el trasero–. ¡Y ahora bien que lo siento, por cierto! Eran insufribles pero estaban buenísimas.

Ella le reconvino con diversión mientras él tomaba el café y se lo bebía de un trago.

–Otra cosa que echaré de menos. Tu café. Estoy pensando que me deberás una por mi silencio... –Le guiñó un ojo, travieso–. No quiero primicias de rupturas, pero el día que seas duquesa me concederás la exclusiva.

Brenda contuvo la carcajada.

–¡Cuenta con ello!

La mirada que cruzaron fue de complicidad, y Brenda se quedó tranquila, confiada en la sinceridad de su exchico.

Recogió su bolso, ya con el chaquetón y las botas puestas, cuando la voz de

Caleb, tirado en el sofá sin desnudarse, la despidió con chanza.

–Hazle saber al duque que no dormiré en tu cama. Aunque si me traspasa su sitio en la suite quizá me quite de en medio.

–No creo que April estuviera por la labor; ya sabes que la comparten –le replicó de igual modo.

–¡Uf, no! Un *affaire* con la rubia millonaria no entra en mis cálculos.

Brenda se mordió los labios para no soltar la verdad que lo dejaría pasmado; a cambio le sacó la lengua.

–¡Presuntuoso! No todas te quieren entre sus sábanas ¿sabes?

Por un breve instante, la sonrisa de él sonó falsa.

–No, ya he descubierto que no. Hasta la noche, preciosa. Voy a dormir de un tirón.

Brenda corrió al sofá y le besó en la mejilla.

–Date una ducha y usa la cama. No volveré hasta tarde.

Caleb la retuvo unos minutos contra su pecho. Sí que la iba a echar de menos. Se había acostumbrado a tener un rincón donde volver tras las maratónicas sesiones de trabajo y en Brenda había encontrado la compañera ideal, la que no lo incordiaba con celos ni se empeñaba en acompañarlo a todas partes, la que le cedía su dosis de independencia y al mismo tiempo le regalaba su pasión en el lecho. Suspiró, resignado. Lo bueno no podía durar eternamente; y lo cierto era que se asustó cuando ella quiso saber si iban en serio. No estaba preparado para comprometerse con ninguna mujer. El mundo era muy amplio y a él le quedaba mucho camino por recorrer.

Brenda comunicó a sus amigos su ruptura oficial con Caleb, rogándoles que siguieran tratándole con cordialidad, puesto que él no deseaba ser motivo de conflicto; por lo que esa noche, cuando se reunieron en el pub del Lotty's se saludaron como si no hubieran acontecido cambios en los últimos días.

El fotógrafo, sin embargo, aprovechando una ida al baño de April, llevó a James a un aparte y fue incapaz de callarse una pulla.

–Espero que no te incomode que venga a verla de vez en cuando. Que me hayas robado el corazón de Brenda no es óbice para que los dos sigamos siendo amigos.

–Mientras no te tiente perseguir nada más, ambos estaremos encantados de mantener el contacto –admitió James no exento de frialdad.

–No tienes ningún derecho a imponerme condiciones. Has sido tú quien te

has metido en medio de nuestra relación.

James sopesó sus palabras, pero finalmente se mostró sincero.

–No voy a darte ninguna explicación, aunque lo cierto es que fuisteis Marcus y tú quienes os entrometisteis. Brenda estaba predestinada a quedarse conmigo.

–¡Muy romántico! –bufó Caleb–. Pero mientras no perdiste el tiempo con una de tu clase.

La mandíbula de James se marcó bajo su corta barba, endureciendo sus rasgos.

–Me consta que Brenda quiere mantener su amistad contigo, así que mejor olvidaré esta conversación.

Caleb respiró hondo, resentido. Le había dicho a Brenda que se quedaría en su casa, pero lo cierto fue que, al despertar en su cama se sintió incapaz de seguir compartiendo un espacio que habían disfrutado juntos, como si de golpe fueran dos desconocidos. Había hecho su maleta y buscado un hotel; no obstante, la mirada con la que recorrió el apartamento antes de salir centelleó de nostalgia. Por eso había descargado su frustración con el duque.

–No tengo que pedirte que la hagas feliz. Ya sé que te encargarás de ello.

–Puedo garantizártelo –replicó James sin reprimir su arrogancia.

–¿Y April? ¿También está conforme con dar carpetazo a vuestra relación?

–Sé que piensa ofrecer una exclusiva en diciembre acerca de nuestra ruptura y sus planes de futuro. Como te aprecia, ha pensado en ti para las fotografías. Busca al mejor periodista que conozcas y os forrareis con el asunto.

Caleb entrecerró los ojos, curioso.

–¿Tampoco a ella le habéis roto el corazón, entonces?

–Vista tu reacción, diría que te ha dolido más a ti –musitó James, sarcástico a su pesar.

Caleb reprimió las ganas de soltar un puñetazo sobre los atractivos rasgos del aristócrata, pero era un hombre contenido y sabía que dejarse llevar lo pondría en desventaja. Ganó su visión de futuro.

–¿Cuando haréis pública la ruptura?

–Ya lo he dicho; te ofrecerá la primicia poco antes de Navidad.

–¿Quieres decir que mientras seguiréis juntos? –La sorpresa quedó patente en los rasgos asiáticos.

–De cara a la galería. –James atajó la inquietud de su rival–. No sigas preguntando o corres el riesgo de perder la exclusiva. La curiosidad mató al gato ¿recuerdas?

Caleb frunció el ceño. Empezaba a caerle más que mal el maldito James MacDougall.

La presencia de April subiendo la escalera seguida de Brenda, ya sin ropa de trabajo, les obligó a acercarse al grupo y reanudar la charla con naturalidad.

Un rato después, cuando se disponían a marcharse, Caleb asió a su ex del brazo y la apartó para confiarle que no lo tendría de huésped. Brenda entendió sus razones y, dejándose llevar, se lo agradeció, revolviéndole el pelo en un gesto de ternura. Para rematar el momento, Caleb se despidió hasta el día siguiente, depositando un ligero beso en sus labios, lo que hizo que James apretara los puños con rabia.

Cuando el fotógrafo se alejó calle abajo en compañía de Callum y Becca, ya que iban en la misma dirección, silbaba una tonada burlona.

Marleen, captando la ira en el semblante de su amigo, se ofreció para que Allister y ella acompañaran a April hasta el Kirkpatrick, dejándoles espacio. James aceptó de inmediato.

Brenda se preguntaba cuándo iba a estallar la tormenta. La furia contenida emanaba de James como destellos de luz de un candil. No sabía qué había ocurrido entre Caleb y él, pero la tensión se palpó en el aire todo el tiempo que pasaron juntos.

Nada más abrir la puerta del apartamento, explotó.

–¡No sé en qué demonios has quedado con ese tipo, pero no acepto que se arrogue derechos sobre ti una vez que habéis roto!

Brenda abrió los ojos como platos, asombrada de sus recelos.

–¿Pretendes que finalice mi amistad con Caleb? Se lo ha tomado con una deportividad admirable. ¡Incluso le ofrecí quedarse aquí y se ha buscado un hotel! ¡No puedes reprocharle nada!

–Por supuesto a ti no te ha mostrado su cara desagradable –bufó, enfadado–. Pero le ha dolido, no lo dudes.

–¿Y qué si ha sido así? ¡Está en su derecho! Llegó esta mañana pensando que tenía pareja y le he dado con la puerta en las narices.

James respiró hondo. Era consciente de estar portándose irracionalmente, pero la actitud chulesca del periodista le había enervado. Mientras mantuvo una relación de pareja con Brenda se sintió capaz de soportar verlos juntos, pero ahora que sabía que no lo amaba, deseaba al francés fuera de su alcance.

–Bien, ¿podemos dejar el asunto?

–Solo si tú sueltas los músculos –bromeó ella–. ¡Tienes tan encajada la mandíbula que te vas a morder la lengua!

Consiguió relajarlo y que buscara sus brazos.

–Lo admito. He tenido un ataque de celos. Me he acostumbrado a ser yo quien duerma en tu cama, quien te abrace...¡Dios santo, Bren, me tienes en un puño!

La pelirroja rio, espontánea, besándole el puente de la nariz.

–En plan... ¿esclavo, digamos?

–Rendido a tus pies –asintió, capturando una de sus manos y mordisqueando sus nudillos.

Ella pasó los dedos de la que quedaba libre por su pelo corto y lo atrajo a sus labios con la mirada pícara.

–Entonces empieza por demostrarme que no me equivoqué al escogerte a ti. Caleb es un magnífico amante.

Con un gruñido, James la atrapó entre sus brazos y la tiró sobre la cama. Fue brusco adrede al arrancarle la ropa, y apenas se molestó en los preliminares; le hizo el amor con salvajismo, mordisqueando, lamiendo y recibiendo los gemidos de ella en su boca, cabalgándola en cuanta postura se le antojó hasta que Brenda, saciada y feliz, lo obligó a parar.

–¡Basta, James! No tienes que seguir alardeando. A tu lado, Caleb se queda en aprendiz de amante –concedió, agotada.

Él la contempló, embelesado. Brenda tenía los labios hinchados y la piel rasguñada de su barba, pero el brillo de los ojos verdes delataba su diversión.

–Te amo, Bren. Por toda la eternidad.

–Has sonado a vampiro. –Se permitió bromear aún.

La carcajada esta vez salió de él.

–Si pudiera, vampiro me haría; pero no importa, hasta el final de mis días te adoraré sin descanso.

Brenda lo abrazó, conmovida, segura de que cumpliría su promesa. No obstante, todavía se permitió ser un poco gamberra.

–Cuentas con mi permiso; pero dejemos un poco para el futuro, ¿vale? Hoy estoy desfallecida.

Feliz como un adolescente, James la besó en los labios y luego la obligó a darle la espalda para acoplarse a su cuerpo. La adrenalina le bombeaba en el pecho cuando estaba con Brenda, y sentía que jamás se saciaría de ella, pero hubo de admitir que un descanso tampoco le vendría mal.

Lo que restaba de verano transcurrió para todos entre el trabajo, las breves visitas a Greenrock y los ratos en que disfrutaban unos de otros.

Caleb se despidió con la promesa de regresar de vez en cuando, llevándose la propuesta de April de mantener una posible relación laboral en el futuro, ya que seguía decidida a abrir una agencia fotográfica.

La amistad de Brenda con la americana se afianzó a base de charlas y cafés mientras que la pareja que formaban Callum y Becca terminó por formalizarse hasta el punto de que ella trasladó su matrícula a Escocia para terminar la carrera en Saint Andrew. Como la gaditana tenía su punto orgulloso cedió en vivir en un apartamento pagado por su novio, pero no abandonó el trabajo a media jornada en la galería de Dylan, garantizándose independencia económica.

Lotty's siguió de moda y Marleen se cameló a quien hizo falta para que las reservas se mudaran de acuerdo con los nuevos horarios.

Brenda se acostumbró a delegar en Adele y así pudo, entre otros acontecimientos, asistir a los Juegos de Braemar que se celebran el primer sábado de septiembre en Aberdeenshire. Pese a llevar el nombre de su ducado, James se limitó a participar del comité organizador, puesto que es la Casa Real quien ostenta la presidencia desde tiempos de la reina Victoria.

A lo largo del mes de agosto llevaban festejándose juegos en diferentes localidades de las Tierras Altas; sin embargo, estos destacaban en popularidad porque a los turistas les fascinaba vislumbrar en su palco a los miembros de la realeza.

La pandilla disfrutó del evento desde primera hora de la mañana bajo una carpa que les protegía tanto del aire como de los nubarrones que amenazaban lluvia sin que a nadie pareciera importarle lo horrible del clima. Tomaron champán y whisky de malta para entrar en calor y saludaron a los monarcas como les correspondía por rango, pero después se mezclaron con el abigarrado público para aplaudir y alentar a los atletas que se enfrentaban lanzando martillos o troncos, realizando carreras o tirando de una cuerda entre maldiciones y risas. La música de fondo la ponían las coloridas bandas de gaitas y los concursos de danza. El espectáculo se completaba con una puesta en escena de todo el personal luciendo sus correspondientes *kilts* y tartanes.

Ellos habían acudido ataviados con los respectivos trajes de gala que representaban a sus clanes y ellas con trajes de coctel y zapatos cómodos.

April pasó de abrir la boca con desmesura a disparar con su cámara todo lo que se movía, admirada de que aún le quedase capacidad de asombro por las muestras de ferocidad en los concursantes. Le parecía haber retrocedido unos cuantos siglos atrás, pero no por ello las exhibiciones le resultaron menos impactantes.

Becca, por el contrario, jaleaba y reía a mandíbula batiente, encantada con aquellos brutos que le recordaban a sus primos vascos. Callum hubo de contenerla en más de una ocasión, porque elegía bando y se tomaba mal las malas artes o las derrotas.

Mientras, el resto asistía divertido a las expresividad de las dos extranjeras, acostumbrados a semejantes ceremonias.

James aprovechó para instruir a Brenda sobre su título, el cual provenía del clan Farquharson, al que perteneció su tío Eduard y, más atrás aún, a los condes de Mar, emparentados con Roberto Bruce por matrimonio. Añadió sin darle importancia que había heredado un castillo a pocas millas de allí y que algún día se lo mostraría, aunque lo tenía cedido como vivienda a unas primas segundas que no adquirieron otros derechos. También le prometió una excursión por las ruinas de la fortaleza de Kindrochit, donde le contaría las leyendas que circulaban acerca de su construcción por Malcolm III, allá por el siglo XI, en los alrededores de la actual aldea de Braemar y en el que se habían desarrollado importantes lances de la historia escocesa.

Brenda lo escuchó embelesada, satisfecha de que él mantuviera esa sabiduría milenaria sin otorgarle la menor importancia; James, complacido de captar el orgullo que transmitían las dos gemas verdes que amaba, cambió de registro para interesarse por cómo iba el acondicionamiento de su futura vivienda.

Se les fue el día sin notarlo y por suerte no les llovió, así que dieron por finalizada la jornada tomando un refrigerio el salón de té Gordon y después regresaron a Edimburgo.

Para festejar que la casa de Anne Street estaba casi terminada, las chicas decidieron organizar una fiesta de pijamas. Era la noche de un domingo de mediados de noviembre, ventoso y húmedo, pero la chimenea del salón principal otorgaba calidez a la estancia.

Brenda había contado con el asesoramiento de una especialista en decoración y la ayuda de Marleen, Ana y April a la hora de hacer las compras, así que excepto por unas pocas habitaciones, la vivienda se hallaba equipada

para residir en ella.

Becca la recorrió con la boca abierta, impresionada por la bonita distribución y por la sensación de hogar que desprendía pese a ser enorme y a contar con un mobiliario de indiscutible calidad.

Brenda se abrazó a su cintura, satisfecha, viéndola maravillada.

–¿Te gusta, entonces?

–¿Bromeas? ¡Es un sueño! Me fascina todo, pero la alcoba principal con esa terraza y esas vistas no tiene precio.

Brenda asintió, pensando lo mismo.

–Es bonita, sí. En mi descargo debo admitir que la escogió James.

Becca bajó la voz, no sin timidez.

–¡Además, debe costar un pastón! Claro que, siendo duque, a James le resbalará ese asunto. ¡No termino de acostumbrarme a que sois unos pijos tremendos!

–Pues ya te vale, porque Callum tiene pasta para caerse muerto. –Rio Marleen enfundada en una *negligé* de raso azul neón que no le cubría ni medio muslo.

–¡No me lo recuerdes! Pánico me da que estas Navidades conozca a mi familia. Con lo gamberros que son mis hermanos, fijo que le hacen reverencias los primeros días.

Entre carcajadas se acomodaron en el salón, prefiriendo la mullida alfombra a los sofás, y se sirvieron la cena que Brenda se había traído de Lotty's a mediodía. Todas usaban pijamas menos Marleen, y como nota anecdota, Ana permitió que su hija Amelia les acompañara en su primera fiesta nocturna. Parlotearon de tonterías hasta que la niña cayó rendida y entonces se dedicaron a asuntos mayores, organizando el que sería el bautismo de April en su iniciática salidalésbica.

Buscando pasar desapercibidas escogieron Ámsterdam como destino, ciudad cosmopolita con más de 100 locales destinados al público LGBT entre bares, restaurantes, cafés, discotecas, saunas o librerías según indicaba la guía para gays que Becca había pillado de la biblioteca de la universidad. Excitadas, fijaron fecha y contrataron hotel con la tarjeta de Dylan.

El aeropuerto Ámsterdam-Schiphol se ubica a quince kilómetros de la capital, por lo que al bajar del jet en la pista destinada a los vuelos privados una limusina les aguardaba para trasladarlas al Waldorf Astoria, un cinco

estrellas que incluye varios palacios del XVII situado a orillas del canal, a pocos metros de la animada plaza Rembrandtplein, en pleno corazón de la ciudad.

Las seis mujeres desembarcaron con el ánimo festivo, arrebuñándose en los abrigos y contemplando con interés las calles a su paso. El gentío era inmenso a mediodía, y las bicicletas invadían el paisaje a pesar del intenso frío.

Se acomodaron en sus habitaciones, almorzaron en uno de sus reputados restaurantes por expreso deseo de Brenda, ya que contaba con dos estrellas Michelin, y después, pese al mohín de desagrado de Ana, escogieron la zona comercial frente a su propuesta de visitar el Hermitage.

–Cuando quieras te organizas un viajecito con Dylan y te pones cultureta – sentenció Marleen–; pero hoy hemos venido en plan depravadas.

Al viaje iniciático se había apuntado Mónica también, entusiasmada con la idea de pasar un par de días descocados con sus amigas, y se mostró conforme con la rubia aristócrata.

Pasearon por los comercios más exclusivos de la ciudad, escogieron ropas excéntricas para el recatado gusto escocés y terminaron en una peluquería donde les hicieron los peinados más friquis que encontraron en los catálogos. Las risas al verse con los cabellos de diferentes colores y despuntados con gomina les hizo desternillarse, y aunque estuvieron tentadas de mandar fotos a sus respectivas parejas, optaron por dejarlo para cuando estuvieran de regreso, no les fuera a dar el punto de tomarlas por locas y acudieran en su rescate.

Les asombró que en el hotel nadie les mirase de mal modo, a pesar de la estética tan diferente que mostraban a la vuelta, pero Becca apuntó que aquella gente estaba curada de espanto siendo la cuna europea de la tolerancia.

Siguiendo las notas que habían tomado en casa de Brenda, salieron a cenar al Getto, famoso por sus cócteles y su cocina; ya con los nuevos atuendos bajo sus abrigados gabanes de rutilantes colores y calzadas con botas altas de fino tacón. Se dieron un garbeo por el concurrido Barrio Rojo, pero lo hallaron deprimente y se adentraron en pleno centro gay, en la conocida calle del Pecado. Tomaron copas en el Havana, el Ludwing II, el Soho, el Eve Bar y en el Sultana Bar, especializado en gente oriental y mediterránea.

Con nervios y placer, April se desinhibió bailando con todas las chicas morenas que se lo propusieron, y durante un rato incluso se atrevió a perderse con una española que sus compatriotas consideraron de confianza.

Mientras, el resto se divirtió emulando las poses y dando negativas a cuantas invitaciones recibieron. El ambiente era estimulante, cargado de erotismo y

diversión, con una pacífica exhibición de tendencias sexuales y mucha parafernalia estética.

Se recogieron de madrugada, cansadas del bullicio pero encantadas de haber tenido semejante experiencia.

April estuvo radiante. Con el cabello morado en cresta y un minivestido rosa palo, se había llevado de calle a unas cuantas latinas que no dudaron en apuntarle sus números de contacto para quedar en el futuro. Ella fue más moderada y se limitó a recogerlos, aunque no dejó rastro de su verdadera identidad a nadie; tiempo habría de mostrarse sin tapujos más adelante, pero esa noche se había sentido la reina del baile y cuando a la mañana siguiente se unió a sus amigas para desayunar en la suite de Ana, lloró de emoción por las sensaciones que había experimentado gracias a ellas.

Entre risas tomaron un *brunch* y alargaron el asueto, ya con sus cabellos recuperados al perderse la magia de la gomina y la tintura bajo el agua de la ducha, dando un paseo por el río Amstel y visitando el mercado de las flores, dispuesto sobre plataformas y barcas sujetas al borde del canal Singel, donde no pudieron por menos que maravillarse del colorido de sus productos y comprar bulbos de tulipán.

Comieron al aire libre, en una terraza con vistas al canal, y después la limusina las devolvió al aeropuerto.

Habían sido pocas las horas, pero tan intensas que todas lucieron sonrisas satisfechas al regresar a Edimburgo.

–¿De verdad te paseaste por Ámsterdam con el pelo verde? –Rio James mirando las fotos del móvil mientras Brenda se regodeaba en la cena que encontró preparada–. ¿Y con un vestido plateado? ¡Estás preciosa!

–¿Habrá algún modo en que no te guste? –se burló ella, embobada.

–No, no creo –admitió tirando el teléfono sobre la mesa para atraparle la boca–. Todo en ti es perfecto.

–¡Tú eres tonto! No me digas esas cosas que me sulfuro... –protestó con viveza–. Me tienes en un pedestal y si un día me caigo no va a haber quien me levante.

–Yo te levantaré –aseguró, pasando la lengua por sus labios dulces–. Siempre, Bren.

Ella se dejó engatusar y lo abrazó fuerte. Le daba miedo ser tan feliz, haber alcanzado sus sueños de compartir cada instante, cada pensamiento con James.

Pero él no le dio opción de seguir cavilando, la cogió en brazos y la tumbó en la cama, desesperado por hacerle el amor.

Horas después, tras dormirse y volver a regodearse en sus cuerpos, James le besó la clavícula y descansó la cabeza en su mullido pecho.

–¿Crees que nos tomaremos esto con calma algún día, cariño?

–No lo sé. Tú me apetece a todas horas.

La risa de él rebotó contra su cuerpo, feliz. Por respuesta, acercó una mano de ella a su miembro, que despertaba de nuevo.

–¿Qué me vas a decir? Tu olor es un afrodisiaco para mis sentidos.

Brenda le tiró del pelo y lo atrajo a su boca.

–Te amo, James MacDougall.

–Te amo, Brenda Banner. –Suspiró él incorporándose para verla mejor–. ¿Sabes? La tarde de Aberdeen, mientras Ana y tú dormíais la siesta en el barco, mantuve una conversación con Dylan acerca de reconocer al amor verdadero y él me confesó que no creía que existiera solo una mujer en la vida de un hombre, y viceversa; sin embargo, tú siempre has ocupado mi corazón. Nadie, absolutamente nadie, te ha desbancado de ese puesto jamás.

Las lágrimas se desbordaron por las pálidas mejillas, emocionadas y culpables.

Siento que te he fallado, James. Por más que te haya amado con toda mi alma, yo sí permití que otras personas me cegaran. No supe mantenerme íntegra para ti.

Él la estrechó contra su pecho, acallando sus reproches.

–No lo tuviste fácil, mi vida. Tu madre fue una presión notable y entiendo que no quisieras confrontarla. Pero eso ya es pasado; lo único que me importa es que nos vamos a casar en Navidad y te ataré bajo mi yugo.

Brenda levantó la cabeza tan rápido que estuvo en un tris de chocar con su mentón; pero James estaba preparado para la sorpresa.

–¿Navidad? ¡Hablamos de primavera!

–¿Crees que será menos idílica la nieve que los verdes campos? Lo siento, mi cielo; no puedo esperar tanto.

Brenda se apretó contra la lámina que actuaba de cabecero en su cama y lo miró con los ojos muy abiertos, asustada.

–¡No tengo vestido! No hemos organizado nada. ¡Quedan semanas para Navidad!

–Había pensado en algo íntimo –siguió él, imperturbable–. Solo la familia y los amigos. En Greenrock, por supuesto. El día de Nochevieja. Quiero

empezar el año casado contigo. –Sujetó su barbilla y le buscó los ojos–. ¿Me concederías ese capricho?

La sonrisa amplia se anticipó.

–Sí, sí, sí –dijo de un modo jubiloso que solo un beso ardiente logró acallar.

[1] Teatro con barra *art decó* y café, punto de encuentro animado.

[2] Sala de conciertos.

[3] Jardines en la ciudad que abarcan más de 7 acres y que tienen 4 puntos de entrada diferentes.

[4] Estuario del río Forth, que desemboca en el Mar del Norte.

[5] Literalmente, la orilla. Antiguo puerto comercial de la ciudad y ahora lugar turístico, con restaurantes, galerías y comercios variados.

[6] Pastel de queso de cacahuete y mantequilla.

[7] Pretendiente jacobita al trono de Gran Bretaña como Carlos III de Inglaterra y Escocia.

Epílogo

Verano de 2021. Islas Orcadas

El *Mo duinne* atravesó Petland Fiftch, el brazo de mar que separa las Orcadas de las tierras principales de Escocia, para bordear la costa de la isla de Hoy, volcánica y con unos maravillosos acantilados que dejaron mudos de admiración a Brenda y James. Ambos pilotaban el barco sin más compañía que la brisa marina y el sol sobre sus rostros.

Brenda fotografió desde todos los ángulos posibles el Old Man, un pináculo de arenisca roja de ciento treinta y siete metros de altura que se alza orgulloso sobre una base de rocas basálticas, eludiendo las figuras que desde tierra firme se veían diminutas y lo fotografiaban también. Conocía el peñasco por imágenes de Internet, pero enfrentarse en directo a semejante mole le quitó el aliento de un modo que supo que jamás olvidaría su impacto.

Complacido por el entusiasmo de su esposa, James pilotó hasta el puerto de Stromness, donde pensaban atracar el barco para realizar en todoterreno una ruta por el corazón neolítico de las Orcadas, auténtico motivo de su viaje, con el que él llevaba soñando desde la adolescencia. Tuvo muy claro desde su incursión en el entonces Gloaming que realizaría esa ilusión, y que su acompañante sería la pelirroja que ya en esa época le quitaba el sentido.

Mientras navegaban la fue instruyendo, como ella le rogó que hiciera, sobre los pormenores del archipiélago.

Brenda podía haber consultado los datos en las guías de viaje, pero le gustaba tanto escucharlos de la boca de James, que se negaba a adelantarse. De ese modo supo que lo formaban alrededor de setenta islas, de las cuales solo unas veinte estaban habitadas, que los vestigios hablaban de poblaciones desde tiempos remotos y que en la Edad del Hierro las ocuparon los pictos, dejando su impronta en los *weems* o casas subterráneas; y los *brochs*, torres redondas muy populares en Escocia. Después llegaron los noruegos y más tarde los vikingos, que hicieron de las Orcadas su cuartel general en las expediciones piratas. Mucho más adelante, en el siglo xv, el rey de Dinamarca, Cristian I, comprometió a su hija con el rey de Escocia, Jacobo II, y ofreció las islas como compromiso de dote, pero como nunca llegó liquidarla, Escocia se

quedó con ellas. Tuvieron, además, una importante función durante las guerras mundiales, con la base naval en Scapa Flow. Tras el armisticio de la Primera, la Flota de Alta Mar Alemana fue transferida íntegra a dicho lugar, sin embargo los marineros alemanes hundieron las naves antes de que se tomara una decisión sobre ellas y, aunque muchas se pudieron salvar, el resto quedó para recreo de los buceadores. Durante la Segunda, un crucero de batalla fue abatido allí mismo por un submarino alemán, lo que impulsó al gobierno británico a fabricar una serie de viaductos entre las islas que impidiera el paso a los submarinos enemigos, barreras que sirvieron por otro lado para que los viajeros pudieran caminar por ellas sin necesidad de usar el transporte en barco. Las Churchill Barriers fueron construidas por prisioneros de guerra italianos y ellos mismos levantaron una pequeña capilla romana en Lamb Holm, para contar con un lugar de culto durante su encarcelación.

James, divertido, detuvo su perorata para besar la boca entreabierta de Brenda, que lo escuchaba con un entusiasmo sin límites.

–No sé si me pones más cuando me haces el amor o cuando me hablas de las mil historias que conoces –confesó ella, rendida.

La carcajada de James resonó en medio del batir de las olas, eufórico por su comentario; pero como ya vislumbraban el puerto al que se dirigían, decidió posponer su respuesta apasionada para el regreso.

Realizados los trámites oportunos, bien acondicionados con chaquetones y botas de caminante, subieron al todoterreno alquilado y tomaron la ruta hacia el este de Mainland, la isla más grande, buscando el conjunto de monumentos neolíticos declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

La isla, igual que el resto en general, tenía escasa elevación sobre el nivel del mar. La ausencia de arboles era absoluta, aunque se desconocía el auténtico motivo, que debía ser muy antiguo, porque ya en los primeros asentamientos lo que predomina es la piedra y nada de madera. Las granjas se repartían a lo largo del paisaje, llano y con algunos lagos.

Visitaron en primer lugar el anillo de Brodgar, el tercer crómlech más grande del Reino Unido; en la antigüedad contaba con sesenta menhires, aunque ya quedaban menos de treinta en pie. Continuaron con el túmulo [8] de Maeshowe, una cámara mortuoria construida con treinta toneladas de piedra arenisca con la particularidad en su diseño de que la entrada estaba alineada para quedar iluminada durante el solsticio de invierno, y con la anécdota de que los vikingos la saquearon y realizaron en ella una serie de grafitis rúnicos que conforman la mayor colección de inscripciones de este tipo que quedan en

el mundo.

Comieron unos sándwiches fríos que guardaban en las mochilas y bebieron café de un termo, cambiando impresiones sobre los emplazamientos subidos en el capó del auto, aprovechando el calor que desprendía el motor para combatir el frío intenso de la llanura, sin querer perderse los rayos de sol de un día inusualmente despejado.

Fortalecidos, avanzaron hasta el considerado poblado neolítico mejor conservado y más completo de Europa, Skara Brae. Escucharon las explicaciones del guía turístico, siguiendo el recorrido impuesto para contemplar los restos de las diez viviendas construidas con la técnica de la arquitectura subterránea, la cual no solo proporcionaba estabilidad a los edificios, sino que también los protegía de la dureza climática. Medían unos cuarenta metros cuadrados cada una y constaban de una enorme habitación con chimenea para cocinar y calentarse. Los pobladores, a falta de madera, usaban huesos de ballena con paja y hierba como recubrimiento. El poblado disponía de un sofisticado sistema de canalización que permitía una variante primitiva de cuarto de baño en cada casa; también quedaban restos de armarios, sillas, camas y vestidos, entre otras peculiaridades. Una de las casas debió funcionar de taller, porque estaba desnuda de mobiliario, y sin embargo se hallaron en su interior piedras, huesos y cuernos. Según el carbono 14, el asentamiento estuvo ocupado desde el 3100 a. C. hasta el 2500 a. C., sin conocerse los motivos exactos por los que se abandonó, aunque se supone que se debió a drásticos cambios del clima.

Debido a la latitud, en las islas se disfrutaba de los veranos sin noche, lo que contribuyó a facilitarles el terminar el recorrido por las Piedras de Stenness, unos delgados bloques emplazados sobre una superficie llana, rodeadas de un foso cuya entrada se hallaba alineada con otro asentamiento neolítico cercano, el de Barnhouse, de características similares al de Skara Brae.

Agotados pero exultantes regresaron al *Mo duinne* para pernoctar en el barco. Al día siguiente bordearían la isla por su lado norte para conocer Kirkwall, la capital del archipiélago; y se darían un garbeo por los islotes medio despoblados antes de culminar su rápido fin de semana.

La luna de miel la habían disfrutado en España, por cortesía de Ana y Dylan, quienes les trazaron un recorrido por Madrid, Barcelona, Sevilla, Córdoba y Granada; pero este itinerario era su viaje escogido, el anhelo de James; por eso lo estaban cumpliendo.

Cenaron en una vistosa taberna del puerto y después se refugiaron en el

cómodo camarote que disponía de una excelente calefacción, capaz de combatir el extremo frío del exterior.

Brenda rio imaginando las maldiciones que April lanzaría de estar acompañándoles; si llevaba mal la falta de calor en París, donde había acabado instalándose, aguantar la media de doce grados y el viento gélido que ellos habían soportado le resultaría una pesadilla.

Sonrió a James, desnudo después de una larga ducha, y lo acogió con los brazos abiertos, respingando por su cabellos aún húmedos.

–¿En qué pensabas? Parecías divertida.

–En lo que diría April si tuviera que soportar este clima.

James rio, conforme.

–Esto solo es válido para cueros fuertes como los escoceses –bromeó.

–Los americanos son muy blanditos, sí –le siguió la broma.

–Proviene de los ingleses, no lo olvides.

Brenda estalló en una carcajada.

–¡Si Ana nos escuchara, nos mataría a miradas!

–Sí, aparte de las de tu madre, las tuyas son las más terribles.

Brenda se acurrucó contra su pecho, mimosa.

–Ten por seguro que mi madre ya nos mira bien. Donde quiera que esté, te ha dado el visto bueno.

–¿Ya no le importará que su hija sea duquesa?

–Yo diría que lo que valora es que su hija es feliz.

James la separó de sí para embeberse en sus ojos, emocionado.

–¿Lo eres?

–Tanto que me da miedo –confesó, turbada.

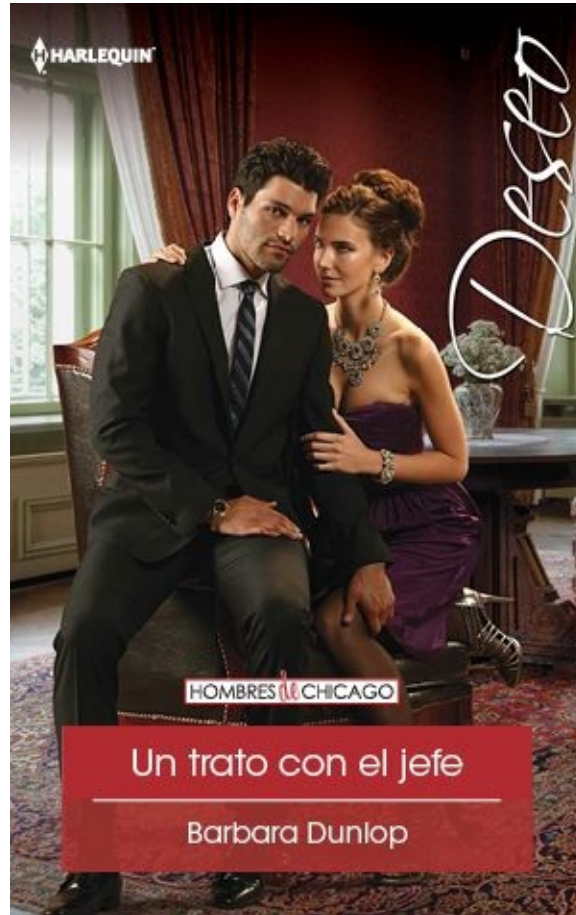
James recorrió con los dedos el contorno de su rostro, enredó un mechón en su muñeca y la atrajo a su boca, enamorado.

–Jamás sientas miedo, mi amor. Soy tu san Jorge, el que te defenderá de los dragones, el que dará su vida y su alma por ti de ser preciso. Excepto la muerte, nada podrá arrancarte de mis brazos... Y ni siquiera ella, porque yo te seguiría dondequiera que fueras. *Mo fàil*. Mi destino.

[8] Enterramiento subterráneo.

Badajoz, 29 de octubre de 2016.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com